

MEMORIAS POSTUMAS

DEL

BRIGADIER GENERAL D. JOSE M. PAZ.

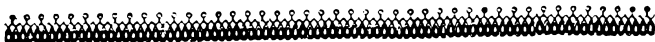
*Comprenden sus campañas, servicios y padecimientos,
desde la guerra de la Independencia; hasta
su muerte, con variedad de otros documen-
tos inéditos de alta importancia.*

el

BUENOS AIRES.

IMPRENTA DE LA REVISTA.

—
1855.



“Nació mi Sr. Padre D. José M. Paz de venerada memoria para sus tres hijos José Maria, Margarita, y Rosa, el 9 de Septiembre de 1791 en la ciudad de Córdoba de Tucuman. Sus padres D. José de Paz y Doña Tiburcia Haedo natural aquel de Buenos Aires y esta de Córdoba le proporcionaron desde sus mas tiernos años una educacion esmerada, no solo preparando su entendimiento para adornarle con útiles y variados conocimientos, sino infundiendo en su corazon delicados y generosos sentimientos que supo conservar toda su vida en medio de tantas vicisitudes, y en posiciones bien dificiles.

“En aquella época, sabido es, que pocas carreras se abrian á la juventud; la eclesiástica y la del foro eran las preferentes, Paz se hallaba dispuesto para adoptar la que mas le conviniese, habiendo frecuentado las aulas de filosofia y teologia en la Universidad de Córdoba, y cursando el tercer año de derecho, cuando estalló en Buenos Aires la revolucion que dió en tierra con el poder de los Virreyes. Los estudiantes de la Universidad de Córdoba, su Patria, estaban ya tocados del movimiento político que debia muy luego abrasar toda la extension del virreinato del Rio de la Plata, y conflagrar en seguida, toda la América Española.

“Paz participaba de las nuevas ideas con todo el ardor

de la juventud, pudiendo decir que nadie le aventajaba en entusiasmo patriótico. Así fué, que desde entonces perteneció á la causa de la revolución, ó sea de la independencia política de nuestro país con todas las fuerzas de su alma. Contribuyó á fortificar estos sentimientos la decision de sus padres por la misma causa, á la cual nunca dejaron de ser adictos.

“Su hermano D. Julian, poco menor que él, y que seguia tambien los estudios, estaba en el mismo caso. Así fué que al llegar á Córdoba la primera expedicion libertadora, y luego que se instaló el primer gobierno patrio en la provincia, que lo desempeñó el entonces Coronel D. Juan Martín Puyredon, tanto ellos como su familia se distinguieron por sus sentimientos liberales y patrióticos.

“Inmediatamente que este Sr. se recibió del Gobierno, se propuso formar un Batallon de milicias. En él fueron nombrados oficiales los dos hermanos. D. José María entró de Teniente, pero muy luego ascendió á Capitán.

“En esta graduacion se hallaba en los últimos meses del año diez, cuando llegó la triste noticia del descalabro que habian sufrido nuestras armas en Santiago de Cotagaita, al mando del mayor General D. Antonio Balcarce.

“Tal era el entusiasmo de aquellos tiempos que sobraban soldados voluntarios, pero faltaban fusiles y otras armas. En Córdoba se preparó un convoy y municiones de guerra, y se encargó á Paz conducirlo hasta el Ejército.

“Unas treinta leguas de Córdoba encontró al mayor Tollo que traia la noticia de la victoria de Suipacha, que no solo habia vengado la afrenta de Cotagaita, sino que abrió á nuestro ejército las puertas de todo el Alto Perú. Paz creyó candorosamente que habian concluido para siempre las batallas y la guerra, y el mayor Tollo le confirmó en esta idea, cuando al darle la noticia se empinó sobre los estribos orgullosamente, y le dijo: vá Vd. ya tarde, pues todo está concluido.

“Sin embargo el continuó su marcha y llegó á Jujuy, donde encontró el Ejército; por que el general en gefe Ocampo, que no estuvo en la batalla, se habia detenido allí y debia regresar por órdenes recibidas del Gobierno de Buenos Aires.

“A Paz se le mandó tambien que volviese á su Provincia, como lo verificó con su compañía dedicándose sin pérdida de tiempo á su arribo á la continuacion de sus estudios, conservando siempre su grado y dispuesto á presentarse donde la patria lo reclamara.

“A mediados del año siguiente (1811) su madre tuvo que pasar á Buenos Aires y él la acompañó. Con este motivo se encontró en el célebre bombardeo de los marinos que tuvo lugar en la noche del 15 de Julio, siendo esta la primera vez que sintió el estrépito del cañon. La noche la pasó patrullando con otros jóvenes, y haciendo escaramuzas á las bombas que de cuando en cuando arrojaban los bombarderos Españoles.

“Al mismo tiempo se tuvo noticia del fatal desastre del Desaguadero, lo que obligó al Gobierno á poner en ejercicio todos los medios de reconstruir y aumentar el ejército vencido. Paz tuvo entónces orden de volver á Córdoba y marchar al ejército del Perú con una compañía de milicias de artilleria cuyo mando se le dió, y cinco piezas de montaña que habia en la Provincia. Asi lo verificó en setiembre del mismo año.

“Durante la marcha tuvo ocasion de experimentar uno de esos lances que tan frecuentemente ponen a prueba la firmeza de un oficial, y que, si no sabe expedirse en ellos, peligran su reputacion militar:

“En el Fuerte de Cobos á inmediaciones de Salta hubo de sublevarse su compañía, lo que era tanto mas temible, cuanto que el mismo dia y á su presencia acababa de sublevarse otra que marchaba con el mismo destino, á cargo del antiguo oficial Eustaquio José Gonzalez. Sin em-

bargo logró contenerla, y al otro dia pudo llegar al cuartel general de Jujuy en donde estaban los restos del ejército á las órdenes del General Viamont.

“Este general dispuso que la fuerza que iba á sus órdenes pasase á un cuerpo de infanteria, y que su hermano y él quedasen agregados á la plana mayor. Asi permanecieron algunos meses casi olvidados hasta que obtuvieron colocacion en el Escuadron que podia llamarse Regimiento de Usares de la guardia del General.

“Habia sido elevado á este destino D. Juan Martin Pnyrredon, quien, no sin emplear medios de su fina y astuta urbanidad, los comprometió á renunciar al pensamiento de regresar á su casa, y aceptar el servicio con un grado menos del que tenian, en atencion á ser solo oficiales de milicias.

“Poco despues se recibió del mando del ejército el general D. Manuel Belgrano, y destinó su cuerpo con otros á la vanguardia que ocupó la posicion de Humahuaca. Entretanto habia llegado el baron de Olembert al cuartel general y recibídose del mando de la artilleria. Sin que Paz lo conociese, le pidió al General para que pasase á servir á dicho cuerpo. Paz recibió una orden para ser agregado á este cuerpo sin dejar de pertenecer al suyo, del que jamas quiso separarse, aunque se lo propusieron.

“Desde esta época (1) comienzan los voluminosos manuscritos que ha dejado el General como un tierno recuerdo á sus hijos, y que nosotros conservamos como el mas piadoso de los legados. Al publicarlos creemos honrar su memoria y añadir una página mas á la gloriosa historia del pueblo americano.

[1] Tenemos anteriormente un juicio suyo sobre la expedicion del general Belgrano al Paraguay en Setiembre del año 10— Véase el suplemento al tomo 1.º de estas memorias, documento N.º 1.º

PRELIMINARES.

La lectura del fragmento de una memoria sobre la batalla de Tucuman escrita por el virtuoso y digno general Belgrano [1], me ha hecho recordar aquellos hechos de que fui testigo y autor aunque en una edad muy temprana y una graduacion muy subalterna, y excitado el deseo de hacer sobre ella algunas observaciones, y si me fuese posible concluirla. Me esforzaré á llenar mi intento pero advirtiendo: 1.º Que hacen mas de 36 años que tuvieron lugar aquellos sucesos. 2.º Que no tengo para referirlos otro auxiliar que mi memoria. 3.º Que siendo entonces un teniente y estando en el primer aprendizaje de mi carrera, no pude juzgar sino por lo que ví, ú oí á algunos oficiales jóvenes como yo (con poca excepcion); ni debi apreciar los hechos como me ha sucedido despues con el auxilio de la experiencia. Es pues en cierto modo una ventaja que esta ocurrencia me venga tan tarde, y ademas concurre la de que no podian entonces ni ahora agitarme las pasiones de ese tiempo, de modo que puede casi decirse que me ocupo de sucesos de que no soy contemporáneo.

Será conveniente advertir que cuando la accion de Tucuman era yo teniente 1.º de un cuerpo de Usares que habia formado el general Puirredon antecesor del general Belgrano, y me hallaba en esa misma vanguardia de Humahuaca con mi cuerpo, cuando llegó al ejército el Baron de Olenberg [ahora D. Eduardo Olenberg] residente en Buenos Aires á quien el general Belgrano dió el empleo de comandante general de artilleria y aun se le llamaba gefe de Estado Mayor, sin que entonces ni ahora haya podido saber lo que se entendia bajo esta denominacion. Los estados mayores no estaban conocidos en aquel tiempo y las funciones de éstos estaban encargadas á los mayores generales y cuartel maestro segun la ordenanza española. Sospecho pues que al dar al Baron un título que nadie enten-

(1) Suplemento al tomo 1.º Documento N.º 2.º

dia, solo se quiso halagarlo porque se tenia de él la mas alta idea en punto á conocimientos militares y práctica de la guerra (1).

El que mas participaba de este concepto era el general Belgrano, quien tenia la mas absoluta deferencia á cuanto decia ó hacia el Baron. Ademas se aconsejaba de él para las operaciones militares, y seguia sus opiniones, casi sin exámen. Yo, que como despues diré fuí ayudante del Baron en la campaña y que lo acompañaba frecuentemente al cuartel general, soy testigo de las consideraciones que se le dispensaban y de lo persuadido que estaba de cuanto valia su voto en materias militares. Pienso que una de las cosas que mas contribuyó á captarle la confianza del general fué el empeño que manifestaba de establecer una disciplina severa (punto que no podia menos de agradar mucho al general) llegando á tanto que queria aplicar sin discernimiento á nuestros ejércitos semi-irregulares, los rigores de la disciplina alemana. Con esto consiguió hacerse odioso en el ejército, y despopularizar hasta cierto punto al General por la ciega proteccion que le daba. Al fin se vió precisado á sacrificarlo, como despues veremos, separándolo del mando y mandándolo á Buenos Aires de un modo muy desairado.

Llehado el Baron á Jujuy, é investido de esta privanza, quiso traer á la artilleria algunos oficiales de otras armas que por sus conocimientos pudiesen ser útiles á aquella, y tomando informes, no se quien se los daria tan favorables de mi que le persuadieron pedirme al general. El hecho es, que sin otro antecedente recibí en Humahuaca la órden de pasar á continuar mis servicios en la artilleria, en clase de agregado, pero conservando la efectividad en mi

(1) Puede que el título de Gefe de Estado Mayor no le fuese conferido oficialmente pues estando yo en la vanguardia cuando la llegada del Baron al Cuartel General, no recuerdo como fué dado á reconocer. Lo que es exacto, es, que la artilleria, parque, maestranza, casa de bustos &c. estaba á sus órdenes.

euerpo. Posteriormente se me propuso pasar á ser efectivo de artilleria pero jamás quise consentirlo. En consecuencia de la órden que se me habia comunicado me incorporé provisoriamente á la fraccion de artilleros que estaba en la vanguardia y solo fué cuando se emprendió la retirada que me reuní al euerpo del ejército, y conocí al Baron personalmente.

Casi con la revolucion de Mayo tuvieron nacimiento los partidos que han despedazado despues la República. El movimiento de 5 y 6 de Abril de que hace mencion la memoria fué el primer paso anárquico despues del establecimiento de la Junta Provisoria del año de 1810.—Por poco que se medite, un ojo medianamente ejercitado puede entrever en esqs primeros partidos, no obstante las infinitas y aun esenciales modificaciones que han sufrido, el origen de las dos fracciones que hasta ahora dividen la República Argentina. ¿Qué mucho es pues que desde entonces veamos estar en oposicion al general Belgrano y al entonces teniente Coronel D. Juan R. Balcarce? y mucho mas si intervenian motivos personales como lo aseguró el primero? El Sr. Balcarce pertenecia como el General D. Martin Rodriguez y otros muchos, despues acérrimos unitarios, al partido que se decia de Saverdra, mientras el general Belgrano, (sea dicho en su obsequio) no era hombre de partido, y no simpatizaba con él. Reunidos ámbos gefes en un mismo ejército, á cada momento se resentian sus relaciones, de los servicios de los partidos á que pertenecian y que estaban todavia en lucha.

Nada tiene pues de extraño esa desconfianza mútua que mediaba entre ellos, y que esta al fin diése los malos frutos que patentiza la memoria. Entretanto diré algunas palabras sobre los caracteres y méritos de ámbos contendores. El general Belgrano sin embargo de su mucha aplicacion, no tenia como el mismo lo dice grandes conocimientos militares, pero poseia un juicio recto, una honradez á toda prueba, un patriotismo el mas puro y desintere-

sado, el mas esquisito amor al órden, un entusiasmo decidido por la disciplina y un valor moral que jamás se ha desmentido. Mas á estas calidades eminentes, reunia cierta ligereza de carácter para juzgar de los hombres con quienes trataba, que le produjo equivocaciones muy notables como se deja entrever en varios pasages de su misma memoria. Las primeras impresiones, tenian en él una influencia poderosa, de modo que si en sus primeras relaciones con una persona, aquellas eran favorables, podia contar ésta por mucho tiempo con la benevolencia del general, y por el contrario cuando habia formado mal concepto de alguno por algunos actos que aunque fuesen reprobables no merecian una eterna reprobacion, era difícil volver á obtener sus buenas gracias. De aqui resultaba que se dejaba alucinar con mucha facilidad, y hemos visto oficiales y aun individuos de tropa, que no eran mas que charlatanes, que le merecieron un gran concepto de valientes y arrojados. Por ejemplo cuando queria mandar hombres intrépidos que descubriesen al enemigo, bastaba para captarse su estimacion, ofrecerse á ir hasta el medio del ejército contrario, sin que despues se cuidase mucho de averiguar de si habia ó no llenado su compromiso, y sin que le tragese mucha responsabilidad la inexactitud de sus noticias. Lo mismo sucedia con un gefe ù oficial que en teoria allanaba las dificultades de una operacion, ó que se ofrecia á ir á batir una fuerza enemiga; con otra de la mitad de su número. La primera impresion que esta charlataneria habia producido en su ánimo era por lo comun duradera.

Tenia tambien mas facilidad de la que era conveniente para expresarse con respecto á un oficial en punto á valor, y principalmente cuando se acercaba el momento de una accion lo hemos visto muchas veces herir la susceptibilidad de un hombre delicado con poco motivo. Si á esto se agrega la falibilidad de sus juicios (1) en razon de lo

[1] En el año 17 cuando yo era teniente coronel, y que de consiguiente podia aproximármele mas, recordando la batalla des-

que acabo de exponer poco antes, se verá el peligro que habia de cometer una injusticia.

Del Sr. Balcarce puedo decir menos por que lo he tratado poco, pero á lo que juzgo por lo que he visto y oido, era un hombre honrado, patriota sincero, de pocas luces, y cortos talentos. Era de aquellas pocas americanos que desde el tiempo de la monarquia habian seguido la carrera de las armas y de consiguiente tenia la pretension de ser considerado como un *Veterano*, quien por lo comun mira en menos á sus noveles compañeros. No era un *Genio* para la guerra, pero lo he creido capaz de llenar los deberes del puesto que se le confiase y de desempeñar medianamente comisiones de tal cual importancia. En una palabra era un hombre *mediocre*. Tampoco pienso que tenia un carácter intrigante como dice la memoria; mas imbuido en la antigua rutina de la milicia española, no podia amoldarse á la impulsión que el general Belgrano queria dar, y á la nueva organizacion del ejército: de aqui provenia esa resistencia que el general clasificó de insubordinacion é intriga, y que pudo haber degenerado hasta tal punto, sin que yo me halle en estado de juzgarlo.

Con este motivo me permitiré una observacion que hirió mi imaginacion desde mis primeros pasos en la carrera de la milicia. Ella no es en todo comun á D. Juan R. Balcarce que nunca estuvo en Europa, pero si á sus otros hermanos que estuvieron en España durante la guerra de Napoleon y sirvieron un tiempo á las órdenes de Wellington. Se creerá que estos oficiales que siempre pertenecieron á la arma de caballeria no diesen de regreso á su pais, nociones útiles sobre ella? Hasta que vino el general

graciada de Ayouma dijo estas terminantes palabras—“*Perdí esa batalla por cinco gefes cobardes que no correspondieron al concepto que yo tenia de ellos.*” No los nombró, pero sé positivamente á quienes aludia: sin embargo ellos habian merecido antes sus distinciones y su plena confianza.

San Martín nuestra caballería no merecía ni el nombre, y dotados nuestros hombres de las mejores disposiciones no prestaban buenos servicios en dicha arma porque no hubo un jefe capaz de aprovecharlas. Afortunadamente lo mismo sucedía en el ejército enemigo, en donde hasta que vino el general Canteras, su caballería aun era peor que la nuestra, porque los peruanos ni aun saben cabalgar, y en esto consistió la ventaja relativa que siempre se dió a la caballería de los ejércitos patrios, y en nada otra cosa. Me persuado pues que las calidades características de **D. Juan R. Balcarce** eran comunes á sus hermanos [debo exceptuar á **D. Diego** que murió en edad temprana de prendas sumamente estimables y amigo mio. Si alguna vez continuare esta ocupacion de escribir me haré un placer en hablar de él] todos ellos eran hombres honrados, de juicio con tal cual instruccion, pero de limitados talentos, lerdos de genio y de consiguiente incapaces de inventar algo, ni aun aplicar en su pais lo mismo que habian visto en otros. Acaso esta observacion pudiera extenderse á algunos otros oficiales que se hayan visto en las mismas circunstancias, pero no los recuerdo en este momento, al menos de los que hayan pertenecido á la arma de caballería.

Volviendo á la memoria del general **Belgrano** diré que no tengo conocimiento del papel que dice le pasó **Balcarce** despues de la accion de Tucuman de que tanto se ofendió, pero sí puedo decir algo de las desavenencias que ocurrieron, cuyos pormenores llegaron á noticia de todos. Como en dicho papel segun la memoria, se habla de la expedicion que **Balcarce** hizo con una fuerza de caballeria hasta **Cangrejos**, referiré lo que hubo.

Mientras nuestra vanguardia se hallaba en **Huma-huaca**, la enemiga permanecia en **Suipacha** distante 45 leguas, mas no es estraño que algunas partidas recorriesen una parte del terreno intermedio, sin que jamás llegasen á incomodarnos. Repentinamente se dió orden á los hús-

res y dragones que allí habia que serian como trescientos hombres y una compañía de infanteria montada, de estar prontos á marchar. Efectivamente lo hicimos poniéndose á la cabeza el Sr. Balcarce gefe de vanguardia. Haciendo nuestras marchas muy cómoda y pacíficamente llegamos á Cangrejos y no Cangrejillos como dice la memoria [1] é hicimos alto por cuatro ó seis dias. En este tiempo se desprendió una partida á cargo del entonces capitán D. Cornelio Zelaya, á quien se le acompañó el teniente D. Juan Escobar, la que llegó á Yabi que dista nueve leguas de Cangrejos y arrestó á un anciano tio del marques, que estaba descuidado en la hacienda. Es verdad que el marques servia en esa época en el ejército enemigo, y acaso se creeria que el tio participaba de sus opiniones ó de sus compromisos. Sea lo que sea, este fué el único trofeo y el manifiesto de esta pequeña expedicion ademas de la alarma y cuidados que pudo dar al enemigo nuestro movimiento. Por grande que esta fuese, la operacion no era de importancia, y en consecuencia es ridículo que el Sr. Balcarce se vanagloriase de ella, y la citase como una accion meritoria. Es preciso que un militar sea muy pobre de servicios y de gloria para que se envanezca de hechos tan comunes.

He nombrado al teniente entonces D. Juan Escobar y no quiero pasar por alto el despreciable rol que jugó en esa época como en otras posteriores. Era ayudante del Sr. Balcarce pero seguramente era un espia que tenia cerca de él; al general Belgrano, es fuera de duda, que le transmitia cuanto chisme podia reunir, y lo que es peor que él mismo provocaba algunas conversaciones inconvenientes para hacerle el mérito de la demanda. Yo mismo tuve que sufrir inocentemente, puedo decir, por causa de ese desgraciado, por no decir depravado jóven. El caso fué el siguiente.

[1] Cangrejillos está dos leguas mas allá de Cangrejos.

Por las noches nos reuníamos varios oficiales en casa del capitán D. Francisco Casado que estaba enfermo, y como es natural se tocaban puntos militares y se emitían juicios sobre nuestros generales. Casado era un charlatan entretenido y al mismo tiempo tenía la opinión de muy cobarde; frecuentemente gustaban muchos de los concurrentes y Escobar el primero entre todos, de transmitirle noticias inventadas de gruesas divisiones enemigas que nos rodeaban, y de aumentar las fuerzas del ejército Real. Al mismo tiempo Escobar que iba y venía con frecuencia al cuartel general, aseguraba que el Sr. Belgrano estaba resuelto á admitir la batalla y aun á buscarla aunque fuese con mil hombres contra diez mil. El susto de Casado llegaba á lo sumo con estas noticias, y en un momento de exaltación llegó á decir, *“es preciso contener á este tal (hablando del general Belgrano) para que no haga con nosotros, lo que hizo con el ejército del Paraguay, al que comprometió en términos que solo salvó por un milagro.”* El asunto no era tan sencillo si hubiese tenido los caracteres de formalidad que se le quiso dar, pero no había tal, al menos como yo lo comprendí, porque mas era una burla que Escobar mas que otro alguno quería hacer á Casado, pero aun cuando él tuviese toda la gravedad que quiera dársele, el rol de Escobar fué infame y digno de un miserable intrigante.

El resultado fué que una noche fuimos sorprendidos siete oficiales, siendo Escobar uno de ellos, y puestos incommunicados y en rigorosa prisión, se procedió inmediatamente á formar un proceso, y el mismo Balcarce fué quien tomó las primeras declaraciones; antes de las veinte y cuatro horas despues de haber dado la mia, se me levantó la incomunicación y quedé arrestado en mi alojamiento. Lo mismo se hizo con D. Alejandro Heredia despues general, D. Domingo Arévalo despues coronel, con Escobar y demas. A los ocho dias fuimos puestos en libertad despues de una seria admonición, menos Casado cuya causa continuó hasta que al fin se le mandó á Buenos Aires. Solo la

declaracion de Escobar lo condenaba cruelmente, y tuvo la desvergüenza de quererme persuadir á que yo lo hiciese traspasando los límites de lo justo y razonable, mas no lo consiguió. Casado continuó sirviendo en Buenos Aires hasta que cometió una falta mucho mas grave y de otra especie que le costó el empleo y pudo costarle la vida sino fuga. Despues de muchos años lo encontré en la Banda Oriental y estuvo de vivandero en el Cerro Largo.

De todo esto infiero, que nunca hubo verdadera confianza entre el general Belgrano y D. Juan R. Balcarce y que tampoco se pusieron los medios adecuados para establecerla. Entretanto vino la invasion del enemigo y el cuerpo de vanguardia emprendió su movimiento retrógrado: quedando un cuerpo de caballeria se incorporó lo restante al ejército en Jujuy, el mismo dia que este emprendia el suyo para Tucuman. Recuerdo que atravesamos el pueblo de Jujuy en toda su estension sin permitirnos separarnos ni aun para proveernos de un poco de pan. Campamos durante tres ó cuatro horas á la inmediacion de la ciudad y tampoco se nos permitió entrar, ni mandar nuestros asistentes á proveernos de lo mas preciso, tan riguroso y severo era el general Belgrano, como lo que acabo de decir.

Continuó la retirada el ejército marchando casi de dia y noche porque la proximidad del enemigo lo requeria. Es indudable que el general Belgrano desconfiaba de la exactitud de los partes que se le transmitian como lo prueba la lentitud de sus movimientos sin que la ida del general Diaz Velez á mandar la vanguardia convertida en retaguardia, le diese muchas mas seguridades. Este se habia recibido del mando en el mismo Humahuaca ó sus inmediaciones; pero eso de pensar llamar la atencion del enemigo con movimientos parciales sobre sus flancos, sobre ser sumamente peligroso era absolutamente impracticable. El mismo general dice, que el enemigo sabia tanto ó mas que él de nuestro ejército y cómo poder entonces

darle una idea exagerada y falsa de nuestras fuerzas? ¿Como ocultarle movimientos que era preciso que no conociese hasta determinado tiempo? En aquella situacion cualquiera movimiento de ese naturaleza hubiera comprometido la fuerza que lo hacia y el ejército todo sin la menor utilidad. Es mas bien de creer que en los ardientes deseos que tenia el general de hacer algo por el honor de nuestras armas y de nuestro ejército que daba la espalda al enemigo para emprender una retirada, se proponia un movimiento cualquiera que desdijese la idea de debilidad que podia atribuírsele, y que los gefes de la vanguardia no supieron pintarle la verdadera situacion de las cosas, ó que él creyó sus relaciones. Pero volvamos á nuestra marcha retrógrada.

A distancia de veinte leguas de Jujny en Cobos, hubo una alarma la que provino de haberse incendiado una carretilla de municion de unas cuantas que marchaban adelante del ejército como á una legua. La sucesiva esplosion de los cajones de cartuchos se asemejaban á disparos de cañon, lo que á ser cierto hubiera debido el enemigo habernos cortado la retirada completamente. A las tres leguas de Cobos está la cabeza del Buey que fué donde nuestra retaguardia perseguida vivamente por el enemigo se incorporó al ejército; éste se dispuso á una batalla, pero el enemigo, ó mejor diré su vanguardia se retiró poco antes de llegar donde estaba el grueso de nuestras fuerzas. En ese dia y los anteriores habiamos perdido seis ó siete oficiales que habian sido prisioneros D. Máximo y D. Francisco Zamudio, el célebre Escobar (1) eran de este número.

(1) Llegado Escobar á Potosí y colocado en la cárcel con sus otros compañeros fué sacado un dia y llevado á la capilla de la misma cárcel donde se hallaban reunidos el Gobernador intendente, el Vicario eclesiástico, los prelados de los conventos, los delegados de la inquisicion y otros Sres. de categoría. Luego que entró se le preguntó cual era su religion y se le exigió su profesion de fé. El hecho es enteramente público, pero estos pormenores los he sabido por él mismo. Como no pudiese espedirse con facilidad

Este mismo día se pasó á los enemigos D. Manuel Benavides, habiendo hecho lo mismo en Humahuaca su hermano D. Benancio que murió meses después en la acción de Salta, orientales ambos que habían venido de su país á servir en el ejército que abandonaron por resentimientos personales con el jefe de su cuerpo.

Desde allí nuestra vanguardia fué reforzada habiéndose puesto alguna infantería montada y dos piezas muy ligeras de artillería de montaña. A los tres ó cuatro días hallándose el ejército en el Río de las Piedras y la vanguardia ó retaguardia á dos leguas de distancia fué investida por la enemiga al mando del coronel Huysi, y puesta en fuga perdiendo algunos prisioneros y sus dos cañones sin que hubiesen disparado un tiro. Esta tropa

por la extraordinaria conmoción que le había causado tan solemne aparato, le mandaron que dijese el credo, y después de pronunciar las primeras palabras cayó en tierra enteramente privado de sentido. Cuando volvió en sí la reunión se había disuelto, y él se encontró en manos de un eclesiástico que tenía el encargo de catequizarlo; lo doctrinó muchos días, le dió largos ejercicios espirituales, le administró los sacramentos y por remate de cuenta casi se trastorna el juicio. Solo cuando lo vieron en este deplorable estado, se compadecieron de él, y lo sacaron de la cárcel, lo tuvo el General unos cuantos días en su casa, hasta que lo volvieron sintiéndolo algo restablecido, á un cuartel á donde habían trasladado á sus compañeros. Quizá me equivoco en decir que tuvieron compasión de él las autoridades españolas. Es probable que la variación favorable provino de la noticia de nuestra victoria de Tucumán en donde se les habían tomado jefes y oficiales prisioneros entre ellos el coronel Barrera primo de Goyeneche, entonces solo fué que trasladaron á los otros prisioneros de la cárcel á un cuartel. Solo con los prisioneros de nuestro ejército se guardó el derecho de gentes, todos los que se hacían á los insurgentes peruanos, eran ahorcados como traidores. Pero se me dirá. ¿Por qué con Escobar se particularizaron? Voy á decirlo. Cuando se retiraba el ejército derrotado en el Desaguadero, se detuvo Castelli unos días en Chuquisaca y sus ayudantes de los que uno era Escobar acompañados de otros oficiales locos, pasando una noche por una iglesia vieron una cruz en el pórtico á la que los devotos ponían luces: alguno de ellos declamó contra la ignorancia y fanatismo de aquellos pueblos, y otro propuso para ilustrarlos, atrancar la cruz y destruirla: así lo hicieron arrastrándola un trecho por la calle. Este era un caso de inquisición.

en la mayor confusion y desorden se replegó sobre el ejército y pasó á formarse á retaguardia. Nosotros estábamos en una buena posición y no teníamos que temer de una division enemiga compuesta de mala caballería en su mayor parte; asi fué que nos mantuvimos firmes y el enemigo no se atrevió ni con mucho á forzar nuestra posición. Se contentó con tomar momentáneamente una altura que estaba al frente y tirotear á mucha distancia. Visto que el enemigo no avanzaba, hizo el general Belgrano salir dos fuertes gnerrillas de cien hombres cada una por los costados por donde el terreno era quebrado, y un poco de caballería por el camino que quedaba al centro; el enemigo á su vez se puso en retirada y fué perseguido, tomándole quince ó veinte prisioneros, y matándole otros tantos. Sin embargo que nuestra pérdida habia sido menor, como el desenlace habia sido la retirada del enemigo, y la captura de algunos prisioneros primeros que veíamos despues de mucho tiempo se celebró como una importante victoria, y contribuyó á alentar el ejército. El enemigo se hizo tambien mas circunspecto y no volvió á incomodar nuestra retaguardia, no obstante, lo cual, tuvo una pérdida mayor que la que habia experimentado del modo mas raro y casual: al menos asi me pareció entonces, mas despues que yo caí prisionero de un modo mas ó menos semejante 19 años despues durante la guerra civil, ya no me ha parecido tan extraño.

Nuestro ejército consultando la comodidad del camino dejó el de la Posta á la derecha y tomó el de Carretas que va por Burro-Yaco, todo esto contribuyó á dar mas confianza al gefe de la vanguardia enemiga que seguia el camino de Posta que con razon suponía enteramente abandonado. Al avistar *Las Trancas* pueblo que dista veinte leguas de Tucuman, se le ocurrió al coronel Huysi que la mandaba, adelantase unas pocas cuadras de la cabeza de la columna y entrar primero que todos á dicha villa; una pequeña partida de paisanos que al man-

do del capitán don Estevan Figueroa, se retiraba al acercarse á columna vió llegar tres hombres y desmontarse en una casa que hallaron habitada, creyeron tener tiempo de apoderarse de ellos antes que los socorriese la columna, y así lo hicieron; eran el espresado coronel Huysi, un porta-estandarte Negreiros y un capellán. Luego que los hubieron tomado los obligaron montar á caballo y los hicieron volar mas que correr, todo lo que hicieron sus compañeros para alcanzarlos y recuperarlos, fué inútil: esto habia sucedido á las cuatro de la tarde, á las doce de la noche estaban en Tucuman.

Alli se hallaba nuestro ejército desde el dia antes: la infanteria y artillería habia campado en la Plaza principal: ya no era un misterio que alli aguardáramos al enemigo para decidir la cuestion en una batalla. La decision del pueblo y campaña, aumentaba la confianza del ejército, y aunque nadie ignoraba la superioridad numérica del enemigo todos esperábamos la victoria.

Todo cuanto dice el general Belgrano en su memoria sobre lo que precedió á la batalla, es de la mas rigurosa exactitud, pero ha callado mucho de lo que dice relacion á su persona.

El punto del general Belgrano durante toda la retirada es eminente. Por mas críticas que fuesen nuestras circunstancias jamas se dejó sobrecoger del terror que suele dominar las almas vulgares, y por grande que fuese su responsabilidad la arrostró con una constancia heroica. En las situaciones mas peligrosas se manifestó digno del puesto que ocupaba alentando á los débiles, é imponiendo á los que suponía pusilánimes aunque usando á veces de causticidad ofensiva (1). Jamas desesperó de la salud de la Pa-

(1) Se me ocurre referir lo que me sucedió poco mas de un año despues de la acción de Tucuman, la ante-víspera de la acción de Ayonma. Teníamos al ejército enemigo en las alturas del frente y las guardias avanzadas se relevaban de noche para que el enemigo no pudiese calcular la fuerza. Poco mas de la media noche se oyeron unos cuantos tiros en los puestos enemigos, mas co-

tria, mirando con la mas marcada aversion á los que opinaban tristemente. Dije antes que estaba dotado de un

no no se notase movimiento no pasé el parte de aquella ocurrencia: pero despues llegó á visitar las guardias el gefe de dia que era el Mayor de mi Regimiento D. Máximo Zamudio que habia oido tambien los tiros. Ya se comprenderá lo que se me pasaba decir que yo estaba de servicio en los puntos avanzados, y que mandaba como capitán que era, otros dos dependientes subalternos.

El gefe de dia luego que hubo inspeccionado mi guardia me preguntó si habia dado al general el parte de los tiros que se habian oido, y sobre mi contestacion negativa, me ordenó terminantemente que lo hiciese, como lo verifiqué, sin que se me diese otra contestacion que el quedar enterado. Pasado el medio dia de resultados de haber ido una partida pequeña nuestra á explorar el campo intermedio, hubo un movimiento en los puntos avanzados enemigos y se travó un tiroteo bastante sostenido: con este motivo dejando mi guardia que era la principal á cargo del inmediato subalterno, me fuí á los puestos mas avanzados para juzgar mejor de lo que sucedia, y dar mis partes con la posible exactitud. Cuando todo hubo pasado, regresé y supe que el general en gefe habia estado en la guardia principal atraido tambien por la novedad: por lo pronto nada me dijo mi subalterno de lo que habia oido al general, porque sin duda no le dió mucho valor, pero en el curso de la conversacion; me contó que entre otras cosas habia dicho. “Vea V. ó vean Vds., anoche un oficial de guardia me mandó el parte de que habia oido unos cuantos tiros, y le mandé contestar que si tenia miedo se atase los calzones”. Yo pude muy bien creer que aquellas espresiones se habian dirigido á mí, sin embargo que no habia recibido semejante contestacion; y llegué efectivamente á persuádmelo. Entonces me creí herido en lo mas vivo de mi honor y se apoderó de mí el mas amargo pesar y una desesperacion parecida á un frenesí. Las tres ó cuatro horas que pasaron hasta que fuí relevado fueron terribles, y luego que llegué al campo sin aproximarme á mi tienda me dirigí á la del gefe de dia para exigirle que me acompañase si queria á la del general para testificar que solo habia mandado el parte porque él me lo habia ordenado terminantemente: queria ademas decirle que mis calzones estaban bien asegurados sin necesidad de atarlos, que era un hombre de honor, que no necesitaba esos consejos para cumplir mi deber y que se yo que otras cosas mas, en la inteligencia que si rehusaba ir conmigo yo me iba solo. El gefe de dia me oyó con dulzura y me trató con amistad; no se ofendió de mi aire descompuesto y procuró calmarme imponiéndome de lo que habia ocurrido: el mismo general habia hablado con él al darle su parte y habia sido instruido que, el oficial á quien habia dado tan insultante contestacion era de infanteria que mandaba una guardia de prevencion en la misma línea: por el contrario me dijo, hoy hemos hablado de V. y tiene el mejor concepto. Yo quedé satisfecho.

gran valor moral, porque efectivamente no poseia el valor brioso de un granadero que lo hace muchas veces á un gefe poner al frente de una columna y precipitarse sobre el enemigo. En lo crítico del combate su actitud era concentrada, silenciosa, y parecian suspensas sus facultades: escuchaba lo que le decian y seguia con facilidad las insinuaciones racionales que se le hacian: pero cuando hablaba era siempre en el sentido de avanzar sobre el enemigo, de perseguirlo, ó si él era el que avanzaba de hacer alto y rechazarlo. Su valor era mas bien (permítaseme la expresion) cívico que guerrero, era como el de aquellos senadores romanos que perecian impávidos sentados en sus sillas curiales. En los contrastes que sufrieron nuestras armas bajo las órdenes del General Belgrano fué siempre de los últimos que se retiró del campo de batalla dando ejemplo, y haciendo menos graves nuestras pérdidas. En las retiradas que fueron la consecuencia de esos contrastes desplegó siempre una energia y un espíritu de orden admirable, (1) de modo que apesar de nuestros reveses no se relajó la disciplina, ni se cometieron desórdenes. No fué así en otras retiradas como la del Desaguadero y Sipusipe en donde hubo escándalos de todo tamaño, porque desvandada la tropa solo se vino á rehacerse despues de ochenta y aun mas de cien leguas. De allí provinieron esos horrosos combates, ya individuales, ya en escala mayor entre el paisanaje y los indios por un lado, y los soldados que habian roto el freno de la obediencia por otro: los unos por defender sus personas y propiedades, los otros por invadir las, los que hasta cierto punto eran disculpables, pues no marchando en cuerpo no habiendo distribuciones regulares

(1) Recuerdo que al dia siguiente de la derrota de Ayocerna hizo formar en círculo despues de la lista, los menguados restos de nuestro ejército, y colocándose en el centro rezó el rosario, segun se hacia ordinariamente. Fuera de los sentimientos religiosos que envolvia esta accion, queria hacer entender que nuestra derrota en nuda habia alterado el orden y la disciplina.

para satisfacer sus necesidades, habian de pedir ó quitar, y que ya se deja entender el camino que esto abria á los abusos.

¡Honor al General Belgrano! El supo conservar el órden tanto en las victorias como en los reveses. Cuando él mandó en esos dias de luto y de desgracia los paisanos y los indios venian pasiblemente á traer las provisiones al pequeño cuerpo que se retiraba, tan lejos de manifestarnos aversion solo se dejaba percibir en lo general un sentimiento de simpática tristeza. No hubo entonces riñas fraticidas, no pueblos sublevados para acabar con los restos del ejército de la Independencia, nada de escándalos que deshonoran el carácter americano y manchan la mas justa de las revoluciones. ¿Pero adonde voy? Quizá excedo los límites que me habia propuesto: mas tarde se escribió sobre las campañas del Perú alto en que me hallé. Esplanaré mas estas observaciones.

Despues de lo que acabo de exponer será fácil esplicarse como el ejército despues de una retirada de ciento treinta leguas nada habia sufrido en su moral; por el contrario recibió con gusto el anuncio de que hacíamos alto en Tucuman y que esperábamos al enemigo.

En los planes del general entraba, conservar la plaza y dar la batalla á la orilla de la ciudad, apoyándose en ella. Se fosearon las bocas-calles de la plaza y se colocó la artilleria que no llevábamos á la accion. El capitán comandante de artilleria D. Benito Martinez. (despues general) fué destinado á mandar la plaza con treinta ó cuarenta hombres fuera de los artilleros de lo menos útil que se le dejaron. Esto no podia servir para una defensa si perdiamos la cuestion, pero era para conservar aquel punto mientras se decidia.

BATALLA DE TUCUMAN.

El 23 de Setiembre el enemigo estaba en los Nogales

cuatro leguas de Tucuman, y el ejército salió de la ciudad y se formó dando frente al Norte á caballo sobre el camino que debia traer el enemigo, Despues, de pasar todo el dia, se supo al ser de noche que el enemigo habia campado y que no proseguia por entonces su marcha. Nuestro ejército volvió á la ciudad y pasó la noche en la plaza donde he dicho que tenia su campo. A la madrugada del veinte y cuatro nos movimos para tomar la misma posicion de la víspera, pero á eso de las ocho de la mañana se supo que el enemigo dejando á su izquierda el camino principal y evitando la ciudad, se dirigia á los Manantiales (arroyo cenagoso que tiene un puente, y que queda legua y media Sud-oeste de la poblacion). El enemigo por este movimiento se habia colocado ya casi sobre nuestra retaguardia que pensaba cortar, y el general Belgrano para salirle al encuentro tuvo que contramarchar en la direccion conveniente.

Segun todos los datos que se recojieron y lo que indicaban los procedimientos del general Tristán no se le habia pasado por la imaginacion que nuestro pequeño ejército le ofreciese una batalla campal, y solo creia que encerrado en la ciudad y cubierto con algunas obras estaria á la defensiva. Estaba pues muy lejos de creer que tendria que combatir ese dia y solo se proponia colocarse á nuestra espalda campando sobre el rio de Tucuman al Sud una legua de la ciudad, desde donde pensaba dirigir sus ataques con mejor conoeimiento de nuestra posicion en los dias sucesivos. Asi fué que cuando nuestro ejército despues de verificada su contramarcha se presentó casi sobre su flanco, nada tenia el enemigo preparado para el combate: la artilleria venia cargada en las mulas, (1) los cuerpos traian

(1) Como los caminos del Perú no permiten rodados la artilleria que se usa es por lo comun de montaña, ó muy lijera, y que de consiguiente puede cargarse á lomo de mula. Cuando es de mas calibre son prensas zorras, que es aun mayor inconveniente para armarla pronto.

la marcha y paso de camino, fué pues una especie de sorpresa el verse atacado cuando no lo esperaba, lo que sin duda fué una tal cual ventaja para nosotros: digo tal cual para que no se entienda que fué una verdadera sorpresa, pues tuvo el tiempo bastante para prepararse de prisa.

Nuestro ejército que tendría como novecientos infantes y seiscientos caballos inclusa la milicia (las milicias eran lo que son hoy día) y lo que se decía caballería veterana, formarían mil quinientos hombres, teniendo el enemigo más del duplo cuyos cinco sestos eran infantería con trece cañones de los que dos eran los tomados en el Río de las Piedras. Nosotros solo llevamos cuatro cañones habiendo dejado los restantes en la plaza, de modo que aunque de menor calibre la artillería enemiga, pues la nuestra era de á seis, siempre estuvo la ventaja de su parte. Nuestra poca infantería estaba fraccionada en cuatro pequeñas columnas de las que tres estaban en línea y una en reserva. La caballería cubría las dos alas, y una fracción menor estaba adjunta á la reserva. La artillería distribuída en los intervalos de las cinco fracciones de la línea. La caballería de la derecha la mandaba el teniente coronel D. Juan R. Balcarce, la de la izquierda el capitán graduado de teniente coronel D. José Bernaldes Palledo, la de la reserva el capitán D. Antonio Rodríguez. La 1.^a columna de Independencia que era la de la derecha se componía del pequeño batallón de cazadores al mando del mayor D. Carlos Torres; la del centro compuesta del batallón n.º 6.º al del teniente coronel D. Ignacio Warnes; la de la izquierda que la formaba el batallón de Costas la mandaba el teniente coronel D. José Superi; la de reserva que se componía de piquetes estraidos de los otros cuerpos estaba á las órdenes del teniente coronel D. Manuel Dorrego. En esta orden marchamos al enemigo, á la distancia conveniente desplegó nuestra línea, y previo el fuego de algunas guerrillas, se dió principio á la batalla.

Debo advertir que por las singulares peripecias de este sangriento drama, es el de Tucuman uno de los combates mas difíciles de describirse, no obstante el corto número de los combatientes. Pienso que para hacerlo comprender mejor, es preferible decir en pocas palabras que la izquierda y centro enemigo fueron arrollados; nuestra izquierda fué rechazada y perdió terreno en desorden, en términos que el comandante Superi estaba prisionero por una partida enemiga que luego tubo que ceder á otra nuestra que la batió y lo represó. El enemigo por consecuencia del diverso resultado del combate en sus dos alas se vió fraccionado á lo que se siguió una gran confusion. Su ala derecha que habia obtenido ventajas, y que ademas tenia la de flanquearnos con el martillo de que hace mencion la memoria del general Belgrano, tuvo que seguir al fin el movimiento retrógrado de lo restante de su ejército dejando abandonados en este desorden una buena parte que fué muerta ó prisioneros. Lo mismo sucedió al centro y á la izquierda á lo que tambien contribuyó poderosamente el espantoso desorden en que habia puesto nuestra caballería la retaguardia enemiga cayendo sobre sus bagajes y reservas. El general Tristan á quien no faltaba valor, hacia esfuerzos positivos por rehacer sus tropas, mas no lo pudo conseguir hasta mas de una legua del campo de batalla donde se le reunió otra columna de su ejército que antes de la batalla habia destacado á tomar el camino que conduce á Santiago del Estero con el fin de cortarlos. Viéndose perseguido debilmente por una fuerza diminuta cual era la infanteria nuestra que habia quedado disponible, hizo alto y volvió á darnos el frente. Nuestra infanteria hizo tambien alto, resultando un nuevo combate sumamente desventajoso por la disposicion del número y que espone las ventajas que se habian obtenido. A su vez se puso en retirada sobre la plaza, en la que entró con algunos cientos de prisioneros, cinco cañones tomados al enemigo, banderas y otros trofeos. Tristan lo siguió entonces hasta

las goteras de la ciudad donde se estableció, recorriendo segunda vez el campo de batalla, y en rigor quedando dueño de el por entonces pero sin separar un hombre de su nueva línea, y sin contar mas que con unos pocos hombres de caballeria.

¿Se creerá que estas operaciones nuestras cuyo acierto es incuestionable no fueron ni fruto de una combinacion, ni emanados de las órdenes de ningun gefe del ejército? El general Belgrano como él mismo dice, se vió separado de aquel teatro para encontrarse sin saber como, reunido á la caballeria que estaba á retaguardia del enemigo. El general Diaz Velez se ocupaba segun su costumbre en dar carreras inútiles y desacordadas, conque dándose un aire de enerjia se ponía en punto de apreciar la situacion de las cosas en toda su estension para tomar sus medidas de seguridad. Asi es que aunque por resultado él fue quien se vió á la cabeza de las fuerzas que ocuparon la plaza, y de la enérgica defensa que esta se preparó á hacer; los que tuvieron los honores de la jornada, fueron el teniente coronel Dorrego y el mayor Torres.

Entretanto ¿qué hacia, ó que habrá hecho nuestra caballería? Es lo que vamos á ver. Nada puedo decir de lo que hizo ó dejó de hacer la caballeria de la derecha, porque no pude verlo, pero creo que es exacto lo que dice la memoria del general Belgrano, al menos en cuanto dice relacion á la resistencia del Sr. Balcarce á cargar la infanteria enemiga, pero no estoy conforme en el todo con sus juicios. Quien sepa lo que era nuestra caballeria (aun ahora no es fácil conducirla contra infanteria) no debe estrañar que relusasen echarla sobre las bayonetas enemigas, y aun cuando Balcarce hubiera sido un Murat, que era el mejor oficial de caballeria de los ejércitos imperiales, no lo hubiera conseguido. Por lo demas sea caracoleando, sea oblicuando para ponerse sobre el flanco enemigo, el resultado fué que la caballeria

de Tristan (1) huyó dejando á la nuestra, señora del campo, lo que me hace creer que la division de Balcarce se esquivó de la infanteria enemiga, para lanzarse sobre la caballeria, para lo que no necesitaba mucho esfuerzo; pues como he dicho antes, era peor que la nuestra. Debe tambien decirse que las armas de los soldados de caballeria no estuvieron ociosas, y que ellas fueron teñidas en sangre, aun antes de que nuestra infanteria hubiese arrollado la enemiga, lo que confirma mi modo de pensar. Convengamos pues que la caballeria de la derecha no hizo todo lo que hubiese hecho una buena caballeria, pero que hizo lo que debia esperarse de lo que ella era. Luego volveremos sobre esto.

De lo que puedo hablar con mas propiedad'es de la caballeria de la izquierda, pues me hallaba inmediato á ese costado. Por esa parte no recuerdo haber visto caballeria enemiga que se le opusiese, al menos si la habia, seria poquísima, pues no figuró en el combate, pero la línea de infanteria sobrepasaba con mucho de la nuestra. La caballeria de Bernaldes que cubria este costado, tuvo órden de cargar, y efectivamente hizo un corto movimiento de frente, pero hizo luego alto contenido por los fuegos de la infanteria enemiga, y al fin se retiró completamente: abandonando entonces su resistencia el costado derecho de la línea enemiga y dando una media conversion á su izquierda resultó el martillo de que habla la memoria. En cuanto á la carga de la caballeria de la reserva al mando del capitán D. Antonio Rodriguez, nada puedo decir porque no he visto; pero presumo que estos movimientos sucesivos si no rompieron la línea enemiga contribuyeron á aumentar el desórden que confesó en su parte el general Tristan.

(1) En prueba de lo que expreso, hago memoria que el parte del general Tristan atribuia no su derrota que nunca confesó pero si su retirada momentánea" á la cobarde caballeria Tarifa que fugó vergonzosamente dejando un claro del que aprovechándose el enemigo puso en algun desorden los batallones.

Dire algo sobre un personaje de quien no he hecho mención en la jornada que voy detallando, pero que jugó un rol particular. Hablo del baron Olembert cuyo ayudante era yo. Con este motivo fué enviado frecuentemente con partes y otra clase de mensajes al general en jefe, quien, como he dicho, prestaba á sus indicaciones la mas completa deferencia. Por supuesto que en todos los movimientos preparatorios, tuvieron parte sus consejos. Cuando se avistó el enemigo se adelantó solamente acompañado de mí á reconocerlo; y se aprocsimo tanto, que si una partida ligera de caballería se hubiese desprendido con oportunidad, pudo hacernos prisioneros por lo menos á mí que cabalgaba un malísimo caballo; ademas muy cansado por el incesante servicio que de dia en dia como de noche me exigía el baron. En los momentos de romper sus fuegos la infantería, me ordenó buscarse al general (1) y le dijese que mandase cargar la caballería de la izquierda lo que cumplido por mi me contestó: “Dígale Vd. que yo mismo voy á hacerla cargar.” Vuelto despues á donde estaba el baron, lo encontré algunos pasos avanzado de nuestra línea, sufriendo el terrible fuego que hacia la enemiga, en frente precisamente del cañon que mandaba el teniente Santa Maria el cual le gritaba con toda la fuerza de su voz: “Quítese Vd. señor baron que voy á hacer fuego á metralla.” El peligro era comun á mi que me habia colocado á su lado, y me apresuré á repetirle lo que decia Santa Maria; se quitó al fin y el cañon hizo su disparo á que siguieron otros.

Viendo el baron que la caballería de la izquierda no

(1) El general Belgrano cabalgaba ese dia un mancisimo caballo morcillo de paso que acostumbraba montar habitualmente, con sorpresa de todos al primer cañonazo de nuestra línea se asusto y dio en tierra con el general. La noticia de la caída se propagó con admirable rapidez por toda nuestra formacion, y al principio se temio que fuese efecto de alguna bala ú otro accidente parecido, mas luego se supó el verdadero motivo. La caída parecia de mal agüero, pero no tuvo resultas desagradables y luego se olvidó. Pudo decir, *campo de Batalla te tengo.*

habia cargado me ordenó nuevamente que volviese á buscar al general, y le dijese por segunda vez que la mandase cargar; para cumplir esta órden me dirijí al rumbo que me pareció conveniente mas ya todo el órden de primera línea estaba alterado ó por mejor decir no habia línea. Los movimientos parciales que habian hecho los cuerpos habian variado enteramente las respectivas posiciones y el campo solo presentaba una espantosa confusion. En medio de este caos me fué imposible hallar por lo pronto al general, sin embargo que en prosecucion de mi intento corrí verdaderos pelihros dando equivocadamente con los enemigos, de quienes pude escapar con trabajo. (1) Tampoco supe mas del Baron hasta despues.

Me permitiré unas cuantas palabras mas sobre este señor, para no interrumpir despues mi narración ocupándome de él. Mientras le acompañé en el combate no noté signo ninguno de cobardía, pero cuando en los dias siguientes se reunió todo el ejército, me encontré con la novedad que un clamor casi general en los cuerpos de infanteria y artilleria lo acusaba de cobarde, arguyéndole que habia abandonado el campo de batalla bajo pretesto de una levísima herida que tenia en la espalda y que decian se habia hecho el mismo. La herida era cierta, y tambien lo era su suma pequeñez, pero ne es creible que el mismo se la hiciera; pues en este caso era mas cómodo y natural la hubiera practicado en el frente. Lo que habia de mas verdadero, era que el baron se ha-

(1) Buscando el general Belgrano por entre aquella batalla que contribuia hacer mas confusa, la humadera, el polvo y una densísima nube de langostas que casualmente acertaba á pasar por encima (muchos nos creimos momentaneamente heridos de bala cuando estos animalejos nos daban de golpes por el rostro ó por el pecho) me diriji aun cuerpo de infanteria que se me ofreció sobre mi camino; habia suspendido sus fuegos y al parecer se reorganizaba. A distancia de cuarenta pasos comencé á dudar y luego me apercibi que era enemigo: al dar vuelta mi caballo conocieron tambien que no les pertenecia y me saludaron con media centena de tiros que felizmente no me tocaron. Cosas semejantes y aun peores sucedieron á otros.

bia hecho mal querer, y que Dorrego que se habia declarado su enemigo y otros, gritaron á voces contra él, y que el general Belgrano tuvo que sacrificarlo á las circunstancias. Se separó del ejército, y se retiró á una quinta, donde no lo visitó otra persona fuera de mí, aunque muchos lo adulaban en tiempo de su privanza. Allí esperó el resultado de la solicitud (segun me dijo) que habia hecho al gobierno, y al regreso del correo se marchó á la capital. No fué solo el baron á quien se vió forzado el general á sacrificar á las exigencias de los que agitaban al ejército; muy luego veremos otro que tuvo idéntico destino. Aunque parezcan estas noticias ajenas de mi propósito he creido que convenia anotarlas para que se conozca el estado del ejército y lo que tenia que sufrir de sus mismos compañeros el general que nos ocupa.

Por lo que el mismo general expresa en su memoria se hecha de ver que la caballeria de la derecha le llamó con preferencia la atencion, y que fué el objeto de sus repetidas órdenes: al ver esto he estado tentado en creer que hubiese equivocacion por mi parte despues de tantos años y que la caballeria cuya carga tanto recomendaba el Baron fuese la de la derecha; pero despues de bien reflexionado me inclino á lo contrario, quiero decir me persuado que he sido exacto en mi relacion por dos razones. 1.ª Por que colocando el Baron en la izquierda de nuestra línea no podia ver la estrema derecha despues de empeñado el fuego. 2.ª Por que la coincidencia de decir el general Belgrano que despues de hacer cargar la caballeria de la reserva se dirigió á nuestra izquierda que fué cuando encontró al coronel Moldes, me hace presumir que ese movimiento personal suyo fué á consecuencia de la indicacion que por mi conducto le hizo el Baron la primera vez que fué mandado, y á la que como antes digo, contestó “dígame V. que yo mismo voy á hacerla cargar”; recordando yo con este motivo que el tomó esa direccion.

El coronel Moldes no tenia mando ni aun pertenecia al ejército; sea por patriotismo, sea por amistad que profesase entonces á la persona del general, quiso hallarse en la batalla sin tener lugar determinado. Lo que dijo al general de hallarse cortado, pudo ser hasta cierto punto exacto, pues parte de las fuerzas enemigas estuvo algun tiempo interpuesta entre las nuestras. Los movimientos de ambas fuerzas fueron tan variados, tan fuera de todo cálculo, imprevistos y tan desligados entre sí, que resultó una complicacion como nunca he visto en otras acciones en que me he encontrado. En esas conversaciones eternas que sobrevienen despues de una batalla, en que cada uno refiere lo que ha sucedido en el punto en que se ha encontrado y el modo como comprende el conjunto de la accion, suelen tomarse ideas de lo que no se ha podido presenciar personalmente. En la de Tucuman me sucedió lo contrario, pues despues de oidos innumerables detalles nunca pude coordinarlos para formar un juicio exacto de los movimientos de ese dia de confusión y de gloria, de ese dia solemne y de salvacion para nuestra patria.

Despues de divagar inútilmente buscando siempre al general, dí con unos hombres de caballeria que me dieron noticias vagas de su direccion. Siguiéndolas siempre, logré encontrarlo á grande distancia, y despues de corrido bastante tiempo, recuerdo que habia tenido que mudar dos veces cabalgadura, porque inutilizado mi caballo, tomé primero en el campo que estaba sembrado de muertos, de equipages y de armas, una mula, y no sirviendo absolutamente, la cambié por un caballo que no era tan malo como el mio (1) solo fué despues de mil trabajos que pude reu-

(1) Aunque mi primer objeto al redactar estas noticias ha sido suplir lo que falta á la memoria del general Belgrano, no es cuso sin perder de vista aquel objeto, hablar de lo que personalmente me concierne, 1.^o porque si yo escribiese mis memorias esta seria una parte: 2.^o porque no quiero dar lugar á interpretaciones en lo que respecta á mi conducta personal: 3.^o porque pienso que estos pormenores presentan mas en claro los sucesos y manifiestan

nirme al general, y entonces era ya enteramente inútil darle el recado de que era portador, y no lo hize.

Estaba acompañado del coronel Moldes, de sus ayudantes y algunos pocos hombres mas. Ni el general ni sus acompañantes sabian el éxito de la accion, é ignoraban si la plaza habia sido tomada por el enemigo ó si se conservaba por nosotros.

El general estaba triste, pensativo, y como embargado en sus facultades; no se le oia una palabra sino es con algun motivo muy especial. A la noticia de la aparicion del general, empezaron á reunirse muchos de los innumerables dispersos de caballeria que cubrian el campo, saqueando los ricos equipages del enemigo, y ultimando á los heridos, ó dispersos que encontraban. Uno de los primeros que apareció fué el teniente de dragones D. Juan Carreto á quien preguntó el general. ¿Qué hay, que sabe V. de la plaza? á lo que contestó. Nosotros hemos vencido al enemigo que hemos tenido al frente (pertenecia este oficial á la caballeria de Balcarce) pero creo que el enemigo ha ocupado la ciudad. Moldes que sin duda pensaba de otro modo, y que queria persuadirselo al general, le dijo: *No crea V. á este oficial que está hablando de miedo—Carreto repuso—Señor coronel yo no tengo miedo y sí, tanto honor como V. á lo que Moldes recontestó—como ha de tener honor un ratero como V. acompañando tan terrible apóstrofe de una mirada del mas profundo desprecio. Efectivamente Carreto traia cargado su caballo y su persona de ropas, y quizá de otras cosas que no eran visibles tomadas de los bagajes enemigos. Sin embargo no fué insensible á la injuria que le habia inferido Moldes y provocó un duelo que este aceptó en el acto. Ambos se separaron para irse á llevarlo á efecto, y habrian andado veinte ó treinta pasos cuando un oficial peruano D. Manuel Vera ayudante del general Belgrano, le dijo—Señor aquellos hombres van desa-*

que he sido testigo de ellos: 4. ° porque es una cosa privadisima mia.

fiados: como volviendo entonces en sí y como si recién se apercibiera de lo que pasaba á su presencia, gritó—*Señores que insubordinacion es esta?* Entonces muchos de los circunstantes corrieron á interponerse, y hacer desistir de su propósito á los presuntos combatientes, lo que conseguido, no se volvió á hablar del negocio.

Pocos momentos despues se presentó D. Juan Ramon Balcarce con algunos oficiales y como veinte hombres de tropa gritando *viva la Patria* y manifestando la mas exagerada alegria por la victoria conseguida. Se aproximó á felicitar al general quien á su vez le preguntó. *¿Pero qué hay? ¿En que se funda V. para proclamar la victoria?* A lo que contestó: *Nosotros hemos triunfado del enemigo que teníamos al frente y juzgo que en todas partes habrá sucedido lo mismo: queda ese campo cubierto de cadáveres y despojos* (1). En prueba de ello mostró al general y demas que estábamos presentes un gran cuchillo de monte con una rica empuñadura, en que estaba asegurada una medalla de oro de las que se habian gravado en honor de Goyeneche, el cual cuchillo pertenecia al coronel enemigo Peralta (2). Ya se comprenderá que la posesion de tal cuchillo ó daga que debió ser tomado en el equipaje de su dueño nada argüia en favor de la victoria y que el alarde que hacia Balcarce presentándolo como un trofeo era una ri-

(1) Cualquiera se hará cargo que no puede exijirse una rigurosa exactitud en la relacion de estos diálogos, despues de tanto tiempo: pero el sentido, aunque haya alguna ligera variacion en las palabras, es el mismo. Me valgo de este método para facilitar su inteligencia.

(2) Pienso que no disgustará la descripcion de la medalla acuñada en honor del general Goyeneche. En el anverso estaba su busto con insignias militares; en el reverso tenia esta leyenda latina *Dominus Emmanuel á Goyeneche, Ariquepensis, origine, militum egregius magister, confregit argentina castra in conflictu campestri de Huaqui et Sipesipe, adque subigit commiter civitates subversas Paz, Potusí, Chuquisaca, et Cochabamba*. En la hoja del cuchillo se leía: *De Peralta el regimiento. Y este bien templado acero sostuvo el Desaguadero. Y dió á Amiraya escarmiento*. Amiraya es la 1.^a batalla de Sipesipe, dada por los Cochabambinos mandados por Diaz Velez y Rivero en 1814.

dícula puerilidad. El hecho es, que él ignoraba completamente el estado de las cosas y que no hacia ni habia hecho mucho empeño por saberlo, para no tener ocasion de empeñar nuevamente un combate, contentándose con hacer entender que habia hecho prodigios con su caballeria y conservándose en el interin en una situacion perfectamente segura, para ver venir y esperar lo que daba el dia. Luego espresaré mas detalladamente, el juicio que tengo formado á este respecto.

Mientras tanto era evidente que el general Belgrano no estaba satisfecho de él, y acaso en parte provenia de eso el silencio á que se habia reducido. Las contestaciones de Balcarce visiblemente le desagradaron, y debió ser así pues tanto ellas como su conducta militar probaban que el gefe de la caballeria no habia comprendido que las operaciones de su arma debian ligarse con las otras de las otras armas á las que debia dar cooperacion y apoyo, y no contentarse con andar correteando un campo sin enemigos ya, espurgando los equipages cuando á algunas cuadras habia con quien combatir. Su ayudante predilecto, su hombre de confianza D. José Maria Palomeque que no se separaba de él un momento no hizo escrúpulo de hacerse seguir públicamente durante esos dias de un carguero de baules tomado al enemigo, que se habia él adjudicado, sino es que pertenecia á otra mayor categoría.

Habiendo ya este nucleo de fuerza reunida, sirvió de base para que concurriesen otros de los muchos que andaban dispersos y entretenidos en el merodeo á guisa de una orda de indios pampas, de modo que pasado algun tiempo pudo formarse una pequeña columna de 200 hombres. El general Belgrano no podia ser indiferente á la suerte del ejército que habia desaparecido como por encanto y á su propia gloria. Nadie sabia de nuestra infanteria ni de la plaza, y era preciso averiguarlo; en consecuencia dispuso el general que se marchase en direccion á la ciudad de la que distaríamos mas de una legua. Al po-

co rato de marcha se avistó un grueso cuerpo de tropas formado á la orilla del pueblo, sin que se supiese á que ejército pertenecía. El general seguia siempre silencioso á la cabeza de la columna, por mas que otros conversaban á su alrededor. Como se ajitase la cuestion de si eran enemigos los que se avistaban, ó si seria nuestra infanteria, y como se dividiesen las opiniones, exclamó el general interrumpiendo su silencio. *¿Y cómo hemos de salir de dudas si yo y mi comitiva somos los que vamos de descubridores?* Era asi efectivamente porque á nadie se le habia ocurrido mandar batidores y ni aun entonces recuerdo que lo hiciese el Sr. Balcarce.

Cuando oimos espresarse al general en ese tono de amarga reconvencion, nos apresuramos unos cuantos oficiales que ibamos sueltos á suplir esta falta. Recuerdo al capitan D. Apolinario Saravia, (alias) Chocolate, Salteño, el teniente Carreto, algun otro y yo (1). Tomando buenos intervalos marchamos en lí-

(1) Me permitiré hacer relacion de un incidente particular en este día para mi, tan fecundo en lances personales de los que aunque omita algunos no dejaré de referir los que ofrezcan mas interés. Dos horas antes habia casi reñido con el capitan Saravia arriba mencionado, por defender unos prisioneros que él queria hacer matar: ahora me prestó un importante servicio con lo que quedamos reconciliados, para volver á disgustarnos mas tarde en un tercer encuentro. Siguiendo nuestra marcha descubridora por un campo sembrado de cadáveres y de armas, de baules destrozados y de toda clase de restos de equipajes incluso el coche del general Tristan, repentinamente se me apareció un soldado á pié á quien no habia visto hasta que estuve muy inmediato porque estaba agachado. Mi pregunta primera fué para saber que fuerza era la que teniamos al frente, y él sin desconcertarse me contestó—*Es nuestra*—pero bien, le dije; y V. á que ejército pertenece—*al nuestro*—volvió á contestarme: mas cual es el nuestro le pregunté por 3.^a vez—y su contestacion era la misma, *el nuestro*. Lo que probaba que él ignoraba tambien con quien hablaba. Para hacerlo espresarse con claridad quise acustarlo y sacando una mala pistola que cargaba, le dije; hable V. la verdad ó lo mato. El hombre pareció sorprendido, y tendiendo los brazos en ademan de suplica, retrocedia en proporcion que yo avanzaba: mas su retirada llevaba tambien el designio tomar su fusil que estaba alli cerca entre el pasto, asi fué que cuando llegó á él

nea aproximándonos á la fuerza que se quería reconocer. Era casi toda de infanteria y no se separaba ni un hombre de sus filas. Sin embargo, nos aproximamos lo bastante para persuadirnos que era enemiga y volvimos á encontrar al General que habia seguido tras nosotros, para darle cuenta del resultado de nuestras observaciones. Ya el mismo se habia aproximado demasiado con la columna y como manifestase aun dudas de lo que deciamos, el enemigo quiso entonces comprobar nuestros partes rompiendo el fuego de cañon sobre nosotros. Ya entonces no habia que trepidar; el enemigo en gran fuerza se habia establecido en los arrabales de la ciudad, lo que hacia sospechar que ocupaba la ciudad misma. Pero en tal caso, ¿Qué se habia hecho toda nuestra infantería? ¿Habia sucumbido toda, en términos que no habia escapado uno que viniese á darnos la noticia? ¿Habia tomado otra direccion sin que nadie lo hubiese percibido? Estas crueles dudas atormentaban á todos y al general mas que á nadie, quien por deber, por honor, y por su gloria propia no podia abandonar una parte del ejército, si es que en algun punto se sostenia: para hacer mas positivas estas dudas, no se oía un solo tiro á la parte de la ciudad y todo habia entrado en un silencio profundo, fuera de los cañonazos antedichos.

Ignoro lo que sobre esto pensaban el general y los gefes superiores que lo acompañaban, pero el resultado fué que despues de un rato en que pareció que consultaban,

lo tomó con rara prontitud y poniendo una rodilla en tierra me puso los puntos. Yo le disparé mi mala pistola sin efecto, porque no dió fuego; el tampoco disparó el fusil, lo que me hace creer que estuviese descargado, conservándonos en esta actitud por algunos instantes. Saravia que no estaba lejos se precipitó en mi ayuda con la celeridad de un rayo, lo cual visto por el soldado tiró su arma á tierra y huyó. Saravia lo persiguió armado, como buen paisano, de un poderoso puñal y habiéndolo alcanzado sin apearse ni parar el caballo, le dió dos ó tres tremendas puñaladas por la espalda de que cayó, me supongo que muerto. Saravia era muy agauchado, cabalgaba un soberbio caballo, era sumamente diestro en su manejo, y profesaba un odio rencoroso á los realistas. El soldado de que he hablado, lo era.

empezamos á retirarnos lentamente con direccion al Rincon, estancia del Teniente Novernador D. Francisco Ugarte, sita á tres leguas de Tucuman, rumbo sud. Es probable que desde allí se pensarian tomar nociones, sobre el estado de las cosas, que hasta entonces no se habian podido obtener. En cuanto á mí, hasta ahora me confundo² considerando la indolencia ó no sé que nombre darle, á esa apatia que manifestó tanto oficial antiguo, tanto militar experimentado, para penetrar aquel misterio que á todos nos mortificaba. No sé que alguno hiciese diligencia ni d'iese paso para conseguirlo. Voy á referir lo que yo hice de mi propia espontaneidad.

En la escursión exploradora, ó descubridora que he referido, encontramos tirados en el campo dos cañones que habia abandonado el enemigo en sus precipitados y desordenados movimientos. Eran precisamente las dos piezas de montaña que nos habian tomado el 3 del mismo mes en el Rio de las Piedras. Sin duda al abandonarlos los enemigos no tuvieron tiempo ni avios para clavarlos, y se contentaron con inutilizarlos momentáneamente desmontándolos, quitando las ruedas á las cureñas y llevándose los sotrozos (cuñas del eje que sujetan las ruedas). Cuando ví que nos retirábamos sin llevar los cañones, lo que me parecia fácil, no pude menos que deplorarlo interiormente y aun hablarlo con otros compañeros. Viendo que seguia la retirada, que ya nos habiamos alejado como media legua y que no se tomaba providencia alguna, me aproximé al coronel Moldes que al parecer poseia la confianza del general y que estaba siempre á su inmediacion, y le dije cuanto habia visto relativamente á las dos piezas de artillería y á la facilidad que habia de traerlas si se mandaba una partida bien montada: al principio pareció dudar de la exactitud de la noticia que le daba, pues ni la columna, ni él, ni el general llegaron nunca adonde estaban, pero habiéndome ratificado en ella, me llevó á presencia del general (todo esto era sobre la marcha) quien igno-

raba completamente el hecho. Despues de oirme me dijo: pues que V. sabe donde estan los cañones de que me habla, preciso es que vaya á traerlos, á cuyo efecto mandó órden al gefe de dragones, que era D. Diego Balcarce (à quien yo entonces apenas conocia de vista) para que pusiese à mi disposicion una partida bien montada. Confieso francamente que esta comision me contrarió altamente porque nunca pensé que me la diesen. Habia tantos oficiales de caballeria con tropa propia, practicos del terreno, hombres de campo y bien montados: por otra parte estaba tan falto de sueño, y tan cansado con el servicio que dia y noche hacia al lado del Baron, hombre que me manifestaba aprecio, pero que era majadero en grado superlativo, que fué para mí un verdadero sacrificio el encargo que se me dió á consecuencia de mi oficiosidad.

Cuando estuve con D. Diego Balcarce para que me entregase la partida que debia acompañarme, le pedí me hiciera dar á mi tambien un caballo porque el que cabalgaba estaba enteramente malo. Ordenó entonces el teniente D. Gregorio Madrid (general hoy) que me cediese el suyo, el que lo hizo demostrándose y cambiando sin quitar las monturas, con el mio; mucho gané en este cambio temporario porque el del Sr. Madrid era un superior lobuno que me facilitó mucho el desempeño de mi comision.

Vuelto al campo de batalla con mis ocho ó diez hombres y algunos mas que reuní en el camino, á pocas cuadras del enemigo que permanecia inmóvil y concentrado, hice montar los cañones y suplir la falta de sotrosos, con las baquetas de las tercerolas retorcidas y aseguradas lo mejor que se pudo. Hecho esto me puse en marcha en seguimiento de nuestra columna de caballeria, sin que el enemigo desprendiese un hombre para impedir ó molestar mi pequeña operacion. Habiendo andado como media legua siempre con mi pensamiento fijo en la ciudad, cuyas torres y casas veiamos, cuyas calles alcanzamos á discernir sin poder saber lo que en ella pasaba, me encontré con el porta-guion

de entonces, general hoy dia en Buenos Aires D. Felipe Heredia que iba sin duda procurando reunirse á la columna. Ya las piezas en salvo y en marcha, teniendo un oficial del mismo regimiento de la partida que yo llevaba, á quien encargar su conduccion, crei que podia hacerlo, para dedicarme á penetrar el árcano que nos abrumaba y saber la suerte de nuestros compañeros de infanteria y artilleria.

Encargando pues al alferez Heredia la conduccion de las dos piezas, con recomendacion de entregarlas al general, y decirle que yo me dirigia á adquirir noticias de la ciudad, tomé solo dos hombres bien montados y prácticos del lugar, porque eran Tucumanos, é hice un cuarto de círculo á distancia de la ciudad, hasta ponerse perfectamente rumbo sud: entonces dando una conversion á mi izquierda me dirigí rectamente hasta penetrar en las primeras calles. Todas las puertas estaban cerradas, ensayamos tocar algunas y fué del todo inútil, tuve pues que seguir adelante por la calle recta de la Matriz sin ver ningun viviente, sin embargo que no serian mas que las tres de la tarde. Colocado ya á tres cuadras de la plaza, alcanzaba á ver jénte en la parte interior del foso, pero nada me indicaba aun, que fuese nuestra; al fin me llegué tanto que conocí que eran compañeros los que lo guarnecian. Puesta una planchada estuve dentro y me entregué por unos momentos al gusto de ver amigos cuya suerte ignoraba y de saber los importantes resultados de la batalla. Habia cerca de quinientos prisioneros, cinco cañones, armamento, y muchos gefes de nota tomados al enemigo. La plaza estaba fuerte, las azoteas y casas inmediatas estaban ocupadas por nuestras tropas, los fosos y calles bien artillados y guarnecidos, finalmente todos resueltos á la mas vigorosa defensa. Los de adentro preguntábanme con igual interés del general, de la caballeria, de lo que pasaba fuera porque estaban en idéntica ignorancia de lo que sucedia fuera de la plaza y solo sabian que el enemigo estaba á pocas cuadras ocupando las casas de los arrabales; nadie habia soñado en salir, y cosa

6

extraña, el general tampoco habia pensado en hacer diligencias de averiguarlo.

Luego que supe que el general Diaz Velez tenia el mando de la plaza, traté de ir á darle parte de lo que tanto deseaba é importaba saber. Pero antes quiero decir algo sobre mis deseos y disposiciones personales.

Mi cansancio era sumo, á que se agregaba la falta de sueño que en la juventud es tan poderosa; habia pues mirado mi arribo á la ciudad como el término de las aventuras de aquel dia, y como el lugar de un ligero descanso. Por otra parte mis vivos esfuerzos por entrar á la ciudad, habian tenido el objeto de reunirme á mi cuerpo (que segun he dicho era accidentalmente el de artillería) del que podia suponérseme disperso. Yo era seguramente inculpable, pues me habia separado en desempeño de un servicio que no podia rehusar, cuando se me mandó buscar al general, pero apesar de eso temia la maledicencia, y tambien la animadversion de algunos que despues de haber adulado mucho al Baron, empezaron á morderme cuando este hizo alguna distincion de mí. Habia tambien en el ejército una especie de faccion capitaneada por Dorrego, que se habia abrogado el derecho de clasificar el mérito de los oficiales y gefes sin dispensar al mismo general. Esta faccion no me era contraria pero tampoco le pertenecia, de modo, que no era difícil que me envolyiese en el anatema que habia fulminado contra el Baron y que iba á estallar en primera ocasion, como sucedió. Diré pues francamente que no fué solo patriotismo y celo por el servicio el que me hizo arrostrar el peligro para entrar en la plaza y buscar mi cuerpo si es que el estaba allí, y sino hacer una accion que mereciese alguna distincion. No me habia equivoado: en los dias posteriores los de la plaza hablaban con el mayor desprecio de los que habian quedado fuera, y aun cuando esto pudiese no ser justo, yo me aplaudia de mi resolucion para tapar la boca á cualquiera si es que se atrevia á ofenderme.

Pasados los primeros momentos con los oficiales que

estaban en la trinchera de la Matriz segun he indicado, me dirigí á casa del general Diaz Velez que distaba solo media cuadra: me examinó con avidez sobre la situacion de nuestras fuerzas fuera de la plaza, sobre el general en jefe, sus miras &ca, y luego que hube satisfecho sus preguntas, tomando ese tono berboso griton y fantástico con que solia suplir ó disimular la falta de otras calidades, me dijo: *“Vuelva V. á montar á caballo y vuele en alcance del general, para decirle que tenemos tales y cuales ventajas, que se han tomado todas las medidas de defensa, que la plaza está fuerte y que se defenderá hasta la última extremidad”*. Un rayo caido á mis pies no me hubiera desconcertado mas que esta órden, y deseando aun eludirla, le dije: *Señor, no tengo caballo porque el que traigo está cansado*: llamó entonces á su ayudante el mayor Videla (alias) Matamoros que despues fué Gefe de Policia en tiempo de la Presidencia en Buenos Aires, y sin bajar del tono alti-sonante, le dijo: *“Vaya V. y quite un caballo aunque sea al Espíritu Santo y déselo al señor”* Entonces repuse, *deberán ser tres, pues en el mismo caso están dos soldados que me acompañan.* *¿Y para qué quiere V. compañía? me dijo, vaya V. solo. Señor, contesté, no soy del pais, no conozco los caminos ni la campaña, y me será imposible dar con el general en jefe sin un práctico. Pues bien Videla, concluyó, en lugar de un caballo dé V. dos al señor, y que marche inmediatamente”*.

No puedo menos que comparar al que queria empuñar la maza de Hércules para aplastar un mosquito, á un general, que durante lo crítico del conflicto no ha hecho ostencion de su autoridad, y que toma un tono mas que Napoleónico para mandar tomar un caballo é intimar á un jóven subalterno una órden cruel. Si, era cruel mandar á un jóven delicado, sin práctica del campo, sin destreza en el caballo, sin esperiencia en la guerra, que acababa de hacer un servicio quizá superior á sus fuerzas, á que atravesase solo, tres leguas de terreno que no conocia, por entre enemigos

verdaderos ó maliciosamente simulados (1) y por entre toda clase de peligros. Lo singular, es, que no me dió comunicacion ninguna para que todo fuese informal, ó quizá porque no creia que llegase á mi destino.

Mientras se preparaban los caballos, se anunció un parlamentario del enemigo, y efectivamente lo ví entrar á casa de Diaz Velez conducido del brazo por Dorrego porque traia los ojos vendados. Tristan haciendo un esfuerzo, intimaba rendicion á la plaza. Diaz Velez me hizo llamar para encargarme dijera al general que la contestacion que iba á dar era enérgica y negativa. Lo singular es que Tristan amenazaba incendiar la ciudad, y segun, oí se le contestó que, en tal caso los prisioneros serian pasados á cuchillo. Entre estos estaban los coroneles Barreda primo de Goyeneche, Peralta (el dueño del cuchillo de monte) tan mal herido que murió esa noche, el comandante de Ingenieros Alcon, el auditor de guerra Medeiros (hijo) y y otros oficiales de nota.

Salí al fin de la ciudad pero no por donde habia entrado, pues atendida la posicion del enemigo, habia sido sumamente peligrosa la via que habia traido. Salí por el Este para luego tomar al Sud. Habiendo andado cinco sextas partes del camino, cuando mi caballo empezaba á flaquear, fuí alcanzado por el capitan Saravia, siendo este el tercer encuentro que tenia con él en este dia. Venia de la ciudad á donde habia logrado penetrar despues de mí; habia salido tambien despues, pero con mejores cabalgaduras, y con los recursos de un hombre de campo habia andado mas ligero. Nuestra diferencia entonces que no pa-

(1) En el camino buscando de nuevo al general en jefe, me ví rodeado de una partida de gauchos, que me desconocieron ó afectaron desconocerme, y me asestaron sus armas, bajo pretexto de que me creian enemigo: no me costó poco trabajo persuadirlos. A mi hermano D. Julian, le sucedió ese dia otro tanto, y aun mas, pues lo hicieron prisionero y ya le habian quitado algo de su ropa: otros oficiales que llegaron lo salvaron de este disgusto.

só de amistosa, era sobre quien habia penetrado primero en la ciudad, pretendiéndolo él, y negándolo yo: hubiera querido ser yo tambien quien llevase primero, ya que estaba en camino, tan buenas noticias al general en jefe, pero no pude: Saravia picó su caballo y me dejó atrás.

Llegué á las oraciones al Rincon, donde habia campado el general Belgrano, quien me recibió en la casa de la hacienda; sin embargo que habia hablado con Saravia me interrogó con proligidad; á mi vez le pregunté si le habian sido entregadas las dos piezas de artilleria que habia mandado con el alférez Heredia, y contestándome afirmativamente insinuó los deseos de que se habilitasen para que en caso preciso sirviesen contra el enemigo y quedasen afectas á la division que se aumentaba por momentos.

Penetrado de la importancia de lo que indicaba el general, y haciendo reminiscencia le dije: *Señor, no me parece difícil proveer las dos piezas, de municiones y juegos de armas que les faltan, si podemos hallar el Parque del ejército, que no debe estar lejos (1). Este segun la órden general preparatoria, que precedió uno ó dos dias á la batalla debia salir á distancia de una legua del pueblo, pasar el rio y situarse en la banda Sud á esperar órdenes; si estas no le han ido, es consiguiente que se conserve allí. Dice V. muy bien me contestó, yo no he manda-*

•(1) El parque del ejército y sus medios de trasporte, se conservaban en la misma forma que habian estado, en la frontera del Perú donde no se puede hacer uso de rodados. Consistía en 70 ú 80 cargas que se conducian á lomo de mula. Habia un arriero mayor, hombre inteligente y de responsabilidad que tenia siempre prontas un cierto número de mulas aparejadas, para cualquier hora que se le pedian, mediante una retribucion de cuatro fuertes por mula en las Provincias Bajas y seis en el Perú que se le abonaban mensualmente. Dicho arriero mayor que en esa ocasion era un tal Mariño, proveia de medios de transporte no solo los Parques sino los equipages, proveduría, hospitales y toda clase de bagages. Es un excelente método y lo creo apreciable hasta cierto punto en nuestro pais; el ejército del Perú estaba muy bien servido. Mariño hizouna gran fortuna en Tucuman, apropiándose toda la mulada del ejército enemigo, y aun muchas mulas ricamente cargadas. El Vilcapugio y Ayouma perdió todo y últimamente cayó prisionero. No he vuelto á oír hablar de él. Esa es la guerra.

do ningunas y de consiguiente debè permanecer en aquel punto, Salga V. ahora mismo á buscarlo, que se le provea de un baqueano ó guia, y traiga V. todo lo preciso, esta noche, para habilitar las piezas que sin eso nos son inútiles.

Veaseme pues otra y otra vez, hecho víctima de mi oficiosidad, y cuando esperaba recostarme un poco, descansar un rato, dormir un par de horas, tener que montar á caballo y salir á campear con una ordenanza y un práctico por un terreno erizado de peligros. No hubo mas remedio fué preciso resignarse, pero con la advertencia que tomaba estas cosas tan á lo sério, que no hubiera defraudado media hora al servicio público, entregándome al descanso por todos los tesoros de Potosí: así fué que no encontrando el Parque en el lugar designado, me propuse recorrer todas las casas del distrito para adquirir noticias de él, sin detenerme en ninguna. Con asombro mio empecé á encontrar en muchas de ellas soldados enemigos rendidos, y soldados nuestros dispersos. Hubo casa en que habia solo mugeres, en compañía de dos ó mas soldados del ejército real, que se confesaban prisioneros y dormian tranquilos bajo la salvaguardia de las pacíficas habitadoras del rancho á donde los habia llevado la casualidad ó su destino.

Recuerdo que durante mi nocturna peregrinacion, llegué á una casa pobre en cuyo patio cenaban muy amistosamente un cabo Solis de artillería que con cuatro soldados del mismo cuerpo, era conductor de seis cargas de municiones, en compañía de ocho ó diez prisioneros que se le habian entregado. Como era doble el número de los rendidos, el cabo Solis contemporizaba con ellos y se creia casi á su disposicion; mas en nada menos pensaban que en abusar de su fuerza, y por el contrario estaban perfectamente sumisos y resignados á su destino. La causa de esta singular anomalia, consistia en que habiéndose dispersado de su ejército, y viéndose en un terreno desconocido, espuestos á ser inmolados, si caian en manos de los gauchos en el campo, reputábanse como felices si lograban asilarse en una

casa donde aunque se les considerase como prisioneros se les garantia la vida. Las municiones que tenia el cabo Solis eran del calibre de á 6, y de consiguiente no servian para los cañones que teniamos fuera de la plaza. Era un repuesto destinado á proveer las piezas que estubieron en la batalla, y que en medio de la horrenda confusion de ese dia se estravió, y esperaba como tantos otros, el siguiente para vermas claro.

Mi primer propósito fué ir reuniendo y hacer marchar conmigo las partidillas queiba encontrando, pero hallé el inconveniente que sobre quitarme mucho tiempo, debia hacerles andar mucho camino inútil: preferí pues darles un punto adecuado de reunion y seguir yo, mi prolija investigacion. En ella invertí toda la noche, hasta que adquirí la certidumbre que el Parque no estaba por alli y aun tuve noticias de que se le habia visto regresar á la ciudad.

Al salir el sol el dia 25, estuve de regreso en el campo del general Belgrano, y muy luego tras de mi una pequeña columna de soldados nuestros y prisioneros, por mitad mas ó menos: todos podrian llegar á ciento cincuenta hombres. Entonces, empezamos todos á conocer las ventajas de nuestra situacion, sobre la del enemigo: las noticias que por todas partes se recibian, anunciaban sus descalabros del dia anterior y lo precario de su estado. El general Belgrano se movió resueltamente del Rincon en direccion á la plaza, con la que abrió comunicaciones mas fáciles, y nos presentamos á la vista de Tristan, que se conservaba con su ejército concentrado en la misma posicion del dia anterior. Hicimòs en el dia algunos movimientos de puro aparato y á las dos de la tarde se despachó un parlamentario para intimar rendicion al ejército real, que era lo mismo que Tristan habia hecho la tarde antes con la plaza. El coronel Moldes fué el que tuvo esta comision, y creo que no pudo ser mas acertada la eleccion, tanto por la arrogancia de su carácter, cuanto porque era un oficial que habia servido en Europa, y probablemente conocido de Tristan. La contes-

tacion fué, *que las armas del Rey no se rendian*, y ya no se pensó, sino en acordar hostilidades mas serias.

Esa noche (la del 25 al 26) hicimos una marcha semicircular rodeando la ciudad, hasta llegar al punto del arroyo Manantiales de que hicimos mencion al principio de estas apuntaciones. Las horas que duró la marcha, fueron para mi de un acervo tormento, producido por la falta de sueño y la imposibilidad de entregarme á él. La necesidad de dormir que sentia era tan urgente, que ningun esfuerzo bastaba á resistirla, y á cada instante me veia espuesto á caer del caballo y ser quizá pisoteado, despues de sufrir un buen golpe. Ademas de eso, abandonaba las riendas, y el caballo me llevaba arbitrariamente, á veces dirijiéndose al campo, y otras dando trompicones á otros caballos, y á los caballeros. El general Belgrano marchaba á la cabeza, y yo estaba provisionalmente adjunto à su comitiva: muchas veces me sucedió recordarme à su lado, despues que mi caballo habia dado un empellon al suyo. Sin duda, conoció mi estado, y tuvo la consideracion de prudenciar mis involuntarios ataques: lo mismo me sucedió con otros gefes y no gefes que tuvieron igual consideracion. Cuando llegamos á los Manantiales y se permitió apearse y descansar un rato, yo apenas pude tomar el peñon de mi montura y cai como un muerto; estoy seguro que se hubieran disparado cañonazos y me hubieran acaso muerto sin que volviese en mí. Solo es despues que he aprendido á dormir á caballo sin dejar de marchar: todo lo consigue la necesidad y la costumbre.

A la mañana siguiente cuando todos creiamos, que ivamos á emprender operaciones mas activas, es que se supo que el enemigo habia decampado esa noche antes, y habia definitivamente emprendido su retirada para Salta. El general Belgrano no perdió tiempo ni la ocasion, de sacar las ventajas posibles de la victoria que al fin se declaraba enteramente por nosotros. Organizó una vanguardia, de las mejores tropas de infanteria y caballeria, y al mando del

general Diaz Velez la destacó en persecucion del enemigo. Quizá he dicho mal *en persecucion* porque esta fuerza que seria de 500 á 600 hombres, no tenia poder para ofrecer una batalla al ejército de Tristan, pero como su objeto era picar la retaguardia enemiga, quitarle los recursos, preparar algunas sorpresas, batir partidas que se desprendiesen, y hacer lo que se llama la pequeña guerra, era muy suficiente al objeto. No hizo sin embargo cosa notable fuera del ataque de Jujuí sobre el que diré mas palabras.

Siendo nuestra vanguardia absolutamente dueña de la campaña, lo era tambien de todos sus movimientos en toda la estension de esta palabra. El ejército enemigo en un pais que poco conocia, donde no encontraba ninguna simpatía, sin caballeria, marchaba en masa, solo tenia el terreno que materialmente pisaba y no sabia lo que pasaba en dos cuadras de su campo. Nuestra fuerza por el contrario, podia fraccionarse, reunirse, pasar á vanguardia del enemigo, ponerse sobre sus flancos (1) y hacer toda clase de movimientos. Véamos pues las ventajas que se sacaron de esta situacion.

El capitán D. Cornelio Zelaya con el de la misma clase D. Eustoquio Moldes fueron destinados á sorprender la guarnicion de Jujuí, donde estaba detenido un importante convoy consistente lo mas en dinero metálico que venia para el ejército real; los enemigos se atrincheraron en una calle de la ciudad y rehusaron el ataque quedando herido y prisionero el capitán Moldes.

De mayor consecuencia fué lo sucedido en Salta donde Tristan habia reunido 60 ú 80 prisioneros que nos habia hecho desde la acción de las Piedras, con unos cuantos ofi-

(1) Las circunstancias habian variado enteramente de cuando se emprendió nuestra retirada de Humaguaca, donde dije que esta operacion era inútil y peligrosa; sobre todo habia variado el teatro, pues ahora nos hallábamos fuera de la sierra donde la caballeria ó infanteria montada estaba perfectamente garantida contra los ataques del enemigo. Este iba en retirada y no habia peligro en fraccionarnos, lo que no sucedia en el primer caso.

ciales. Estos sabiendo nuestra victoria de Tucuman se insurreccionaron y se incorporaron á nuestras fuerzas. Un oficial Burgos tueumano fué el que capitaneó este movimiento no obstante que entre los presentes habia oficiales de mas graduacion.

El general Diaz Velez con su vanguardia tomó desde el Pasage (rio) el camino de la Pedrera y anticipándose al enemigo entró en la ciudad de Salta, pero despues de uno ó dos dias de momentánea ocupacion tuvo que abandonarla á la aproximacion de Tristan que llegaba por el otro camino. Fuera de lo que se ha dicho no hubo mas que uno ó dos tiroteos insignificantes en todo el camino, siendo la mejor ventaja de esta espedicion el convencimiento de nuestra superioridad en estas provincias bajas, debida á la decision del paisanage, y á la facilidad de hacer obrar la caballeria. La espedicion regresó á Tucuman á fines de Octubre sin otra novedad.

Se me dispensará que ocupe algunas líneas dando una noticia del general Arenales que puede decirse que en ese tiempo empezó su carrera militar en los ejércitos de la patria. El habia obtenido empleos en tiempo del gobierno colonial y recuerdo que era sub-delegado de Arque jurisdiccion de Cochabamba cuando por diferencias ruidosas que tuvo con el gobierno de esta provincia, se libró contra el una orden de prision, hizo como prófugo y sin pasarportes legales aquel célebre viaje, uno de los mas rápidos que se cuentan hasta Buenos Aires donde el mismo se presentó al Virrey ó la Audiencia á dar sus descargos. Cuando la revolucion de Chuquisaca el año 1809, fué nombrado por la audiencia comandante general de armas, de modo que cuando con la ida del presidente Nieto fué sofocada la revolucion, fué mandado preso á Lima. Debió salir sin duda en libertad y regresó á Salta lugar de su vecindario donde era alcalde ordinario cuando Tristan hizo su invasion. La revolucion de los prisioneros de que acabo de hablar, lo tomó allí, porque no habia emigrado, sino que esperó

tranquilamente al enemigo. Vuelto Tristan á Salta se ocultó en una chacra pocas leguas distante porque supo que se le atribuía inteligencias con los prisioneros sublevados. Desde su retiro hizo varias diligencias para rehabilitarse con Tristan, pero no habiéndolo conseguido, se fué definitivamente á Tucuman donde se presentó al general Belgrano. Allí estuvo separado del ejército, y solo se incorporó al marchar á Salta, en cuya victoria se halló. Este fué el principio de su honrosa carrera en los ejércitos de la independencia, en que prestó tan útiles servicios, y en que adquirió victorias gloriosas tal como la Pasco y la Florida.

Juicio crítico sobre la batalla de Tucuman.

La batalla de Tucuman tanto por la importancia como por su mérito militar merece que le dediquemos algunas observaciones, y si se quiere sea un juicio crítico que emitiremos con la mas severa imparcialidad. Segun las noticias de aquel tiempo el general Belgrano, atendida la inferioridad de sus fuerzas, tenia órden del gobierno general para evitar una batalla y continuar su retirada hasta Córdoba. Cuando él desatendió estas órdenes ó las interpretó tomando sobre sí el variarlas, contrajo una responsabilidad que prueba la elevacion de su carácter y la firmeza de su alma. Esa sola resolución era de un gran mérito, y de esperar era que la honrase y justificase la victoria como sucedió.

Al menos perspicaz se le ocurre que abandonada la provincia de Tucuman inclusa la ciudad y territorio de Santiago que le pertenecía, el enemigo no solo adquiria una estension de territorio (prescindiendo de la fuerza moral que le daba tan vasta conquista) que reducía en la mis-

ma proporción el que dominaban nuestras armas, sino que le ofrecían la inapreciable ventaja de poder aumentar su caballería y formar nuevos cuerpos con hombres idoneos para el servicio de esta arma. Por más que nuestros gauchos y en general los hombres de la campaña fuesen decididos por la causa, es indudable que jugando con actividad y tino los resortes que están en manos del gobierno y de un general vencedor, hubiera adquirido el ejército real muchos hombres de estas provincias para su caballería. Así vimos que no dejó de sacar fruto de sus momentáneas ocupaciones de las de Salta y Jujú de donde los Olañetas, y otros lograron atraer hombres que sirvieron al enemigo hasta el fin, con admirable decisión. Ya desde Santiago habíamos visto desertar al alcalde provincial D. N. Aranda hombre animoso y de gran prestigio (1) para irse á incorporar al general Tristan. El cura Laguna de las Trancas se había también reunido al ejército real cediendo á las persuaciones de Tristan, y empezaba á predicar la guerra contra sus mismo paisanos. Véase pues cuantas conquistas semejantes hubiera hecho Tristan, quien para que fuese más peligroso tenía la calidad de americano como eran casi todos los gefes de su ejército. Si á esto se agrega que los europeos mandados retirar desde el Perú, Salta, Jujú, y Tucuman, como también los que habían desterrado de Buenos Aires inundaban la campaña de Córdoba que iba á ser fronteriza, se convendrá en que la batalla de Tucuman fué un suceso grandioso y de grandes resultados para la causa de la libertad.

Hay más aun que decir en honor del general Belgrano. Hasta que él tomó el mando del ejército se puede asegurar que la revolución propiamente hablando no estaba hecha en esas mismas provincias que eran el teatro de la guerra. Cuando en principios de este mismo año (1812) emprendió

(1) En la acción de Tucuman fué hecho prisionero y mandado fusilar en la plaza pública del mismo Santiago, por el general Belgrano.

el general Puyrredon su retirada con el ejército, nadie (con muy raras excepciones) se movió de su casa, y esos salteños y jueños tan obstinados y patriotas, como valientes después, se quedaban muy pacíficamente para esperar al enemigo y someterse á su autoridad, sin escluir muchos empleados y militares que no estaban en servicio activo. Cuando en Agosto, emprendió el general Belgrano la suya, la hizo preceder de un bando fulminante mandando el completo abandono de los pueblos y lugares que debia ocupar el enemigo. “*Estancieros; decia el bando, retirad vuestras haciendas, comerciantes retirad vuestros géneros, labradores, retirad vuestros frutos, que nada quede al enemigo, en la inteligencia que lo que quedare será entregado á las llamas (1).*” Efectivamente algo sucedió de esto, pues’ tuve noticia de uno ó dos cargamentos de efectos que se distribuyeron á la multitud ó se quemaron, y yo mismo y todo el ejército presenció el incendio de dos gruesos cargamentos de tabaco en covos, por la misma razon.

Aunque estas providencias no tuvieron todo su efecto por la precipitacion de nuestro movimiento y la dificultad de llevarla á efecto en toda su estension y aun que parezcan algo crueles, no trepido ni un instante en asegurar que fueron de una gran utilidad política, ellas despertaron los ánimos ya medio resignados á sufrir el yugo español, ellas nos revelaron haciéndolo mayor, la gravedad del compromiso que habíamos contraido cuando tomamos las armas, contra el gobierno establecido por la metrópoli: ellas en fin nos hicieron conocer que era una cuestion de vida ó de muerte para nuestra patria la que se agitaba, y que era preciso resolverse á perecer ó triunfar: fuera de que estas medidas enérgicas que recaian indistintamente sobre las personas

(1) No tengo á la vista el documento á que me refiero, y las palabras que pongo de él son un recuerdo de mi memoria. Sin embargo si hay alguna alteracion será muy pequeña é insubstancial. Tristan en una carta á Goyeneche que fué interceptada, le dice: “Belgrano es imperdonable por el bando de tantos de Agosto.”

mas elevadas de la sociedad hirieron la imaginacion de las masas de la poblacion y la predispusieron á desplegar esa fuerza gigantesca que ellas mismas ignoraban y que despues han hecho de las provincias bajas un baluarte incontrastable.

Muchos han criticado al general Belgrano como un *hipócrito* que sin creencia fija hacia ostentacion de las prácticas religiosas para engañar á la muchedumbre. Creo primeramente que el general Belgrano era cristiano sincero, pero aun examinando su conducta en este sentido por solo el lado político, produjo inmensos resultados. El concepto de incredulidad que se atribuia á los gefes y oficiales de nuestro ejército, y que tanto dañaba á la causa en estas provincias bajas, se fué desvaneciendo y al fin se disipó enteramente, las personas timoratas se identificaron con los campeones de la libertad, y esta se robusteció notablemente; nuestras tropas se moralizaron, y el ejército era ya un cuerpo homogéneo con las poblaciones, é inofensivo á las costumbres y á las creencias populares. ¿Y qué diremos del efecto que este sábio manejo causó en las provincias del Perú, y en el mismo ejército real?

Goyeneche aprovechándose hábilmente de nuestras faltas, habia (sin ser tan religioso como el general Belgrano) fascinado sus soldados [1] en términos que los que morian eran reputados por mártires de la religion y como tales volaban directamente al cielo á recibir los premios eternos. Ademas de política era religiosa la guerra que se nos hacia y no es necesario mucho esfuerzo de imaginacion para comprender, quanto peso añadia esta última circunstancia á los ya muy graves obstáculos que teníamos que vencer.

(1) Habiéndose pasado un soldado del enemigo á nuestras filas, se desertaba para volver al ejército real cuando fué capturado. Juzgado y convencido de espiá fué sentenciado á muerte. En medio del cuadro fatal, y á dos varas del suplicio, con una serenidad digna de un héroe, dijo:—*Muerto contento por mi religion y por mi rey.*

El general Belgrano haciéndose superior á críticas insensatas, y á murmuraciones pueriles, tuvo la firmeza bastante para seguir una marcha constante que inutilizó las astucias de Goyeneche [1] y restableció la opinion religiosa de nuestro ejército.

Agregando á estos antecedentes la probidad del general Belgrano, su pureza en el manejo de los caudales públicos, su desinterés, su rectitud, puede decirse, que no solo dió nervio á la revolucion; no solo la generalizó, sino que la dió crédito, y la ennobleció. Sin avandonarse á los extravios de una desenfrenada democracia, era sencillo en sus costumbres, sumamente llano en sus vestidos, (2) parco en su mesa, moderadísimo en todos sus gastos: despreciaba altamente las distinciones nobiliarias, y los que de alguna manera manifestaban apego á ellas, eran objeto de sus burlescas ironias. Estas disposiciones tuvieron segun el tiempo y circunstancias (hablo de su desprecio á las distinciones nobiliarias, y sencillez republicana) alguna alteracion, pero sin que en lo sustancial variase el fondo de su carácter.

Resuelto ya el general Belgrano á dar la batalla de Tucuman, todo lo que practicó en los dias que la prece-

(1) Cuando este entró en Chuquisaca despues de la retirada del Dr. Casteli, no quiso ir á alojarse al palacio de la presidencia que este habia habitado, sin que fuese antes purificado con exorcismos, y otras preces de la iglesia; en consecuencia fué una especie de procesion en que los sacerdotes iban con ornamentos sagrados, incensarios, hachas encendidas, y abundante provision de agua bendita, y solo cuando despues de una larga y edificante ceremonia se creyeron espelidos los malos espíritus, se dejó la casa habitable. ¿Creia esto Goyeneche? No, el pueblo sí.

(2) El general Belgrano hacia ostencion de costumbres é ideas enteramente republicanas, sin que dejasen de ser cultas y delicadas; vestia como un subalterno, y el ajuar de su caballo no se diferenciaba de otro cualquiera, cuando en el año 16 volvió al ejército despues de su viage á Londres habia variado; vino decidido por la forma monárquica en la familia de los Incas, sus maneras eran algo aristocráticas, y vestia como un elegante de Paris ó de Londres.

dieron, lo que se hizo en el arreglo de los cuerpos, distribución de las columnas, y órden de batalla, fué cuanto podía hacerse mejor. La elección del terreno que era por lo llano ú propósito para las maniobras de la caballería, fué acertada, como la colocacion de esta en ambas alas; mas ne puedo menos de estrañar lo economía que se tuvo respecto de nuestra artillería de la que solo empleamos cuatro piezas, pudiendo llevar muchas mas para equilibrar la desventaja inmensa que teníamos en infantería, pues la nuestra era apenas un tercio de la enemiga: me persuado que influyó en esta resolucion, el plan que estaba acordado de cargar á la bayoneta luego que se hubiese presentado el enemigo, (1) para lo que se queria dejar mucha movilidad en nuestra línea. Sin embargo fué en mi opinioo una falta, que pudo tener desagradables resultados. Las cuatro piezas que llevábamos iban distribuidas, una, á una, en los intervalos de los batallones segun la moda de aquel tiempo en nuestro pais. Lo admirable es, que el baron de Olcmberg ignorase que para que los fuegos de la artillería sean poderosos es mejor hacerla obrar en baterías de un cierto número proporcional de piezas, en cuyo caso se convinan tambien mejor sus efectos con los simultáneos ataques de la infantería, obrando ambas armas, si se quiere, á un mismo tiempo. No sucedió asi en nuestro caso, pues esos cañones aislados colocados en los claros quedaron muy luego atras á los primeros movimientos de nuestra línea, y fueron de muy poca utilidad, pues apenas dispararon unos cuantos tiros.

Empezada ya la accion en los términos que se ha visto, el resultado no fué el producto de las órdenes inmediatas del general, sino de una conbinacion fortuita de circunstancias, y del valor y patriótico entusiasmo de nuestras

(1) Un tercio de nuestra infantería carecia de bayonetas porque no las habia; el general para remediar esta falta hizo distribuir cuchillos grandes á los infantes que no las tenian. Pienso que algunos de nuestros soldados no las echaron menos.

tropas, y de las faltas que cometió el enemigo. Nuestra infantería se condujo bizarramente, luego hablaré de nuestra caballería que no trepido en decir que hizo en el combate cuanto se podía esperar de ella. Ahora llama mi atención con preferencia, la muy importante descripción que hace de la batalla de Tucuman el historiador español D. Mariano Torrente, que acabo de ver en este momento. (1) Suponiendo este autor que Tristan contaba hallar nuestro ejército encerrado en la plaza, lo dá á entender él mismo, lo que es enteramente falso. Supone tambien dividido el ejército real en dos columnas; de las que una amagaba el camino principal, y la otra (sin duda por un camino de travesía) era destinada á tomar la retaguardia, lo que tambien es inexacto. Todo el ejército de Tristan dejando el camino principal vino por uno de travesía y se colocó casi á nuestra espalda, (2) pues que todo el ejército vino por el Manantial y pasó por el puente de este arroyo á distancia de legua y media de la ciudad. Lo que sucedió es, suponiendo ya al ejército en su nueva dirección, que destinó una columna de preferencia á cortarnos y que despues de su descabro buscó su reunion para rehacerse. De otro modo es difícil comprender como despues de batido pudo reunirse con la columna que habia mandado á nuestra retaguardia y de la que era natural quedase separado.

Hablando de nuestra caballería dice Torrente “que

(1) El Sr. D. Andres Lamas me franqueó en estos dias el fragmento del general Belgrano, y juntamente el primer tomo de la obra de Torrente. Como es tan parcial é inexacto, apenas me habia ocupado de su lectura en retazos salteados, y hoy es que por primera vez he leído su diminuta descripción de la batalla de Tucuman. Este incidente dá lugar á las observaciones que he creído conveniente intercalar.

(2) Es la idéntica maniobra que el general Belgrano hizo en Salta cinco meses despues con mucho mejor éxito contra el mismo Tristan. Dejando el camino principal á la izquierda desde tres leguas antes de llegar á la ciudad entramos por una quebrada pedregosa para salir al hermoso campo de Castañares, donde fué la acción. Batido Tristan, ni aun pensar pudo en retirarse y tuvo que capitular. Fué un buen desquite.

tuvo la felicidad de romper por un flanco sobre la escolta del Parque de el que se apoderó, introduciendo de nuevo el terror y espanto y causando la pérdida de 1,000 hombres entre muertos y prisioneros, 50 oficiales, 4 capellanes, 7 cañones, armas, &c.” Esto comprueba el juicio que hemos formado: nuestra caballería arrolló con facilidad la caballería de la extrema izquierda del enemigo y se precipitó sobre el Parque y bagages que estaban á espalda de su línea y sobre su costado izquierdo. Hasta aquí ella hizo cuanto podia esperarse de unos reclutas y de unos soldados y oficiales que no conocian su arma, ni su destinacion en los momentos importantes de una batalla; cuya ignorancia era comun á los que se decian veteranos. De lo que puede hacerseles, á los gefes principalmente, un verdadero cargo, es por haberse distraido demasiado en persecucion de dispersos que ya no podian dañar, en matar arrieros, criados y aun mugeres, pues de todo habia entre la multitud de cadáveres de que estaba sembrado el campo, en saquear los equipages y en corretear inútilmente hasta constituirse en una espantosa dispersion. Me hago cargo cuan dificil seria á los gefes conservar reunida una tropa de tan poca diciplina como la milicia, pero no debe decirse lo mismo de la tropa de línea, y lo que me sorprende hasta ahora es, que ni los gefes, ni el Sr. Balcarce se aperbian de esta necesidad de este deber tan imperioso. A juzgar por lo que vimos, habíanse persuadido los gefes de caballería que con haber hecho una arremetida feliz ya habian cumplido su tarea, sin considerar que mientras hay enemigos con las armas en la mano en el campo de batalla, es una rigorosa obligacion de todos los gefes concurrir á su destruccion, y aniquilamiento. Si nuestra infantería hubiera sufrido un reves, de nada le hubiera servido la ventaja obtenida por la caballería, y la batalla se hubiera perdido.

Diré algunas palabras mas sobre lo que era entonces nuestra caballería. Aunque la organizacion de los regi-

nientos era según lo prevenido en los reglamentos españoles, no había destinada ni se seguía una táctica especial para esta arma. La instrucción elemental se reducía al manejo del fusil de la infantería adaptado á la carabina, y á las mismas maniobras que cada uno aplicaba lo mejor que podía; el mecanismo de la carga, su importancia los periodos de ella, todo era desconocido: no se daba más voz que la de—*avancen*—y lo hacía cada uno como se le antojaba. ¿Pero que mucho, sino se sabía apreciar la utilidad, mejor diré, la necesidad de la arma blanca para la caballería? A falta de sables y armas de chispa, se daban alguna vez lanzas y los soldados se creían vilipendiados y envilecidos con la arma más formidable para quien sabe hacer uso de ella. He visto llorar amargamente soldados valientes de caballería porque se les había armado de lanza, y oficiales sumergidos en una profunda tristeza porque su compañía había sido transformada en lanceros. Ya se deja entender, que en la primera oportunidad se tiraban las lanzas para armar al caballero con una tercerola, ó un fusil largo, con el que llegado el caso de un combate, hacía su disparo, sujetando su caballo para cargar, cuando no tomaba la fuga. Yo como uno de tantos participaba de la crasa ignorancia de mis compañeros, y no valía más que los demás. Cuando me he visto en estado de reflexionar y hacer comparaciones, es cuando me he asombrado del atraso de los oficiales que habían militado antes y después de la revolución en Europa y en América [1].

(1) Debo decir en honor de la verdad que en poco más de un mes que medió entre las batallas de Vilcapugio y Ayoun en el año siguiente, hizo D. Diego Balcarce una variación ventajosa en el Regimiento de Dragones. Habiendo perdido mucha parte de su fuerza en la primera, y además por falta de caballos, las doce compañías que lo formaban se redujeron á tres y tuve el honor que de doce capitanes que éramos, siendo yo el penúltimo, fuí elegido para mandar una de las tres. Contraído entonces Balcarce y provistos de excelentes caballos que se trajeron de Chuquisaca (en Vilcapugio la tropa cabalgaba en mulas) se dió una instrucción más adecuada y propia de la arma, cuanto era posible en unos pocos días.

En los días inmediatamente posteriores á la accion de Tucuman, estalló una pronunciada desavenencia entre la caballeria y la infantéria. Los que pertenecian á esta censuraban amargamente á los de caballeria por su comportacion en la accion y la estendian á todos los que no habian entrado en la Plaza ese dia. Esta censura alcanzaba hasta el mismo general en jefe que como se ha visto, no volvió a la ciudad hasta el 26. Era tambien sindicado uno otro jefe que no habria mostrado tanta energia en el combate y á quien quizá se queria suceder en el mando bien que no hubiese quedado fuera. Los corifeos que promovian la desavenencia eran los turbulentos Dorrego y Forest que querian tener todo el honor de la jornada, de los que se aseguró que en ódio de sus compañeros de la otra arma, habian dado órden para que en sus cuarteles no entrase ningun oficial de caballeria. Si fué así este desórden debió cesar pronto porque no tuvo resultado. Felizmente Dorrego marchó en la Division que debia perseguir á Tristan; y su influjo fué menos activo por estos momentos en el ejército. A su vuelta se le dió el mando en propiedad del batallon de Cazadores, y para contentar al mayor Forest que lo habia mandado interinamente se le hizo teniente coronel, y segundo comandante del núm. 6. Ni aun así creo que quedó satisfecho.

Por su parte la caballeria rebatía las inculpaciones que le hacian los infantes y pretendia que á ella se debia en su mayor parte, la victoria. Para probarlo alegaba que la mayor parte de los muertos y heridos lo habian sido por sus manos, lo que podia muy bien ser efectivo, sin que hubiese llenado del todo sus deberes (1). Sin embargo, creo

Estoy seguro que hubiera prestado este pequeño cuerpo muy buenos servicios en la batalla si hubiera podido obrar. Sin embargo no se crea que el adelanto era mucho, pues ni aun entonces sabíamos maniobrar por cuatro, ni dar medias vueltas.

(1) El general Lavalleja con su division en la accion de Cagancha mató é hirió á muchos de los que eran sus enemigos y que estaban en el hospital; lo que no impidió que se le censurase agriamente, y que hasta ahora pèse ese cargo sobre su reputacion.

que entonces sucedió lo que sucede generalmente, que todos exageran y se acaba por apartarse todos de lo justo y de lo cierto. La caballería había hecho mucho, atendido su estado de ignorancia y atraso ya he hecho mención de los verdaderos cargos, que á mi juicio, podían hacerse á los gefes; por lo demás, ella prestó un buen servicio, y como lo confiesa Torrente, su ataque á la escolta del Parque, produjo un gran espanto y terror en la misma línea enemiga. El pueblo de Tucuman, como que sus hijos habían combatido en la caballería, tomaba parte por esta, y fué un motivo mas, para afeccionarse á D. Juan R. Balcarce que la había mandado.

Muy luego vino otro motivo de desavenencia, á hacer olvidar la anterior y aun á reunir á los divergentes. El general Belgrano que había quedado muy complacido de la comportacion del coronel D. José Moldes, quiso darle un destino en el ejército, proporcionado á sus antecedentes y rango; lo hizo pues reconocer de Inspector General de infantería y caballería. El génio adusto de Moldes, su severidad que se había hecho proverbial, las antipatías que se había creado en el ejército, cuando el año anterior mandándolo el Sr. Puyrredon, había desempeñado las funciones de 2.º general, todo contribuyó á sublevar los ánimos contra su eleccion. Hubo agrias murmuraciones, se formaron corrillos y de allí se pasó á formalizar una representacion, para pedir su destitucion (1) lo que se hizo en esta forma.

Reunidos los oficiales y gefes de cada cuerpo, dieron un poder en forma, á uno, para que á nombre de todos, pidiese al general la separacion del coronel Moldes, del des-

(1) El capitán de artillería D. Pedro Regalado Plaza, compuso una cancion para exitar el odio contra Moldes, de que solo recuerdo una ó dos estrofas. Decia así: *Ya ningun tirano,—Ni déspota alguno,—Logrará en nosotros,—Abrigo ninguno.—Si alguno se atreve,—Aquí á introducirse,—Nuestros oficiales,—Sabrán decidirse.—* El estribillo decia:—*Que viva la Patria!—Bravos oficiales,—Paisanos y tropa,—Guerreros marciales.*—Esta cancion costó mas tarde, su expulsion del ejército al capitán Plaza.

tino que se le habia conferido, pòr su arbitrariedad y despotismo, siendo estas las únicas razones que se alegaban. Por la caballeria fué D. Juan R. Balcarce, por la artilleria el capitán D. Francisco Villanueva, por el N^o 6 de infanteria el comandante D. Carlos Forest; y por el batallon de pardos, el capitán D. N. Pesón. Un domingo á las cuatro de la tarde se presentaron los referidos diputados en la casa del general Belgrano, quedando los cuerpos acuartelados, esperando el resultado, menos la artilleria que salió á hacer esprofesamente ejercicio, á esa hora en la plaza que era donde estaba la residencia del general. Esprofeso tambien, D. Juan Pedro Luna (coronel actualmente en Buenos Aires) que mandaba el ejercicio, se pegaba á las ventanas de la casa del general, dando á grandes gritos las voces de—*Rompan el fuego.*—*Fuego ganando terreno &u*, todo calculado para hacer ver al general la resolucion de sostener á todo trance su solicitud.

El general Belgrano, despues de los mas amargos pesares, tuvo tambien que devorar en secreto, tan cruel desaire. Dos horas antes, recien habia sido impuesto de lo que se fraguaba y de la seriedad del negocio. En este tiempo se habia confeccionado un oficio de renuncia de la Inspeccion que hacia Moldes con uno ó dos dias de antelacion, el cual presentò à los diputados, diciéndoles que Moldes ignorando todo, habia prevenido sus deseos, y que habiendo admitido su renuncia, habia sido inútil el paso avanzado que habian dado; con lo que quedò el negocio concluido, y Moldes fuera de la Inspeccion y del Ejército.

La vanguardia que aun no habia regresado de la persecucion de Tristan, tampoco fué insensible á la nominacion de Moldes: al momento que lo supo, hizo tambien su representacion en el mismo sentido, pero era ya sin objeto, porque estaba todo allanado.

Este incidente aumentó mas y mas, la prevencion que ya tenia el general Belgrano contra Balcarce á quien suponía autor principal de esta semi-asonada. Balcarce se aper-

cibió, y se puso en guardia, buscando al mismo tiempo los medios de garantizarse contra un golpe de autoridad. La guerra estaba declarada; véamos como pasaron las cosas, segun yo en mi posicion pude comprenderlas.

Mi hermano D. Julian, era teniente de Húsares, y habia merecido al Sr. Balcarce alguna distincion. Poco antes de la batalla lo tomó para ayudante, y en esa clase lo acompañó en ese dia y aun despues. Un dia se me presenta mustio, sorprendido y confuso, y llamándome á parte me hace ofrecerle no revelar á persona alguna el secreto que iba á confiarme. Se lo ofrecí sin dificultad, y entonces me dijo que habia sido llamado con el mas grande misterio, á dar una declaracion reservada; que para ella se le habian exigido dos juramentos: 1.º el ordinario de decir verdad 2.º el de ofrecer, no decir á persona viviente el objeto de aquella declaracion. Se queria averiguar, si el Sr. Balcarce habia obrado con cobardía en la accion del 24, si cargó al enemigo &a. &a., y despues, si se habia pasado saqueando los equipages enemigos, si una carga de baules que se seguia en el campo, era de su pertenencia (era la carga del capitan Palomeque, de que ya hice mencion), y otras cosas por este estilo.

Mi hermano se veia atormentado y oprimido por dos fuerzas opuestas: por un lado, la religion del juramento la palabra de honor que se le habia exigido, lo abligaban á callar: por otra parte la amistad y consideracion que debia al Sr. Balcarce, le presentaban su silencio, como una traicion á aquellos gratos sentimientos. Conversamos, discutimos, y reflexionamos, para concluir que debia, con la mas sagrada reserva y bajo la palabra de honor de que no haria uso de su revelacion, hacersela al Sr. Balcarce, con el fin de que se precaucionase y tomase con tiempo sus medidas de defensa. Así lo hizo, y el Sr. Balcarce, fué fiel á la reserva que se le habia encargado.

¿Hicimos bien ó mal? No quiero entrar en esta materia: cada uno juzgue, segun su conciencia.

La posición del Sr. Balcarce, se hacia crítica, tanto mas cuanto ni Dorrego ni Forest, ni otros gefes influyentes del ejército eran amigos suyos. Es probable que lo hubieran dejado sacrificar, porque prescindiendo de otros motivos, era una categoría militar que les precedía y de que no les disgustaria sacudirse. Mas tampoco Balcarce, necesitaba de ellos para ponerse fuera del alcance de los tiros del general Belgrano: él contaba con sus amigos tucumranos y estos fueron los que lo salvaron.

El gobierno habia convocado un Congreso Constituyente (si no me engaño) y se habia mandado elegir diputados por todas las Provincias. La de Tucuman elije á Balcarce por uno de sus Representantes, y hélo aquí garantido con la inmunidad anexa á tales destinos. Se acabó la causa, se separó del ejército, se marchó á Buenos Aires, y todo terminó.

Como la batalla de Tucuman, sucedió el 24 de setiembre, dia de Nuestra Señora de Mercedes, el general Belgrano, sea por devocion, sea por una piadosa galanteria, la nombró é hizo reconocer por Generala del ejército. La funcion de iglesia que se hace anualmente en su convento, naturalmente se habia postergado, y solo tuvo lugar un mes despues. A la misa asistió el general y todos los oficiales del ejército: predicó el Dr. D. Agustin Molina (Obispo despues) y al hacer mención de la batalla, elogió mucho á la caballeria, con lo que hizo hablar á los infantes y quizá al mismo general Belgrano. Por la tarde fué la procesion, en la que sucedió lo que voy á referir.

La devocion de nuestra Señora de Mercedes, ya antes muy generalizada, habia subido al mas alto grado con el suceso del 24. La concurrencia pues, era numerosa y ademas asistió la oficialidad y tropa, sin armas, fuera de la pequeña escolta que es de costumbre. Quiso ademas la casualidad, que en esos momentos entrase á la ciudad la Division de Vanguardia, que regresaba de la persecucion de Tristan, y el general ordenó que á caballo, llenos de sudor

y polvo como venian, siguiesen en columna tras de la procesion, con lo que se aumentó considerablemente la comitiva y la solemnidad de aquel acto. No necesito pintar la compun-sion y los sentimientos de religiosa piedad, que se dejaban traslucir en los semblantes de aquel devoto vecindario, que tantos sustos y peligros habia corrido; su piedad era sincera, y sus votos eran sin duda aceptos á la divinidad.

Estos sentimientos tomaron mayor intensidad, cuando desembocó la procesion al campo de batalla, donde aun, no habia acabado de borrarse la sangre que lo habia enrojecido: repentinamente el general deja su puesto y se dirige solo hácia las andas en donde era conducida la imágen de la advocacion que se celebraba: la procesion para, las miradas de todos se dirigen á indagar la causa de esta novedad, todos están pendientes de lo que se propone el general, quien haciendo bajar las andas hasta ponerlas á su nivel, entrega el baston que llevaba en su mano y lo acomoda por el cordon en las de la imágen de Mercedes. Hecho esto vuelven los conductores á levantar las andas, y la procesion continúa magestuosamente su carrera.

La conmocion fué entonces universal: hay ciertas sensaciones, que perderian mucho queriéndolas describir y explicar: al menos yo, no me encuentro capaz de ello. Si hubo allí espíritus fuertes que ridiculizaron aquel acto, no se atrevieron á sacar la cabeza.

Las monjas de Buenos Aires, á cuya noticia llegaron estos actos de devocion, los celebraron mucho y quisieron hacer una manifestacion al ejército, mandando obsequiosamente un cargamento de cuatro mil pares de escapularios de la Merced, los que se distribuyeron en esta forma:

Cuando se trató de mover el ejército para buscar al enemigo en Salta, á principios del año siguiente (1813), se hizo por cuerpas, los que despues se reunieron en tiempo y oportunidad. Luego que el batallon ó regimiento, salia de su cuartel, se le conducia á la calle en que está situado el templo de la Merced. En su átrio, estaba ya preparada

una mesa vestida, con la imágen, á cuyo frente formaba el cuerpo que iba á emprender la marcha. Entonces sacaban muchos cientos de escapularios en bandejas que se distribuian á gefes oficiales y tropa, los que colocaban sobre el uniforme y divisas militares. Es admirable que estos escapularios se conservasen intactos, despues de cien leguas de marcha en la estacion lluviosa, y nada es tan cierto como el que en la accion de Salta, sin precedente órden, y solo por un convenio tácito y general, los escapularios vinieron á ser, una divisa de guerra. Si alguno los habia perdido, tuvo buen cuidado de procurarse otros, porque hubiera sido peligroso andar sin ellos. No habiendo las monjas, mandado otra remesa, se acabaron los escapularios y se entivió la devocion.

El gobierno general, queriendo que se sacasen de la victoria de Tucuman los frutos que debian esperarse, quiso poner el ejército en estado de tomar la ofensiva, y con este fin lo reforzó con el regimiento núm. 1.º de infanteria, al mando del teniente coronel D. Gregorio Perdriel, y con 300 hombres del núm. 2.º al del teniente coronel D. Benito Alvarez.

Los cuatro meses que siguieron á la accion de Tucuman (24 de Septiembre de 1812), fueron útilmente empleados por el General Belgrano en la instruccion y disciplina de las tropas y en la organizacion de los otros ramos del ejército; pero esto no sucedió sin que experimentase el General dificultades, y sin que sufriese amargos sinsabores. Estos eran producidos principalmente por el espíritu inquieto de algunos gefes, quienes envanecidos con el concepto que habian adquirido en el ejército y con las concesiones mismas que habian arrancado al General, en el negocio Moldes, se hacian cada vez mas exigentes. Felizmente para el General y para la disciplina, no duró mucho el acuerdo entre ellos, y pudo aquel ir poco á poco consolidando su autoridad. Concurrió tambien muy á tiempo un cambio parcial que hubo en las personas del gobierno que

se componia entonces de tres individuos, mediante el cual salieron de la administracion las que le eran desfavorables, con lo que se creyó mejor sostenido en la capital. En cuanto á lo que pasaba en el ejército me ceñiré á la simple narracion de los hechos.

El Sr. Dorrego habia sido nombrado, como antes dije, gefe propietario del Batallon de Cazadores, que tenia entre los demascuerpos un bien merecido concepto por su bizarra comportacion en la batalla, y porque era formado de tropa escojida: era tambien el primer cuerpo de tropas ligeras que tenian nuestros ejércitos, porque solo entonces se empezaban á marcar estas distinciones. Todo concurría á que el Sr. Dorrego aspirase á preferencias para su batallon, que llegaban á herir á los demas, y que mas de una vez pusieron en conflicto la imparcialidad del General.

Pienso que sin otro motivo que dar pábulo á su espíritu inquieto, propuso el Sr. Dorrego al Cuerpo de Artilleria una estrecha alianza con el suyo, la que aceptada se convirtió en una especie de frenética hermandad, al mismo tiempo que podria parecer pueril y ridícula. Como yo continuaba prestando mis servicios en la Artilleria, era consiguiente que hiciese parte de esta alianza fraternal, y por mas que me repugnase tenia que seguir la mayoria sopena de un anatema que hubiera sido infalible. En las conversaciones, en las tertulias, en las reuniones de cualquiera clase, se hacia sonar pomposamente la union estrecha de los dos cuerpos, y á cada momento se repetia entre nosotros con énfasis: *La Artilleria y Cazadores..*

No se crea por esto que hiciésemos una sistemada oposicion á las providencias del General, pues al contrario este hacia gran aprecio del Sr. Dorrego; era solo una extravagancia, una pueril afectacion y quizá un medio de adquirir poder que duró muy poco como todas las locuras de su clase.

Para hacer resaltar mas liga de ambos cuerpos, dimos

un baile costado esclusivamente por los oficiales de Artilleria y Cazadores. Al menos perspicaz se le ocurrian los inconvenientes que puede traer á un ejército un estado semejante de cosas, en que á imitacion de una, podian levantarse otras facciosas alianzas; pero sea dicho en honor de la verdad y de los demas cuerpos del ejército, que tuvieron bastante juicio, para no corresponder á estas demostraciones, ni con otras alianzas ni otros bailes.

Tan solo los *Decididos* que eran dos compañías formadas de paisanos voluntarios y de los que llamamos decentes, tuvieron la ocurrencia de costear un baile mas suntuoso que el que habian dado los Artilleros y Cazadores. Por mas que hicieron para ño herir la susceptibilidad del Sr. Dorrego, no pudieron conseguirlo y las cosas llegaron á punto de hacer temer un escándalo. El convite habia estado en regla y nada podíamos decir que indicase la intencion de desairarnos: sin embargo hubo serias discusiones entre nosotros sobre si asistiríamos ó nó á la función: era llegada ya la noche y hora de baile y aun no se habia resuelto esta importante cuestion. Estoy tentado á creer que algunos de mis compañeros esperaban que alguna grave diputacion, ó cosa semejante, viniese á rogarnos para que concurriésemos al baile, mas como no sucedió, y no nos faltaban deseos de bailar, se resolvió al fin la afirmativa.

Salimos de la casa en que estábamos, los oficiales de los dos cuerpos aliados, á mas de las diez de la noche, llevando al Sr. Dorrego á nuestra cabeza y formando una pequeña columna. Llegados que fuimos á la puerta la encontramos, no obstante haber guardia y centinelas, apiñada de jente como tambien el zaguan que precedia á la sala del baile que era el patio de la misma casa, preparado convenientemente. Costoso era penetrar por entre aquella multitud, la que tampoco se manifestó tan dócil como deseábamos al pomposo anuncio de que diesen lugar para pasar *la Artilleria y Cazadores*; per último no sin gran traba-

jo llegó la cabeza de la columna á la desembocadura del zaguan que caia á la sala ó patio que era lo mismo. Yo no pude ver lo que allí pasó porque iba al centro, pero despues supe que, no habiéndose presentado en el acto algun personage á hacer los honores de recepcion á los nuevos huéspedes, el Sr. Dorrego se dió por ofendido y tocó retirada.

El movimiento retrògrado se comunicó por la presion de la parte delantera de la columna á la retaguardia y salimos por el mismo camino, pero en órden inverso. Restituídos al aire libre de la calle tomamos gravemente la direccion de la casa donde teníamos las sesiones para deliberar lo que debia hacerse en tan ardua situacion. Allí se emitieron los dictámenes mas desatinados, como era el de volver á deshacer el baile á mano armada, ó de llevar un cadáver que estaba en un cuartejo del depósito de la Iglesia Matriz que quedaba muy inmediata. Afortunadamente no se arribó á resolución: entretanto la noche se avanzaba, empezó á venir el sueño y se levantó la sesion para irnos á dormir, con el sentimiento de no haber bailado y de habernos hecho la burla nosotros mismos. El general Belgrano que habia honrado el baile con su presencia, debió saber algo de nuestras locuras, pues para precaver, sin duda, un escándalo se dejò estar toda la noche, lo que á la vez era un motivo de queja para nosotros.

En aquellos pueblos que carecen de teatro y otros espectáculos públicos, el juego es una diversion favorita, y frecuente entre las clases decentes de la sociedad. Por mala y detestable que sea está costumbre, no incumbe á un simple gefe de cuerpo corregirla. El Sr. Dorrego, sin embargo, tomó una noche una partida, se introdujo en una casa de juego y se llevó unos cuantos de los jugadores para reclutas de su cuerpo. A la mañana siguiente los hizo poner en libertad el General Belgrano y supimos que habia esclamado con amargura. *¿Es posible que despues de haber privado al ejército de los servicios del Baron y de Mol-*

des, quieran tambien indisponerme con el vecindario! No por falta de energía sino por lo vidrioso de las circunstancias se creia obligado á contemporizar y dejar semejantes abusos sin la debida represion.

El Batallon de Cazadores por su calidad de tropa ligera, pretendia la preferencia á toda otra infanteria, cualquiera que fuese su antigüedad. Habiendo mandado el General que se hiciese parada todos los dias, en la plaza principal para la distribucion de las guardias, empezaron un dia á concurrir piquetes de todos los cuerpos. Estaba en línea el de Cazadores cuando vino otro y se formó á su derecha: el de Cazadores desfiló por retaguardia para volver á formar sobre este costado, y el otro á su vez hizo lo mismo: por una repeticion de movimientos semejantes, llegaron al fin á la pared de uno de los lados de la plaza y ya formaban un martillo con muestras de andar toda la plaza, cuando llegó una orden del General, cuya casa estaba inmediata, resolviendo que solo la antigüedad marcàse la preferencia. Los Cazadores entonces, para manifestar su despecho no quisieron ocupar el lugar que se les dejaba y fueron á tornar la izquierda de todos los piquetes incluso los de Caballeria. Esto duró por algunos dias, hasta que calmada la irritacion volvieron las cosas al orden regular.

Estos incidentes serian solo dignos de risa y que se les considerase como juegos de muchachos, sino afectasen la disciplina, y si en este punto importante pudiera haber venalidades. Intencionalmente he querido consignarlos en esta memoria para que se forme idea exacta, de lo que era nuestra milicia, y de las dificultades que circundaban al General. Este trabajaba incesantemente en vencerlos, lo que era tanto mas necesario, cuanto que estando en visperas de penetrar al alto Perú, era importantísimo dar al ejército una forma perfectamente regular, que lo rehabilitase en la opinion de aquellos pueblos. Ahora diré algunas palabras de los premios que el gobierno acordó al General y de que él hizo un uso tan noble como desinteresado.

Ya indiqué anteriormente que por ese tiempo ocurrió una modificación en el gobierno, que fué favorable al General, y entonces fué que se le invistió del título y autoridad de Capitan General de la Provincia de Tucuman y de todas las que libertáse. Sin recusarlo, no hizo uso de él, ni admitió el tratamiento de Excelencia; solo fué despues de la accion de Salta, y cuando íbamos á penetrar en las Provincias Altas que admitió los distintivos de su nueva dignidad.

Le acordó tambien el gobierno, un regalo de cuarenta mil pesos, los cuales el General admitió para cederlos á beneficio de los pueblos de Tucuman, Santiago, Jujuy, y Tarija, donde disponia se fundasen y costeasen con esos fondos otras tantas escuelas. Nada de esto se ha realizado, y pesa sobre el estado una rigurosa obligacion: es de esperar que algun dia se satisfaga, tanto, porque es de estricta justicia quanto para llenar las disposiciones del donante. Esos pueblos le deben eterno reconocimiento y la república toda, su admiracion por un acto de desinterés y de generoso desprendimiento de que no hay muchos ejemplares.

Se aproximaba ya el tiempo de tomar la ofensiva y marchar sobre Salta que estaba ocupada por Tristan: los cuerpos salieron separadamente con intervalo de pocos dias, para ir todos á reunirse al Rio Pasage. El Escuadron de Húsares fué extinguido y se refundió en el cuerpo de Dragones que formó un Régimiento completo de doce companias. Yo al fin logré dejar la Artilleria (ya entonces se habia entiviado, y concluido la célebre alianza) y volver á mi arma predilecta de caballeria, en la clase de Ayudante Mayor de Dragones á que habia sido promovido. Con motivo de estos arreglos mi cuerpo fué el último que marchó, habiéndolo hecho antes todos los de infanteria y el de Cazadores primero que los demas.

En Febrero estuvieron todos los cuerpos reunidos en el

Rio Pasaje que afortunadamente no tenia mucho caudal de agua y se vadeaba aunque con trabajo porque es la estacion en que se pone respetable. Allí tuvo lugar la solemnidad del juramento, que se recibió al ejército de defender el nuevo pabellon celeste y blanco que adoptaba nuestro pais. Todos comprendíamos y comprenderá cualquiera que era un paso decidido á nuestra independencia política, pero nada hubo de explicito, como parece indicarlo el Sr. Arenales en su obra *Noticias históricas &c.*, como tampoco lo hubo cuando meses despues, mandó el congreso acuñar moneda en Potosí con las armas de la patria. La declaracion oficial de nuestra independencia, solo tuvo lugar el año 1816 por el Congreso de Tucuman. Lo que aquellos actos importaban nadie lo desconoce, pero me parece conveniente no confundirlos con la *declaracion de la independencia* que no podia proclamar un General sin hacerse criminal y constituirse en rebelion á presencia de un gobierno y de un cuerpo deliberante. La descripcion de la ceremonia que voy á hacer, prueba lo que he dicho.

Formado el ejército en parada y pasada una ligera revista, hizo el General una breve alocucion, presentándonos la bandera y concluyó con la forma de la ordenanza cuando se juran las banderas de los regimientos. Entonces sacando su espada y colocándola horizontalmente, de modo que hiciera cruz con la asta de la bandera que tenia uno de sus ayudantes, empezó á desfilarse el ejército, para besar individualmente la espresada cruz de la asta-bandera, con la espada que el tenia personalmente. Como la operacion era larga, pues duró horas, recuerdo que fué reemplazado en el trabajo de tener la espada por el entonces coronel D. Martin Rodriguez y acaso por algun otro gefe de categoría. Por lo demas, la ceremonia fué idéntica á la que practican los cuerpos para jurar sus banderas, sin mas diferencia, que no hubo la descarga de costumbre porque no lo juzgó conveniente el General.

Este dió el nombre de Rio del Juramento, al Rio Pasa-

ge y bajo esta denominacion lo hizo conocer en todas partes, porque efectivamente hubo juramento, pero no juramento de la independencia, sino de la bandera que se nos presentaba. Ceremonia que yo repetí con muy buen suceso en el ejército de reserva de Corrientes, cuando le dí una bandera (1). Así comprendí y así pienso que comprendieron todos mis compañeros, este augusto y patriótico acto, sin que dejásemos de estar firmemente persuadidos, de que ni nuestros trabajos, ni la marcha de la revolución, podían tener otro término que nuestra absoluta independencia de la España.

Desde el Rio del Juramento emprendió su marcha, ya reunido el ejército para Salta, de cuya ciudad dista 26 leguas. El 18 de Febrero estuvimos en Lagunillas, que está á tres leguas de la capital y en esa tarde, dejando el camino principal, tomamos por una quebrada que sale á la derecha y despues de andar un par de leguas fuimos á salir á la chacra del Sr. Saravia, llamada Castañares. Ya indiqué que en aquella provincia, es la estacion de las lluvias, y en esos dias y el 18 principalmente caía el agua á torrentes. El ejército que llegó al anoecer, acampó dentro de un potrero por donde pasa el camino, cuyas cercas de piedra formaban un parapeto.

Castañares solo dista, legua y media de Salta y se vá por una deliciosa llanura que forma un declive muy suave hasta los arrabales de la misma ciudad. Su anchura, es proporcionada, estendiéndose mas á lo que era nuestra derecha, pues por el otro lado la ciñe el cerro de San Bernardo y otras quiebras del terreno.

El 19 cerca de medio dia, cuando la tropa se hubo medio repuesto, se movió nuestro ejército en varias columnas, y habiendo andado muy poco mas de la mitad de la distancia que nos separaba del enemigo, hicimos alto á su vista.

(1) Se perdió en la batalla del Arroyo Grande y la conserva Rosas en el Museo, sino me engaño: batalla en que no me hallé.

Efectivamente aparecía desplegada su línea, en la orilla de la población: tan solo mediaban algunas pequeñas guardías avanzadas ó por mejor decir guerrillas que se tiroteaban. Todo indicaba que íbamos ese día á llegar á las manos, pero no sucedió así, pues nos conservamos inmóviles, y el enemigo por su parte hizo lo mismo. El agua continuó á intervalos, aun durante la noche, pero sin que padeciesen notablemente las armas, y municiones, porque el soldado se olvida en esos casos de sí mismo para dedicar á ellas todos sus cuidados.

El movimiento que hizo el General Belgrano dejando el camino principal y colocándose en Castañares, fué bien concebido y mejor ejecutado: mediante él habia cortado las comunicaciones de Tristan, habia hecho imposible su retirada y habia mejorado de teatro, porque el terreno le era mas favorable que el que le ofrecia la muy estrecha entrada del Portesuelo, que es por donde se desemboca, llevando el camino principal en el *valle de Lerma, ciudad de Salta*. El General Belgrano realizó con cumplido éxito, la operacion que tan desgraciadamente quiso hacer Tristan en Tucuman, colocándose á nuestra espalda. Ahora hablaré de la disposicion de nuestra línea y de la enemiga, haciendo la justicia que merece, al General Tristan.

Nuestra infanteria estaba formada en seis columnas, de las que cinco estaban en línea y una en reserva, en la forma siguiente: 1.ª principiando por la derecha, el Batallon de Cazadores á las órdenes del comandante Dorrego, 2.ª y 3.ª eran formadas del Regimiento N.º 6 que era el mas crecido, una á las órdenes del comandante Forest, y la otra, aunque no puedo asegurarlo á las del comandante Warnes, 4.ª del Batallon de Castas á las órdenes del comandante Superi, 5.ª de las compañías del N.º 2 venidas últimamente de Buenos Aires, al mando del comandante D. Benito Alvarez, 6.ª y última compuesta del Regimiento N.º 1.º al mando del comandante D. Gregorio Perdriel. La artilleria que consistia en doce piezas, si no

me engaño, estaba distribuida en los claros, menos dos que habian quedado en la reserva.

Con estas me encontraba yo, porque el 18 al marchar de Castañares, recibí una órden del Mayor General Diaz Velez, que sin duda la habia recibido del General en Gefe, para incorporarme provisoriamente, y durante la accion, á la artilleria, por escasez de oficiales de esta arma. Yo que tenia los mas positivos deseos de combatir en la caballeria y en mi Regimiento, fuí á suplicar de la órden, pero se me repitió de un modo terminante, y tuve que resignarme muy á pesar mio. Me destinaron pues á la artilleria de la reserva donde estaba el gefe de toda ella, que era, el despues General D. Benito Martinez. Las carretas del Parque, Hospital &a. en número de cerca de cuarenta, seguian á alguna distancia de la reserva, escoltadas por un Escuadron de milicia Tucumana que habia acompañado al ejército. Siento no haber dicho antes que la decision de aquella Provincia por nuestra causa era muy pronunciada, y que se debió en gran parte á la influencia de la familia de los Araos, y muy particularmente á la del desgraciado D. Bernabé que despues fué Gobernador, y vino á concluir en un suplicio.

Nuestra caballeria, que consistia en cuatro Escuadrones de Dragones cada uno de tres compañías, fuera de una pequeña fraccion que se destinó á la reserva, estaba dividida por mitad y colocada en las dos alas; no así la del enemigo que solo estaba situada sobre su izquierda, ó lo que es lo mismo en frente de nuestra derecha. Esta colocacion, era mucho mas acertada que la nuestra, pues en la izquierda de nosotros y derecha enemiga, no podia obrar caballeria por la naturaleza del terreno, así fué, que los dos Escuadrones de aquella parte, nos fueron completamente inútiles, cuando en el otro costado hubieran prestado un servicio importante.

Amaneció el 20 con tiempo nebuloso y lluvia escasa y alternada. El General en Gefe tuvo en esa mañana un ataque de vómitos, que nos puso en cuidado. Resuelto á

dar la batalla, se proponia mandarla desde una carreta, pero afortunadamente mejoró y pudo montar á caballo. Entre diez y once nos movimos: nuestras columnas, menos la reserva, desplegaron y se comenzó el ataque. El intrépido comandante Dorrego, se precipitó con una parte de su cuerpo sobre la izquierda enemiga, pero fué rechazado, y cargando la caballeria se vió en sérios conflictos; auxiliado á tiempo, se recuperó el terreno perdido y se condujo el ataque con tal vigor, que flaqueó muy luego toda aquella ála del enemigo y se replegó en confusion á la ciudad. El centro duró algun mas tiempo, sin que, dejase de seguir luego, el movimiento retrógrado de su izquierda. La derecha fué la que opuso una tenaz resistencia, principalmente el *Batallon Real de Lima* que ganando la falda del monte San Bernardo, se defendia valerosamente. Allí ocurrió nuestra reserva y las dos piezas que yo mandaba, hicieron un vigoroso fuego, hasta que se desmontó una de ellas. Al fin cedieron aquellos restos de la línea enemiga, dispersándose en la montaña y bajando despues á rendirse como prisioneros.

Nuestro centro y ála derecha, se habian precipitado en las calles persiguiendo á la parte de la línea enemiga, que le era opuesta, y aunque no habia entrado en la plaza, que estaba defendida por palizadas, habia ocupado puestos importantes, como el convento de la Merced y otros edificios dominantes. El fuego se hacia sentir en la ciudad, y aunque no conocíamos distintamente lo que allí pasaba, era claro que disputaban nuestras tropas la posesion de las calles y de los edificios.

El General Belgrano estaba fuera con cerca de la mitad del ejército. El Mayor General Diaz Velez habia recibido una herida en un muslo, durante una correría que hacia al principio de la batalla por delante de nuestra línea, y aunque no habia empezado sus fuegos, dió lugar á dudar si la bala que lo hirió habia sido efecto de algun tiro de los nuestros, disparado aisladamente. La tropa pues, que ha

bia penetrado en la ciudad, estaba solo á cargo de los gefes particularés de los cuerpos. Estos deseando hacer conocer, cuanto antes su situacion al General recuerdo que enarbolaron en la torre de la Merced, una bandera medio celeste, medio de otro color mas oscuro, porque no hallando á mano otra cosa se sirvieron de un poncho del comandante Superi.

A penas desocupado el General de la obstinada resistencia que opuso la derecha enemiga, y conociendo la situacion de las cosas en el interior de la ciudad, ya por el indicio de la bandera, ya por otras nociones que se tomaron, se preparaba á organizar un ataque formal contra los restos enemigos refugiados en la plaza, cuando se presentó un parlamentario, que era el Coronel Realista La Hera, que meses despues murió en Vilcapugio. Cuando lo que acababa de suceder no bastase, la sola presencia del parlamentario, su traza, su emocion y sus ademanes, hubieran sido suficientes para revelarnos el estado deplorable del enemigo. Traia por todo uniforme un frac azul de paisano, con solo el distintivo en la bota-manga de los galoncitos que designaban su grado con arreglo á la ordenanza española: venia embarrado hasta el pezcueso, y en todas sus acciones se notaba, la confusion de su espíritu y el terror.

Llegado que fué, se le hizo desmontar y se le desvendaron los ojos con solo la precaucion de que diese la espalda á nuestra tropa que estaba formada. Estaba delante del General, mas como no lo conocia, preguntó, si tenia el honor de hablar con él, y sobre la afirmativa respuesta, que se le dió, empezó á hablarle en voz baja, de modo, que yo y otros que estábamos á algunos pasos de distancia no pudimos percibir lo que decia, pero si la contestacion del General, que le dijo en voz alta: *“Diga V. á su General, que se despedaza mi corazon al ver derramar tanta sangre americana: que estoy pronto á otorgar una honrosa capitulacion: que haga cesar inmediatamente el fuego, en todos los puntos que ocupan sus tropas, como yo voy á mandar que se haga en to-*

“dos los que ocupan las mias.” El parlamentario regresó inmediatamente: todos vimos que la suerte del día estaba decidida: nos felicitamos y nos entregamos silenciosamente al placer de la victoria.

Diremos entretanto algo de lo mucho que sucedia al enemigo en la plaza. Las tropas derrotadas habian entrado, y por su número y por la posicion que ocupaban, eran muy capaces de hacer aun una vigorosa resistencia: pero habia entrado entre ellos, una espantosa confusion y el terror dominaba los ánimos. Las calles á una cuadra de la plaza, estaban cortadas con simples palizadas, lo que aunque no fuese una gran fortificación, era siempre una obra defensiva: los edificios principales, están en la plaza ó á sns inmediaciones, de modo que ocupados, hubiera sido muy difícil desalojarlos: al fin la victoria hubiera sido nuestra, porque les hubieran faltado los víveres, pero hubieran prolongado su resistencia y por lo menos les hubiera servido para obtener una capitulacion mas ventajosa. Mas habian decaido completamente de ánimo, y las siete octavas partes de los defensores, tan lejos de ocurrir á las trincheras, buscaron las iglesias, y las casas de los que creian patriotas, para salvarse de los horrores de un asalto que creian inminente. La catedral estaballena de soldados y oficiales que mezclados con los padres, paisanos, mujeres y niños, habian ido á refugiarse. Como viniese un ayudante con la órden del General Tristan, para que los militares fuesen á su puesto, y como ninguno la obedeciese, se trepó al púlpito una señora natural de Buenos Aires muy realista llamada (si mal no recuerdo) Doña Pascuala Balvás y principió á voces á excitar á aquella tropa á que volviese á su puesto de honor, y defendiese hasta el último aliento, la causa real a que se habian consagrado: como sus animosas espresiones no produjesen efecto, prorrumpió en insultos que tampoco fueron mas eficaces; los llamó viles, infames, cobardes y nadie se movió: el miedo habia hechado tan profundas raices, que todo remedio fué inútil.

Despues de haber tocado sin fruto todos los resortes que estaban á su alcance, el General Tristan se decidió á pedir la capitulacion y mandar el parlamentario de que hemos hablado. En cuanto á la valerosa muger, que en aquel dia se sobrepuso á su sexo y al que se dice fuerte, debo decir que todos la admiramos y nadie la incomodó despues: tuve positivos deseos de conocerla, pero no lo conseguí.

El fuego se suspendió en todas partes y los artículos de la capitulacion, se arreglaron esa misma tarde. Segun ella, debia al dia siguiente salir el ejército real con los honores de la guerra y tambor batiente, entregando despues la artilleria, armas de toda clase, banderas, Parque, y demas objetos de propiedad pública. La guarnicion de Jujuy (1) era inclusa en los términos de la capitulacion. Los individuos que no habian sido prisioneros, hasta la suspension de hostilidades, podian retirarse al Perú, bajo la promesa jurada, de no tomar las armas contra los que llamaban insurgentes.

La situacion de nuestras tropas fué la misma durante la noche, que lo habia sido al suspender las hostilidades. Es decir: el General Belgrano con una parte del ejército, se mantuvo fuera de la ciudad, mientras la otra guardaba dentro de ella las posiciones de la víspera. Se pasó sin la menor novedad, aunque con la vigilancia que era consiguiente.

No quiero dejar pasar esta ocasion de decir el trágico fin, que tuvo ese dia el célebre caudillo Oriental D. Venancio Benavides, bien conocido por la toma del pueblo de Mercedes y otros hechos de valor en la que es hoy República Uruguayana. Era capitán con grado de teniente coronel y mandaba una compañía, tambien de orientales, siendo

(1) Pueblo dependiente entonces de Salta y hoy provincia separada distante diez y ocho leguas al norte de Salta. Habia como cuatracientos ó quinientos hombres de guarnicion que se retiraron precipitadamente luego que supieron el resultado de la batalla.

teniente y alférez sus hermanos **D. Manuel** y **D. Juan Benavides**. Este habia quedado enfermo en Tucumán, á su paso con la compañía que mandaba, de modo, que solo fueron conocidos los dos hermanos mayores. Por resentimientos personales con el gefe de su cuerpo, se pasó Venancio al enemigo y muy luego le siguió Manuel. Viéndose ese dia el primero encerrado en la plaza, exitaba á los demas á una defensa desesperada, y como nadie ò muy pocos siguiesen su ejemplo, se colocó de propósito en medio de una calle donde el fuego era muy vivo, hasta que una bala le atravesó la cabeza dejándole sin vida y tendida en tierra su gigantesca figura. Su hermano Manuel, no quiso seguir su ejemplo y nos esperó muy resignadamente. El General Belgrano, que pienso conocia á los Benavides y sabia sus primeras patrióticas hazañas, lo trató muy bien, lo dejó en plena libertad y le dió recursos para que se trasladase á su pais (1).

En la mañana del 21 los dos ejércitos estaban sobre las armas. El uno para desocupar la plaza, el otro para entrar en ella: el uno para entregar sus armas, el otro para recibirlas. El tiempo seguia lluvioso y á ratos caian buenos chaparrones, á pesar de eso serian las nueve, cuando el ejército real salió al campo, formado en columna, llevando los batallones los gefes á su cabeza, batiendo marcha los tambores y sus banderas desplegadas. La tropa nuestra que estaba fuera, los recibió con los honores correspondientes, hasta que á cierta distancia su columna hizo alto. Habiendo desplegado en batalla el Batallon que llevaba la cabeza, empezó á desfilar por delante del gefe y hombres

(1) El 21 cuando entramos á la plaza, fuí invitado á comer en casa de la Señora de Cabezón, y en la mesa hallé á Manuel Benavides á quien no veia desde antes de su defeccion. Su posicion en presencia de los que habia traicionado, era embarazosa, pero muy luego se repuso mediante la atencion con que lo traté: creo que conservará un recuerdo grato de este lance. No hice lo mismo con otro conocido que encontré en el mismo caso, y lo sientto ahora.

nuestros que estaban apostados para recibir el armamento que iba entregando hombre por hombre, juntamente con sus cartucheras y correages. Los tambores hicieron lo mismo con sus cajas, los pífanos con sus instrumentos y el abanderado entregó finalmente la *real insignia* que simbolizaba la conquista y un vasallage de 300 años. Acto terrible para los militares que sufrían tan gran afrenta, pero grandioso para la libertad y los que la sostenían. No es posible recordar esos días de honor para nuestras armas, y de gloria para la más justa de las revoluciones, sin envanecerse de pertenecer á un pueblo, que supo adquirirlos. El 20 de Febrero es un gran día en los anales Argentinos: el General Belgrano se inmortalizó junto con él.

Hubiera sido muy prolijo si cada batallón enemigo hubiera ido entregando individualmente las armas, como lo hizo el primero; y para abreviar, se mandó que después de formar en batalla, abriesen filas y pusiesen las armas en tierra, depositando encima los correages y cartucheras: lo mismo se hacía con todo lo demás, menos las banderas y estandartes que se tomaban á la mano. La caballería echó pié á tierra para entregar sus espadas, carabinas y demás, y los artilleros dejaron también sus cañones, cajas y juegos de armas. Desarmados enteramente, parecían una cosa muy diversa de lo que eran media hora antes. Volvieron á sus cuarteles sin formación en un tropel confuso que se asemejaba á una majada de carneros. Pero lo que más hería la imaginación de los espectadores, era ver retratadas en sus semblantes las diferentes pasiones que los agitaban. El despecho y la rabia en algunos, en otros un furor concentrado y la vergüenza en todos. Ví muchos de ellos que derramaban lágrimas que no bastaba toda su fuerza á reprimir, y aun presencié escenas que sería difuso referir.

Cuando las tropas Reales salían de la plaza para ir al campo á entregar sus armas, las nuestras que ocupaban algunos puestos de la ciudad, penetraban en ella simultáneamente. Aun esta parte del drama me pareció grandioso.

Mientras por un lado de la plaza salían los vencidos, por la otra entraban los vencedores; contrastaban tanto los semblantes de unos y otros, sus aptitudes eran tan diferentes, que si un extraño á todo lo que habia sucedido, se hubiese presentado en aquel momento, hubiera conocido de lo que se trataba. Sin embargo, todo fué silencioso, ordenado, sublime: nada de insultos, nada de ridícula jactancia (1). Por la tarde de ese mismo dia nuestros soldados fraternizaban en las tabernas con los vencidos, y hubiera llegado á mucho mas su cordialidad si las circunstancias no hubiesen obligado á tomar algunas precauciones. Quien mas perdía con esta intimidad era la causa real, pues es fuera de duda que los sentimientos patrióticos y las ideas de independencia penetraban en los americanos del ejército español y que en unos cuantos dias mas, el contagio hubiera sido general. Quizá por esto se apresuró Tristan á sacar sus tropas cuanto antes para tomar el camino del Perú. Desde el dia siguiente empezaron á salir y antes de tres dias ya no habia uno en Salta, fuera de los heridos y de Tristan que permaneció unos cuantos dias mas.

El General Belgrano habia conocido á Tristan en Europa y acaso habia cultivado con él relaciones amistosas; casi puedo asegurar que se tuteaban. Fuera de esto quiso el primero abundar en pruebas de confianza, y hé aquí lo que he presenciado. A los dos ó tres dias se celebró en

(1) Debo exceptuar un pequeño incidente que presencié y que no tuvo consecuencia desagradable. Cuando un batallón echaba armas á tierra por mandado de su comandante, que era un hombre carnudo y petizo, se le habia olvidado mandar á sus soldados que se quitasen el corraje, y se desviaba del lugar de la escena, cuando advirtió su olvido. Retrocedió pues para remediarlo cuando notó que los soldados sin necesidad de advertencia lo hacian. El alférez D. Domingo Diaz jóven alegre y pifion, le dijo: No se incomode V., los suyos son buenos soldados que no necesitan órdenes de su gefe, añadiendo en voz mas baja pero perceptible, *pues para entregar...* El teniente coronel Realista se inmutó al oír este sarcasmo, pero domiñándose al momento, se contentó con decirle: Sr. oficial, estos son percances de la guerra, de que V. ni nadie esta libre. Con lo que concluyó el negocio.

la catedral una misa y Te-Deum en accion de gracias por nuestra victoria. La funcion fué deslucida porque una gran parte del clero estaba ausente y todas las cosas, aun las de la Iglesia se habian resentido del trastorno universal. Esto no impidió que asistiese el General Belgrano y que lo acompañásemos muchos oficiales. Lo que se acabó la misa salió el General y lo seguíamos pensando dejarlo en su casa, mas con sorpresa nuestra y sin detener el paso acelerado que siempre llevaba, al pasar por la casa de Tristan se entró en ella sin decirnos una palabra. La comitiva se dividió, yéndose los mas à sus casas y siguiéndolo, otros para no dejarlo solo: yo fuí de los últimos. Como no se habia hecho anunciar nadie lo esperaba, y encontró la sala sola. Es regular que le hubiese hecho otras visitas, pues conocia muy bien la casa, así es, que sin detenerse atrevesó la sala y entró en otra pieza que supongo era el escritorio, ó acaso el dormitorio de Tristan. Oimos hablar algunas palabras, y saliendo inmediatamente este á la sala llamó á su mayordomo para encargarle hiciese traer una taza de caldo y una botella de vino generoso. Despues supimos allí mismo que nuestro General se habia sentido algo indispuerto y habia querido tomar un confortante. Entonces pensé y pienso hasta ahora, que fué un pretesto para dar confianza á Tristan. En cuanto á los que habíamos hecho hasta allí parte de la comitiva, nos aburrimos y nos retiramos, quedando solamente los ayudantes; de consiguiente ignoro cuanto duró la visita.

Nuestras pérdidas en la accion no fueron grandes, y sin embargo fueron mayores que en la accion de Tucuman. Murió un capitan Pardo y un teniente Cabral, sino me engaño, de tropa acaso no llegaron á cien los muertos: pero los heridos debieron andar por cerca de trescientos: uno de ellos era el teniente Madrid hoy General. La pérdida del enemigo en personal fué mayor, sin contar como de doscientos á trescientos prisioneros que se hicieron en

la accion. Es escusado decir que de todo el material nada se salvó.

La guarnicion de Jujuy que estaba sujeta à las mismas condiciones de la capitulacion, no dió cumplimiento á ella y se retiró al Perú con sus armas, municiones y bagages, luego que supo el éxito de la batalla de Salta. Este fué ya un principio de infraccion á la fé prometida; luego veremos que no fué la única que cometieron.

Por único monumento de esta célebre jornada existia hace pocos años en el campo de Castañares, que fué el de la batalla una gran cruz de madera, inmediata á la fosa en que indistintamente se sepultaron los cadáveres de los hombres de tropa que perecieron en la accion, con esta sencilla pero elocuente inscripcion. "*Aqui yacen los vencedores y vencidos el 20 de Febrero de 1813*". En el curso de la guerra ocuparon varias veces despues los españoles la ciudad de Salta, y siempre quitaban la cruz, que era luego restablecida cuando entraban nuestras fuerzas en la misma forma. No lo hacian aquellos por profanacion, sino por borrar si era posible, la memoria de su derrota. ¡Ojalá que el gobierno algun dia mande levantar un monumento digno, que inmortalice la memoria de aquel insigne triunfo y recuerde á la posteridad, una de las mas brillantes glorias de la guerra de la Independencia.

Ha divagado tanto la opinion sobre si el General Belgrano, sacó ó nó, de la victoria de Salta todo el fruto que pudo dar, que quiero dedicar á este punto algunas reflexiones especiales. Para mejor ilustrar la materia es conveniente fijar las siguientes cuestiones.

1.º ¿Pudo el General Belgrano conceder menos ventajas en la capitulacion que otorgó al enemigo, ó negarla del todo obligándolo á rendirse á discrecion? 2.º Despues de hecha la capitulacion, debió ceñirse á una observancia tan estrictamente rigurosa como lo hizo ó pudo por una interpretacion justa y legal, cuando no fuese por una represalia legítima, suspender y aun anular sus efectos?

3. ^o ¿Era probable que ese ejército juramentado, que dejábamos partir despues de haberlo hecho pasar por las Horcas Caudinas (permítase esta espresion) dejase de combatir y fuese amigo nuestro ó neutral?

En cuanto á la 1. ^a diré que en mi juicio, es muy probable que atendido el estado de disolucion en que estaba el ejército enemigo el 20 de Febrero despues de la accion, se hubiese rendido á discrecion; mas el General que no sabia lo que pasaba adentro de la plaza y que ademas tuvo el laddable objeto de detener la efusion de sangre, hizo bien en otorgar la capitulacion, la que no obstante hubiera sido de desear que fuese menos ventajosa al enemigo.

En la 2. ^a diré que el General Belgrano fué demasiado escrupuloso y que pudo y debió suspender los efectos de la capitulacion por un tiempo limitado, en cuanto á la marcha del ejército vencido. Una suspension momentánea no es una infraccion, tanto menos, cuanto la capitulacion (sino me engaño) no fijaba dia preciso para la partida. Si habia infraccion era de parte del enemigo, pues la guarnicion de Jujuy incluida en la capitulacion, como Torrente lo confiesa, se habia marchado con sus armas y bagages sin hacer caso de ella, lo que autorizaba al general Belgrano, no solo á suspenderla sino á romperla y hacer prisionero de guerra á todo el ejército. La mala fé de Goyeneche y demas de su ejército estaba probada, pues veinte meses antes en el Desaguadero atacó al nuestro, antes de terminar un solemne armisticio (1) y aun sin denunciar las hostilidades, como se infiere de la relacion del mismo Torrente; y de consiguiente no era de esperar que con nosotros fuese mas fiel. Todo debió aconsejar al General Belgrano que tomase un camino diferente, y no encuentra por mas

(1) El armisticio fué celebrado el 16 de Mayo por 40 dias y sin prévio aviso de ninguna clase, y faltando cinco dias para su terminacion, fué atacado nuestro ejército el 20 ó 21 de Junio antes que se hubiese reunido. Seguramente que esta es poca disculpa para nuestros Generales que no debieron fiarse de un enemigo traidor, pero es una prueba indudable de la perfidia de los Realistas.

que esprima uno su inteligencia, la razon porque no lo hizo. Lo único que se me ocurre en favor de su resolucion, es la dificultad de guardar un tan crecido número de prisioneros, que sino era mayor era igual á lo que propiamente se llamaba nuestro ejército, lo que á la verdad no deja de tener algun peso.

Para apreciar debidamente esta circunstancia, téngase presente que en aquel tiempo ese elemento popular, que tan poderoso ha sido despues en manos de los caudillos, era casi desconocido; en consecuencia, los Generales poco ó nada contaban fuera de lo que era tropa de línea. En ese concepto debió calcular el General Belgrano que para guardar trescientos prisioneros haria indispensablemente distraer una parte de su ejército, que urgentemente necesitaba para la campaña que iba á abrir. Despues que el pronunciamiento de las masas, por la causa de la Independencia fué unísono y universal; despues que la poblacion de nuestra campaña desplegó esa fuerza que es peculiar de nuestra situacion, no hubiera sido dificil encomendar la custodia de un número tan crecido de prisioneros á cierto número de escuadrones de Milicianos que retirándoles los caballos y otros medios de escape, y separándolos en fracciones los hubiesen conservado en algunos puntos de la campaña; mas entonces, ni habia milicias medio arregladas ni tenian armas de ninguna clase, ni su decision era pronunciada ó al menos no habia habido motivo para conocerla. Era pues una dificultad de no pequeña importancia, la que he propuesto. Sin embargo debió haberse vencido á toda costa, en atencion al tamaño de la ventaja que reportábamos privando al enemigo de esa fuerza, y ademas teniendo presentes otras consideraciones de que voy á ocuparme al tratar la tercera cuestion.

La 3.^a cuestion en su 1.^a parte ya está resuelta en lo que acabamos de decir para probar la mala fé del enemigo, y si esto no fuese bastante, apelamos al testimonio del mencionado Torrente, historiador español que es-

cribió por orden de su soberano Fernando VII. quien no tiene pavor en decir que, *“los empuños, de los juramentados de Salta, no eran obligatorios en ningun modo, por haber sido contraidos con súbditos rebeldes.”* Hasta la autoridad eclesiástica intervino en esta profanacion, pues el Obispo de la Paz expidió un edicto absolviendo del juramento á los vencidos de Salta y declarándolo nulo. ¿Pero que necesidad hay de ocurrir á estos argumentos? ¿Quién pudo pensar que los obstinados españoles se privasen del auxilio de tres mil soldados aguerridos por un escrúpulo de conciencia ó por un sentimiento de honor, en una guerra que equiparaban á la primera de la conquista y que les importaba un mundo entero? A un niño no pudo ocurrir semejante idea, ni el General Belgrano pudo abrigarla: mas debió tener otras miras, cuyos fundamentos pasaremos á examinar.

El ejército enemigo á quien podíamos decir que habíamos hecho pasar bajo las Horcas Caudinas, marchando inmediatamente, lo hacia bajo las impresiones de su reciente humillacion, y no podia sernos grato ni llevar disposiciones amistosas. Es verdad que el concepto de un vandalage horrendo, con que nos habian pintado los gefes españoles habia desaparecido al ver el arreglo de nuestros batallones: es verdad tambien que la opinion de impios y herejes en que nos tenian se habia disipado al ver nuestros escapularios y otros signos religiosos: es verdad en fin, que las ideas de independencía algo habian penetrado durante aquel momentáneo contacto en que estuvieron con los nuestros; pero de todo ello cuando mas se inferirá, que la causa en general, avanzó un tanto sin ganar cosa alguna para nuestro pais en particular. No fueron pues mas amigos de los argentinos que lo habian sido antes, lo que sin duda se hubiera conseguido con algun mas trato y facilitando las relaciones personales.

No puedo prescindir de emitir una observacion que siempre torturó mi espíritu, y que ahora mismo gravita so-

bre mi alma. ¿Por qué nuestro país que tantos sacrificios hizo para llevar á otros del Continente la libertad, no ha obtenido el homenaje de gratitud que le era debido? ¿Porque nuestros ejércitos que recorrieron la América del Sud prodigando su sangre, no lograron de los mismos pueblos que habian libertado, la benevolencia y el reconocimiento que merecian? ¿Ha sido efecto de la ingratitud de estos, ò de una fuerza repulsiva de nuestros guerreros y de nuestros gobiernos, que al paso que hacian el bien, tenian la funesta habilidad de revestirlo de formas desagradables para perder el derecho al agradecimiento? No es cuestion esta de que me ocuparé, porque requiere ser tratada en otra forma, que lo que yo puedo hacerlo aquí. Que cada uno la resuelva á su placer.

Es visto pues, que el General Belgrano esperó mucho mas de lo que debia, de las disposiciones morales de los juramentados de Salta y de la gratitud á que se creia acreedor. No hay duda que algo se consiguió, y como el mismo Torrente dice en la página ya citada. "*Otros (de los juramentados de Salta) se dedicaron á pervertir el espíritu público, proclamando el brillo y el entusiasmo de las tropas de Buenos Aires y pintando con los colores mas alhagüeños la causa que ellos defendian.*" Sin duda era este muy poco fruto para una tan gran victoria en que la mayor y mas selecta parte del ejército Real, habia sido anonadada. Si por entonces no mereció esta medida la desaprobacion que mereció despues, fué porque participábamos de las mismas esperanzas que el General y porque estas se fortificaban con la intimidad que parecia tener con Tristan, lo que daba lugar á infinitas conjeturas.

Si aun todavia se hubiera marchado con rapidez; si se hubiesen hecho los últimos esfuerzos para dar mas poder al ejército é impulsión á sus operaciones: si hubiéramos podido aprovechar del terror que nuestra victoria habia inspirado á los restos del ejército enemigo que se hallaba en Oruro, casi en estado de disolucion, se hubiera remediado

aquella falta; mas no fué así y el ejército Real tuvo tiempo de volver en sí, reforzarse con los juramentados, y reorganizarse para vencernos á su vez.

Era ya tiempo de penetrar en las provincias del Alto Perú, en donde la victoria de Salta habia sido un golpe de rayo para los gefes realistas. El General Goyeneche, aturcido completamente, abandonó las provincias de Potosí y Chuquisaca, y dando libertad á todos los prisioneros que tenia en su poder, se retiró á Oruro. De esas resultas volvieron á las filas del ejército D. Máximo Zamudio, que pasó á ser Mayor de Dragones, D. Juan Francisco Zamudio, D. Juan Escobar, D. Rufino Falcon y otros tres oficiales mas, con cien ó pocos mas hombres de tropa.

Ignoro con que motivo, despachó el General Belgrano al capitán de mi Regimiento D. Alejandro Heredia en clase de parlamentario (el que fué General y Gobernador de Tucuman y que fué asesinado el año de 1838) quien alcanzó á Goyeneche en Oruro, fué muy bien recibido y regresó con pliegos de contestacion á los que habia conducido. Pienso que esta mision solo tuvo por objeto, tantear á Goyeneche, lo que no produjo fruto alguno. Este obcecado americano, ha hecho mas mal á su pais, que lo que se cree generalmente.

El, mas que otro alguno, como que era americano, contribuyó á cortar el vuelo de la revolucion y á debilitar ese patriotismo puro y entusiástico de los primeros tiempos: él, haciendo valer para sus fines las locuras de algunos oficiales jóvenes y las imprudencias de algunos viejos, nos clasificó de impíos é incrédulos, desnaturalizando asi la guerra y haciéndola semi-religiosa: él autorizó á los Imas, á los Landivares y otros sicarios, para que cometiesen crueldades que hacen estremecer á la humanidad: él cubrió de cadalsos el suelo de su patria é hizo correr en los suplicios arroyos de sangre. Ninguno de los Generales españoles se le ha excedido en crueldad, y si respetó á los prisioneros de nuestro ejército fué porque temió represalia,

pero es seguro que si se hubiera asegurado un poco mas, nos hubiera tratado del mismo modo que á los desgraciados Peruanos. Su segunda campaña á Cochabamba es un monumento de barbarie, que tiene pocos ejemplos.

¿Y qué diré de su mérito militar? Que era muy limitado. Todas sus campañas, todos sus sucesos todas sus victorias, mas fueron debidas á la impericia de sus adversarios que á sus propios talentos. La accion de Huaqui es la que figura en primera línea entre sus hazañas, y todo el mundo sabe que no hubo accion, ni combate, ni batalla ni cosa que merezca este nombre. En Yuraicoragua, en donde por nuestra parte mandaba el General Viamont, y por la enemiga el General D. Juan Ramirez, fué donde se puede decir que se combatió en ese dia desgraciado, y en esa accion funesta á que damos generalmente el nombre de accion del Desaguadero. La batalla de Amiraya contra los Cochabambinos fué una farsa, como lo fué tambien despues la de Pocona y la toma de la capital de aquella provincia (1).

Cuando la fortuna le volvió la espalda, perdió enteramente el ánimo y la cabeza. Aun despues de su retirada á Oruro no pudo recuperarse de su abatimiento y se retiró del ejército para pasar á España, en donde habrá gozado de su cuantiosa fortuna, pero despedazado de los remordimientos que han debido causarle los males que hizo á su patria y los bienes que pudo y dejó de hacerle.

Despues de algun tiempo de mansion en Salta para organizar los cuerpos, empezaron estos á salir para Jujuy y de allí continuar por el camino de Potosí: á cierta distancia tomó mi Regimiento la Vanguardia, siguiendo luego los de infanteria. El General Belgrano que conocia cuan importante era observar en aquellos pueblos, una severa disciplina, estrechó sus órdenes é impuso pena de la vida

(1) Esta accion de Amiraya, que se llamó tambien de Sipe-sipe, es distinta de la que en el mismo lugar dió despues el General Rondeau contra Pezuela en 1815. Es necesario no confundirlas.

por el crimen de robo, aunque fuese (era la expresion de la órden) de un huevo. La conducta de la tropa correspondió á sus deseos, pues fué la mas moral y arreglada que podia darse; pero personas de otra categoría le causaron disgustos y le obligaron á tomar providencias severas.

Hablo del comandante Dorrego quien habia marchado con su Batallón á Jujuy, donde estaba tambien el N.º 6. Un soldado de este cuerpo se habia enrolado en el de Cazadores sin saberlo sus gefes, que lo creian desertor; es encontrado en la calle y llevado en arresto al cuartel del 6: lo reclama Dorrego, lo resiste Forest : aquel manda una patrulla de Cazadores que se apodere y traiga prisioneros cuantos soldados encuentre por la calle de los del N.º 6 y Forest manda otra partida que haga lo mismo con los que encuentre de Cazadores. Ya se habian hecho muchos prisioneros mútuamente, cuando llegando este escándalo á noticia de la primera autoridad del ejército, intervino y cesó, mediante sus disposiciones, el conflicto.

Se movió de Jujuy el Batallón de Cazadores é hizo alto por algunos dias en Humahuaca que dista treinta leguas. Allí no teniendo el Sr. Dorrego otra cosa en que entretenerse, desplegó todos los recursos de su génio para hacer burla á algunos oficiales y darles chascos los mas pesados. Uno de ellos fué promover él mismo, una riña entre dos jóvenes subalternos, Aguirre y Videla (segun me parece) y exitarlos á que se batiesen en duelo para conocer (decia) si eran valientes. Es de creer que el Sr. Dorrego que era padrino de uno de ellos, pensó interponerse oportunamente para precaver una desgracia, porque no puedo suponer que encontrase placer en el exterminio de dos jóvenes apreciables que acababan de combatir bizarramente en Salta: hecha esta suposicion es tambien de creer que colocados en la escena, ya no pudieron los padrinos (el otro era un capitán Bustos del mismo cuerpo y de toda la confluencia del Sr. Dorrego) impedir un desastre. Casi simultáneamente

los dos combatientes se dieron graves heridas, de que sufrieron y se inutilizaron por mucho tiempo.

Un suceso como este, y otros de menos importancia no podian ocultarse y llegaron á noticia del General Belgrano, quien desde su Cuartel General espidió órdenes, separando del mando al Sr. Dorrego, mandándole regresar á Jujuy, y ordenando la formacion de una causa, que esclareciese su conducta. Estas órdenes lo alcanzaron ya muy internado en el Perú, pero de allí regresó al lugar de su destino: la causa mandada formar despues de ocho meses no estaba muy adelantada, y cuando sobrevinieron las desgracias de Vilcapugio y Ayouma, y la consiguiente retirada, él fué otra vez llamado al ejército y colmado de distinciones. Ya era entonces coronel graduado.

¿Y se creerá que una providencia tan justa, tan necesaria, tan útil en un sentido, vino á ser fatal en la opinion del mismo General Belgrano, quien despues de la accion de Vilcapugio, dijo: que si Dorrego hubiera estado en su cuerpo, no se hubiera perdido la accion? Efectivamente, en la batalla que acabo de citar en que concurrió la fatalidad de morir ó ser heridos los gefes de mas mérito, solo faltó uno de valor y capacidad en nuestra ála derecha: pienso pues con el General Belgrano, que si está el Sr. Dorrego no hubiéramos sido batidos. Mas no anticipemos los sucesos, sin dejar por eso de deplorar desde ahora, la triste condicion humana que cuando está adornada de algunas prendas estimables, vienen acompañadas de otras calidades que empañan el brillo de las primeras.

Como indiqué antes, mi Regimiento llevaba la Vanguardia en este movimiento sucesivo de los cuerpos. El 6 de Mayo nos alcanzó en la *Lava*, hacienda é ingenio del Conde de Casa Real, á nueve leguas de Potosí, el Mayor General Diaz-Velez: todo lo activó para que al dia siguiente madrugando mucho tuviésemos tiempo de hacer nuestra entrada en aquella célebre ciudad. Asi se verificó efectivamente, y el 7 á las tres de la tarde estábamos frente al *Socavon*, que

solo dista una legua. Allí empezaron á encontrarnos las autoridades y mucho vecindario que cabalgaba en vistosos caballos, pero cuyos aderezos eran rigurosamente á la española. Recuerdo de una escolta de honor, como de treinta hombres, que presentaba la ciudad al Gefe de nuestra Vanguardia, en que cada soldado parecia un general segun el costo de su uniforme, que era todo galoneado incluso el sombrero elástico, y la riqueza y bordados del ajuar de sus caballos. Pero todo era tan antiguo, los caballeros cabalgaban con tan poca gracia, que á pesar del chocante contraste que formaban con la pobreza de nuestros trages, no envidiábamos las galas. Era en realidad suma la de nuestros oficiales, quieues aunque se habian esforzado en vestirse lo mejor que podian, apenas se diferenciaban de los soldados, que tampoco iban muy currutacos. Agréguese que no habíamos tenido tiempo ni aun de hacer que lavase y se asea-se la tropa de modo que en el mismo traje de camino se hizo la entrada triunfal, en el emporio de la riqueza Peruana.

Para mayor abundamiento toda la tropa cabalgaba en mulas muy flacas, muy malas y sin siquiera herrarse. No se creia que la buena cabalgadura fuese de gran importancia para el soldado de caballería, ni aun en el combate, ó por lo menos se creia que no merecia la pena de que se hiciesen los mayores gastos que requiere esta arma, en todos los ejércitos del mundo menos en los de la República Argentina. Pero dejando estas reflexiones para otra ocasion, volveré á nuestra entrada en Potosí.

Las calles estaban adornadas con arcos, y un inmenso pueblo las cubria victoreando á los vencedores. Potosi es el pueblo que menos simpatias tuvo por la revolucion. Su grandeza y riqueza provenia del laborio de las minas que estan á su inmediacion en el célebre cerro que lo domina: el progreso de esos trabajos se fundaba en la *Mita* (1) y

(1) Tiránica ordenanza de los los españoles, en virtud de la cual eran obligados los Indios de cien y doscientas leguas de dis-

otros abusos intolerables, que un sistema mas liberal debia necesariamente destruir: eran pues sus intereses en cierto modo que hacian inclinar la opinion, (á que debe agregarse el inmenso número de empleados de la casa de moneda, y Banco de rescate) en favor de la causa Real, ó lo que es lo mismo en la conservacion de la antigua opresion.

Sin embargo las demostraciones de alegria por nuestra llegada no fueron menos ruidosas y espresivas, bien que tenian otro oríjen fuera del patriotismo que podia influir en algunos. Este origen era el miedo, ó mejor dicho estaba en los reproches de su conciencia: no se habian cumplido aun dos años que ese mismo pueblo que tanto aplaudia nuestra entrada, se había cebado con el furor de la demencia, en los restos del ejército derrotado en el Desaguadero: la sangre de cien soldados mezclada con la de mas de doscientos cholos que inmolaron aquellos en su defensa, habia corrido con profusion. Temia pues la poblacion de Potosi que recordásemos ese agravio y quiso hacerlo olvidar á fuerza de obsequios.

No eran estos precisos, porque en esa época la disciplina del ejército era admirable; ademas que nuestro carácter nacional es demasiado generoso: nadie se acordó de lo ocurrido, y no llegó á mi noticia un solo acto que pudiese justificar los temores que se habian tenido. Las órdenes del General en Jefe, eran tan terminantes, que recuerdo de un bando militar que se publicó en el ejército, del que uno de sus artículos, estaba concebido en estas formales palabras: *“Se respetaran los usos, costumbres y aun preocupaciones de los pueblos; el que se burlare de ellos, con acciones, palabras y aun con gestos será pasado por las armas.”* El Ge-

tancia, á venir á Potosi á trabajar tres años en las minas, donde morian muchisimos, tanto por lo mortífero del trabajo en si mismo, cuanto por el mal que les hacia la súbita variacion de temperatura, desde el fondo de las escavaciones donde se siente un gran calor, al aire libre donde el frio es tan intenso que el agua esta en estado de congelacion.

neral Belgrano aun no habia llegado, pero el bando y sus efectos le habian precedido.

El General Diaz Velez fué alojado en una magnífica casa (la de Linares) que se le habia preparado, y en proporcion[los gefes] y oficiales que habíamos llegado. Se le dió un buen baile en su misma casa, y es necesario decir que la concurrencia no fué lucida, porque no era de lo principal. En cuanto á hombres no se echaba menos, por cuanto lo suplía la oficialidad, pero en punto á señoras era muy sensible la escasez. Forzoso es decir que la aristocracia del Perú nos era desafecta, desde que Casteli con poquísimo discernimiento la ofendió, provocando los furors de la democracia. Creo hasta ahora que esta ha sido una de las causas que ha hecho del Perú el último baluarte de la dominacion española y el taller de esos ejércitos que volaron á todas partes, para conservarla y estenderla. Volvamos al baile.

Las condesas, marquesas y señoras de categoría habian emigrado, ó habian ganado sus haciendas ó estaban enfermas, de modo que en el baile hubo pocas señoras. Recuerdo que las de Usin fueron las principales, tanto por su buen trato, cuanto por su sincero patriotismo; segun la costumbre del pais, y en atencion á lo extraordinario del motivo que ocasionaba el baile, las señoras dijeron brindis, é hicieron frecuentes y abundantes libaciones, de que resultaron escenas de una belleza cómica inimitable, sin que por ello tuviese de que ofenderse la moral, ni se traspasasen los límites del pudor.

En Potosí nos tomó el 25 de Mayo, y lo celebramos militarmente; ese dia que para nosotros encierra tantos recuerdos, era casi indiferente á los Peruanos. Era la mejor prueba de que el movimiento que agitaba las provincias Bajas no habia penetrado bastante en aquellas. El respectable Dr. Salinas, que ejercia las funciones de Gobernador Provisorio, á pesar de su patriotismo, y de sus luces, pienso que participaba, de la misma indiferencia.

Habiendo llegado en los primeros días de Junio algún otro cuerpo que hiciera la guarnición, salieron los Dragones á formar la Vanguardia que habia de observar al enemigo que ocupaba siempre las posiciones de Oruro. Mi Regimiento llevaria de cuatrocientos á quinientos hombres, armados de tercerola y pocos sables, cabalgados en las malas mulas que habíamos llevado y algunas otras chúcaras que debian amansarse. Estas mulas se mantenian á pasto del campo, sin que jamás se les diese grano, ni se les pudiese en el pesebre. Luego que se concluia la jornada se largaban, y casi siempre se entregaban á los indios para que las llevasen á algún cienego que es por lo comun donde en esos lugares ingratos se encuentra algún pasto.

Cuando la necesidad requeria que pasásemos la noche con mulas ensilladas, por una gran proximidad del enemigo, éstas la pasaban enfrenadas. Nada habia de ese cuidado minucioso que tienen los cuerpos de caballeria, por sus cabalgaduras: nada de esa economía, de ese mecanismo mediante el cual un solo caballo dura y sirve al soldado para muchas campañas. Nuestra ignorancia era suma, y los peligros que corríamos por efecto de esa misma ignorancia eran inminentes. Solo la ineptitud de los enemigos y el estado de desmoralización en que se hallaban pudo hacernos sobrevivir á tan crasos errores.

Sin plan, sin objeto, sin mira ninguna, seguimos adelantando camino hasta Tolapalca, distante 24 leguas de Potosí. Allí tuvo parte el gefe de la Vanguardia, que era el del cuerpo, por algunos indios que se habian mandado como espías de que una fuerza enemiga se hallaba en Condo-condo, cuatro leguas de Vilcapugio hácia el Despoblado. Nuestro gefe resolvió atacarla y marchamos por la tarde de Tolapalca con concepto á llegar ya de noche á la pampa de Vilcapugio, distante cuatro leguas; atravesarla silenciosamente, y llegar á la madrugada al punto ocupado por el enemigo, que dista otras cuatro.

Habiendo andado la mitad del camino que hay hasta

Vilcapugio, es decir, dos leguas, se empezaron á recibir partes sobre partes, á cuales mas alarmantes, de una compañía algo mejor montada, que se habia hecho adelantar á reconocer; segun ellos el enemigo estaba en fuerza ocupando á Vilcapugio, lo que hizo suponer á nuestro gefe que habiamos sido sentidos y que se adelantaba á recibirnos. Entonces retrocedimos á nuestra posicion de Tolopalca, y pasamos nosotros y nuestras mulas una noche toledana. Al dia siguiente se supo, que no habia habido tales enemigos en Vilcapugio, y que los partes eran forjados por el miedo de la partida descubridora.

A los dos ó tres dias continuamos nuestro movimiento, que sentido por el enemigo se retiró á las inmediaciones de Oruro. Pasando por Vilcapugio llegamos á seis leguas mas adelante, al pueblo de Ancacato, gran poblacion de indios, pero abandonada y quemada en su mayor parte.

Alli permanecemos bastantes dias entregados á la mayor confianza, acuartelada la tropa en el pueblo, nuestras mulas paciendo á distancia en los lugares que parecian aparentes, y sin mas precaucion que una guardia avanzada colocada en la aldea de Pequereque, (1) un poco mas allá de la Angostura (2). En dicho punto de Pequereque se separan dos caminos, uno que vá á Oruro por Venta y media, que es el principal de la posta: el segundo se separa á la izquierda y toma el Despoblado, tocando en el pueblo de Challapata que está seis leguas de Ancacato y cuatro de Condocondo al Norte.

Como en Ancacato careciamos de todo y tuvimos no-

[1] Pienso que es el mismo lugarejo que marca el plano de la batalla de Vilcapugio que trae Torrente en su obra; mas en este caso está equivocado, porque Pequereque está poco mas de una legua de Ancacato al norte en el camino de Oruro, mientras el plano lo pone al sud, es decir al lado de Potosí.

[2] La Angostura es una estrechura que hace la quebrada de Ancacato á menos de una legua del pueblo, entre este y Pequereque. Dicho lugar es célebre por una victoria de los indios en tiempo de Goyeneche, en que perecieron mas de cien granderos de la flor de su ejército.

ticia que en Challapata habia casas de abasto, y deseando tambien los gefes del cuerpo dar por allí un paseo, resolvieron (si mal no me acuerdo) en la mañana del 17 de Junio, trasladarse á visitar el segundo de dichos pueblos llevando en su compañía á los ayudantes y uno ó dos de los Portaguiones que habitualmente los acompañaban. Ya se deja entender que yo era de la comitiva y que hube de caer en la casual celada, que sin saberlo nos preparaban los enemigos.

Habíamos llegado á la avanzada y conversando con el oficial que la mandaba, hacíamos los últimos aprestos para seguir nuestro proyectado viage á Challapata, cuando trajeron un indio que dijo que el enemigo venia por el camino de Oruro. Se despreció completamente la noticia del indio, porque efectivamente acostnmbaban mentir mucho y engañarnos todos los dias. Sin embargo el comandante Zelaya aunque no creyó la noticia tuvo por conveniente suspender el viage á Challapata y dispuso que solamente lo hiciese el Porta-guion Villafuerte con dos soldados, á quien hicimos todos nuestros encargos,

Apenas habrian pasado cinco minutos, cuando los centinelas avanzados anunciaron la presencia del enemigo por el mismo camino de Oruro: entonces fué preciso hacer correr á toda brida, un hombre en alcance del Porta-guion Villafuerte para que sin perder un instante retrocediese con no menos violencia, sopena de quedar cortado sino lo hacia. Al mismo tiempo despachó al otro ayudante, compañero mio, D. Juan Garron para que volase á Ancacato y diese la órden de que tomase mulas y ensillase el regimiento, haciendo *de paso* que se llevase la mulada al pueblo para que la órden tuviese efecto cuantos antes. He dicho de paso por que la mulada pacia en una quebrada que confluia con la principal, que era nuestro camino, de modo que la mulada quedaba entre la avanzada en donde nos hallábamos y el pueblo de Ancacato donde estaba el regimiento.

Habiendo dado estas disposiciones, quiso el coman-

dante Zelaya ver personalmente al enemigo y nos dirigimos á una loma inmediata en donde estaban los centinelas que se disponian ya á retirarse, y efectivamente nos encontramos con las guerrillas enemigas que empezaban á trepar la loma por el otro lado. Ya entonces no se pudo dudar de que éramos atacados, y el comandante trató de reunirse al regimiento, pero sin mayor apuro por cuanto contaba con que Garron habria hecho llevar la mulada y el regimiento estaria montando.

Suspenderé un momento mi narracion para decir que el primer aviso del indio fué providencial, pues si la noticia tarda un cuarto de hora nos hubiéramos puesto en camino, hubiéramos sido cortados y sin duda hechos prisioneros, pues debe tenerse presente que aquellos caminos de sierra son generalmente senderos que no permiten desviarse, y que interpuesto el enemigo estábamos irremediablemente en su poder. Considérese ahora lo que hubiese sucedido en el regimiento viéndose repentinamente privado de los gefes, de uno ó dos capitanes que tambien iban y de toda la plana mayor: es probable que todo hubiera sido confusion y acaso un completo desastre. La providencia nos salvó.

Volvimos al pueblo y nos maravillábamos de no ver el movimiento consiguiente á la operacion de tomar mulas quinientos hombres, lo que hizo creer al comandante que ya estaria concluida, porque nos habiamos detenido bastante tiempo, y que la tropa estaria ya lista y formada. Nada de esto habia, y su asombro fué igual á su irritacion cuando supo que el ayudante Garron por no perder camino en su retirada entrando en la quebrada de travesia donde pastaban las mulas, se fué hasta el pueblo de donde mandó recien á un abanderado á que hiciese venir la mulada, lo que bien habia hecho perder mas de media hora de tiempo. El enojo del comandante con Garron fué justisimo y tanto mas fundado cuanto tuvo la impavidez de presentarsele en su cabalgadura de reserva con una enorme balija en la grupa y

demás utensilios de su servicio, lo que probaba que primero por no decir exclusivamente se había ocupado de su seguridad personal y de su equipage de campaña. Este oficial sufrió pacientemente los justos reproches del comandante y la unánime reprobación de todos sus compañeros; pero tenía una alma que lo hacía sobreponerse á esas desgracias, ó mas propiamente hablando, un miedo superior á todas las otras emociones.

El comandante cuyo valor era probado, mandó formar á pié con ánimo de batirse y resistir al enemigo en aquella forma: felizmente el enemigo apenas se avanzó un poco de Pequereque y dió tiempo á que viniese la mulada y se diesen otras disposiciones.

La única fuerza nuestra que el enemigo tenía al frente, y que se contentaba en sus malas mulas con observarlo era la guardia avanzada que había estado en Pequereque y que se había retirado hasta la Angostura. Para reforzarla y para guerrillar al enemigo, se separaron las mejores mulas, se tomaron los caballos de los oficiales, se hizo montar regularmente la duodécima compañía á cargo de su capitán D. Juan Francisco Zamudio, y se le hizo marchar al enemigo. Se trabó luego una guerrilla que se tiroteó casi todo el día, sin que ni unos ni otros perdiesen ni gansasen terreno. El comandante y el mayor se habían adelantado también, y desde allí mandaban sus órdenes á los oficiales que habíamos quedado con las compañías. Como hubiese escasez de estos se me había encargado provisoriamente la 3.^a y á falta de oficial mas graduado en el tercer escuadrón, recayó en mí el mando de todo él.

El primer escuadrón tuvo orden de marchar á servir de reserva y protección á las guerrillas y lo hizo en sus descarnadas mulas. Ellas eran tales que mas valía andar á pié. Sea por esta razón, sea porque el jefe quiso hacer creer al enemigo que teníamos infantería, á eso de las dos de la tarde tuvimos orden de movernos todos á pié, y lo hicimos formando los tres escuadrones que quedaban, una

•

la columna. Según el orden de la formación de la caballería de entonces y según la táctica española, después del 1.º seguía el 3.º escuadrón, de modo que no estando aquel me tocó llevar la cabeza de la columna.

El fuego era bastante vivo, y se nos mandó acelerar el paso: á medio camino encontramos al mayor y luego al comandante, quien habló á la tropa, que á la verdad parecía bien dispuesta. Como el camino va por la quebrada y por la quebrada un río, era necesario pasarlo á cada rato; como el comandante vió que lo pasábamos metiéndonos en el agua dijo:—“*No quiero que digan que yo no me mojo,*” y se apeó del caballo en medio río. Cuando ya nos pudo percibir el enemigo porque el terreno lo permitía, el comandante hizo maniobrar el regimiento tan breve formando columna, tan breve desplegando: tan breve marchando de frente, tan pronto haciendo alto para volver luego á nuestro primer movimiento.

El enemigo se intimidó y emprendió la retirada abandonándonos la aldea de Pequereque que ocupamos al ser de noche. En las desconcertadas maniobras que había hecho esa tarde el comandante, invirtiendo frecuentemente el orden natural, había resultado un enredo mediante el cual las compañías, las mitades y las cuartas habían perdido su colocación regular. Queriendo, en la calle principal del pueblito donde habíamos formado en batalla, corregir este error, no lo pudo conseguir y resultó una confusión mayor. Al fin se aburrió y me llamó para decirme: “*arregle V. el regimiento y avíseme luego que lo haya hecho*” retirándose en seguida. Para conseguirlo tuve que llamar compañía por compañía y darle su colocación, lo que no concluí hasta bien entrada la noche. Se mandó que la tropa descansase y nosotros hicimos lo mismo.

A la media noche nos llamó el comandante á todos los que mandábamos compañía para oír nuestra opinión, sobre si marcharíamos á Challapata que era la dirección que había tomado el enemigo, para empeñar un nuevo y decisivo com-

bate, ó si nos retiráramos á nuestra antigua posicion: los pareceres fueron varios, y á nada se arribó. Vino la mañana y el comandante ya mas fresco, resolvió nuestra retirada á Ancacato; en consecuencia vinieron las mulas que habian quedado ensilladas y que no habian comido ni el dia ni la noche antes, y regresamos ya en pies ajenos. Nuestra pérdida consistió en tres muertos de tropa, en un oficial y ocho ó diez soldados heridos: la del enemigo mas ó menos lo mismo.

Todo volvió en Ancacato al orden acostumbrado, sin mas diferencia que no se quiso mandar pastar las mulas á vanguardia de nuestra posicion, para que en un ataque de improviso no cayesen en poder del enemigo. Solo habian pasado dos dias, cuando á eso de las tres de la tarde se presenta de nuevo el enemigo, y se apodera de la misma aldea de Pequereque. Nuestra avanzada que era mandada por el capitán entonces y despues General D. Alejandro Heredia se retiró á la Angostura. Todo anunciaba un ataque premeditado y por tanto decidido del enemigo, que habia tenido mas que sobrado tiempo y ocasion de tomar conocimientos de nuestra fuerza, estado y circunstancias. Era tambien mas que probable que hubiese sido reforzado estando su ejército tan cerca, mientras el nuestro estaba cerca de cuarenta leguas. Nuestra situacion era crítica, porque á continuar su movimiento el enemigo, no teníamos tiempo ni de tomar mulas, ni de disponernos para la retirada.

En tal conflicto se me ordenó que saliese con dos compañías del 3º escuadron que estaban francas y cuya fuerza no llegaba á cien hombres, á colocarme á la entrada del pueblo con la orden de sostener mi puesto á toda costa (1) y de impedir á todo trance la entrada del enemi-

(1) Bien sabido es entre militares lo que importa esta orden, pues significa nada menos que la obligacion de sacrificarse hasta perecer, sin que en ningun caso sea permitido retirarse. Es esta la única vez que la he recibido en mi larga carrera militar; y la única vez que la he dado ha sido en la batalla de Caaguazú al Batallon Guardia Republicana que defendia el estrecho del Estero. Son tambien las únicas veces que se haya dado en nuestro pais.

g^o. Llegado á mi destino coloqué mi tropa convenientemente y esperé el resultado de los movimientos enemigos: con asombro ví que nuestra avanzada de caballería que estaba á la vista permanecía, lo que probaba que el enemigo estaba quieto: de este modo continuamos hasta que se iba á entrar el sol, á cuya hora recibí la órden de replegarme y tomar mulas, para incorporarme á la avanzada de caballería. Véamos ahora lo que habia sucedido en el regimiento cuyas operaciones ignoraba, porque siendo el pueblo grande no veía lo que sucedia dentro de él.

El peligro era inminente y el conflicto de los gefes era grande; despues que hubieron mandado la fuerza á mis órdenes, sino para impedir la entrada del pueblo al enemigo, al menos para entretenerlo á su tiempo, mientras ellos con la restante tropa se ponian en salvo, dispusieron que el regimiento con las monturas y grupas á cuestras emprendiese á pié su retirada: despues de haber andado un trecho encontraron la mulada, y la tropa se puso á tomar mulas como se podia: ejecutada esta operacion continuó la retirada por seis leguas hasta Vilcapugio, donde se hizo alto ya tarde para pasar la noche.

Estaba tambien muy entrada cuando yo con mis dos compañías me ví montado en Ancacato y me incorporé á la avanzada del capitan Heredia: sin demorarnos seguimos las huellas del regimiento y á eso de la una de la mañana lo alcanzamos en el mismo Vilcapugio, donde estaba campado. Era una de las noches mas frias que he experimentado. El lugar, la estacion, todo concurría á hacerla insoportable: recuerdo que cuando llegábamos el oficial que estaba de guardia avanzada á corta distancia de Vilcapugio, nos dijo: que los centinelas solo estaban media hora en el puesto y que ya habian enfermado y aun caido en tierra de frio unos cuantos. Cuando fuimos á ver al comandante y darle parte de lo ocurrido, tenia en la casa de la posta un buen fuego y metíamos los pies hasta quemarnos las botas. Yo y los demas habíamos hecho la mayor parte del camino á

pié, sin lo que nos hubiera sido imposible soportar el frío.

Si nuestros movimientos en este episodio de la campaña eran falsos, sin objeto determinado, sin utilidad alguna, los del enemigo no eran menos, sino es que tuviese por objeto alejarnos. Es fuera de duda, que si él nos carga en las dos ocasiones que nos tuvo al frente, teniendo infantería, y con la ventaja de la proximidad de su ejército, nos hubiera hecho pedazos, cuya derrota era tanto mas grave, cuanto nos habíamos alejado mucho de nuestra base. El que mandaba la fuerza enemiga, era el famoso General Olañeta, comandante entonces, que estaba en su aprendizaje. Es seguro que si este *Bentos Manoel* de los españoles realistas, hubiera sido tan experimentado en las sorpresas, como se hizo despues, en tantas que hicieron célebre su nombre, hubiéramos sido batidos y concluidos. Solo á su inespereincia, á la timidez de sus ataques, al terror quizá que conservaban de la victoria de Salta, debimos nuestra salvacion.

De propósito me he detenido en detallar estas pequeñas operaciones, porque ellas mas que otra cualquiera esplicacion, manifiestan nuestro estado de atraso, la ignorancia de los gefes, y el ningun conocimiento en la arma de caballería, al paso que las disposiciones morales de nuestros soldados eran las mejores. En todas estas marchas y contra-marchas no hubo desercion, ni robo, ni desórden, ni un acto que manifestase corbardia. Ademas brillaba en la tropa un entusiasmo puro y verdadero, por la causa. ¡Oh! ¿Por qué se perdieron para la patria, tan bellas aptitudes?

Luego que fué de dia, ya no se pensó sino en seguir la retirada, que continuamos hasta Lagunilla. Despues de un alto de dos dias, seguimos á Leñas á quince leguas de Potosí, donde nos fijamos. El comandante Zelaya, pasó á Potosí, donde estaba ya el Cuartel General, y tomó el mando el comandante D. Diego Balcarce, que llegó en esos dias. Este tampoco creyó á propósito aquel punto y se

trasladó á Llocaya nueve leguas de Potosí, dejando una avanzada en Leñas. Así permanecimos hasta que fué hora de moverse el ejército.

Por el mes de Agosto (segun recuerdo), estando en el dicho pueblo de Llocaya, sobrevino un eclipse visible de sol, con cuyo motivo diré lo que presenciámos.

Cuando comenzó éste á verificarse, gozaba el pueblo (1) de su habitual quietud, mas en proporción que fué perdiendo su luz el sol, empezamos á oír un murmullo, que al principio no llamó extraordinariamente nuestra atención; mas como fuese en aumento fuimos á indagar la causa del alboroto. Era á la verdad sorprendente ver la inquietud pintada en el semblante de los indígenas, y observar el empeño con que corrian á las gallinas, castigaban á los perros y estropeaban á los niños, para que gritasen, lamentando la muerte del Sol: al mismo tiempo hacían de hojas secas y ramas, grandes montones dentro de sus casas y les daban fuego para que se levantase una gran humareda, con lo que sin duda se proponían dar calor al astro, cuyo fuego suponían próximo á extinguirse: últimamente sonaron las campanas en son de plegaria, con el fin, al parecer de implorar la misericordia divina, para que no los privase de la benéfica influencia del gran lumínar: esto último parecía menos gentilico, pero las primeras demostraciones se resentían de las preocupaciones del paganismo.

En vano fué que quisiésemos tranquilizarlos, persuadiéndoles que no peligraba el Sol, y que luego volvería á recuperar su luz: el alboroto seguía y amenazaba aturdirnos con una prolongada algarabía, cuando fuimos al Teniente-Cura, que era un clérigo Arias, Salteño, á rogarle que nos acompañase á disuadir á aquellos infelices. Hasta entonces, no se habia movido á dar un paso, lo que me

(1) Llocaya es un pueblcito á nueve leguas de Potosí, en que hay una buena iglesia, vice-parroquia del rico curato de Tinguipaya. Era el pueblo que tenia mas habitantes, despues de Potosí.

hizo sospechar que tuviese algun interés en conservar aquella preocupacion, pero habiéndose prestado á nuestra insinuacion, nos acompañó y despues de haber hecho cesar las campanas, recorrimos una parte del pueblito, consolando á los pobres indios y desengañándolos. Su voz era mas eficaz que la nuestra, y algo se consiguió: mas ignoro si los indios quedaron convencidos de que era un efecto natural, ó si en otro eclipse habrán hecho lo mismo. Mucho podria decir sobre otras preocupaciones y prácticas de los indígenas, no menos que del interesado manejo de los Curas, pero no lo creo propio de esta Memoria.

Terminaré la relacion de lo que sucedió en la vanguardia, para ocuparme de lo que acontecia en el ejército, con decir que inopinadamente se presentó el capitán de la 9.^a compañía D. José M. Palomeque con la órden de sacar á su eleccion cinco oficiales y cien individuos de tropa, cuyo destino ignorábamos. Luego se supo que debia esta tropa acompañar al ya coronel graduado D. Cornelio Zelaya, que marchaba á Cochabamba á levantar un regimiento ó mejor diremos Division de Caballeria, á lo que se presta el pais, porque es de las provincias del Alto Perú la que tiene mas caballos. Todos sentimos entonces la providencia adoptada que facultaba á un oficial á elegir la tropa que se habia de separar, porque esto importa nada menos que desflorar un cuerpo. Sin embargo el Sr. Palomeque no fué feliz, pues mas se condujo por relaciones personales que por el verdadero mérito de los elegidos: esto hizo menos sensible el golpe, el cual por otra parte, produjo muy poco, porque ni esta tropa, ni la de nueva creacion, pudo reunirse antes de Vilcapugio, como luego veremos.

El General Belgrano, habia establecido su Cuartel General en Potosí, desde donde se contrajo á reorganizar la administracion de las cuatro provincias que se habian libertado, Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y Santa-Cruz. Para la 1.^a fué nombrado Gobernador el coronel D. Apolinario Figueroa, patriota antiguo y vecino respetable de

Salta: á la 3.ª y 4.ª fueron destinados los coroneles D. Juan Antonio Arenales y D. Ignacio Warnes. Para la presidencia de Chuquisaca fué nombrado desde Buenos Aires el Brigadier, ó Coronel Mayor D. Francisco Antonio Ocampo. La eleccion fué acertada, pues no solo administraron aquellas provincias con juicio y equidad sino que Arenales y Warnes aun despues de las desgracias de nuestro ejército, las conservaron por algun tiempo y lo que es mas, hicieron la guerra al enemigo y dieron dias gloriosos á nuestras armas. Ya llegará el tiempo de que hablemos de esto.

El arreglo de la hacienda pública, fué otro ramo que llamó la atencion del General Belgrano, y que consiguió montar sobre un pié de regularidad, que hubiera no solo bastado á las necesidades del ejército, sino para aumentarlo y proveerlo abundantemente. La Casa de Moneda que habia sido saqueada por Goyeneche al retirarse, fué rehabilitada y los primeros fondos con que el Banco empezó á girar salieron de la comisaria del ejército, donde los habia conservado el General desde Salta con este fin. Todo empezó á tomar un carácter de orden y de moralidad, sumamente honroso al que lo prescribia y altamente útil á aquellos pueblos, al progreso de la causa y al crédito del ejército. Preciso es decirlo francamente, la causa de la revolucion, bajo la direccion del General Belgrano, recuperó en la opinion de los pueblos del Perú lo que habia perdido en la administracion del Sr. Castelli.

Estableció tambien el General Belgrano, una saludable severidad contra los enemigos ocultos de la causa de la libertad, que no cesaban de trabajar subterráneamente con admirable teson. Una comision militar fué instalada, en que se juzgaba con alguna abreviacion de los trámites, se salvaban todas las formas esenciales *del juicio* y que daba la garantia de una completa publicidad. Esta fué la que condenó al español Boyar y al americano Ereñózaga, convencidos y confesos del crimen de seduccion para ha-

cer desertar nuestros soldados y mandarlos al ejército real.

Segun parece habian quedado en Potosí comisionados secretos para esta maniobra, que algunos creyeron emanada de las autoridades realistas que se habian retirado, y otros obra esclusiva de particulares que por suscripcion habian formado un buen fondo para el efecto. Sea lo que sea, pues no tengo un conocimiento exacto en este punto, el hecho es el siguiente:

Ya habia ocurrido alguna desercion, particularmente de los soldados peruanos que habia en nuestros cuerpos y no dejaba de temerse algun complot oculto que la promoviese, cuando un cadete del Batallon de Cazadores, avisó á su capitan que habia sido invitado á desertar y pasar á las filas enemigas. Este cadete, era D. Gregorio Guillen, (1) cuzqueño, que habia servido en el ejército real y que en Salta (sino me engaño) habia entrado á servir en el nuestro. El capitan de Guillen dió parte al gefe del cuerpo, y este le ordenó que se pretase aparentemente á las propuestas que se le hacian, y que aun ofreciese llevar otros compañeros. Boyar, español rico, y Ereñózaga, cajero de una casa fuerte, cayeron en el lazo y no solamente siguieron sus conferencias con Guillen, sino con dos oficiales disfrazados de soldados que este les presentó como compañeros de la proyectada fuga. No solo les dieron dinero y ropa adecuada, sino que los condujeron á una casa donde paraban ciertos arrieros de mulas, que debian darles las precisas y un guia para que los condujese.

Quizá para penetrar mejor este arcano, tuvo Guillen órden de su gefe de llevar adelante el engaño y hacer entender á los criminales despues que estaban presos, que no era él quien los habia delatado y que estaba envuelto en la misma acusacion: en consecuencia, fué puesto en el mis-

(1) Llegó á capitan en nuestras tropas. Libertado el Perú, se fué Guillen á su pais donde llegó á coronel, y habiendo tomado parte en la guerra civil, fué fusilado por el partido vencedor.

mo calabozo uno ó dos días, pasados los cuales, con pretesto de trasladarlo á otro, lo restituyeron á su libertad.

Boyar hombre enérgico y valeroso sostuvo en sus declaraciones una constante negativa y no se desmintió aun ante el tribunal que iba á juzgarlo. Mas cuando le presentaron á Guillen como acusador y como delator, para sostener el caréo. viendo que era inútil su resistencia y lleno (estoy tentado en llamarle noble) de irritacion dijo volviéndose al tribunal: "*Señores, nuda niego ya, todo lo que se me arguye es cierto y lo confieso, (y señalando luego luego á Guillen) pero sépase que el Sr., es un malvado, sin honor, sin fé y sin delicadeza.*" Despues de lo cual, solo trató de retirarse y conformarse con su fatal destino. Efectivamente fué fatal, porque tanto él como Ereñozaga, salteño que no manifestó igual entereza, fueron ejecutados en la plaza pública, sin que la oferta que hizo D. Indalecio Gonzalez de Socasa de dar una suma de veinte ó cuarenta mil duros para el ejército, por la vida del primero pudiese salvarlo.

Estos pormenores los supe de boca del mismo Guillen, quien al recordar el rol que habia jugado en aquella tragedia se ruborizaba y procuraba disculparse con su situacion: á la verdad, era un jóven que habia pasado hacia muy poco á nuestras filas, en donde debia acreditar una conducta que lo pusiera á cubierto de las mas ligeras sospechas: dado el primer paso, ya lo demás fué obra de sus gefes, de quienes dependía, tanto mas cuanto era forastero, sin relacion, sin apoyo, y sin protección. Por otra parte, la causa que habia abrazado, y á que perteneció hasta el fin, se hallaba altamente comprometida con un complot tan audaz al paso que reprobado. Todos los que entran en una maquinacion de esa especie, es con el bien entendido de que juegan su cabeza: de consiguiente el Sr. Boyar y Ereñozaga, de nadie, sino de si mismos, debieron quejarse.

El Gobierno General de la República, habia premiado al ejército con un escudo de paño, por la batalla de Tucú-

man con esta inscripcion: "*La Patria á su defensor en Tucuman,*" para los gefes y oficiales: para la tropa, cordones y una capona ó charretera azul y blanca. Por la de Salta, concedió un escudo de oro á los oficiales, y de paño à la tropa con esta inscripcion: "*La Patria á los vencedores de Salta,*" á los que declaró tambien *Beneméritos de la Patria, en grado heróico*. Ademas concedió un grado á todos los gefes y oficiales, cuyos despachos remitió al General en Gefe, quien los retuvo: diremos con que objeto.

El General Belgrano era sumamente económico de grados, y no gustaba de tener categorías militares en su ejército. Deseoso de ser ciegamente obedecido, aunque sus órdenes se resintiesen muchas veces de una rigidez exagerada, se conformaba mas bien con las graduaciones bajas, las que por la distancia que media, suelen tener menos pretensiones al exámen y al derecho de censurar. Así es que nunca se vieron Generales á sus órdenes, pues Diaz Velez, no era mas que coronel graduado cuando se recibió el General Belgrano del mando, teniendo despues la efectividad.

Tampoco quiso conservar en el ejército, al entonces coronel D. Martin Rodriguez, el que habiendo estado en la accion de Salta, fué despachado con varios pretextos despues de esta jornada, sin que jamás hubiese obtenido un destino en el ejército. Adviértase con este motivo lo que dije en la primera parte de esta Memoria, cuando hablé de la primera esplosion de los partidos que aparecieron inmediatamente despues de la revolucion: el Sr. Rodriguez, perteneció entonces al partido contrario al que se aficionaba el General Belgrano, y esos recuerdos subsistian dos años despues.

Volviendo pues á nuestra relacion diré que el General Belgrano tuvo ademas la mira, segun se nos aseguró, de retener los despachos hasta la próxima batalla, despues de la cual, ganada que fuese, pensaba distribuirlos y hacerlos reconocer. No pudo llevar adelante su intento, porque

habiendo sabido por noticias fidedignas, venidas de Buenos Aires, varios gefes de los principales, que los despachos de sus ascensos habian sido remitidos, los reclamaron del General, si bien con moderacion tambien con firmeza. Tuvo pues que ceder y distribuyó los despachos que correspondian á los gefes, reteniendo los de los oficiales, á quienes se contentó con hacer reconocer en la órden general. El motivo que tuvo fué el siguiente.

Segun la ordenanza que nos regía, la sargentia mayor, no era una graduacion, sino un empleo efectivo en la plana mayor de los regimientos, sin embargo que tenia una categoría media entre capitán y teniente coronel, y que disfrutaba un sueldo proporcionado y una divisa distinta. Se seguia pues que el grado superior inmediato al de capitán era el de teniente coronel, de modo que concedido á todos los capitanes del ejército sobrevenia una inundacion de tenientes coroneles, que hubiera sido embarazosa y hasta ridícula. Por otra parte habiendo suprimido las graduaciones superiores, de modo que la de Brigadier era la última, era preciso interponer otras para no privarse de los medios de recompensar los servicios, ni quitar á la organizacion de nuestros ejércitos; unos eslabones indispensables: fué pues muy bien pensado el arbitrio que tomó el General Belgrano de hacer una graduacion militar de la sargentia mayor y dar á reconocer por primera vez en nuestra milicia, por sargentos mayores graduados á los capitanes del ejército. Sin embargo esto no fué universal, pues hubo uno que otro capitán, á quien agració, dándole el despacho que le habia conferido el Gobierno. Mas tarde este aprobó lo hecho por el General Belgrano, y espidió los despachos en la forma que este habia dispuesto.

Forzoso me es detenerme en una consideracion que aun que parezca agena del objeto de esta Memoria la juzgo de mucha importancia. Nuestros togados, nuestros políticos, nuestros sabios; no se si por parecerles la materia muy subalterna ó por creer que con eso darian importancia

á la clase militar, nunca en los Consejos, ni en los Congresos, se ocuparon de ella con detencion. Jamás pensaron en el código militar, jamás en demarcar los límites de esa obediencia pasiva que se le exige en teoría al militar, y que en la práctica lo ha llevado varias veces al suplicio (1). A penas hay una declaracion del primer Gobierno patrio (segun yo recuerdo) que previene la observancia de la ordenanza española en lo que no esté derogada por disposiciones expresas posteriores á la revolucion. Es decir que segun ella, rige en lo que no es incompatible con las formas republicanas y democráticas que adoptó el pais.

Esta declaracion me ha sido sumamente útil en los distintos y superiores mandos que he tenido, porque jamás quise mandar arbitrariamente y sin tener una pauta que reglase mis providencias y mis operaciones: mas como esta adhesion mia á la ley escrita, ó lo que es lo mismo, este alejamiento que siempre sentí por la arbitrariedad, ha sido tachado por los díscolos de tendencia al despotismo, arguyendo que la ordenanza fué hecha para un pais regido por otras formas que las nuestras, he deseado constantemente, que nuestros cuerpos legisladores hubiesen tratado mas franca y esplicitamente un asunto que afecta en lo mas vivo nuestras instituciones.

Ostentando nuestros hombres de estado un gran miedo al sistema militar, como opuesto á las formas republicanas, quisieron deprimir á aquella clase sin organizarla. Se contentaron con decir que el de Brigadier era el último grado, como si los nombres hiciesen algo á la sustancia de las cosas; y si se supone que aquellos fueran algo, era condenar á nuestros ejércitos á que nunca fueran mas que una Brigada. No advirtieron que no era allí donde estaba el peligro de nuestra naciente libertad, sino en el espíritu de caudillaje que ellos mismos entronizaban, desvirtuando y desmoralizando la milicia. No se contentaron con esto,

(1) Que lo diga el desgraciado teniente coronel Payardell.

pues cercenaron los sueldos de esas mismas graduaciones, despues de haber suprimido las superiores, en términos que un General (como es un coronel mayor) solo tiene diez pesos mas de sueldo al mes que un coronel de caballeria, y un Brigadier treinta. De este modo, decian, quitamos esas categorías militares que hacen sombra á la autoridad civil, y á nuestros generales el medio de engrandecerse excesivamente.

Cualquiera pensará que reprobó la supresion de las graduaciones superiores, y nada es mas equivocado, pues la apruebo como tambien la aprobó el General Belgrano, en cuyo perjuicio si se quiere fué hecha (1). Pero es por otro principio: me ha parecido siempre ridículo, aplicar la misma denominacion al que ha de mandar un cuerpo de tres ó seis mil hombres que al que dirige un ejército de ochenta ó cien mil. ¿A qué pues vestirnos de los nombres de *Grandes Mariscales* ó *Capitanes Generales*, para mandar unos cuantos hombres? Por lo demas, bien poco ha ganado la libertad con dicha supresion, pues no estamos mas adelantados que otros estados de América, donde han sido conservados esos grados. Lo que era conveniente en este sentido, era haber contenido á tiempo esas tendencias al caudillage, que tantos estragos han hecho y cuyas consecuencias tendrá aun por mucho tiempo que deplorar nuestro pais. ¿Son militares acaso, los que lo oprimen y tiranizan? ¿Son militares esos caciques que han convertido las provincias en propiedades suyas, y á sus habitantes en rebaños? Lo que mas prueba á mi juicio la ineficacia de los medios para el objeto que se propusieron, es que esos mismos caudillos, luego que han subido al poder aunque nunca hayan ceñido espada ó si lo han hecho ha sido en grados muy subalternos, se hacen por lo pronto dar muy modestamente

(1) El General Belgrano, era Brigadier, desde la campaña del Paraguay, y ascendiendo todos los gefes y oficiales del ejército, deberia él tambien haber obtenido otro grado mayor: para no darsele, se acordó esa ley.

el grado de coroneles, y antes de un año saltando el intermedio ya son Brigadieres.

Por el mismo tiempo de que voy hablando se inventó el grado de Coronel Mayor, entre el de Coronel y Brigadier, porque era preciso, porque era indispensable hacer algo parecido, pues de lo contrario de coronel, ya no quedaba mas grado que uno, y lo que era mas extraño que habiendo hecho del Brigadier un Oficial General, no quedaba mas que un escalon en la clase de Oficiales Generales, lo que era único en todos los sistemas militares del mundo. Esa misma necesidad que despues tocaron y que se quiso remediar con un remiendo, es la demostracion mas clara de que el motivo de la supresion fué personal. He usado de la voz *remiendo*, y la creo muy propia, pues no se ha tratado nunca formalmente de la organizacion de nuestra milicia, y no es sino con algunos remiendos que se han puesto á las antiguas leyes, que subsistimos del modo mas precario.

La ordenanza española es en mi opinion un código lleno de sabiduria que debió ser redactado por hombres eminentes y experimentados. Quitándole lo que dice relacion á las instituciones monárquicas, es muy aplicable (y así está de hecho) á las formas republicanas que nos rigen, por mas que digan algunos militares flamantes y charlatanes que creen recomendarse con declaraciones ridículas: mas propiamente se puede decir que ella choca á los caudillos que quieren establecer la mas completa arbitrariedad (1). Todas las leyes militares del mundo, tienen mucho

(1) Puede decirse que Rosas ha seguido un camino opuesto, pues cuando le ha convenido, ha inculcado mucho la subordinacion militar, y las reglas de la ordenanza, en lo que le convenia á su nascente poder: mas luego que lo aseguró, ya no hubo reglas, ya no hubo juicios, ya nada de leyes que hubieran sido una traba para su despotismo. En este caso no es la ordenanza militar la mala, sino el uso que se quiso hacer de ella, pues que la arbitrariedad no es obra suya. Es de notarse que despues que Rosas, rompió el freno de toda sugesion, ya no ha invocado la ordenanza, y no ha habido mas regla que su voluntad,

de semejante; pues la razón universal, aconseja y enseña que un cuerpo militar, en todas partes es esencialmente obediente: enseña también que esa obediencia ha de ser práctica, positiva y pronta, porque no puede concebirse, milicia, ni soldados, ni disciplina sin abnegación y resignada paciencia. Bien comprendido el verdadero espíritu militar, nada tiene que temer la libertad, y antes al contrario puede hallar en él un firme apoyo. ¿Y si esto es en países adelantados en la escala de la civilización, que será en los nuestros en que el despotismo, solo se presenta bajo las formas brutales del salvajismo? Basta...

Los cuerpos habían recibido algún aumento mediante la recluta que se había hecho en las provincias de Potosí y Chuquisaca, á pesar de la gran desertión que se experimentaba en los hijos del país. Sobre las compañías del N^o 2 (Arribeños) que mandaba D. Benito Alvarez, se había completado un batallón que se denominó N^o 8, (número ya desgraciado cuando la campaña del Desaguadero) de modo que nuestro ejército constaba de seis batallones, que eran los siguientes: Regimiento N^o 1^o—un batallón:—Regimiento N^o 6—dos batallones: Regimiento N^o 8—un batallón: Batallón de Cazadores y Batallón de Pardos y Morenos (Castas), cuya fuerza disponible difícilmente llegaría á 3,000 hombres. Teníamos á mas catorce piezas de artillería, incluso dos obuses de seis pulgadas (1) con la competente dotación de artilleros, y con los 500 hombres, mas ó menos que tendría mi Regimiento de Dragones, montaría á 3,600 la fuerza disponible del ejército, sin contar el Regimiento que se estaba formando en Cochabamba, á las órdenes del ya coronel graduado Zelaya.

Con esta fuerza se movió el ejército, en los primeros días de Setiembre, con ánimo de buscar al enemigo, que

(1) El año anterior, estando el ejército en Jujuy, estableció el Barón de Olenberg, una fundición de cañones, cuyos ensayos fueron desgraciados: lo único que era algo servible eran los obuses de que se hace mención.

se habia adelantado de Oruro y ocupaba la posicion de Condo-condo, en el Despoblado, cuatro leguas á un costado de Vilcapugio. Los rumores vulgares del ejército, anunciaban el combate para el 24 de dicho mes, aniversario de la batalla de Tucuman, y efectivamente teníamos tiempo de haber llegado al enemigo sino nos hubiéramos detenido en el camino. La causa de esta demora, era que el General esperaba que se le reuniese dicho coronel Zelaya, con mas de mil hombres organizados que traia de Cochabamba y otras reuniones de fuerzas menos regulares que obraban á las órdenes de Cárdenas y otros caudillos.

El enemigo no dió lugar á todo esto, pues nos atacó antes que se verificase la deseada reunion, y solo es cuando he leído la obra de Torrente, que he sabido distintamente lo que motivó esta resolucion.

La *reunion ó montonera* de Cárdenas, poco antes de llegar á incorporársenos fué batida y dispersada, lo que hubiera importado muy poco, sin la toma de la correspondencia del General, que revelaba sus intenciones de esperar la reunion de las fuerzas de Cochabamba para buscar al enemigo y librar la batalla. Este obrando muy acertadamente no quiso darnos tiempo, y nos buscó cuando aquellas se hallaban á tan corta distancia que se nos hubieran reunido al dia siguiente.

Entretanto el General Belgrano, hacia dos dias que se habia adelantado hasta Vilcapugio, que como he dicho, solo dista cuatro leguas de Condo-condo. Error muy notable, porque se colocaba en una posicion en que no podia rehusar la batalla, por la inmediacion á que estaba el enemigo, lo que no hubiera sucedido si él se conserva á mas distancia, pues el movimiento del General Pezuela (que ya entonces mandaba el ejército real) se hubiese sentido á tiempo de poder retirarnos, para esperar la incorporacion de las fuerzas ausentes. Por lo menos, debia haberse calculado, que nuestra llegada á un punto tan inmediato al enemigo, fuese simultánea y no que mediasen dias, como

sucedió. Quizá el General Belgrano, procedió equivocadamente, por los partes de las distancias y jornadas que debia hacer la fuerza en cuestion, y de allí dimanó el error.

Sea como fuere, estábamos tan alucinados con nuestro poder, que pensamos que el enemigo se atendria á una rigurosa defensiva, aprovechando las posiciones de Condocondo y que no daria fuera de ellas un paso: por otra parte, aunque el campo de Vilcapugio es una llanura de bastante estension, tenia el enemigo para llegar á él que atravesar una cadena de montañas, por caminos escabrosos, y estrechos desfiladeros, lo que contribuia á aumentar nuestra confianza.

Nuestras avanzadas que estaban en las gargantas de esos desfiladeros que les daban entrada por nuestro lado, no sintieron al enemigo sino á distancia de legua y media de nuestro campo; lo que nos dejaba un tiempo insuficiente para pensar en otra cosa que en prepararnos apresuradamente á combatir.

Era la madrugada del dia 1.º de Octubre del año de 1813, y reposábamos aun, en la seguridad de que el enemigo no nos buscaria. Al aclarar, tuvo el General el primer aviso de que el enemigo se hacía sentir en nuestros puestos avanzados. El capitán de mi Regimiento D. Rufino Valle, que fué el que dió el primer parte recibió una furiosa reprimenda del General, que atribuyó á cobardia la exigencia de sus avisos. Bien pudo ser que hubiese algo de singular en ellos, pero mas de una vez he indicado la demasiada facilidad que tenia el General, de clasificar ofensivamente al honor de un oficial, actos que bien examinados, no merecian censura, ni el infamante concepto que queria imprimirles. Este y otro desaire, que sufrió despues el capitán Valle, determinaron sin duda, su traidora resolucion de pasarse al enemigo, como lo verificó antes de dos meses, justificando así al General, que lo habia adivinado un hombre sin honor, un soldado sin carácter.

Mientras aclaraba el día, se repetían los partes confirmatorios de los movimientos progresivos del enemigo y en proporcion se redoblaban las órdenes que salían del Cuartel General, para que formásemos y ensillásemos á toda prisa. Junto con el sol se nos presentó el enemigo en la parte opuesta de la llanura de Vilcapugio, á distancia de menos de una legua. Muy luego desplegó su línea de batalla y con la marcha granadera de la antigua ordenanza, avanzó en esta formación. El sol hería de frente la línea enemiga y sus armas, brillaban con profusion: sin embargo su marcha era acompasada y hasta lenta y nada indicaba menos, que ardor, ó confianza en la victoria. Nosotros medio sorprendidos, nos dispusimos á disputarla y esperábamos conseguirla.

Todo nuestro ejército, tenía tiendas de campaña y ninguna se movió ni se abatió. Todo nuestro campo quedó en el mismo estado que cuando lo ocupábamos. Los oficiales mandamos á nuestros asistentes á acomodar nuestros equipages y esos soldados menos hubo en la línea, por que era consiguiente que no se apresurasen mucho á ocupar sus puestos. Nuestro ejército hizo un cambio de frente avanzando un poco su ala izquierda, ó mejor diré mudó de posición, corriéndose por este costado, para no dejar al enemigo, ponerse sobre nuestras comunicaciones con Potosí. Todos los puestos avanzados estaban cubiertos por mi Regimiento, de modo que estaba empleada la mitad de él. Esas guardias se fueron replegando en proporcion que avanzaba el enemigo y se fueron colocando á la derecha de nuestra línea: de este modo no se incorporaron á sus compañías y escuadrones, y obraron sin un gefe que las organizase en escuadrones, y en lo general, sin la asistencia de sus propios oficiales. Los que no estábamos empleados en servicio, formamos con no menos irregularidad y fuimos colocados á la izquierda de nuestra línea. Había capitanes que no tenían en aquel momento compañía, porque estaban empleadas con otros oficiales y se hallaban á la de-

recha como he dicho. No puede negarse que hubo precipitacion y la confusion que es consiguiente.

El órden de nuestra línea era el siguiente, principian- do por la derecha. La caballeria resultante de las guar- dias avanzadas replegadas, el batallon de Cazadores al mando del mayor Echavarria, 1º y 2º batallon del Nº 6, mandados por el coronel D. Miguel Araoz y Forest, bata- llon de Castas coronel Superi, Regimiento Nº 8 coronel D. Benito Alvarez y finalmente la parte de Dragones que no habia estado de servicio á las órdenes del coronel Balcarce y mayor Zamudio. El Regimiento Nº 1º con un so- lo batallon á las órdenes del coronel Perdriel estaba de re- serva. La artilleria, segun costumbre, distribuida en frac- ciones de uno ó dos cañones sobre toda la línea.

He olvidado decir que aunque no se habian reunido las fuerzas de Cochabamba, lo habian hecho dos ó cuatro mil indios desarmados y sin la menor organizacion, instruc- cion ni disciplina. De estos indios una parte fué destina- da á arrastrar los cañones á falta de bestias de tiro y los de- mas se colocaron en las alturas para ser meros especta- dores de la batalla (1). Estos no podian ser de la menor utili- dad y sinduda el objeto del General Belgrano solo fué el de asociarlos en cierto modo á nuestros peligros y á nuestra gloria, pero los que fueron destinados á arrastrar los ca- ñones fueron positivamente perjudiciales. Al primer dis- paro del enemigo y aun quizá de nuestras mismas piezas, cayeron por tierra pegando el rostro y el vientre en el sue- lo y comprimiéndose cuanto les era posible para presentar menos volumen: si les hubiera sido dado á cada uno cavar un pozo para enterrarse lo hubieran hecho y hubiera sido mejor, porque hubieran quitado de la vista del soldado un objeto tan disgustante.

Recuerdo aun la impresion que me causó á mí, y de

(1) Aquellos pobres indios, gozaron como Scipion del gran- dioso espectáculo de una batalla, sin correr riesgos.

alli infero la muy desagradable que produciria en los demas, ver muchos cientos de hombres en momentos tan solemnes, poseidos de un pavor tal que les hacia olvidar todo otro sentimiento mas elevado. Por supuesto que ya no hubo que contar con ellos para mover los cañones, pues sin dejar su humillante postura fueron escabulléndose hasta desaparecer enteramente.

Desde entonces formé la opinion de lo perjudicial que son en un combate, hombres que no tienen el deber de sufrir sus consecuencias y que no están obligados á las leyes militares. Fuera de lo que dañan con su ejemplo, pues es bien averiguado que la cobardia de unos contagia á otros, así como un hombre valeroso comunica á los demas el noble ardor que lo anima, hay el peligro de una voz inoportuna, de una palabra incompetente que puede producir los mas funestos resultados. La ordenanza militar es tan severa en este punto que manda sea muerto en el acto el que diga:—*Nos cortan.*—*Los enemigos son muchos, ó cosas semejantes, y entonces ¿cómo pueden admitirse á su inmediatecion, durante esa situacion terriblemente sublime, hombres que desconocen esas leyes y cuya aplicacion seria cruel?* (1). Convengamos pues, que en una línea de batalla, no deben encontrarse (salvo casos de rara excepcion) sino las personas que tienen una responsabilidad positiva, por su comportacion.

El fuego de cañon principió y nuestra derecha se

(1) Cuando mandaba la Plaza de Montevideo, luego que se presentaba el enemigo, ó habia alarma, se cubria nuestra línea de hombres con bastones ó con paraguas, y otros que decian que venian dispuestos á tomar un fusil, á los que mandaba retirar inexorablemente, sin que pudiese en el todo conseguirse. En esa circunstancia, harto era de temer la mala voluntad de un enemigo, que con una voz, un grito, podia hacernos mas daño que una batería. ¡Y me criticaban los míos! ¡Y atribuian á humor atravillario lo que era fruto de la razon y la esperiencia! Desprecié sus censuras, y llené mis deberes. A nadie favorecia mas que á los que se creian desairados. Véase en los ejércitos franceses el efecto de la voz *Sauve qui peut*.

avanzó bizarramente sobre el enemigo. El batallón de Cazadores chocó con el de Partidarios y lo pulverizó, muriendo su jefe el coronel español La Hera: nuestro centro también fué feliz, logrando arrollar y poner en derrota las tropas de su frente: no era así en nuestra izquierda, donde se había empeñado un terrible fuego con las mejores tropas del enemigo y en donde ocurrió la desgracia de que el batallón N.º 8. perdiese á sus dos gefes, los bizarros Alvarez y Beldon y en seguida al capitán Villegas que le había sucedido en el mando: este batallón de nueva creación y compuesto de reclutas en su mayor parte habiendo quedado sin dirección, se desordenó y la reserva que debía haber restablecido el combate acudió con tanta flojedad (mas propio será decir tan cobardemente) que muy pronto estuvo envuelta en la misma derrota: Bien cerca estuve para poder juzgar por mí mismo del poco esfuerzo de los gefes de esa brillante reserva (1) para llevarla á la pelea: nada hizo sino vacilar un poco y fugar vergonzosamente.

Mientras esto mi Regimiento mutilado como he dicho, hizo lo que podía esperarse de su capacidad en su clase de muy mala, de una detestable caballería. Además de que ni oficiales ni soldados conocíamos nuestra arma, y que ignorábamos en qué consiste su poder, su fuerza y el modo de emplearla, estaba la mayor parte de él montado en ma-

(1) El regimiento N.º 1.º era entonces el predilecto del General Belgrano: aunque Brigadier era por una excepción especial coronel de dicho cuerpo. Quizá esa afeccion bastante pronunciada, (debo decir en obsequio de la verdad que á pesar de eso jamás hizo distinciones injustas, ni chocantes preferencias, como desgraciadamente hemos visto en otros Generales y otros ejércitos) que se dejó sentir cuando despues de la accion de Tucuman llegó el N.º 1.º, causó el resfrio del Sr. Dorrego en la amistad que profesaba al General. Dorrego mandaba el batallón de Cazadores y antes que viniese el N.º 1.º era el cuerpo que más distinguía el General, lo que en cierto modo no se estrañaba, porque era el primer cuerpo de tropas ligeras y había sido formado por el mismo. Para manifestarlo mandó hacer y usaba habitualmente una chaqueta verde que era el uniforme de Cazadores, lo que dió lugar al renombre de *chupa-verde* con que era designado en el ejército.

las mulas y los demas en pésimos caballos: á penas la tercera parte tenia unas espadas quitadas en Salta al ejército español. Sin embargo ensayó varias cargas, auyentó á la caballeria enemiga que tenia al frente, en términos que desapareció onteramente y aun se estrelló contra la infantería, como únicamente podia hacerlo. Tengo muy presente una carga que hizo una fraccion de mi regimiento sobre un cuerpo de infanteria en la que llegamos á distancia de cuatro varas de la masa enemiga, la que se habia agrupado y se comprimia cada vez mas pero sin ofendernos ni herir: de esto habia resultado una masa inofensiva en el momento, pero sumamente compacta. Es fuera de duda que la mayor parte tenian sus fusiles descargados y no habian tenido tiempo de cargarlos otra vez. Nuestra caballeria hizo tambien alto á la pequeña distancia que he dicho y quedó todo en suspenso. Se siguieron unos instantes de silencio, de mútua ansiedad y de sorpresa. Si hubiéramos tenido armas adecuadas, era cosa hecha y el batallon enemigo era penetrado y destruido. Quizá esto concurrió á que depusiésemos el horror á la lanza y la tomásemos con calor antes de pocos dias, como luego diré.

Durante esta suspension un soldado pequeño de estatura y tenido en poco por sus compañeros, llamado Gil, fué el que mostró mas valor. Se avanzó y tomó á un granadero de la infanteria enemiga por el fusil, mientras este lo resistia teniéndolo asido por la culata, y haciendo esfuerzos por servirse de la bayoneta que estaba armada. Gil desviaba el golpe y conservando el fusil asegurado con una mano, por la estremidad superior, procuraba con la carabina que tenia en la otra dar un golpe ó garrotaso al infante, que á su vez se desviaba para no sufrirlo. Viendo esta lucha muda que se prolongaba en medio de los dos cuerpos, descargué un golpe con mi sable sobre la gorra granadera de pelo que tenia el soldado enemigo: dudo que lo hiriese porque ademas de la resistencia de la formidable gorra no pude darle á mi salvo, pero bastó para que largase el

fusil y se metiese entre el grupo de sus compañeros. El valiente Gil, quedó además de su carabina que había sido su única arma, con el fusil y bayoneta que había conquistado.

Pasados dos ó tres minutos de esta rara excitación, los enemigos volvieron en sí de la sorpresa que les había causado nuestro arrojo y principiaron á dispararnos unos pocos tiros, que fueron la señal de nuestra retirada: entonces redoblaron los fuegos conforme iban cargando sus armas, y se hizo aquella mas precipitada, hasta una distancia en que volvimos á medio reunirnos. Ya entonces estaba decidida la suerte de nuestra infanteria en ese costado y huía á la desbandada. Nosotros seguimos lentamente el mismo movimiento confesándonos derrotados y vencidos. Dejare las cosas en esta parte para luego volver á ellas, mientras me ocupé de nuestra derecha en la que nada presencié pero de que hablaré valiéndome de las mejores relaciones de aquel tiempo.

Nuestra ala derecha y la mayor parte del centro, habían triunfado del enemigo que tenían al frente, poniéndolo en completa derrota y tomándole su artilleria. El mismo Pezuela dando por perdida la batalla, había fugado hasta Condo-condo, de donde lo hicieron volver las noticias que le llevaron de su ala derecha. Es hasta ahora y lo fué entonces un impenetrable misterio, porque nuestras vencedoras tropas suspendieron el ataque y lo es mucho mas, porque emprendieron la retirada. Se aseguró que la habían batido los tambores de algun cuerpo, que las voces que la mandaban se oyeron distintamente, pero fué imposible averiguar donde tuvo origen esta fatal equivocacion. El General Belgrano, mandó levantar un sumario para esclarecerla, sin que se pudiese avanzar cosa alguna.

Después de reflexionar maduramente sobre este fatal incidente, creí y creo hasta ahora, que nuestra desgracia consistió en la falta de un jefe de mediana capacidad y de valor que diese dirección á mas de la mitad de nuestro ejér-

cito que estaba vencedor. Además de los gefes que habíamos perdido en la izquierda de que ya hicimos mención, el comandante Forest-había sido gravemente herido, y el comandante Araoz que gozaba reputacion de valiente no tenía capacidad para mandar un gran movimiento. El mayor de Cazadores, nada hizo tampoco para reemplazar al valiente Dorrego y á los pocos dias se dió por enfermo, de modo que no se encontró en la accion siguiente de Ayouma. Pienso que este mismo juicio formó el General Belgrano, cuando dijo que si hubiera estado el coronel Dorrego en la batalla, no se hubiera perdido. No trepido un momento en pensar del mismo modo: así como es á todas luces evidente que la constancia de Picoaga, gefe enemigo, en sostenerse con su cuerpo en el campo de batalla, les dió únicamente la victoria.

Puede parecer estraña la ausencia de nuestros Generales en momentos tan solemnes y en un episodio tan importante de la batalla. A la verdad no lo puedo explicar, y en cuanto al General Belgrano, debo pensar que lo llamaron á otro punto algunas atenciones de gravedad, pues sería lo mas injusto dudar de su firmeza, cuando en ese mismo dia y poco tiempo despues, dió las mas relevantes pruebas de valor y de perseverancia, como va á verse. Sobre el General Diaz Velez, solo supimos que se habia ido á Potosí con una parte de los dispersos; y debe advertirse que esto debió ser bien á los principios, pues mi regimiento que estuvo tres cuartas partes del dia sobre ese camino no lo vió, lo que prueba que lo tomó muy temprano.

La retirada de nuestro ejército fué en dos direcciones excentricas, siendo una al sud, por el camino de Potosí en la que no hubo el menor orden ni reunion hasta dicha ciudad, que dista 28 ó 30 leguas, y la otra al este, donde se encuentran los cerros no muy elevados que circuyen por ese lado el campo de Vilcapugio. Allí se encontró el General Belgrano, que procedió en el acto á reunir nuestras

fuerzas y organizarlas para llevarlas nuevamente á la pelea. El mismo tomó la bandera del ejército y excitó personalmente á nuestras tropas al combate, que se renovó efectivamente durando por algunas horas. La posición nuestra era un cerro de no difícil acceso, de donde avanzaban nuestras tropas haciendo retirar al enemigo hasta una barranca que le servía de foso y de parapeto: llegados allí su muy superior fuego, hacía que los nuestros no pudiesen sostenerse y se retirasen á su vez para volver á tomar la altura: esta operación se repitió varias veces con el mismo éxito, hasta que vuelto Pezuela al campo con los dispersos que había reunido y contando con la artillería suya y nuestra que había tomado, fué imposible al General Belgrano sostener su posición y á eso de las dos y media, ó tres de la tarde emprendió definitivamente la retirada, dirigiéndose á tomar la ruta de Chuquisaca. El enemigo no persiguió ni aun destacó caballería para observar nuestra fuerza, sin embargo que el escuadrón que mandaba el comandante D. Saturnino Castro (1) se había conservado en el campo á pesar de la derrota de la ala que cubría.

Durante la última lucha de nuestra derecha que duró algunas horas, nuestra derrotada izquierda ganaba (mejor diré perdía) terreno hácia Potosí, incluso el General Diaz Velez, sin curarse de lo que sucedía aun en el campo de batalla. Mi regimiento aunque muy atras de esa turba de prófugos que nos precedían de mucho tiempo y que de consiguiente no veíamos, se puso también en retirada, tomando el mismo camino de Potosí: no nos perseguía un solo hombre y la caballería enemiga se había mostrado en este costado tan nula que no debíamos absolutamente temer sus ataques. La posición que había tomado el Gene-

(1) El mismo que dos años después fué fusilado por los españoles cuyo ejército quiso sublevar en Moraya para pasarse á nuestras filas. Era hermano del Dr. D. Manuel Antonio Castro, célebre en nuestros anales parlamentarios por sus luces y su elocuencia.

ral Belgrano con las fuerzas de nuestro centro y derecha, se ocultaba à nuestra vista por la naturaleza del terreno y no podiamos comunicarnos porque el enemigo interceptaba el llano por donde podiamos dirigirnos, pero el fuego de cañon y de fusileria que á intervalos se avivaba, indicaba claramente que se disputaba aun la victoria ó que una parte de nuestras tropas se batia para procurarse una vía de salvacion.

Cualquiera de los dos extremos demandaba de nosotros un esfuerzo que era tanto menos peligroso, cuanto nada teniamos que temer de la caballeria enemiga: sin embargo nuestra retirada continuaba y nos hallábamos ya cerca de una legua del campo de batalla, cuando no pude contener los impulsos de mi celo y aunque no era mas que un simple capitán me fuí al coronel Balcarce y le dije en privado: “*Señor el fuego que oimos nos indica que una parte de nuestros compañeros combate aun y no encuentro la razon porque debemos abandonarlos: somos muy superiores á la caballeria enemiga que es la única que podria dañarnos, conservándonos en el campo; volvamos pues y cuando menos llamemos la atencion del enemigo con nuestra presencia.*” El patriota coronel Balcarce me escuchó y se penetró de la exactitud de lo que le decia; habló con el mayor Zamudio que estaba inmediato é hizo alto con la pequeña columna (más de cien hombres) que lo seguia. En seguida dijo: *es preciso antes mandar á reconocer* y previno á un teniente (cuyo nombre no recuerdo) que con cuatro hombres de los mejores montados, regresase al campo á cerciorarse de lo que pasaba y avisar. Dicho teniente contestó que su caballo estaba cansado, é iba á ser una dificultad hallar un oficial de los que iban, bien montado, cuando yo me anticipé á decir que yo iria.

Así fué: partí, quedando acordado que el coronel con la fuerza que tenia, mas la que fuese reuniendo, esperaria allí mis avisos, y que yo los daria segun lo que adelantase. Tan lejos de encontrar enemigos en el terreno que acabábamos

de dejar, solo hallé algunos soldados nuestros dispersos, con que fuí engrosando mi pequeña partida, en términos que cuando avistamos al enemigo ya llegaba á mas de veinte hombres: de este número eran, el capitán Delgado de mi regimiento, el teniente Villar y Diaz, que despues figuró en el Perú, y el alférez D. Gregorio Iramain (comerciante actualmente en Buenos Aires). El capitán Delgado debia tomar el mando como de mucha mas antigüedad que yo, pero me lo cedió y seguí al frente de la partida.

Ya próximos al campo de batalla y avistando ya las fuerzas enemigas se notaron algunos hombres sueltos, que no eran nuestros y que salian de una quebrada, que quedaba sobre nuestra derecha. Marchó el teniente Villar y Diaz con una parte de los hombres que me acompañaban á reconocerlos: ellos huyeron como que eran enemigos, pero cuando se aproximó á la boca de la quebrada se encontró con una partida que habiéndose apoderado de un trozo como de cuatrocientas mulas de nuestro ejército se las llevaba en procura del suyo: ver, cargar, destrozar la partida y apoderarse de las mulas, fué todo uno. El alférez Iramain, cuyo crédito de valiente estaba bien sentado, contribuyó tambien á este pequeño suceso. Las mulas represadas fueron puestas en salvo.

Entretanto yo habia mandado tres partes al coronel Balcarce diciéndole que era indudable que nuestra derecha se sostenia y que era conveniente que regresase con toda la fuerza que habia reunido. Recuerdo que uno de estos partes fué remitido (verbalmente por supuesto) con un cadete Jimenez, tucumano, á quien viendo despues que no habia cumplido con mi orden, me avancé indebidamente á dar muchos golpes con mi espada de plano. Desgraciadamente de estos partes, solo llegó uno al coronel, que debió ser el último. por lo que tardó en verificar su regreso, perdiéndose así un tiempo precioso.

El coronel D. Diego Balcarce, era un gefe de una probidad perfecta, de buena inteligencia, de mucho honor

y de un patriotismo á toda prueba, pero era débil en el consejo y abusaban fácilmente de su docilidad, los que se le allegaban á virtud de relaciones antiguas y amigables. Estoy seguro de que si se desvió demasiado del campo de batalla, si tardó en volver, fué cediendo á insinuaciones tímidas, á reflexiones disfrazadas con la capa de prudencia. Cuando se presentó en el campo de Vilcapugio esta vez, ya flaqueaba extraordinariamente el fuego, lo que indicaba que ya estaba decidida la cuestion que se ventilaba en otro punto. Sin embargo nuestra presencia llamó la atencion del enemigo, que rompió sobre nosotros el fuego de cañon, lo que quizá contribuyó á que no diese un paso en persecucion del General Belgrano.

Terminado ya todo del modo que se ha visto y cesando de oirse el fuego, emprendimos de nuevo la retirada y volvimos á tomar el camino de Potosí, á donde hubiéramos ido indefectiblemente, sin la ocurrencia que tuve de volver á estrecharme con el coronel para decirle que, "*segun todos los indicios que habia recogido, el General Belgrano se retiraba en otra direccion y que nosotros podiamos reunirnos.*" El coronel convino conmigo y se mandaron dos hombres para verificar la posibilidad de reunirnos, los que habiendo vuelto, dejamos el camino de Potosí y trepando por cerros de fácil acceso, logramos al cabo de una hora, mas ó menos, incorporarnos á la pequeña columna del General. Este debió apreciar mucho un refuerzo tan oportuno, no solo por el personal que añadia á su division, cuanto porque lo proveia de caballeria, de que hubiera sin esto carecido enteramente.

Caminamos el resto de la tarde y llegamos al anocheecer á un lugar árido, llamado *El Toró* que dista tres leguas de Vilcapugio y donde solo habia uno ó dos ranchos inhabitados. Es la primera vez que comí carne de llama: (1) la noche era estremadamente fria y solo habíamos es-

(1) Especie de guanacos sin astas, que se llaman tambien carneros de la tierra. Se domestican y sirven para llevar carga,

capado con lo encapillado. Hubo oficiales que se tuvieron por felices, de hallar un cuero de *llama* chorreando sangre en que envolverse.

Nuestra fuerza no pasaria de quinientos hombres: todo lo demas que habia salvado habia tomado otras direcciones, ó se habia adelantado si iba en la misma: nada de artilleria, nada de parque, nada de bagages: no iba una sola carga. Se mandó establecer una gran guardia de caballeria en la direccion del enemigo y cuando el ayudante que nombraba el servicio dijo: "*El capitán Paz, está de guardia;*" mi hermano y yo nos quedamos suspensos sin saber á cual de los dos se dirigia: al fin nombró á mi hermano que tuvo que hacer el servicio. Despues de un dia como el que habia precedido, era cruel tener que hacer guardia en una avenida, que por ser peligrosa, requeria una vigilancia extraordinaria.

Al dia siguiente continuó la marcha, llevando mi regimiento la retaguardia. A poco trecho del lugar en que habíamos pasado la noche se presentaba una cuesta larga, pendiente y muy arenosa: á la fatiga de la ascension se agregaba la de enterrarse un palmo los pies en la arena: cuando menos era preciso un par de horas para subirla, atendido el estado de nuestros caballos, los que iban tirados por la brida y los caballeros á pié, prolongando inmensamente la columna.

Yo subí de los últimos, y me maravillé de no encontrar al General, ni á los gefes, ni á la infanteria, ni á la columna, ni cosa que se pareciese á una marcha militar. Todos desde que hubieron llegado á la cumbre desde donde seguia el camino por unas alturas que presentaban menos quiebras, habian continuado sin parar y sin esperar á los demas, de modo que el pequeño ejército se redujo á una completa dispersion. A penas se veian de distancia en distancia, grupos de seis ocho y diez hombres, de oficiales

que no debe pasar de 75 libras, ni la jornada que hagan de tres leguas sino se quiere destruirlas.

ó tropa indistintamente, unos á pié y otros á caballo, que al reunirse casualmente, se preguntaban por el General y por el resto de los compañeros: la contestacion era que el General habia pasado adelante. La dispersion se hacia cada vez mas grande porque arbitrariamente se separaban los que querian y los mismos grupos que hasta entonces se conservaban se iban subdividiendo, porque unos querian adelantar camino, cuando otros querian descansar, y viceversa. Esta ausencia del General, esta precipitacion en su marcha, este olvido del órden de que era tan observante, nos consternó á muchos y aun nos hizo temer que fuese un "*salve quien pueda.*" Con este disgusto seguimos tres ó cuatro oficiales (incluso mi hermano) que nos habíamos reunido con otros tantos soldados, y despues de ser muy de noche y haber fatigado nuestras cabalgaduras, llegamos á un pueblecito llamado Caine, donde por fin supimos que estaba el General. Nos metimos en un rancho y pasamos la noche.

Al dia siguiente, el General, de cuyos movimientos estábamos todos pendientes no marchó, antes por el contrario, empezó á destacar oficiales que corriesen los alrededores y volviesen por el camino del dia anterior para indicar que allí estaba él y que allí debian reunirse. Es seguro que esa mañana (la del 3 de Octubre) no habia cien hombres en Caine, de los quinientos que estuvimos en el Toro, pero fueron llegando partidillas de modo que por la tarde habia cerca de trescientos. Ya entonces reconocimos al General Belgrano, pues mandó formar la tropa de todas las armas y cuerpos y hecho un pequeño cuadro, habló alentando y manifestando su resolucion inalterable de continuar la campaña. Pienso que concibió el plan de hacer al enemigo una guerra de partidas y movimientos, sublevando el pais, pues recuerdo que nos dijo que nada pedia al ejército sino *piernas*, y otras cosas en este sentido. Sus palabras tuvieron un cumplido efecto pues renació la esperanza y todos se propusieron reparar el revés que habíamos sufrido.

Mandada retirar la tropa (despues que rezó el rosario) los oficiales formamos un grupo al que se acercó el General familiarmente. Despues de algunas espresiones comunes, como recordando alguna cosa preguntó: “¿Cual de los Paz, es el que atacó á las mulas?” Aludia al lance que he referido cuando volví á reconocer el campo de batalla y encontré y represé las mulas que nos habia tomado el enemigo. “Yo (le contesté no sin alguna amargura) *fui quien atacó, no las mulas, sino la partida enemiga que las conducia.*” El repuso sonriéndose, sin duda de mi susceptibilidad. “*Eso es lo que he querido decir y estoy muy satisfecho de lo sucedido.*” Este incidente me chocó en los primeros momentos, sospechando que se hubiese querido despreciar una accion, á la que yo mismo daba bien poco mérito. Mas me olvidé pronto y le hubiera dispensado mucho mas, en obsequio á su noble decision para continuar la campaña y vengar el ultraje que habian sufrido nuestras armas.

Todo el dia 3, lo pasamos en Caine; el 4 solo anduvimos una legua hasta el pueblito de Ayouma, dando siempre tiempo á que se reuniesen los dispersos. El 5 anduvimos tres leguas y llegamos á Macha, pueblo de bastante estension donde se fijó el Cuartel General y nuestros cuarteles. Desde el dia siguiente de nuestra llegada, todo se puso en actividad, tanto para el arreglo del ejército, como para su aumento. Muchos oficiales salieron en diversas comisiones y yo tuve la de volver con una partida que el mismo General, me dió de su escolta, por el mismo camino que habíamos traído en solicitud de una partida enemiga que avisaron los indios que se habia aproximado. Yo mismo hube de sufrir una equivocacion remarcable.

Al dia siguiente de mi salida me hallaba en un lugarejo, haciendo que comiesen los caballos, cuando recibí un aviso de los indios que decía que á distancia de una legua estaba una division enemiga. Yo que conocia muy bien al General Belgrano, me guardé de dar un parte dudoso y

mandé dos hombres de mi partida á que viesen por si mismos, mientras yo hacia ensillar los caballos. Los que mandé, volvieron á decirme que efectivamente se veia desde la altura inmediata un campamento de doce ó quince tiendas de campaña y la gente que las ocupaba, sin que pudiese saberse si era ó no enemiga. Eligiendo entonces hombres á propósito por su inteligencia y audacia, los despaché nuevamente con órden de aproximarse y traerme un parte cierto y tras ellos me puse tambien en marcha. Luego supe lo que era, aunque ni remotamente se me hubiese ocurrido la realidad del caso. Tropa nuestra no podia ser porque no teníamos una sola tienda de campaña, ni se tenia noticia de una reunion tan numerosa que acampase tan pacíficamente en aquellos peligrosos lugares. Segun todas las probabilidades era fuerza enemiga y de consideracion, mas á pesar de esto y sin decir una palabra al General, quise descubrir positivamente dicha fuerza y lo conseguí.

Era una partida de indios Mitayas (es decir de la Mita) que habiendo concluido su tiempo de trabajo en el cerro de Potosí, ó quizá por efecto de las leyes patrias que abolian la Mita, se retiraban á sus provincias, que eran las del norte. Totalmente extranjeros á la guerra y por senderos extraviados, como era el que ocupaban se escurrian por entre los ejércitos para su pais. Estuve con ellos y les permití continuar tranquilamente su camino, sin dejar de aplaudirme mi resolucion de nada haber dicho al General.

Continué mis investigaciones hasta la cuesta arenosa de el Toro, la que hice descender por solo dos hombres, para no concluir mis caballos, (por la misma razon ya habia dejado atras, casi toda la partida, llevando entonces solo seis hombres) los que no solo no encontraron enemigos, sino que adquirieron la certidumbre de que no habian llegado. Esta la obtuvieron por cuatro heridos nuestros que sin poder seguir nuestra marcha se habian quedado y

se mantenian royendo los huesos de las *llamas* que habíamos comido la noche de la batalla. Me era imposible llevarlos conmigo, mas luego que regresé á donde hubo poblacion, mandé indios que los trajesen en sus burros y se salvaron efectivamente.

Cuatro oficiales (que fueron un mayor graduado, un capitan de artilleria y dos tenientes) llegaron dispersos á Chuquisaca con una celeridad asombrosa, propagando la noticia de una derrota completa é irreparable: no solo alarmaron el pueblo, sino que impidieron algunas providencias que el Presidente, quiso tomar para mandar municiones y otros auxilios, alegando su inutilidad. El General Belgrano los hizo venir y les mandó formar el correspondiente sumario: cuando se trató de juzgarlos, se divagó y se dividieron las opiniones sobre el castigo que se les daria: algunos se inclinaron á la severidad: quizá se habló de la última pena: otros quisieron la destitucion del empleo y al fin se vino á fijar el Tribunal, en el mas raro expediente que pudo tomarse para castigar á unos militares que habian faltado á sus mas importantes deberes. Se les sentenció á perder un grado, que recuperarian con ventaja (decia la sentencia) si en el próximo combate borrarán la nota de cobardía que habian merecido. He llamado rara á esta sentencia, porque es la única que he visto de este género y porque tenia el gravísimo inconveniente de dejar á los condenados una posicion, que no podian sostener despues que se les habia deshonrado. Es decir el capitan que habia descendido á ser teniente, por una cobardia probada en autoridad de cosa juzgada, no podia desempeñar bien sus nuevas funciones, pues sus subalternos le echarian en cara su deshonor y ellos mismos se creirian humillados en obedecerle. Sin embargo la cosa pasó así por los pocos dias que mediaron hasta la batalla de Ayouma, en la que ninguno de los condenados trató de rehabilitarse en la opinion del ejército, ni de reconquistar su primera graduacion. Todos ellos buscaron su seguridad en hacerse olvidar con-

denándose á una oscuridad de que nunca debieron salir. En primera oportunidad se fueron á Buenos Aires, donde he visto despues á algúnos de ellos.

El General Diaz Velez como indicamos antes, habia tomado desde el campo de batalla el camino de Potosí, por donde se dirigian tambien algunos cientos de nuestros dispersos: no tomó en esta desordenada marcha medida alguna, pero en aquella ciudad ya fué otra cosa. Las noticias de que el General en Jefe, habia tomado una direccion de flanco, lo que indicaba que no abandonaba el territorio que habíamos libertado y que se proponia rehacer el ejército, hicieron que el General Diaz Velez reuniese en Potosí los dispersos y suspendiese la marcha precipitada que hasta allí habia tenido. Muy luego se hizo sentir por las inmediaciones una fuerza enemiga, que era una division del ejército real, que habia destacado el General Pezuela en amago de la ciudad y la que regresó luego que se cercioró de que se le opondria resistencia. Diaz Velez á la aproximacion de la fuerza enemiga se encerró con todas sus fuerzas, los caudales, parque y las personas comprometidas del pueblo, en la gran casa de moneda á la que añadió algunas ligeras fortificaciones, habiendo antes metido víveres para un mes ó mas. Esta medida fué muy acertada y tuvo tanto mas mérito por cuanto pudo creer que lo atacaria todo el ejército enemigo. Si en vez de sostenerse hubiera tomado el partido de retirarse, habríamos perdido mucho en la opinion de aquellos pueblos y hubiera sido mucho mas difícil reunirse despues al General Belgrano. El enemigo que vió la aptitud defensiva de los nuestros, se replegó sin intentar siquiera el ataque, para reunirse en Condo-condo á donde habia vuelto Pezuela con su Cuartel General.

Pezuela era un muy mediano General, pues no supo aprovechar las ventajas que obtuvo en Vilcapugio. Si el nos persigue, si en los dias posteriores á la accion se mueve con una parte de su ejército sobre nosotros, todo hubie-

ra sido concluido: lejos de eso permaneció (fuera del movimiento parcial y pequeño sobre Potosí, donde poco tenia que buscar) mas de un mes quieto y no fué sino á los cuarenta y cinco dias que tuvo lugar la segunda batalla. Sedirá que él se organizaba que se rehacia de lo que habia perdido en su misma victoria. ¿Mas, ignoraba cual era nuestro estado? ¿No nos habia visto salir deshechos y desordenados del campo de batalla? Es probable que algunos cientos de hombres, arrojados á tiempo sobre nosotros hubieran completado nuestro esterminio. Pezuela no supo aprovechar los momentos, y tuvo que librar la suerte de la campaña á otra batalla, que solo ganó por nuestras faltas.

Pasados algunos dias, y luego que el enemigo se hubo concentrado se movió de Potosí el General Diaz Velez con la fuerza que habia reunido y se nos incorporó en Macha. Se incorporó tambien el coronel Zelaya con unos cuantos cientos de hombres que le habian quedado de la division que traia de Cochabamba. Creo que ya indiqué que en vísperas de reunirsenos en Vilcapugio, sucedió la accion y el coronel tuvo que retirarse con precipitacion. La noticia de nuestro desastre bastó para perder mas de la mitad de la fuerza: lo que quedaba no valia mucho mas.

El General Belgrano se dedicó con toda la eficacia de su celo, al arreglo y disciplina del ejército, pudiendo decirse que muchas veces se dejaba arrastrar demasiado lejos por ese espíritu de orden y economía que lo dominaba. Por ejemplo: sobrando allí víveres, como se prueba por los grandes depósitos que encontró el enemigo despues, las distribuciones se hacian con suma estrechez: lo mismo mas ó menos se hacia con los sueldos, artículos de vestuario y demas. Es de admirar que un hombre tan probo y tan desinteresado en privado, fuese tan económico y hasta avaro respecto de los intereses públicos.

Considerables repuestos de víveres habia mandado.

reunir el General, al mismo tiempo que todas sus medidas eran dirigidas á sublevar el país en masa contra los españoles: parece pues que previendo una conflagracion general y las dificultades que trae consigo, queria prevenirse acopiando algunos meses de víveres para el ejército. En Potosí mismo habia quedado una gran cantidad en la casa de moneda, y de Chuquisaca nos venian recursos de toda clase. El país simpatizaba con nosotros y en lo general se prestaba á toda clase de sacrificios. Es esta una prueba concluyente, de los buenos efectos de la política del General Belgrano, pues no solo no hubo esas sublevaciones en masa ó en detall contra los restos de nuestros ejércitos, sino que todos concurrían á remediar nuestras desgracias y á reparar el desastre de nuestras armas. Es enteramente exacto, lo que dice en una carta el mismo General Belgrano, y cuya copia he visto, que *“la indisciplina de nuestras tropas, era el origen del atraso de nuestra causa y de las calamidades domésticas, que tanto han aflijido y aflijen aun á nuestro país.”*

Lo contrario sucedia en el campo enemigo donde, como bien claro lo da á entender el mismo Torrente en su ya citada obra, carecian de víveres, de movilidad, de acémilas y de otros recursos, y es posible que sin la cooperacion del desnaturalizado americano el cura Poveda de Coroma, no hubiese podido moverse. Sin duda con esto contaba el General Belgrano, cuando haciendo almacenar víveres no proveia á los medios de transportarlos, si el enemigo se aproximaba, porque si él esperaba que el enemigo atacase y creia vencerlo en una batalla, es bien claro que debiendo avanzar inmediatamente, esos víveres le eran poco menos que inútiles, pudiendo subministrarlos en abundancia, las provincias que libertase. Todo pues induce á pensar que el General Belgrano, no creia que el enemigo lo buscase, que contaba con dar largas á la guerra y utilizar todas las ventajas que le ofrecia el patriotismo y la decision del país. De otro modo no pueden explicarse, tanto esos acopios de

viveres al alcance del enemigo, como sus otras operaciones.

El General D. Francisco Antonio Ocampo (el primer General del ejército libertador del año 10) que era Presidente de Chuquisaca, se esforzó en auxiliar al ejército con prontitud y abundancia. Entre las remesas que hizo, la mas importante fué la de ciento cincuenta caballos superiores, sacados de las pesebreras de los ricos propietarios, entre los que habia algunos cuyo precio no bajaba de trescientos ó mas pesos fuertes. Con algunos mas que se reunieron de otras partes se reunieron hasta ciento ochenta que se dieron á mi regimiento. Entresacando la tropa mejor se formaron tres compañías de sesenta hombres, dando los demas á los cuerpos de infanteria. A estas compañías se dieron tambien oficiales escojidos, se distribuyeron los caballos y se organizó el servicio del modo mas adecuado á la naturaleza de esta arma. De doce capitanes que éramos en el regimiento y siendo por mi antigüedad el penúltimo, tuve el honor de ser elegido para la 2.^a de dichas compañías. El coronel D. Diego Balcarce se dedicó con una contraccion asidua á la instruccion de esa tropa en la arma de caballeria y á la conservacion y buen tratamiento de los caballos. Siendo estos enteros casi en su totalidad era penosísimo el trabajo de cuidarlos y evitar las riñas entre ellos. Estaban por supuesto á pesebre, pero si alguno ó algunos lograban soltarse, se armaba una verdadera bataola.

Estas tres compañías, es seguro que se hubieran batido muy bien, si hubiesen tenido teatro adecuado y ocasion: en la batalla que subsiguio faltó todo, y lo que hicieron fué un esfuerzo espontáneo que sirvió para probar sus excelentes disposiciones.

Tampoco descuidó el General hacer correr el territorio con partidas que tuvieron pequeños encuentros con las enemigas y en lo general con feliz resultado. Por este tiempo y con este motivo empezó á hacerse conocer el Ge-

neral D. Gregorio Araoz de la Madrid, que era entonces jóven y teniente de Dragones. Manifestó una rara inclinacion al servicio de partidas, y con las que le confirió el General Belgrano, tuvo choques frecuentes y dió muestras del valor que despues lo ha distinguido. A una audacia natural, reunia un espíritu de puerilidad que admiraba á los que lo conocian: marchaba al enemigo comiendo caramelos y en lo mas importante de una operacion distraia algunos hombres de su partida para que fueran á buscarle una libra de dulce.

- Una ocasion que el teniente Madrid habia destacado tres simples soldados de su partida con el fin de reconocer el terreno, dieron con una guardia de infanteria enemiga, de un sargento dos cabos y ocho soldados, por todo once hombres que ocupaban un rancho y que vigilaban el camino que por allí pasaba.

Era un punto avanzado de otra fuerza mayor que pernoctaba á pocas cuadras. Nuestros tres valientes descubrieron á los enemigos, sin ser apercibidos de ellos por la oscuridad de la noche, y lejos de pensar en retirarse combinaron su plan de ataque. La guardia enemiga como he dicho ocupaba un rancho y estaba descuidada: tan solo el centinela vigilaba y estaba fuera. Los nuestros se distribuyeron en la forma siguiente. Uno se dirigió rápidamente al centinela, que sorprendido fué desarmado y rendido el otro se apoderó de las armas que estaban recostadas á una pared y el tercero con su carabina preparada y apuntada intimó rendicion á los demas que yacian dormidos ó medio dormidos dentro del rancho. Todos se rindieron y fueron maniatados por solo tres Dragones á quienes por recompensa se les hizo *sargentos de Tambo nuevo*, que era el lugar que habia sido teatro de su hazaña. Estos valientes eran un Gomez tucumano, Santiago Albarracin cordobes, y Salazar, tambien cordobes (1).

(1) Estos tres valientes ó tuvieron un fin trágico, ó sufrieron trabajos prolijos sin desmentir su patriotismo y buenos sentimientos.

De los once prisioneros, se escapó el sargento que con la oscuridad de la noche, se dejó caer por un derrumbadero y solo fueron traídos al ejército los diez restantes. Entre ellos venían dos de los juramentados de Salta, con los que quiso el General, hacer un ejemplar que hiciese temer á los otros perjuros que se hallaban con las armas en la mano. Fueron fusilados por la espalda, con la prevencion de que no se les ofendiese en las cabezas, las que fueron cortadas y llevadas lo mas inmediato posible al campo enemigo y allí colocadas en altos maderos con un rótulo en grandes letreros que decia: "*Por perjuros é ingratos á la generosidad con que fueron tratados en Salta.*" Cuando fueron llevadas las cabezas, despues de halladas por los realistas al campo enemigo, la irritacion española subió de punto y estuvo á pique de que nuestros prisioneros fuesen pasados á cuchillo. Por lo demas, no dió resultado alguno esta severa medida.

En los primeros dias de Noviembre ya se tuvieron noticias vagas, y despues mas positivas de que el ejército enemigo se aproximaba, y el General Belgrano manifestó su resolucion de dar segunda batalla. ¿Fué un error ò un acierto, esta resolucion? Para contestar no quiero apelar al resultado, pues entonces era indispensable condenarla, como se deberia aprobar si hubiésemos ganado la accion de Ayouma; voy solamente á pesar las razones que militan en pró y en contra y de allí deducir lo mas razonable.

tos. Gomez fué tomado prisionero meses despues en Humahuaca por los españoles y fusilado por el crimen de haberles hecho la guerra con bravura. Salazar, perdió el uso de un brazo en un combate el año 14 á las inmediaciones de Jujuy. El año 29 lo encontré en el rio segundo de Córdoba, viviendo pobremente: recordando su conocimiento con el General Madrid anduvo prestando servicios á sus órdenes, sin que recuerde que fué de él al fin, Albarracin se habia casado en la Sierra de Córdoba y llegó á ser mayor, y comandante de milicias: sirvió con lealtad á la causa de la libertad, hasta que murió por ella el año 1840. Tres sujetos de su mismo nombre he conocido: todos buenos honrados y patriotas.

Por un lado están los inconvenientes de una marcha retrógada, y el desaliento que imprime en los pueblos que á virtud de ella quedan espuestos al enemigo: habia otro inconveniente, que habia creado el General Belgrano con sus almacenes de víveres, si es que no tenia (lo que ignoro) como retirarlos. Podia tambien haber ocurrido alguna desercion en la tropa Cochabambina, lo que importaba bien poco, y para que nada quede por decir, podía haberse entiviado el ardor de las montoneras ó republicuetas que pululaban al rededor del enemigo, pero que poco le ofendian, y que disipaba con la mayor facilidad empleando unas cuantas partidas.

Por la otra parte militaban razones sumamente poderosas, que me inclinan á opinar que el General Belgrano, debió demorar la accion por algunos dias, retirándose entretanto sobre Potosí ó Chuquisaca, hasta que llegase la oportunidad.

Bastaria decir para persuadirlo que carecíamos de artilleria, pues no merecian este nombre, unos cuatro ó cinco cañoncitos de á uno, montados en una especie de carretillas y algunos sin muñones, porque para suplirlos les habian puesto dos pernos de fierro, asegurados en una faja gruesa que rodeaba el cañon, y de una dimension sumamente diminuta. Eran mas bien unos malos pedreros que no podian prestar servicio alguno y que solo se habian traído, no sé de donde, para hacernos ilusion. Mas esto no era porque el ejército careciese de artilleria, pues tenia ademas de la propia, la que habia conquistado en las batallas de Tucuman y Salta sin que la pérdida en Vilcapugio, llegase á la mitad: pero se habia dejado en las provincias de Salta y Jujuy, y solo fué despues de nuestro primer contraste que se mandó venir á marchas forzadas. Con ocho dias mas, es fuera de duda que hubiéramos tenido un hermoso tren, y que no hubiéramos dado la batalla con esta desventaja.

No siempre una marcha retrógada desmoraliza y



Sr. Coronel D. Manuel Dorregu.

abate el espíritu del soldado. Bien debía saberlo el General Belgrano, pues el año anterior, una retirada de ciento treinta leguas no había desvirtuado el valor de nuestro ejército, que triunfó de un número mas que doble en los campos de Tucuman. Bien conoce el soldado cuando la retirada no es efecto de debilidad, sino un medio de asegurar la victoria. Replegándonos en la circunstancia en que nos hallábamos, nos aproximábamos á nuestros recursos, reuníamos algunos hombres mas que naturalmente se hallaban en esas grandes poblaciones, mientras el enemigo, si nos seguía se debilitaba y acababa con los pocos medios que le quedaban de movilidad. La lentitud de sus marchas era un claro indicio de la nulidad de esos medios y de la circunspeccion con que se veía precisado á obrar. Habiéndose movido el 1.º de Octubre de Condo-condo solo llegó á Ayouma el 14, mediando poco mas de veinte leguas ¿Qué es lo que pudo obligarnos á una batalla desventajosa? No lo sé.

Ayouma es un pueblecito ó aldea que dista tres leguas de Macha, en la direccion que traía el enemigo. Antes de llegar á él, saliendo de este último, como media legua se presenta en el mismo camino una pampichuela de no gran estension, pero bastante para que pudiese maniobrar nuestro pequeño ejército. Este fué el campo elegido para la batalla por el General Belgrano y que se apresuró á ocupar temiendo sin duda que el enemigo se anticipase, con cinco ó seis dias de antelacion. De aquí resultó que cuando Puzuela se situó en las alturas del frente, tuvo tiempo y oportunidad de estudiar nuestra posicion y de meditar el modo de inutilizarla.

Nuestro ejército que contaría mucho menos de mil quinientos infantes y como quinientos caballos inclusa la fuerza de Cochabamba, estaba distribuido en la siguiente forma: A la derecha el Regimiento de Dragones, que como he dicho se había reducido á tres compañías: en seguida el Batallon de Cazadores, muy bajo: el N.º 6 que

se había reducido á un solo batallon: el N^o 1^o y las Castas, muy diminutos tambien: el N^o 8., ó mejor dicho sus restos, se había distribuido en los otros batallones; y á la izquierda la caballeria cochabambina (1).

Este era nuestro órden de batalla, bien que nos conservásemos en columnas hasta el dia de la accion. El coronel graduado Balcarce, mandaba los Dragones: el capitán graduado de mayor Cano (murió en la batalla) mandaba los Cazadores: no tengo completa certeza si el coronel graduado D. Miguel Araoz, mandaba el N^o 6., siendo mayor D. Benito Martinez: el N^o 1.º era mandado por el coronel graduado D. Gregorio Perdriel: y el Batallon de Castas por el coronel graduado D. José Superf (muerto en la batalla). El coronel graduado Zelaya mandaba la caballeria de la izquierda. Puede decirse que no hubo reserva y que tan solo se puso como apariencia de ella un grupo insignificante de indios y hombres mal armados.

Siempre hubo algunos de los últimos en la batalla de Ayouma, aunque ni con mucho, tantos como en la anterior de Vilcapugio. Es de creer que el General Belgrauo, solo tuvo por objeto haciendo estas reuniones de indios y colocándolos á la vista aunque en parajes perfectamente seguros (menos los que tiraban los cañones) el de entusiasmarlos haciéndoles una parte de nuestra gloria, y aparentar fuerza para eludir al enemigo. Por lo demas era una fuerza completamente inútil y que nada añadía á nuestro poder real: me avanzaré hasta decir que nos fué perjudicial, por las consideraciones que aduje en otra parte de esta Memoria: por punto general puede establecerse, que lo que no sirve en una batalla es dañoso, porque aumenta la confusion; sin contar con que la cobardía y el miedo son estremadamente contagiosas.

(1) Durante estos dias tuvo lugar el recado del General Belgrano, mandado á un oficial de infanteria, que le dió el parte haber oido tiros, que yo creí dirigido á mí y que me causó tan terrible sensacion.

Es de notar la impudente inexactitud con que el historiador español Torrente, hace subir nuestras filas en todas las batallas, para hacer mas gloriosos los triunfos que llegaron á obtener las tropas reales. En ninguna de las que he referido, fué mayor el número de las nuestras, siendo en algunas mucho menor: háblo sin contar los indios, como tampoco él los cuenta, pues que hace de ellos mencion separada y por otra parte, es de la mas rigurosa verdad que jamás prestaron servicio alguno en los combates, ni entraron en ellos, ni se ocurrió á nadie darles parte. En la accion de Ayouma, nuestra infanteria seria casi la mitad de la enemiga, y nuestra caballeria el duplo de la contraria. Sumado todo nuestro ejército, tendria dos tercios de la fuerza enemiga.

Tres dias estuvo Pezuela en las alturas de Taquirí, hasta que en la mañana del 14 de Noviembre, empezó á descender con su ejército. Para verificarlo tenia que hacerlo por una cuesta áspera, larga y estrecha, cuyo pié quedaba á menos de legua de nuestro campo. Siendo tan estrecho el sendero, no podia practicarse sino en una rigurosa desfilada: de consiguiente llegada que fuese al llano la cabeza, tenia mucho tiempo que esperar para que llegase el centro y retaguardia. Veiamos con la mayor claridad descender los cuerpos enemigos, mas al llegar al pié se ocultaban en un bajío que formaban unas lomas intermedias. Consumaron su descenso tranquilamente, se ocultaron á nuestra vista y pasó mucho tiempo para que volvieran á aparecer.

¿Qué hizo entretanto el General Belgrano? Nada. No hizo movimiento, no destacó un solo hombre, no se tomó medida alguna. Se levantó un altar y se dijo misa, que fué oida por todo el ejército. A lo que debo juzgar, estaba firme en su propósito de esperar al enemigo en su posicion: cuando hablo así no se crea que esta posicion tenia algo de difícil ó inexpugnable: por el contrario habia buscado el único llano que ofrecia el terreno, al que si se le ha-

bian hecho algunas ligeras cortaduras, mas parecian para engañar al enemigo en ciertos puntos de la línea, que para impedir el acceso. Sea como fuere, todos estábamos persuadidos de que debíamos batirnos con el frente que teníamos y en los mismos lugares que teníamos prolijamente estudiados. Cuando hasta cierto punto fueron burladas nuestras esperanzas, un vago presentimiento nos hizo desconfiar de la victoria.

El ejército real, encubierto por las lomas que teníamos á nuestro frente, se corrió por su izquierda y cuando se nos presentó despues de haberlas vencido, fué amagando nuestra derecha y obligándonos en consecuencia á un cambio de frente sobre esta ala, mediante el cual el Batallon de Cazadores que terminaba por esa parte nuestra línea, quedó inmediatamente apoyado á un cerro que se prolongaba hácia la opuesta del enemigo. Muy luego se vió que este cerro era ocupado por un cuerpo realista y que avanzando en proporcion que lo hacia su línea, venia á flanquear la nuestra completamente. Tampoco se tomó medida alguna para disputar al enemigo la posesion del cerro, ni para cubrir nuestra derecha que quedó á merced de él.

Como el Batallon de Cazadores que formaba la derecha de nuestra infanteria estaba materialmente tocando el cerro de que hemos hablado, no quedó lugar para mi regimiento y tuvimos sin órden espresa, y solo por la fuerza de las circunstancias que formar á retaguardia. Cuando principiaba la batalla, y el cuerpo enemigo del cerro rompió sus fuegos sobre el flanco de nuestra línea se conoció sin duda la necesidad de desalojarlo y pienso (1) que se incumbió de esta operacion á mi regimiento. Como no era posible cargar á la infanteria flanqueadora trepando el cerro

(1) En mi clase de capitan no pude saber sino por lo que ví, el objeto de nuestros movimientos, é ignoro hasta que punto los denominaban las órdenes que se espidieron. Sin embargo tengo por casi cierto que no hubo órdenes, ni combinacion de ninguna clase.

que ocupaba, se tomó el muy singular espediente de ocupar otra altura mas ó menos igual, que estaba á nuestra retaguardia (el camino de Macha pasaba por la abertura que dejaban los dos cerros) y en frente de la otra. Conseguido que fuese esto, se pensaria sin duda emplear el fuego de nuestras pocas tercerolas, porque de otro modo no podiamos ofender al enemigo. Sea ó no sea así, el hecho es que empezamos á trepar á la altura que era tan escarpada que solo con mucho trabajo podian vencerla los caballos: muchos de ellos echaron montura y ginete á las ancas y tuvieron que apearse para reacomodar la silla. Este movimiento absurdo y bárbaro habia roto enteramente nuestra formacion, habia confundido las compañías, y el cuerpo cinco minutos antes tambien organizado, no presentaba ahora sino un monton desordenado. Sin embargo se persistia en trepar á la altura y algunos hombres efectivamente llegaron y dispararon unos cuantos tiros á gran distancia. Fué este todo el fruto de la maniobra.

Mi disgusto era sumo en esos momentos, tanto por el éxito que preveia de la batalla, cuanto por el descrédito que iba á caer sobre mi regimiento, cuya gloria apreciaba como la mia propia. No pudiendo remediarlo tomé una resolucion individual, que fué la de separarme y dirigirme á nuestra izquierda con el fin de presentarme al coronel Zelaya, gefe de la caballeria de aquel costado, pedirle un puesto cualquiera en su regimiento, y salvarme de ese modo de la deshonra que pensaba iba á cubrir á mis compañeros. Efectivamente así hubiera sido, sin el incidente que luego referiré, pero que no impidió sin embargo que ciento ochenta caballos perfectamente dispuestos, fuesen casi del todo inútiles durante la batalla. Lo que yo hice fué lo que debió hacer todo el regimiento y lo que hizo al fin, pues siendo absolutamente imposible que obrase en la derecha por falta de terreno, debió buscar el punto á propósito y este era en la ala izquierda. Lo hizo como he indicado, pero cuando ya estaba todo decidido.

bian hecho algunas ligeras cortaduras, mas parecian para engañar al enemigo en ciertos puntos de la línea, que para impedir el acceso. Sea como fuere, todos estábamos persuadidos de que debíamos batirnos con el frente que teníamos y en los mismos lugares que teníamos prolijamente estudiados. Cuando hasta cierto punto fueron burladas nuestras esperanzas, un vago presentimiento nos hizo desconfiar de la victoria.

El ejército real, encubierto por las lomas que teníamos á nuestro frente, se corrió por su izquierda y cuando se nos presentó despues de haberlas vencido, fué amagando nuestra derecha y obligándonos en consecuencia á un cambio de frente sobre esta ala, mediante el cual el Batallon de Cazadores que terminaba por esa parte nuestra línea, quedó inmediatamente apoyado á un cerro que se prolongaba hácia la opuesta del enemigo. Muy luego se vió que este cerro era ocupado por un cuerpo realista y que avanzando en proporcion que lo hacia su línea, venia á flanquear la nuestra completamente. Tampoco se tomó medida alguna para disputar al enemigo la posesion del cerro, ni para cubrir nuestra derecha que quedó á merced de él.

Como el Batallon de Cazadores que formaba la derecha de nuestra infanteria estaba materialmente tocando el cerro de que hemos hablado, no quedó lugar para mi regimiento y tuvimos sin órden espresa, y solo por la fuerza de las circunstancias que formar á retaguardia. Cuando principiaba la batalla, y el cuerpo enemigo del cerro rompió sus fuegos sobre el flanco de nuestra línea se conoció sin duda la necesidad de desalojarlo y pienso (1) que se incumbió de esta operacion á mi regimiento. Como no era posible cargar á la infanteria flanqueadora trepando el cerro

(1) En mi clase de capitan no pude saber sino por lo que ví, el objeto de nuestros movimientos, é ignoro hasta que punto los denominaban las órdenes que se espidieron. Sin embargo tengo por casi cierto que no hubo órdenes, ni combinacion de ninguna clase.

tra línea, y algunos despues, que viendo venir una parte de mi regimiento, me incorporé á él.

La infanteria enemiga era demasiado poderosa para que la nuestra pudiese resistirle por mucho tiempo en un fuego igual: ademas de ser mucho menos numerosa, se habian incorporado en ella hombres extraidos de la caballeria y bastantes reclutas que tendrian un mes de aprendizaje (1). Era pues consiguiente que sucumbiese: así sucedió porque el fuego fué progresivamente debilitándose por nuestra parte, la línea se raleó considerablemente y lo que quedó tomó la fuga sin que el enemigo por el momento la persiguiese porque tambien habia sufrido bastante. En estas circunstancias es que llegamos á la izquierda, donde no encontramos nuestra caballeria que ya seguramente habia sido dispersada.

Los gefes de mi regimiento se ocuparon en medio organizar el grupo de tropa que habian traído, y el mayor D. Máximo Zamudio, quiso probar aun un acto de vigor. El enemigo que se presentó á nuestro frente fué un cuerpo de infanteria como de trescientos hombres, que procuraba tambien reorganizarse: el mayor, resolvió cargarlo y con los cuarenta ó cincuenta Dragones que habian formado se puso en movimiento: á media distancia, dimos con un profundo zanjon que nos obligó á detenernos, el cual no presentaba mas paso que uno ó dos desfiladeros en que podia solo pasar un hombre. El mayor no se desalentó y mandó adelante, principiándolo no-

(1) Para comprender la disminucion que habia sufrido nuestro ejército debe saberse que fuera de los muertos y prisioneros tenidos en la accion de Vilcapugio, hubo muchos que se dispersaron y que volvieron tarde ó nunca á las filas. Recuerdo que una partida de Dragones mandada por un sargento Mendevil, tucumano, saqué el equipage mio y de mi hermano que habia sido salvado por los asistentes, con el pretesto de que siendo mi hermano el habilitado iban allí intereses del regimiento que les correspondian. Mendevil y su partida, se fueron hasta Tucumán, y hubo otros de todos los cuerpos que hicieron lo mismo.

nosotros à pasar y à formarnos à la parte opuesta. El enemigo habia empezado sus fuegos, resultando para nosotros el inconveniente de que si esperábamos à que pasasen uno à uno todos nuestros hombres, sufriríamos mucho los que primero lo habíamos hecho, ó que si cargábamos sin esperar à los demas, debia ser necesariamente débil nuestro choque, tanto por la disminucion de la tropa, como porque no habíamos podido bien formarla. El mayor, luego que hubo pasado una tercera parte mas ó menos y mientras seguia pasando el resto, mandó à la carga y los pocos hombres que lo acompañaban se precipitaron valientemente sobre el enemigo: tuvo aquí lugar un singular incidente que luego explicaré.

Mientras sucedia lo que acabo de decir el fuego del cuerpo enemigo que íbamos à atacar, se fué suspendiendo en términos que cuando nos aproximamos no habia casi ninguno. Un oficial à caballo se habia colocado al frente y dándonos la espalda para hacerse entender mejor de sus soldados, gritaba con toda la fuerza de su voz; "*Alto el fuego:*" à este se dirigió el mayor Zamudio que iba à la cabeza de nuestro grupo, dándole una terrible lanzada por la espalda que lo hizo inclinar sobre el cuello de su caballo, pero que al mismo tiempo le hizo perder la lanza que saltó de su mano. El oficial realista se reincorporó y volviendo la cabeza tomó la lanza por cerca de la moharra y se quedó como en expectativa por unos momentos. Despues supimos que no habia sido herido, porque aunque estaba vestido de uniforme y charreteras, tenia envuelto en la cintura un grueso poncho à pala, en el cual se detuvo la lanza sin llegarle al cuerpo.

El mayor despues de su poco feliz bote de lanza, suspendió su caballo y lo mismo hicimos los demas, quedando à distancia de tres ó quatro pasos de la infanteria enemiga que por instinto se habia apiñado (1). Esta situa-

(1) Es una gran ventaja, principalmente en la infanteria, la propension de los habitantes de algunos pueblos de reunirse y api-

cion de sorpresa, de expectativa y de inconcebible inacción, duró algunos instantes, hasta que un tiro disparado contra el mayor Zamudio, que no ofendió sino á su caballo, fué la señal de hostilidades y de nuestra precipitada retirada.

Al volver mi caballo, un infante enemigo me dirigió un golpe de bayoneta que solo alcanzó á aquel, logrando introducirse en la parte posterior del vientre hacia el costado derecho: el efecto lo sentí luego en la flaqueza del caballo que empezaba á arrastrarse penosamente: mas no era ocasion de contemplarlo porque calculé en el acto del modo siguiente: si yo lo considero llevándolo despacio me puede llevar alguna mas distancia, pero cuando tenga que dejarlo me encontraré atras de todos los míos que van en precipitada retirada: al contrario si yo lo apuro cuanto es dable, me faltará antes á causa del esfuerzo que le exijo, pero cuando me desmonte porque ya no pueda llevarme, me encontraré entre mis compañeros que me favorecerán. El último partido fué el que adopté y apuré mi caballo cuanto pude, logrando así pasar adelante de muchos de los que huían en dispersion. Antes diré que cuando llegamos de vuelta al barranco que pasamos antes de la carga, ya lo habian pasado los que habian quedado atras cuando la emprendimos, de modo que se habia formado á la entrada del desfiladero un grupo compacto que servia de blanco á los tiros certeros del enemigo que entonces se avanzaba ya rápidamente: me esforcé en pasarlo cuanto antes y ganar cuanto terreno pude, de modo que cuando dejé mi caballo porque ya no podia moverse, me ví entre los míos.

ñarse en el momento del conflicto: los peruanos son de este número y he visto que muchas veces han debido sus sucesos á esta calidad que puede atribuirse á falta de brio individual: por el contrario nuestros soldados tan valientes en las lides siglares, tienen la inclinacion á dispersarse y sobrándoles ánimo y brio, los he visto muchas veces sucumbir por la misma razon. Recuerdo haber leído en la obra del General Foi, sino me engaño, que los rusos se parecen á los peruanos y que han vencido algunas veces con amontonarse.

Me desmonté sin llevar mas que mi espada en la mano, una pistola á la cintura, un poncho enrollado que llevaba á la grupa, que saqué y puse bajo el brazo, y el freno, por si lograba encontrar otro caballo. Sin detenerme eché á andar á pié, tan ligero como podia, para tener que correr otras aventuras de que luego me ocuparé, mas antes quiero explicar la suspensión de los fuegos enemigos al tiempo de nuestra carga, y el empeño del oficial realista en hacerlo cesar: solo es mucho despues, que por algunos prisioneros supimos el motivo de este raro procedimiento.

Como indiqué antes, en los pocos dias que precedieron á la accion de Ayouma, se mejoró la organizacion de nuestra caballeria y se empezó á dar á la lanza la preferencia que merece: en consecuencia los hombres que no tenian sable, fueron armados con ella y una pistola, mientras los que lo tenian recibieron ademas carabina: de este modo estaban armadas por mitad nuestras tres compañías. Por primera vez se distribuyeron banderolas para las lanzas, que eran bastante grandes de género de algodón blanco y celeste. Con los soles y lluvias perdió el último su vivacidad y quedó poco menos que blanco. Los enemigos que ignoraban esta circunstancia y que ni remotamente se les ocurrió que se podian poner banderolas, que vieron acercarse un grupo de hombres con insignias blancas, creyeron los mas entendidos que íbamos pasados: para robustecer esta creencia concurría la circunstancia de que nuestro movimiento ofensivo despues de completamente decidida la batalla era desesperado y no se figuraban que un puñado de hombres quisiese aun disputar la victoria á todo un ejército que acababa de triunfar. Tal fué el motivo de su equivocacion, y tambien lo fué en parte de la saña con que nos persiguieron, porque despues sacrificaban sin piedad al que caia en su poder. Cansado hasta mas no poder, exhausto de fatiga, hube por dos ó tres veces de pararme á esperar al enemigo, pero cuando miraba atras, veía que levantaban en las bayonetas al que lograban al-

canzar y volvía á seguir como podía mi carrera.

Anduve así algunas cuabras, solicitando de los que pasaban por mi lado que me llevasen á la grupa de su caballo, mas no encontré sino sordos ó embusteros. Uno de ellos fué el capitán D. Domingo Arévalo (después coronel) quien me dijo: *“No puedo detenerme, porque mi caballo va herido,”* se lo creí aunque en su rápida pasada no le percibí ninguna herida. Mas tarde lo encontré cuando ya nos habian dejado los enemigos y examinando prolijamente su caballo lo hallé del todo sano. Cuando le reconvine me protestó no haberme conocido y que creyó que le hablaba un soldado: ficción que sostuvo por años cuando nos acordábamos del suceso, hasta que en un momento de confianza, me confesó un día su embuste, disculpándose con lo crítico de la situación.

Otro fué el teniente de mi compañía D. Lorenzo Lugones, el cual no se negó abiertamente, pero se escusó con el pretexto de que iba á reunir algunos hombres y que luego volvía á socorrerme, lo que no sucedió, quedándome la duda de si pensó efectivamente hacerlo, bien que siempre me aseguró después que esa era su intención.

Finalmente, mi cansancio era ya sumo, me faltaban ya las fuerzas, mi estado era desesperado, y yo iba á sucumbir, cuando un soldado de mi regimiento, de apellido Sanguino, se me presentó trayéndome un caballo tordillo por la brida: el caballo venia ensillado y era bajo y á pesar de eso, monté con trabajo, porque mi fatiga era estremada, y como suele decirse, mi corazón queria salirse por la boca: le di el poncho y el freno que habia salvado y le seguí hasta reunirme á los míos, de quienes me veía poco antes abandonado. Al soldado Sanguino, le conservé siempre y le conservo hasta ahora un vivo reconocimiento. Ignoro si vive: era salteño, natural de la frontera del Rosario, á donde se retiró cuando obtuvo su baja por enfermo. El año 25 cuando venia á la campaña contra el Brasil, lo ví

allí por última vez y le di como pude muestras de mi agradecimiento.

Si el enemigo hubiese tenido una regular caballería hubiésemos salvado poquísimos: mas esta no se separó por entonces de la infantería en la persecucion, además de que apareció muy poca. Esto dió lugar á que los restos de nuestros infantes que huían en muchas direcciones, se fuesen replegando al General Belgrano, que habia enarbola-do la bandera del ejército, en la falda de unas lomas ásperas y pedregosas, que no ofrecian sino senderos difíciles. Esto sucedia á distancia de media legua del campo de batalla y para proteger la reunion tuvo órden la caballería sostener el paso de un arroyo, cinco ó seis cuabras avanzado del punto en donde se hacia. Para cumplir esta órden se presentó el coronel D. Cornelio Zelaya, que tomó desde luego el mando de ochenta ó noventa hombres de caballería, que era todo lo que se habia reunido. Nos desmontamos y una parte ocupó la barranca del arroyuelo y otra el corral de piedra de un rancho inmediato: con las tercero-las empezamos á contestar el fuego enemigo, logrando detener como tres cuartos de hora á la fraccion enemiga que nos perseguia.

Es digna de todo elogio la bravura que en aquella crítica circunstancia ostentó el coronel Zelaya: parapetados como estábamos, el fuego enemigo hacia estragos (1), siendo

(1) Allí fué herido el despues coronel, D. Ramon Estomba, que era ayudante mayor de Dragones. Estaba como todos desmontado, y yo me hallaba á su lado, cuando una bala le rompió el muslo y cayó en tierra: un pañuelo que saqué de mi faltriquera fué el primer vendaje de su herida y con que lo tomaron prisionero. Se le hizo con trabajo subir en su caballo y se le mandó á alcanzar la infantería. Como á las tres leguas, ya no podia sufrir, y quedó á cargo de dos soldados que al dia siguiente lo hicieron llegar al pueblito de Actura: allí lo alcanzaron é hicieron prisionero al dia siguiente los enemigos, teniendo igual suerte los dos generosos soldados que no quisieron abandonarlo. Eran un Alderete, indio misionero y un Gaona, cordobés, los que despues de mucho tiempo volvieron á nuestras filas. Acciones como esta no deben olvidarse, y merecen ser conservadas aunque sus autores sean

de admirar que al coronel Zelaya, que era el único que se conservaba á caballo y atravesando del paso del rio al corral de piedra y á la inversa, no lo tocase una bala como tampoco á su caballo. Entretanto, aquella inesperada resistencia habia atraído la atención del enemigo, que habia acumulado fuerzas capaces de dar una nueva batalla: la necesidad de abandonar aquel terrible punto se hacia urgente y sin embargo el coronel Zelaya se obstinaba en sostenerlo. No obstante, tuvo que ceder á las circunstancias y al fin él mismo mandó la retirada. Nuestra pequeña fuerza la emprendió sin orden y sin formacion, por los varios fragosos senderos que se presentaban y que cada uno elegia á su arbitrio.

Pocas cuadras habiamos andado cuando un oficial se llega y me dice: "*á su hermano le han muerto el caballo, queda atras, viene á pié y en el mas grande peligro.*" Un rayo caido á mis pies no me hubiera conmovido mas y sin preguntar otra cosa volví á buscarlo, cruzando de sendero en sendero hasta que dí con él. Efectivamente, su situacion no era menos crítica, que lo habia sido la mia una hora antes, pero él halló un hermano, un amigo y un hombre de sentimientos humanos: protesto que en aquel momento nunca me ocurrió la idea de abandonarlo y creo que hubiera perecido con él. Le habia sucedido lo mismo que á mi, pues habia solicitado en vano el auxilio de algunos compañeros sin obtenerlo, entre ellos el del alférez Esquivel, paraguayo, que pasó por el mismo sendero y por su lado sin darle la menor ayuda: sin embargo logró asirse de la punta del poncho de Esquivel y ayudarse un trecho casi arrastrándose en su penosa carrera, hasta que no pudien-

unos oscuros soldados. El coronel Estomba, fué á Casas-Matas, donde estuvo hasta que fué la expedición del General San Martín. Cayó nuevamente prisionero en el Callao, pero logró evadirse con el coronel Luna, costando su fuga la vida á los oficiales Millan y Prudent, que sacrificaron bárbaramente los españoles en desquite.

do seguir la violencia del caballo de Esquivel largó el poncho y este desapareció.

Mi hermano Julian que era tambien capitán de Dragones, habia perdido su caballo al retirarnos del arroyuelo que tanto habíamos disputado. Al tomar un sendero y trepar la barranca, recibió el caballo una bala tambien dirigida que cayó súbitamente sin poder moverse: en su caída le apretó una pierna que pudo safar con trabajo, dejando hasta la espuela. Cuando yo lo encontré habia quedado enteramente atrasado de todos, y los enemigos venian tan inmediatos que un momento mas y era perdido: le ofrecí la grupa de mi caballo, pero era tal su fatiga y cansancio que no pudo subir: le tomé entonces un brazo y poniéndolo bajo del mio le ayudé á caminar casi arrastrándolo hasta llegar á una quiebra del terreno que ofrecia la comodidad de un excelente estribo. Entonces montó y yo piqué para alejarme de aquel infierno de balas y peligros. Andando apresuradamente alcancé la retaguardia de la infanteria y dejándolo allí le dije, que mi honor me obligaba á volver, para que no se creyese que con pretesto de salvarlo me separaba del peligro: que quedando ya él fuera del alcance de los enemigos continuase, pues en todo caso lo buscaria si fuese preciso. Tuvo que seguir algun trecho á pié, hasta que un soldado se desmontó y le cedió su caballo.

Yo regresé á incorporarme con el coronel Zelaya que con unos cuantos hombres, venia conteniendo al enemigo: estos hombres fueron poco á poco escurriéndose y ganando la delantera, en términos que al cabo de dos leguas, no habíamos quedado con el coronel mas oficiales que el capitán Arévalo y yo, y como quince ó veinte hombres de tropa: felizmente era sola caballeria la que nos perseguia, y la enemiga era tan cobarde, que la conteníamos con facilidad en aquellos escabrosos caminos y desfiladeros: por último, fuera de algunos tiros disparados al acaso, estaba reducida la persecucion á una multitud de dieterios que se

decían Zelaya y el coronel enemigo D. Saturnino Castró; (el que despues fué fusilado por los españoles en Moraya) en que lo menos que se oía eran los dictados de "*Porteño eobarde disparador y de ladron mulato Castro*: hasta hubo un desafio personal y singular entre ambos, que no tuvo efecto porque no se les dejaba solos y porque era una majaderia que no consentíamos los circunstantes. A nosotros principalmente nos dañaba, pues que entorpecía nuestra marcha.

Al fin se cansó el coronel realista Castro de perseguirnos y gritar, pero el coronel Zelaya no se cansó de hacer ostentacion de su poca prisá en retirarse, sin embargo de que ya nadie quedaba con él, sino yo y su asistente Humacata. Ya el sol se acercaba al ocaso, cuando volvimos á marchar: aseguro que tuve mis deseos de separarme tambien, pero al fin me resolví á no dejarlo: mi temor era que nos estraviásemos y que no pudiésemos dar con el General y los restos del ejército y que fuera de los peligros que correríamos solos, nos esponíamos á dispersarnos y despues de haber sostenido como nadie nuestra retirada, cargar con la nota de dispersos.

Ya puesto el sol llegamos á una ranchería abandonada, donde encontramos unos cuantos soldados dispersos que nos dieron noticia del camino que habia tomado el General. Despues de ordenarles que marchasen luego que hubiesen descansado un tanto, séguimos; mas tomándonos la noche, perdimos la huella y tuvimos que pasarla en los cerros: á la madrugada continuamos y al ser de dia llegamos á Actara, pueblecillo de indios, en donde estaba el General Belgrano y los restos escapados del combate.

Antes de seguir adelante con mi narracion, me permitiré hacer algunas observaciones críticas sobre esta accion célebremente fatal para nuestra causa, cuyo éxito si hubiera sido favorable para nosotros, no solo nos franqueaba el territorio del Virreinato de la Plata, sino que nos abría las puertas del de Lima. Una victoria nuestra hubiese

despertado las simpatías de esos pueblos, hubiese reanimado el patriotismo y hecho renacer el amor á la independencia, que estaba oculto y comprimido por el terror que habian infundido los españoles. Una victoria vuelvo á decir era decisiva para la causa real, y esta no se obtuvo; la Providencia en sus inexcrutables juicios, quiso que se prolongase la lucha y que las Provincias Argentinas se vieses al fin privadas de la gloria, de dar libertad definitivamente á sus hermanos del Perú: este honor estaba reservado á Bolivar y al ejército Colombiano, que vino mas tarde á recoger los frutos de nuestras estériles fatigas.

No puede menos de contristarse la imaginacion de un argentino, y de un soldado de los primeros años de la guerra de la independencia, considerando lo poco que han servido para su pais y para esos mismos soldados aquellos sacrificios y ver que solo sirvieron para allanar el camino á otros guerreros mas afortunados y facilitar su carrera á los Santa Cruz, á los Gamarra y otros muchos que hicieron la guerra mas obstinada á esa misma independencia, de que ahora son los grandes dignatarios y los verdaderos usufructuarios, mientras que los mas antiguos y mas leales soldados de la gran causa de América, arrastran una penosa existencia en la oscuridad, la proscripcion la miseria y el olvido. Pero volvamos al exámen crítico de la batalla que nos ocupa.

Ya emití mi opinion de que ella debió retardarse lo posible maniobrando convenientemente para debilitar al enemigo y reforzarnos nosotros. Mas admitida la resolucion de dar la batalla sin demora, pudimos hacerlo con racionales esperanzas de suceso, obrando de otro modo del que se adoptó.

Hay generales que forman el plan de batalla en su cabeza, que establecen teoricamente el órden de su línea y despues buscan un terreno adecuado para realizar su ideal concepcion: sucede entonces que si un incidente cualquiera les obliga á salir del teatro que han elejido, falla el plan y

no quiso debilitar su línea distrayendo una fuerza fuera de ella, pero lo peor de todo era dejarla flanquear y dominar completamente.

Ademas la caballería de la derecha que despues de nuestro cambio de frente, quedó á retaguardia del todo inutilizada, debió ser inmediatamente destinada á la izquierda, donde reunida á la que alli habia, formaba un cuerpo que bien dirigido hubiera flanqueado á su vez la derecha enemiga y hubiera dado muy serios cuidados á toda su línea. Nada se hizo, asi es que si la batalla de Vilcapugio se disputó y hubo lances en que nos sonreia la fortuna, la de Ayouma estuvo perdida antes de darse y no hubo un momento de esperanza.

Cuando el enemigo principió el fuego de artillería mas nos hubiera valido lanzar nuestros batallones á una carga contingente y aun aventurada, que estarnos quietos haciendo impunemente diezmar nuestros soldados y gastar sus disposiciones morales con la perspectiva de la superioridad enemiga. Desgraciadamente la contestacion que daban nuestros pobres cañones (que duró muy poco) solo servia para realzar aquella superioridad y alentar en la misma proporcion al enemigo. Este, como dije antes, pudo vencernos con solo sus cañones, si hubiera tenido municiones para ello.

Respeto tanto la memoria del General Belgrano que me he hecho una verdadera violencia para enumerar los errores que á mi juicio se cometieron en esta desgraciada batalla: pero he debido hacerlo en obsequio de la verdad histórica y para instruccion de algun militar jóven que pudiese ver esta Memoria. Fuera de esto es preciso considerar que estábamos en el aprendizaje de la guerra y que asi como era el General Belgrano, era el mejor General que tenia entonces la República. Estaba tambien falto de gefes, pues los mejores por varios motivos estaban ausentes: no tenia un solo hombre á quien pudiese deber un consejo;

ni una advertencia. El General Belgrano estaba solo y solo llevaba todo el peso del ejército.

El caballo que me habia dado el soldado Sanguino, pertenecia al capitán D. José Maria Corte, que habiendo recibido una herida de bala sobre un ojo, lo habian hecho montar en el de un soldado, para que este colocado en la grupa lo sostuviese y llevase fuera del campo de batalla: por esta circunstancia el caballo estaba vacío y me habia sido presentado para que á mi vez me salvase como sucedió. Ninguno de los que sabian la clase de herida de Corte esperaba que viviese, pero contra todo cálculo, cuando llegué á Actara, supe que no solo vivia, sino que se sentia bastante fuerte para poder hacer uso aunque auxiliado por otro de su caballo: me fué preciso restituirlo y héme aqui otra vez á pié y mi hermano que tambien devolvió el caballo al soldado que se lo habia franqueado, se hallaba en idéntico caso. El coronel Zelaya me sirvió entonces cediéndome temporariamente un caballo de repuesto que tenia, con su correspondiente silla y para mi hermano quitamos á una de esas mugeres perdidas que acompañan los ejércitos, una mula del Estado de que se habia apoderado. De este modo nos encontramos en estado de continuar soportablemente la marcha.

Esta siguió el 15 hasta Tinguipaya, á donde llegamos por la tarde sin que se dejase sentir el enemigo. Allí se acabaron de reorganizar nuestros pequeños restos para continuar al día siguiente nuestra retirada con un órden tal que la disciplina mas severa se observó en todas las marchas que se siguieron. Allí fué donde formando un cuadro se colocó dentro el General para rezar el rosario, lo que fué imitado por todos. El 16 llegamos á Tarapaya, pueblo que solo dista de Potosí cuatro leguas. En uno de estos dos dias pasamos el famoso Pilcomayo, por uno de esos caminos de travesía que siendo poco frecuentados son ásperos y cruzan sierras elevadísimas. El rio corre por entre dos sierras colosales, tan inmediatas que solo dejan el

cause del rio entre ambas. El camino descende por un lado y asciende por el otro haciendo inmensos caracoles para hacer practicable la bajada y subida que sin eso seria imposible, por la pendiente de las montañas que se aproximan mucho á la perpendicular. Nuestra fuerza, aunque no llegaria á setecientos hombres, marchando por uno y los caballeros tirando por la brida sus caballos para conservarlos, tomaba una distancia considerable. Nosotros llevabamos siempre la retaguardia y marchavamos con bastante separacion: de este modo cuando ibamos descendiendo la serranía para caer al rio, la cabeza de la columna subia ya la otra sierra, despues de haberlo atravesado. Tirada una línea recta era tan corta la distancia que nos separaba que se oian los gritos de los que arreaban sus caballos, ó que los daban por otro motivo, reproduciéndose por aquellas eternas masas; mientras tanto para llegar al mismo punto tuvimos que andar legua y media y quizá mas, haciendo para elio mil curvas y gastando horas en aquellos peligrosos senderos.

El 16 llegamos á Potosí: la acogida que nos hizo ese pueblo tan enemigo que se decia de la causa, fué franca y hospitalaria: las autoridades y las corporaciones salieron al encuentro del General y lo saludaron triste pero urbanamente. Esta es otra prueba de lo que habia ganado la revolucion con la disciplina del ejército y la conducta patriótica y honrada del General. A nadie se le ocurrió temer sublevaciones ni hostilidades del vecindario y de los indios, ni hubo el menor acto de enemistad, ni aun de descortesia. Yo gusté mucho de la recepcion que se nos hizo, porque fué grave, triste, oficiosa y simpática: manifestar alegria hubiera sido insultarnos y ostentarse altaneros hubiera sido una insolencia y falta de generosidad. Supieron esta vez los Potosinos manejarse con cordura y si dos dias despues, cambiaron en parte estos sentimientos no fué por culpa suya.

La próvida economía del General Belgrano, en pocos

meses habia acumulado recursos de todo género. La casa de moneda, vuelta á su giro ordinario, abastecia con abundancia de moneda metálica al comercio, y daba la bastante al ejército. Ya hablamos de los almacenes de víveres que tomó el enemigo en la campaña: pues tambien los habia en la ciudad y ademas valiosos depósitos de efectos de ultramar con que habia para proveer abundantemente de vestuario al ejército. Era imposible salvar los últimos y se resolvió distribuirlos al pueblo ó inutilizarlos para que no los aprovechase el enemigo. Algo se dió tambien al ejército, pero muy poco temiendo sin duda recargar al soldado en la marcha que iba á emprender. Recuerdo que estuve en una casa que servia de depósito á uno de esos cargamentos, donde seis ú ocho empleados, distribuian gratis al bajo pueblo, piezas de bramante, lotes de algodones, varas de paño y bayeta &c. Ignoro si algo se quemó como se dijo que se habia mandado hacer.

El enemigo no debia estar quieto y nuestra permanencia no podia ser larga. El 18 por la mañana se dió la órden de marcha para esa tarde y á las dos estuvo la infanteria formada en la plaza y la caballeria en la calle que está al costado de la Casa de Moneda. Las tres serian cuando marchó el General en Jefe con la pequeña columna de infanteria, quedando solamente el General Diaz Velez con nosotros que seríamos ochenta hombres. Se empezaron entonces á notar algunos secretos entre los gefes mas caracterizados y se sentía algo de misterio que no podíamos esplicarnos. Luego estuvimos al corriente de lo que se trataba.

El populacho se habia apiñado en la plaza y calles circunvecinas y se le mandó retirar: como no obedeciese se mandaron patrullas de caballeria que lo dispersasen, pero se retiraban por una calle para volver por otra y despues ocupar la primera en el momento que se desguarnecía. Se fueron repitiendo estas órdenes sin fruto alguno y muy luego se estendieron á los vecinos de la plaza y de-

mas inmediatas á la Casa de Moneda, para que en el acto saliesen de sus casas con todas sus familias y se retirasen á distancia de veinte cuadras cuando menos. Nadie comprendia el objeto de estas órdenes y las casas lejos de desocuparse se cerraban con sus habitantes adentro, lo mas seguramente que podian. Poco á poco fué aclarándose el misterio y empezó á divulgarse el motivo de tan estraña resolucion. Para persuadir al vecindario á que abandonase por algunas horas sus casas y al populacho de la calle á que se retirase, se creyó conveniente ir haciendo revelaciones sucesivas. Se les dijo primero, que correrian inminentes peligros sino obedecian, luego que iban á ser destruidas sus casas y perecerian bajo sus ruinas: finalmente se les aseguró que el sólido y estenso edificio de la Casa de Moneda iba á volar á consecuencia de la esplosion que haria un gran depósito de pólvora que iba á incendiarse.

Nada bastó para persuadir al populacho que se conservó impassible en su puesto. De las casas vecinas ví salir una que otra familia desolada que corría sin saber á donde abandonando cuanto poseia, pero en lo general puedo asegurar que no se movieron de sus casas y que esperaron el resultado de aquel anuncio terrible. Y á fé que no era un engaño, porque efectivamente se habia resuelto en los consejos del General en Gefe hacer volar la Casa de Moneda en la forma siguiente:

La sala llamada de la *fielatura*, porque en ella se pesan las monedas que han de acuñarse, queda al centro del edificio y está mas baja que lo restante de él. En esta sala se habian colocado secretamente un número bastante de barriles de pólvora, para cuya inflamacion debia dejarse una mecha de duracion calculada para que á los últimos nos dejase el tiempo bastante de retirarnos. Estaba el sol próximo á su ocaso cuando el General Diaz Velez, cansado de órdenes é intimaciones que no se obedecian y en que empleó á casi todos los oficiales y tropa que formaban la

retaguardia, resolvió llevar á efecto el proyecto aunque fuese á costa de los incrédulos é inobedientes. Ya se prendió la mecha, ya salió el último hombre de la Casa de Moneda, y se cerraron las gruesas y ferradas puertas de la gran casa, cuando se echaron menos las tremendas llaves que las aseguran: ví al General en persona agitándose preguntar á cuantos lo rodeaban: pero ellas no parecieron. Entretanto el tiempo urgía, la mecha ardía y la esplosion podia suceder de un momento á otro. Fué preciso renunciar al empeño de cerrar las puertas y contentándose el General con emparejarlas, montó en su mula y dió la voz de partir á galope.

Se me ha pasado decir, que no dejó de ocurrir en los dias anteriores el pensamiento de fortificar y defendernos en la ciudad y que en consecuencia se empezaron á fosear las calles á distancia de dos cuadras de la plaza. No puedo asegurar si se pensó seriamente en ello, porque pudo ser un arbitrio para ocultar la retirada: de cualquier modo el proyecto era insensato y cuando mas prueba los deseos del General de disputar al enemigo hasta la última extremidad aquellas importantes provincias.

En la confusion de nuestra disparada nadie se acordó de los fosos y fuimos á dar con uno que interceptaba completamente la calle: poseidos del mas grande sobresalto tuvimos que volver á la plaza para buscar otra salida, temiendo á cada instante que sucediese la esplosion y que una lluvia de gruesas piedras y otros escombros, cuando no fuese la misma esplosion, viniese á sepultarnos ó cuando menos aplastarnos bajo su peso. Al fin despues de muchas exitaciones dimos con una calle donde el foso no estaba concluido y por donde salimos á la desfilada. Nuestra marcha precipitada no se suspendió hasta el Socabon que está á una legua de la plaza, á donde llegamos al anochecer. Deseando gozar en su totalidad del terrible espectáculo de ver volar en fracciones un gran edificio y quizá media ciudad (tal era la idea que se nos habia hecho for-

mar) á consecuencia de una mina que iba á hacer su esplosion; durante todo el camino fuimos violentándonos para volver el rostro á la Casa de Moneda que dejábamos atras. Yo aseguro que no separé un momento la vista de la direccion en que quedaba, lo que me originó un dolor en el pescuezo que me duró dos ó tres dias despues.

Llegamos como he dicho al Socabon, ya desconfiando de que no se realizase la esplosion: un cuarto de hora despues ya era certidumbre, de que la mecha habia sido sustraída ó que algun otro inconveniente habia impedido su actividad. El General Belgrano que no estaba lejos de nosotros debió experimentar las mismas sensaciones y cuando vió fallida la operacion hizo un último esfuerzo por realizarla. El capitan (coronel hoy) de artillería D. Juan P. Luna se presentó en la retaguardia con una órden para que se pusiesen á su disposicion veinte y cinco hombres de los mejores montados con los que debia penetrar en la ciudad y Casa de Moneda para volver á poner la mecha encendida que la hiciese volar. Esto ya era imposible pues el vecindario y populacho que no queria ver destruido el mas valioso ornamento de su pueblo, ver destruidas sus casas y sepultarse bajo sus ruinas, hubieran hecho pedazos al nuevo campeon y sus veinte y cinco hombres. Luna llegó á los suburbios, vió de que se trataba y se retiró prudentemente, pudiendo asegurarse que la oferta que habia hecho al General de entrar otra vez á Potosí y quemar el pueblo, le ganaria la benevolencia del gefe, porque como otras veces, he dicho, este era el carácter del General Belgrano.

La tentativa del capitan Luna era tanto mas impracticable, por cuanto la vanguardia enemiga estaba muy inmediata, en términos que sus partidas entraron á la ciudad esa misma noche: corria pues tambien el riesgo de ser atacado y hecho prisionero por las tropas reales, cuando no lo hubiese sido antes por los habitantes exasperados.

Diré ahora lo que hizo frustrar la esplosion de la pólvora que se habja puesto en la Casa de Moneda. Es bien

sabido que hay ciertos hombres que abrazan por especulacion una carrera y que sacrifican á su interés los deberes que ella les impone. Uno de ellos era un oficial Anglada, mendocino, dotado de una aparente moderacion que le captaba las voluntades, y de un profundo disimulo. Habia ganado las buenas gracias del General, quien lo habia colocado nada menos que de mayor de la plaza de Potosí, sin embargo de su menor graduacion. Este se relacionó con personas enemigas de la causa y particularmente con una señora muy realista, á quien se atribuyó principalmente el mérito de la conquista. El, por su empleo estaba en el secreto de la operacion que se meditaba y la inutilizó quitando la mecha que debia servir para la esplosion. El sin duda fué quien ocultó las llaves que solo se echaron de menos en el momento de retirarnos. El mismo se ocultó, se quedó y se presentó al enemigo, que lo acogió bien por el importante servicio que acababa de hacerle y lo empleó en el ejército, pero sin que jamás jugase un rol distinguido, ni pudiese hacer olvidar á sus nuevos patronos que era un *traidor*. No fué él solo quien se manchó con este crimen: el capitán D. Rufino Valle de mi regimiento, un capitán Garcia de infanteria, ambos tucumanos y un teniente Rodriguez, viejo inútil y europeo, desertaron de sus banderas y pasaron á servir á la causa que habian combatido. Nunca supe que fué de los dos últimos, pero Valle á penas llegó á comandante en el ejército real en que sirvió muchos años, hasta que vencidos los españoles en 1825, volvió á Jujuy donde vivia al lado de una señorita con quien habia casado.

Hubo pues de renunciarse del todo el pensamiento de destruir la Casa de Moneda y no se pensó sino en continuar nuestra retirada que era critica por la proximidad del enemigo, que á cada instante podia echársenos encima y consumir nuestra perdicion. Nuestra marcha iba sumamente embarazada con un erecidísimo número de cargas: no solamente se conducia todo el dinero sellado y sin se-

llar que tenia la Casa de Moneda sino la artilleria que á causa de la pérdida de Vilcapugio se habia pedido á Jujuy á toda prisa y que ya encontramos en Potosí: ademas iba una porcion de armamento descompuesto que habia en los depósitos, un gran número de cajas de fusil en bruto y otros enseres de guerra que el General no queria dejar al enemigo, pero que nos causaban un peso inmenso: agréguese municiones y Parque, que sacamos tambien de Potosí, pues de la batalla nada de esto habíamos escapado y se comprenderá que nuestra retirada mas se asemejaba á una caravana que huye de los peligros del desierto que á un cuerpo militar que marcha regularmente.

En los dias posteriores se regularizó algo la marcha, pero en esa noche que siguió á nuestra precipitada salida, era todo confusion y desorden. El General Diaz Velez se habia sin duda ido á reunir con el General en Gefe y el coronel Balcarce habia quedado encargado con los setenta ú ochenta hombres de caballeria que llevábamos la retaguardia. Los arrieros del pais desertaban, las mulas fatigadas se echaban á los costados del camino, otras volteaban la carga, y se ponian, hambrientas como estaban, á comer una paja brava y dura que es lo único que produce ese árido campo. El coronel se ocupó al principio de hacer arrear las mulas resagadas y recargar las que se habian desembarazado de sus fardos, mas cedió al cansancio que le causaba esta ocupacion y me la recomendó. Yo la tomé tan seriamente que no descansé en toda la noche, empleando las amenazas y aun el castigo para resolver á nuestros exhaustos soldados á un trabajo tan fatigoso en una noche de un frio insoportable. Recuerdo que creyendo que era un individuo de tropa amenacé con mi espada al teniente D. Rufino Falcon porque no se desmontaba á cargar una mula, y que al cadete D. Domingo Millan, le di unos cuantos cintarazos sin conocerlo, por la misma razon. Cuando los hube reconocido les di satisfaccion. Esto dió lugar á que algunos de mis compañeros, hombres ya cansados ó egoistas me

dijesen con sorna: *Oh! es V. muy patriota. Lo soy, les dije, y pensaba que tambien Vds. debian serlo.*

Entre las cargas abandonadas que esa noche hice salvar, estaba una en que iban en alhajas de diamantes y tejos de oro (1) mas del valor de cuarenta mil duros. Fué una fortuna que no cayese en otras manos. Al otro dia el General Belgrano, creyendo asegurarlas mejor, las distribuyó entre sus ayudantes para que las condujeran. Al mayor Toro le tocó en la distribucion un tejo de oro cuyo valor era de cerca de tres mil pesos fuertes: se lo robaron y quedó perdido: se hicieron averiguaciones y sumarios mas nada se consiguió.

Menos feliz fué otra carga de baules que habian sido forzados y robados sin dejar mas que unos tres ó cuatro gruesos legajos de papeles atados con sus correspondientes cintas, los que hice cargar á algunos soldados. Cuando amaneció ví por los rótulos que pertenecian al Dr. D. Tomas Manuel Anchorena, secretario del General Belgrano. Cuando al salir el sol llegamos á Tabaco-Nuño, que solo dista cuatro leguas de Potosí, despues de haber trabajado toda la noche, vino dicho Sr. Anchorena preguntando por su equipage. Le hablé de los baules rotos que habia encontrado y de los papeles que habia salvado. Cuando supo y vió que sus papeles habian escapado, se dió por muy bien servido, protestando que todo lo demas valia muy poco: me colmó de agradecimientos y con este motivo entabló una larga conversacion conmigo.

El proyecto frustrado de hacer volar la Casa de Moneda fué el principal objeto de nuestra conversacion y yo me tomé la libertad de reprobalo altamente. El al contrario lo sostuvo, alegando que ademas de producirnos la ventaja de quitar al enemigo aquel valioso recurso teníamos la de

(1) Estas alhajas llevadas á Buenos Aires despues; fueron destinadas por el Director Posadas á obsequiar á las familias de varios gefes que habian prestado buenos servicios. El obispo Arellana, de Córdoba, recibió tambien su regalo.

arruinar un pueblo que siempre habia sido y seria enemigo nuestro.

A medio dia del 19. llegamos á Lajatambo seis leguas de Potosí, donde se paró á medio comer para seguir á la tarde nuestra marcha que se continuó toda la noche. En ella por una travesura de jóvenes, me separé con otro oficial de la columna y con la oscuridad no pudimos dar con ella. Despues de andar toda la noche por sendas estraviadas, no fué sino á la mañana que nos incorporamos cerca de Caisa. pueblo que está situado á doce leguas de Potosí.

Continuamos en los dias sucesivos adelantando cuanto podíamos nuestra marcha, amagados siempre del enemigo. Serian las ocho de la noche cuando pasábamos por la posta de Quirve, habiéndolo hecho una ó dos horas antes la infanteria. Se veian desde el camino que estaba como cuadra y media unas grandes fogatas, á cuyo alrededor se veia vagar una ò otra persona. El coronel Balcaree que tenia órden de no dejar á nadie á retaguardia creyó no deber continuar sin informarse de lo que aquello significaba: hizo pues alto y me mandó que fuese á la posta á instruirme de lo que era. Inmediatamente tomé el galope para verificarlo y habiendo andado dos tercios del camino me dieron desde las hogueras el *quien vive*, á que tuve la humorada de no contestar. Cuando me lo repitieron creí conocer la voz y aun percibir en lo descompuesto de ella que el que la daba estaba sorprendido: tampoco contesté y la tercera intimacion me reveló completamente lo que antes solo habia sospechado. Ya estaba yo entonces muy inmediato al supuesto centinela que no era otro que el capitan de artilleria D. Antonio Ramirez, que despues fué coronel, (1) cuya sorpresa y azoramiento conocí muy á las claras.

(1) Cuando despues le hacia recordar este lance, se desagradaba visiblemente y cuando el año 1835, habiéndome traído de Santa-Fé en mi clase de prisionero, fué él destinado á recibirme y custodiarme, es seguro que lo hubiera yo pasado muy mal, si hubiera hecho mencion del suceso. Me guardé pues muy bien de

Picando aun con mas violencia mi caballo le grité *ríndase V.* y él creyéndome enemigo y rodeando el fogon para evadirse de mí, me decía: *Sr. estoy rendido.* A estas voces otros tres ó cuatro oficiales que estaban en los otros fogones ó en los ranchos huyeron despavoridos y ganaron á pié los cerros inmediatos. Costó algun trabajo hallarlos y volverlos á donde antes estaban. Cuando Ramirez me conoció me reconvino amistosamente, pero quedamos luego tan corrientes como antes.

Las hogueras resultaban de muchos cientos de cajas de fusil forjadas que se habian llevado desde Tucuman á la maestranza de Potosí, y que ocupaban muchas mulas de carga: como estas escaseaban todos los dias, se mandaron destruir, cosa que debió haberse hecho mucho antes. Se quemaron tambien cureñas de cañon, para las que no alcanzaban las mulas con lo que se facilitó algo mas nuestro movimiento.

El enemigo nos dió tiempo de pasar algunos dias en Mojo, pasados los cuales continuò el General Belgranó á establecer su Cuartel General en Jujuy, quedando mi regimiento en Humahuaca. Quedó á la cabeza de él el mayor D. Máximo Zamudio porque el coronel Balcarce fué llamado á desempeñar interinamente las funciones de Mayor General, habiéndose marchado por este tiempo á Buenos Aires el Sr. Diaz Velez, que por tanto tiempo las habia ejercido.

No nos dejó descansar mucho el enemigo pues en los primeros dias de Enero del año 14 ya se hizo sentir y volvimos á continuar nuestra retirada. El General Belgrano marchó con direccion á Tucuman, despues de haber llamado nuevamente al coronel Dorrego, investidolo de su confianza y de un mando estenso en todos los cuerpos que quedaban ú retaguardia. En Jujuy estaba una buena fraccion de infanteria montada y con ella y el Regimiento de

recordarselo. Yo en su lugar me hubiera anticipado á hablar y reirme de él.

Dragones, se propuso disputar palmo á palmo el terreno al enemigo victorioso que avanzaba. Efectivamente hubo fuertes guerrillas en las lomas inmediatas á la ciudad, pero tuvimos que ceder para volver á empeñar nuevos choques despues.

Llegamos á Salta y la ocupamos hasta el mismo dia que entró en ella el enemigo, mediando tambien acaloradas guerrillas á la vista de la ciudad en las lomas de San Lorenzo. Ya se nos habia reunido un escuadron de granaderos á caballo del regimiento que habia formado el entonces coronel D. José de San Martin: no tuvo ocasion de cargar, ni aun de entrar en lo úrduo de un combate, pero debo decir que me agradò el continente de aquellos soldados, cuyos oficiales sin embargo eran muy novicios. Un capitan chileno Rios, era quien lo mandaba, quien mas tarde fué acusado á un tribunal secreto del regimiento, y de que quizá luego hablaremos, de cobardía en esa misma guerrilla de San Lorenzo, sin que yo pueda juzgar de la justicia de la acusacion. Sin embargo él fué separado con pretextos frívolos para ocultar el verdadero.

El enemigo se hizo circunspecto y en los primeros dias no dió un paso mas acà de Salta. El coronel Dorrego situándose en Guachipas, se proponia alimentar una guerra de guerrillas, para lo que se brindaba el terreno y la disposicion de los habitantes. El pueblo de Salta que es bastante considerable, estaba casi yermo: tres cuartas partes de las casas estaban solas y las demas poco habitadas. Los frailes de los conventos habian tambien emigrado y solo quedaron dos sacerdotes enfermos, pero que podian salir de sus casas para administrar los sacramentos á los pocos que no habian seguido al ejército. Hubo iglesia en que no quedó ni ornamento ni vaso sagrado y en que se quitaron hasta los badajos de las campanas, para que no pudiera hacerse uso de ellas. Estas disposiciones del paisanage prepararon esa resistencia heróica que la provincia de Salta sola, opuso despues á los ejércitos españoles. De

entonces principia ese desenvolvimiento de fuerza que hizo otros tantos soldados valientes de cuantos habitantes tenia aquel suelo fecundo. Las partidas enemigas que salian de la ciudad se veian siempre aisladas, siempre marchando por un desierto y los bosques mismos convertidos en implacables enemigos. Hubo oficial español que atravesaba uno de ellos á la cabeza de su numerosa partida, con la pierna puesta sobre el pezcueso de su caballo y talarando una contradanza, cuando una mano invisible, de lo mas espeso del bosque le disparó un tiro que lo dejó caáver en el acto y sobre el mismo sitio.

Los paisanos á quienes damos el nombre de *gauchos* que ellos hicieron un nombre de honor, fueron cada dia haciéndose mas aguerridos y conociendo perfectamente las localidades, teniendo una destreza suma en el caballo, eran los mas indicados para esa clase de guerra, que llevada al mas alto grado hizo inconquistable aquella valerosa provincia. Ya en ese tiempo habia llegado el coronel San Martin á Tucuman, y nombrado General en Gefe del ejército, habia tomado el mando de él, quedando el Brigadier Belgrano, como simple coronel de su regimiento N.º 1.º de infanteria, que solo contaba un batallon. El mismo General mandó al coronel Dorrego que se retirase con la vanguardia al Cuartel General, dejando solamente en observacion del enemigo partidas de milicias que hacian su aprendizaje: y empezaban á conocer su fuerza: fuerza que despues hicieron servir contra nuestro propio ejército, cuando tiempos mas desgraciados enjendraron esa guerra civil que casi ha aniquilado á la República Argentina.

A fines de Febrero, mas ó menos, llegamos á Tucuman donde el nuevo General, reorganizaba el ejército en los rudimentos de la táctica moderna que hasta entonces no conocíamos. La caballeria principalmente recibió mejoras notables, pues como he indicado antes estábamos en el mayor atraso y en la mas crasa ignorancia. El General estableció una academia de gefes que se reunian las mas

de las noches en su casa, y estos presidian á su vez las de los oficiales de los regimientos, de modo que los nuevos conocimientos se transmittian desde la cabeza hasta las últimas clases. En una de esas reuniones en casa del General, fué que el coronel Dorrego se condujo poco convenientemente, lo que motivó su separacion del ejército y espulsion de la provincia en el término de dos horas. Fué á esperar nuevas órdenes á Santiago del Estero, en donde se encontró despues con el General Belgrano, á quien mortificó mostrando muy poca generosidad y muy grande injusticia.

Con muy corta diferencia de dias siguió el General Belgrano el rumbo de Dorrego, pues una noche recibió tambien la órden de salir de Tucuman inmediatamente y marchar á Santiago á esperar nuevas órdenes. El motivo no fué conocido en lo general, pero lo que se traslujo, fué el proyecto que se dijo haber concebido algunos vecinos de hacer una representacion pidiendo al General Belgrano, para que mandase en Gefe el ejército. Si hubo algo formal, creo hacer un acto de justicia, suponiendo inculpable al General Belgrano, quien dió siempre las muestras de una completa subordinacion y de la mas resignada conformidad: ademas, él mismo habia pedido un sucesor, manifestando el deseo de quedar á la cabeza de su regimiento. ¿Y como podia tan pronto desmentirse, promoviendo precisamente lo contrario de lo que habia solicitado? Es pues muy creible, que algo se pensó por algunos vecinos respetables que apreciaban los méritos del General, y que esto bastó para persuadir á su sucesor de que era peligrosa su permanencia. Sea lo que sea, la naturaleza de las cosas hará muy comprensible esta accion á cualquiera que tenga un poco de conocimiento del corazon humano, sin ir á buscar crímenes positivos en el uno, ni un sentimiento pequeño ó ridículo en el otro. Lo cierto es que ella no engendró enemistad entre estos dos grandes hombres y que nunca se les oyó ni quejarse, ni maldecirse. El General Belgrano fué

llamado á Buenos-Aires y de allí mandado á Europa con una mision diplomática, cuyo objeto y resultado no es de este lugar.

Será sin embargo conveniente decir que la separacion del mando en Gefe del General Belgrano fué un mal que ha pagado muy caro la República; no porque el General San Martin no fuese digno de reemplazarlo y con ventaja si se atiende á sus superiores conocimientos militares, sino porque habiéndose este separado tambien á los pocos meses, dejó un vacío inmenso que no pudo llenar el General Rondeau. Oh! si el General Belgrano hubiese continuado ó si hubiese vuelto á reemplazar al General San Martin, es seguro que nuestras armas no hubiesen sufrido reveses vergonzosos, y nuestros ejércitos no se hubiesen desquiciado dejando en el alto Perú el recuerdo de escándalos numerosos y acabando con el crédito que habíamos adquirido. Mas no anticipemos los sucesos.

Por este tiempo apareció un caudillo que despues fué célebre en la guerra civil y en la gloriosa resistencia que hizo á los españoles la provincia de Salta. Hablo de D. Martin Miguel de Güemes, simple comandante de milicias colocado en la frontera por el General San Martin. Poseia esa elocuencia peculiar que arrastra á las masas de nuestro pais y que puede llamarse *la elocuencia de los fogones ó vivaques*, porque allí establecen su tribuna. Principió por identificarse con los gauchos, adoptando su traje en la forma, pero no en la materia, porque era lujoso en su vestido, usando *guardamontes* (1) y afectando las maneras de aque-

(1) Guardamontes es un cuero de buey, dividido en dos partes y recortado convenientemente, de modo que caé á ambos lados del caballo. Colocado en la parte delantera de la montura, cubre las piernas y una parte del cuerpo del jinete, preservándolo de las picaduras de las espinas, cuando corre por aquellos bosques casi vírgenes. Posteriormente y siendo ya Gobernador de Salta, hasta cuando paseaba en la ciudad, solia poner guardamontes por ostentacion y llegó á tenerlos de mucho lujo, de tela fina y costoso bordado. Su vestido era por lo comun, de chaqueta, pero siempre con adornos sobrecargados, ya de pieles, ya de bordados y cordo-

llas gentes poco civilizadas. Desde entonces empleó el bien conocido arbitrio de otros caudillos de indisponer á la plebe con la clase mas elevada de la sociedad. Cuando proclamaba, solia hacer retirar á toda persona de educacion y aun á sus ayudantes, porque sin duda se avergonzaba de que presenciasen la impudencia con que excitaba á aquellas pobres gentes á la rebelion contra la otra clase de la sociedad. Este caudillo, este demagogo, este tribuno, este orador, carecia hasta cierto punto del órgano material de la voz, pues era tan gangoso por faltarle la campanilla, que quien no estaba acostumbrado á su trato, sufría una sensacion per.osa al verlo esforzarse para hacerse entender: sin embargo este orador, vuelvo á decir, tenia para los gauchos tal uncion en sus palabras y una elocuencia tan persuasiva, que hubieran ido en derechura á hacerse matar para probarle su convencimiento y su adhesion.

Era ademas Güemes relajado en sus costumbres, poco sobrio, y hasta carecía de valor personal, pues nunca se presentaba en el peligro. No obstante era adorado de los gauchos, que no veian en su ídolo, sino al representante de la ínfima clase, al protector y padre de los pobres, como lo llamaban y tambien porque es preciso decirlo, al patriota sincero y decidido por la independenciam: porque Güemes lo era en alto grado. El despreció las seductoras ofertas de los Generales realistas, hizo una guerra porfiada y al fin tuvo la gloria de morir por la causa de su eleccion, que era la de la América entera. Mas tarde diremos mas sobre este caudillo que tanto llamó la atencion pública.

A mas de dos escuadrones del regimiento de Granaderos á caballo habia venido á engrosar el ejército un hermoso batallon de setecientas plazas (el N. ° 7.) al mando del teniente coronel D. Toribio Lusuriaga. Venian instrui-

nes de oro y plata. Sus uniformes eran de fantasia y tan variados, que de su reunion hubiera resultado una coleccion curiosísima.

dos en la táctica moderna, de modo que eran los cuerpos que servian de modelo en las dos armas. Además en el de Granaderos habia una institucion privada y secreta, que quizo el General generalizar en los demas cuerpos, pero que no lo consiguió porque á la verdad tenia graves inconvenientes. Haré una breve reseña de ella.

Los gefes y oficiales se reunian cada mes y por medio de cédulas sin firmar, acusaban (así lo habia sido el capitan Rios, de quien ya hice mencion) al que hubiese faltado á alguno de los artículos contenidos en un reglamento, que segun recuerdo decia así: "*Será expulsado del cuerpo el oficial que: 1º Muestre cobardia en una accion de guerra, repuntándose por tal el agacharse para evitar las balas. 2º El que contrajese deuda con artesanos ó menestrales. 3º El que jugase con gente baja. 4º El que levantara la mano á una muger, aun cuando sea insultado por ella. 5º El que no admitiese un desafio, ó siendo insultado por otro no lo desafiase. 6º El que murmurase á un oficial de su regimiento con paisano ú oficial de otro cuerpo. Finalmente el que hablase con un oficial que por cualquiera de las faltas anteriores, hubiese sido intimado de dejar el regimiento.*"

Luego que en el escrutinio de las cédulas aparecia la acusacion anónima contra alguno, se nombraba una comision de un capitan y un subalterno, para hacer las investigaciones y segun la relacion que estos hacian en la reunion siguiente se votaba y á pluralidad se decidia la suerte del acusado. Si era condenado se le intimaba que pidiese su separacion del cuerpo y desde aquel momento quedaba como excomulgado y se le prohibia vestir el uniforme, que estaba autorizado (decia el reglamento) á quitárselo á estocadas, cualquier oficial que llegase á verlo con él. Puede que hubiese algun artículo mas por este estilo que ahora no recuerdo, pero lo dicho es bastante para formar idea de la institucion y sus conveniencias.

Ella, como indiqué fué propuesta en mi regimiento, habiendo sido convocados los oficiales para su aceptacion.

Nuestros jóvenes oficiales se condujeron con un juicio superior á sus años, haciendo observaciones sensatas sobre los muchos inconvenientes que presentaba semejante institucion y manifestando su desco de que se salvarsen, para aceptarla inmediatamente. Sea que el General San Martin no queria una cosa distinta de la que se habia establecido en su regimiento, sea que pesase el mérito de las observaciones que se hicieron, sea en fin otra cualquier causa, lo cierto es que no se volvió á tratar del asunto y que jamás se llevó despues à efecto. Ignoro lo que sucedió en los otros cuerpos, pero el hecho es que en ninguno se plantificó y que el de Granaderos-quedaó como único depositario de su bizarra institucion, la que allí mismo se debilitó mucho y segun pienso cayó en desuso, á virtud de sus propios inconvenientes, cuando el General San Martin dejó de estar al frente del cuerpo. Ya en el asunto del capitan Rios se habia relajado su vigor.

Sin embargo los efectos se sintieron en todo el ejército, pues el desafio se hizo bien frecuente, produciendo lances en que padecía extraordinariamente la disciplina. Hubo alferéz, que no excedia de la edad de diez y seis años que desafió á su coronel, hombre respetable, porque le habia impuesto una punicion muy justa, bajo el pretesto de que lo habia hecho delante de otras personas del regimiento, con lo que habia ajado su honor: á mas andar hubiera tenido un gefe que estar con sus armas en la mano para hacer obedecer á punta de espada las órdenes que dictase, ó lo que era peor hubiera desatendido la disciplina, para no ser citado á un duelo por cada paso que diese. El General D. Francisco Cruz que quedó interinamente mandando el ejército cuando se enfermó y retiró el General San Martin, tuvo que dar una orden prohibiendo los desafios de subalternos á gefes, por causa de actos de servicio y á la verdad, ya era necesaria esta declaracion, porque el reglamento en cuestion no la hacía.

El coronel D. Martin Rodriguez, sin que recuerde los

detalles de esta ocurrencia, apareció otra vez en el ejército y tomó el mando de mi regimiento, sin ser coronel efectivo de él. Nada prueba mas la moderacion y sumo desinterés de Balcarce que el haberlo consentido sin hacer la mas pequeña reclamacion. Es disposicion espresa de nuestras leyes militares, que un coronel agregado toma el mando de un cuerpo estando en él el teniente coronel ó mayor propietario, y solo en ausencia de estos, llega á preferir á los capitanes por la dignidad de su grado. Balcarce cedió de su derecho y Rodriguez obtuvo el primir puesto en que continuó como despues veremos.

Tuve ocasion en Tucuman de hablar varias veces con uno de nuestros antiguos Generales (D. Francisco Antonio Ocampo) que por accidente se hallaba de paso allí, el que teniendo antiguas relaciones se aproximaba al General San Martin. Supe pues, que este deploraba lo poco en que se estimaban nuestros oficiales, tanto en sus mútuas relaciones, como en las que cultivaban con el paisanage. Entiéndase que hablaba de los que habia encontrado en el ejército y con respecto á ellos decia que era frecuente insultarse y faltarse gravemente al respeto que se deben los hombres en sociedad sin que esto trajese resultado alguno, volviendo luego á aparecer amigos sin ninguna clase de satisfaccion.

Por otra parte en el sistema nimiamente económico del General Belgrano, nada era mas frecuente que pasar meses sin pagar las tropas y aun sin suplir esta falta con buenas cuentas proporcionadas. El General San Martin exigia de los oficiales un trato y porte decorosos, pero queria que los sueldos fuesen exactamente pagados, y efectivamente en los cuatro meses que estuvo á la cabeza del ejército, así se verificó con la clase de gefes y oficiales, sin dejar de dar al soldado buenas cuentas semanales que si no completaban su sueldo le subministraban al menos para su mas precisos gastos. Si el General San Martin exigia una suma exactitud en el servicio, queria tambien que se

diesen un tono digno y caballero y que estimasen en mucho su profesion y la clase que ocupaban en ella.

Con este fin promovió la adopcion del *duelo*, el que sin duda contribuye á que los hombres se respeten mùtuamente en sus relaciones privadas, pero de que puede tambien hacerse un abuso tremendo, principalmente entre jóvenes y en un pais cuya civilizacion no está muy adelantada. No pretenderé discutir ni resolver esta grave cuestion, á cuya solucion no han podido arribar ingenios privilegiados; y contrayéndome simplemente á los hechos dejando tambien á parte su moralidad, diré que para que el plan del General San Martin hubiera producido ventajas, debería haber sido adoptado con algunas modificaciones y no lanzado sin precaucion ni preparacion de ningun género entre una juventud inexperta y de una educacion tan poco apropiada. El no dió los frutos que se prometia su autor, quien tampoco pudo conocerlo, porque se separó muy luego del ejército.

El sistema del General Belgrano se resentia verdaderamente del defecto contrario. Sus órdenes adolecian á veces, de una nimiedad suma y parecian dictadas mas bien para pupilos, que para hombres que estaban con las armas en la mano y que debian mandar otros hombres que les eran subordinados: se internaba demasiado en las relaciones privadas, sin dejar á la juventud la expansion necesaria para moverse y mostrarse, dentro de la órbita que le marcan las leyes. Castigaba el desafio con una severidad ejemplar, y exigia una abnegacion, un desinterés y un patriotismo tan sublime como el que á él mismo lo animaba.

Como estos dos hombres ilustres fueron los que en el ramo militar se distinguieron en aquellos tiempos, puede decirse que fueron los fundadores de dos escuelas, en donde se formaron muchos gefes que despues han prestado servicios eminentes en nuestros ejércitos. La del General San Martin dió á la patria excelentes militares: la del General Belgrano le suministró ademas, buenos ciudadanos. El

uno predicaba con preferencia el valor guerrero y los dotes puramente del soldado: el otro predicaba tambien las virtudes cívicas y morales. En una palabra el General San Martín, descolló como un gran militar entre nosotros: el General Belgrano como un gran ciudadano. Ambos son acreedores á nuestro respeto y dignos del reconocimiento publico.

No puedo discernir hasta ahora el verdadero objeto que tuvo el General San Martín, en mandar construir una fortaleza que estando contigua á la ciudad de Tucuman se llamó la *Ciudadela*. El terreno es perfectamente llano y en él se trazó un pentágono regular, con sus correspondientes bastiones y de dimensiones proporcionadas. La obra no debia ser costosa, pues trabajaba la tropa, y muchos de los materiales se traian gratis por requisiciones que hacia el Gobierno. Sin embargo, quien tenga idea de lo que es una fortificacion de esa naturaleza se persuadirá de que no era una cosa tan sencilla. ¿Y qué se proponia el General? ¿Era para contener en respeto á la poblacion, pues este fué el primer objeto de las ciudadelas? Inútil trabajo hubiera sido, ademas que ofensivo á la lealtad del pueblo tucumano. ¿Tenia la intencion de encerrarse con el ejército, si el enemigo hubiese avanzado con otro mas fuerte? En tal caso era preferible haber hecho la fortificacion en otro lugar mas separado de la ciudad, para que estuviesen mas despejados sus fuegos. ¿Era en fin con el objeto de acuartelar el ejército dentro de su recinto? Mas no era entonces necesario entrar en la obra de una fortificacion en regla, bastando un recinto simplemente cercado.

Despues de meditar sobre esto, me inclino á creer que el pensamiento del General, fué prepararse para una invasion que podia intentar el enemigo, en cuyo caso (suponiendo que se hubiese concluido la obra de fortificacion) la hubiera guarnecido con una parte del ejército, sirviéndole tambien de depósito para una parte de sus Parques, Hospitales &c. mientras con la otra apoyaba á las mili-

cias para la guerra de partidas (*petite guerre*), que habian principiado con suceso, y para la que se manifestaban admirablemente dispuestas. En este caso, no comprendo como se pudiese sacar toda la utilidad, que deberia esperarse en una obra tan completa. 1º Para guarnecerla, necesitaba mucho número de tropas, de modo que muy poco hubiera quedado disponible del ejército. 2º Su situacion á las goteras de la ciudad era inconveniente, porque nunca podia prometerse conservarla y resuelto por la guerra popular, lo mejor era promover la emigración en masa de sus habitantes y abandonarla. 3º Porque el mejor medio de seguridad para nuestros depósitos, era movilizarlos y alejarlos hasta donde fuese conveniente, siendo tambien el modo de que mejor nos sirviesen. 4º Porque careciamos de artillería suficiente y adecuada para una fortificacion semejante, y si es cierto que el enemigo no la traería numerosa, ni de grueso calibre, lo es tambien que podia apretar mas el bloqueo ó asedio que estableciese, cuando no se resolviese á un asalto. Otras consideraciones mas podrian aducirse, pero las espuestas bastan para apoyar mi opinion, ademas de que vienen en confirmacion de ella los hechos, pues despues de algunos meses de trabajo se abandonó, y cuando dos años despues la ocupó el General Belgrano, solo fué para hacer cuarteles, donde acantonó el ejército, haciendo el mismo fabricar su casa á muy corta distancia de ella.

Todo me induce à creer que el General San Martin, llegado hacia poco de Europa, conociendo muy poco el país y no teniendo una idea cabal del genio de sus habitantes, se persuadió que la guerra popular debia hacerse en la forma que en España, donde convenia conservar algunos puntos cardinales (1) que por ser centros de po-

(1) En otras ocasiones, como cuando las acciones de la Tablada y Oncativo, yo mismo he fortificado la ciudad que me servia de base de operaciones, y cuando en 1845, amagaba la invasion del ejército federal á la provincia de Corrientes, mandé fortificar la

blacion, de industria, de movimiento social y de riquezas, pesan mucho en la balanza y dan mucho poder al que los ocupa : nada de esto habia en nuestro caso, fuera de que como hice notar antes, la posesion de la ciudadela, no nos daba la ciudad, antes al contrario, su inmedjacion debilitaba su fuerza.

Mas tarde el General San Martin en Chile y Perú, donde hizo la guerra con tanta inteligencia como felicidad, jamas empleó ese sistema de fortificaciones, lo que prueba que mejor instruido de la naturaleza de nuestras guerras renunció enteramente á él. Antes el General Belgrano y despues el General Rondeau quisieron hacer algo de parecido, fortificando el primero el cerro de Santa Bárbara en Humahuaca, y haciendo construir el segundo una bateria en Tumbaya. La primera obra fué demolida cuando la retirada del año 1812, destruyendo en una noche el trabajo de tres meses, y la segunda quedó en pie para atestiguar su absoluta inutilidad.

Al principiarse el invierno (año 1814) se generalizó en el ejército que una dolencia en el pecho aquejaba al Gene-

Tranquera de Loreto, pero en ambos casos eran circunstancias muy diversas, tanto por la calidad de los ejércitos contendientes, cuanto por la clase de guerra y demas especialidades. En los dos primeros casos, era yo quien sufría y resistía el levantamiento popular y para asegurar mi base, hacia algunas pequeñas obras capaces de resistir á fracciones de tropa irregular, mientras yo con mi ejército hacía frente al principal enemigo. Cuando mandé fortificar la *Tranquera*, era con concepto á abandonar (salvo partidas ó divisiones ligeras) todo el resto de la provincia y entonces no encerraba mi ejército, sino que defendía una campaña inmensa que dejaba á la espalda, en la cual hubiera estado comoda y segura la emigracion y todos los rebaños, y caballadas, que se hubieran querido depositar. Esto mismo pudo y debió hacer el General Rivera, en la campaña Oriental, fortificando la fortaleza de Santa Teresa, donde hubiera dejado á su espalda un gran campo asegurado para familias y haciendas. Montevideo que no tiene esa capacidad, le era de consiguiente menos útil, lo que prueba la exactitud de esta observacion. Si el enemigo nos hubiese invadido en Tucuman, mas seguro que la Ciudadela era cualquier punto colocado á cierta distancia, á donde hubiera sido difícil llegar á los españoles.

ral San Martín: no salió de su casa en muchos días, la retreta no tocaba á su puerta para que el ruido no le incomodase y se hacia guardar el mayor silencio á los que llegaban á informarse de su salud, ó con otro motivo. Poco despues salió al campo y luego de estar cerca de un mes en una estancia, partió para Córdoba, con pretexto siempre de buscar temperamento adaptado á su estado de salud. Por entonces se dudaba de la certeza de la enfermedad, pero luego fué de evidencia que ella era un mero pretexto, para separarse de un mando en que no creia deber continuar.

La razon era el convenimiento que adquirió de que la faccion que se entronizaba en Buenos Aires no le era favorable y que le escasearia los recursos con que habia de sostener el ejército, mientras venia á suplantarlo, cuando llegase la ocasion, otro General mas favorecido : es decir, cuando fuese tiempo de obrar ofensivamente. Esta faccion era la que formaba, y en que á la vez se sostenia, el jóven General Don Oárlos M. de Alvear, que de subalterno que habia sido del General San Martín, se elevaba rápidamente y amenazaba escalar el primer puesto.

El Mayor General Cruz, quedó mandando interinamente el ejército hasta que en Julio llegó el General D. José Rondeau, á quien habia relevado Alvear en el mando del que sitiaba á Montevideo. Despues de haber estado Rondeau algunos años al frente de esta plaza sitiándola, tuvo que ceder su puesto al General Alvear, cuando reducida su guarnicion á la desesperacion por falta de víveres, era una consecuencia inmediata su rendicion : de este modo fué defraudado aquel de una gloria que le era debida, para adjudicarla al último. Esto mismo queria hacerse en el ejército del Perú-alto, y lo evitó con respecto á su persona el General San Martín por su voluntaria separacion. El General Rondeau, dotado de una inimitable bondad, admitió por segunda vez un mando precario, de que lo separarian muy luego para dejar su lugar al Ge-

neral favorito y privilegiado de la facción reinante. Estoy persuadido de que entró inocentemente en este segundo mando, sin doble intencion y sin preveer lo que sucedió.

Desde que llegó el General Rondeau, todo empezó á resentirse de la flojedad de su carácter, y la disciplina mas que nada empezó à relajarse. No pude observar con exactitud los progresos del mal en sus principios, porque á los cuantos dias de su llegada yo marché á Córdoba con licencia temporal para visitar á mis padres: ellos la habian solicitado y obtenido, como tambien para mi hermano que fué antes y que regresó con el mismo General Rondeau, empleado de su ayudante. Yo hice mi viage en un coche que el General habia traído prestado de Córdoba y que me encargó devolviese á su dueño.

El teniente de Granaderos á caballo D. Ladislao Martinez, quien á pesar de la constitucion de su regimiento, decia pestes de muchos de sus compañeros, sin exceptuar al mismo General San Martin, habiendo tambien obtenido licencia para Buenos Ayres, se me agregó para el viage.

Cuando llegó y Córdoba, estaba el General San Martin en una estanzuela á cuatro leguas de la ciudad, siempre diciendose enfermo. Estuve á visitarlo con otras personas, nos recibio muy bien y conversó largamente sobre nuestra revolucion. Entre otras cosas dijo: "*Esta revolucion no parece de hombres, sino de carneros*": para probarlo refirió, que ese mismo dia habia venido uno de los peones de la hacienda, á quejarsele de que el mayordomo que era un español, le habia dado unos golpes por faltas que habia cometido en su servicio. Con este motivo exclamó: "*¡Que les parece á Vdes., despues de tres años de revolucion, un maturrango se atreve á levantar la mano contra un americano! Esta es, repitió, revolucion de carneros.*" La contestacion que habia dado al peon era en el mismo sentido, de modo que los demas, se previnieron para cuando aconteciese un caso semejante. Efectivamente no pasaron muchos dias, y queriendo el mayordomo hacer lo mismo con otro peon, este le dió

una buena cuchillada, de que tuvo que curarse por mucho tiempo.

Se dijo, que se le habia ofrecido al General San Martin el Gobierno de Córdoba y que no lo admitió, mas aceptó el de Mendoza, á donde marchó. Con su vista perspicaz, parece que veia los desastres que iban á ocurrir en Chile y la importancia política que iba á adquirir la provincia de Mendoza, debiendo ser la cuna del ejército de los Andes, que tantas glorias dió á la patria, y que puso en transparencia el mérito superior del General que lo mandó. Ya se corria entonces que el General Alvear pasaba á tomar el mando del que obraba en el alto-Perú, y aun que nada positivo se sabia de las verdaderas disposiciones del ejército, una inquietud vaga agitaba los ánimos y tenia en sosobra los espiritus. Algunos me aconsejaron, que esperase al General Alvear que debia pasar muy pronto por Córdoba; mas otros me dijeron enfaticamente lo contrario: el mismo General San Martin al despedirse me dijo, que me fuese cuanto antes al ejército: asi lo hice y llegué á Tucuman en los últimos dias de Noviembre. Ya no estaba allí el General Rondeau, ni la mayor parte del ejército, que habian avanzado sobre Jujuy, que los enemigos abandonaron desde mucho antes.

Rendida la plaza de Montevideo, el General Alvear agregó á nuestras filas una parte de los españoles prisioneros y se propuso emplear las fuerzas que le quedaban disponibles en esterminar las montoneras (tropas irregulares) de Artigas, lo mas breve posible, para convertir toda su atencion al alto-Perú, que le ofrecia una abundante cosecha de laureles y de gloria. Como la conclusion de la guerra civil en la Banda Oriental, ofreciese mas dificultades las que se habían previsto, y como ademas aquel caudillo, funestamente célebre, obtuviese triunfos repetidos, el Gobierno resolvió al fin abandonar aquel pais á su propio destino y dirigir todos sus esfuerzos á la campa-

ña del alto-Perú, que debía presidir el gefe favorito. La mayor parte de las tropas que habian estado en el sitio de Montevideo, marcharon á Tucuman, de modo que en los últimos meses del año se habian incorporado al ejército, los siguientes cuerpos, cuya fuerza segun salieron de Buenos Aires, puede avaluarse así :

Regimiento de infantería N ^o 2 con dos batallones.....			1,100	hombres.
Idem	Id.	N ^o 6, un idem.	500	id.
Idem	Id.	N ^o 9, dos idem.	700	id.
Total de fuerzas.....			2,300	hombres

Estas fuerzas perfectamente equipadas habian precedido al General quien venia á dirigir la campaña y ademas habia mandado anticipadamente algunos gefes de su devocion á preparar los caminos y hacerle prosélitos. El principal era el coronel D. Ventura Vazquez á quien se habia confiado el mando del regimiento N. ^o 1. ^o en perjuicio del teniente coronel Forest que lo mandaba, aunque conservó siempre su clase. El N. ^o 6. del Perú se habia refundido en este cuerpo desde el tiempo del General San Martín.

Las circunstancias eran las mas bellas para abrir la campaña por la situacion crítica de los españoles en el Perú donde las ideas de independenciam habian penetrado haciendo prosélitos no solo en los pueblos sino entre los gefes del ejército mismo. Los gefes Pumacagua y Angulo habian levantado el estandarte de las libertades en el Cuzco y para sostenerlo habian formado un cuerpo de tropas regulares que apoyaba numerosas reuniones de indios. El General Pezuela tuvo que destacar al General Ramirez con una parte del ejército á mas de doscientas leguas á su espalda para sofocar la insurreccion.

En el mismo Cuartel General de Pezuela se tramaba una conspiracion á cuya cabeza estaba el célebre coronel D. Saturnino Castro, que tantos y tan distinguidos servi-

cios habia hecho á la causa real. El letrado Dr. D. Lorenzo Villegas secretario antiguo del Gobierno Patrio de Salta, que el año antes se habia reunido á los enemigos, se pasó á nosotros otra vez mandado por Castro para noticiar al General Rondeau sus planes y pedir la proteccion de un cuerpo de nuestras tropas que se aproximase á apoyar su movimiento. Ignoro las causas que influyeron para que nada hiciese el General Rondeau en proteccion de Castro, pues no se movió la fuerza que pedia y cuando llegó el caso se vió solo y abandonado.

Tenia Pezuela su Cuartel General en Moraya y tenia avanzado en Mojo un batállon que mandaba el teniente coronel Sumocurcio: Mojo dista solo dos leguas de aquel primer pueblo. Castro, no se porque circunstancia se vió precisado á precipitar su movimiento y en una mañana salió del Cuartel General con el escuadron que mandaba y colocándolo á las inmediaciones del pueblillo de Mojos, se aproximó solo á tener una entrevista con Sumocurcio. Por lo que se vió despues, nada tenia acordado con este y solo es probable que tuviese inteligencias con algunos subalternos y que contase demasiado con las disposiciones de la tropa y su personal influencia. El hecho es que Sumocurcio se negó resueltamente á seguirlo y que aunque quiso intimidarlo haciéndole creer que fuerzas muy superiores del ejército patrio, estaban muy inmediatas y que no tenian otro medio de salvacion que defeccionarse del ejército real, Sumocurcio no se dejó seducir y á su vez lo amenazó á Castro. Este con pretesto de mostrarle unos papeles que tenia en su grupa y que comprobaban sus asertos, corrió á tomar su caballo, para montar y reunirse á su escuadron, pero quiso su desgracia que el caballo asustado disparó ó traicionado quizá por el que debia cuidarlo se encontró á pié y en manos de sus enemigos. Arrestado que fué lo llevaron al Cuartel General de Moraya y esa tarde misma fué fusilado.

El coronel Castro habia prestado servicios importan-

tes al ejército real, cuya causa abrazó por resentimientos personales: principalmente en la accion de Vilcapugio, su comportacion fué distinguida. Sin embargo sus aptitudes eran mas bien de un oficial partidario ó guerrillero que de un gefe de línea. Probablemente otros resentimientos fueron los que influyeron en su nueva conversion que tan caro vino á costarle. Era hermano del Camarista Dr. D. Manuel Antonio Castro, célebre jurisconsulto y elocuente orador, que tanto se distinguió en el foro y en la tribuna. Dejó otro hermano sirviendo á los españoles, quienes jamas le confiaron puesto ni mando de importancia.

A principios de Diciembre se hallaban en Jujuy el Cuartel General, el Regimiento N.º 1.º el N.º 9, cuyo coronel D. Manuel Vicente Pagola, se declaró abiertamente por Rondeau y ademas el N.º 2. que llegó en los momentos de estallar la conspiracion de que voy á ocuparme, fuera de la caballeria, de la que una parte estaba en la vanguardia. El arribo de este último cuerpo el N.º 2 de infanteria de que era coronel el General Alvear, á quien como á tal le profesaba gran afeccion, puso en sérios cuidados á los conjurados y les aconsejó apresurar el golpe que se verificó en los primeros dias de Diciembre. El hubiera fallado sin la condescendiente conducta del comandante D. Ramon Rosendo Fernandez que lo mandaba y sin la sorpresa del coronel Vazquez, quien con sus maneras populares, con sus ofrecimientos alhagüenos y una generosidad que sus adversarios no podian ejercer por falta de medios, iba ganando tanto terreno que á mas tardar hubiera sido difícil removerlo.

Una noche los coroneles Rodriguez y Pagola, los comandantes Forest y Martinez (D. Benito) se pusieron sobre las armas y comisionaron al mayor D. Rudecindo Alvarado para que con una partida de tropa fuese á arrestar al coronel Vazquez, teniente coronel Peralta y mayor Regueral, que eran los gefes de quienes temian se opusiesen á su proyecto por ser partidarios de Alvear. En seguida

se dirigieron á casa de Rondeau que aparentaba ignorar todo lo que pasaba y lo encontraron tranquilamente reposando en su cama. Le dieron parte de lo sucedido y le intimaron á nombre del ejército que continuase con el mando, resistiendo su entrega á Alvear y desobedeciendo por supuesto al Gobierno que se lo habia confiado.

El General Alvear venia ya en marcha y habia pasado de Córdoba veinte y ocho leguas hasta la posta de Santa Cruz donde supo lo que habia sucedido en el ejército. En el acto mudó de direccion y regresó á Buenos Aires, evitando entrar en Córdoba y con mas celeridad que la que habia traido. Allí se hizo nombrar Director Supremo habiendo hecho su dimisión el Sr. Posadas y se contrajo con mas ardor que nunca á aumentar las tropas y afeccionarlas á su persona. Esto lejos de calmar el incendio era aumentar el combustible y agrandar la tormenta que no tardó en descargar con toda su fuerza.

Todo el pais creyó y hasta los mismos enemigos que la toma de Montevideo, nos daba una superioridad decidida, pues ademas de su importancia moral, nos dejaba disponible un ejército numeroso y aguerrido. Los españoles temblaron, los patriotas del Perú que estaban oprimidos se reanimaron y todos creíamos cercano el término de nuestros afanes y peligros. ¡Qué error! Nunca estuvimos mas distantes y todo debido á nuestras divisiones y partidos.

Una esperiencia constante nos ha enseñado, que el peligro solo reunia los ánimos y hacia esconder la cabeza á la anarquía, de modo que cuando nuestra situacion parecia desesperada un esfuerzo patriótico y unánime nos ha redimido del abismo. Por el contrario cuando nuestras victorias y otros sucesos felices presentaban esperanzas las mas lisonjeras, cuando el poder de los enemigos estaba agonizante, cuando parecia que no restaban sino pocos esfuerzos para llegar al deseado término, se desencadenaban las pasiones, las facciones se agitaban convulsivamente y

nuestras propias divergencias volvian á sumirnos en el desórden e nla debilidad y en la impotencia. Cuando despues ha venido la guerra civil hemos visto repetirse esas mismas transiciones (y fuera de otras que pudiera citar) muy particularmente en los años 1842 y 1846, cuando he mandado los ejércitos de Corrientes y del Paraguay. En ambas épocas la seguridad que inspiraba la conciencia de nuestro poder ha sido la trompeta que ha despertado las ambiciones y sublevado las pasiones. ¡Qué digo! Ha sido la señal de la insensatez, del delirio, de los mas groseros errores y de la ruin ingratitud.

¿Será esta una condicion anecea á la debilidad humana, considerada en general toda la especie, ó que afecta principalmente á la sociedad argentina? Por lo menos hay motivo de dudarlo, pues por mas que se diga, que los vicios y las pasiones son de todos los pueblos y de todas las edades, es indudable que en ninguna parte de América han producido tan pronunciados y tan terribles estragos. Dejo esta cuestion para talentos y plumas mas ejercitadas que la mia: me contento con presentar la dificultad para que otro la resuelva.

Cuando llegué á Tucuman de vuelta de Córdoba, nada se sabia de lo que se preparaba en el Cuartel General de Jujuy, pero reinaba la misma inquietud vaga que habia dejado en Córdoba. El instinto público adivinaba algún suceso que nadie definia y de que nadie se podia dar una cuenta distinta. A mediados de Diciembre, el mismo dia que marchára de Tucuman para reunirme á mi regimiento que estaba en Jujuy, en compañía del Tesorero de Salta D. Pedro Cevallos, al tiempo de subir al coche, vimos llegar de camino al teniente D. José Vicente Rivero, que traia pliegos para el Mayor General y nos comunicó la noticia de la revolucion. El Mayor General Cruz prestó su plena aquiescencia como tambien el Gobierno de Tucuman y las tropas que aun restaban, con lo que quedó consumado el movimiento.

Aquellos pueblos miraron con indiferencia un cambio cuyo objeto no conocian y si algunos celebraron el golpe que sufría la facción reinante, fué para convencerse muy luego, de que un orden de cosas parecido iba á seguirse. Por lo demas no hubo en el ejército ni en los pueblos, desórdenes, ni violencias, ni otra alteracion que la que hemos referido. El coronel Vazquez con Peralta y Regueral, fueron destinados bajo la custodia de una partida mandada por el teniente D. Manuel Sevilla á un punto de campaña. Vazquez corrompió al oficial Sevilla y se marchó con Peralta y él á Buenos Aires. Regueral no quiso seguirlos y puesto en libertad se agregó á las tropas de Güemes donde sirvió hasta su muerte.

Esta fué la vez primera que el ejército desconoció la autoridad del gobierno, advirtiendo que fué con un motivo puramente personal. Los gefes promotores de la asonada vieron que iban á perder su influencia y quizá sus puestos en el ejército que serian dados á los adictos al General Alvear: la nominacion del coronel Vazquez se citaba como una prueba indudable de su próximo descenso y aun para decidir á algunos se les hizo creer que se habian decretado destierros y proscripciones. Recuerdo que al honrado coronel D. Diego Balcarce, le hicieron consentir que se le habia destinado Guadasol, pueblo lejano de la jurisdiccion de la Rioja como lugar de su futura mansion, lo que estoy persuadido, era una invencion de los principales comprometidos. El papel que hizo el General Rondeau fué de una refinada hipocresia, pues sabia mejor que nadie lo que iba á suceder y sus ayudantes entre quienes estaba mi hermano fueron activos agentes empleados en esa noche.

Siendo mi intento referir lo que pasó en el ejército únicamente, no es de este lugar lo que sucedió en la capital. Sin embargo no puedo pasar en silencio, ni dejar decir rápidamente algo de lo que allí aconteció. El General Alvear hecho ya Director Supremo, dió un impulso vigoroso

á la organizacion del ejército, en que casi esclusivamente se apoyaba su autoridad. Para sacarlo del contacto de la poblacion en que pululaban sus enemigos, lo trasladó á los Olivos. Artigas habia pasado el Paraná y estendia su influencia por las provincias circunvecinas sin escluir á Buenos Aires. Como sus tropas ocupasen á Santa-Fé y amenazasen la campaña de aquella provincia, hizo Alvear salir un cuerpo de tropas al mando del General D. Ignacio Alvarez para contenerlo, el cual no era mas que la vanguardia de otros que debian moverse en la misma direccion. Este cuerpo ó esa vanguardia se sublevó en las Pontezuelas (1) presidida por el mismo General Alvarez contra el

(1) El Sr. D. Andres Lamas laborioso recopilador de documentos y noticias para el bosquejo histórico que piensa escribir, pidió al General Alvarez apuntaciones sobre la vida y hechos del General Belgrano. Al llegar en ellas al año 1820 y recordar la revolucion de Arequito, hace la mas sentida esclamacion y aunque mediando reticencias y puntos suspensivos, hace pesar sobre sus autores una tremenda responsabilidad. No entraré en la cuestion que quizá trataré si llego á ese periodo de mi carrera, mas no dejaré de observar al Sr. D. Ignacio Alvarez, que esa misma responsabilidad y aun mayor puede pesar sobre él, por la revolucion de las Pontezuelas ó Fontezuelas, de que él fué el principal protagonista. He dicho que le incumbe mayor responsabilidad y lo demostraré haciendo notar que él fué el primer General que despues de haber desconocido la autoridad del Gobierno y revolucionado la fuerza armada se puso en coalicion con los anarquistas ó disidentes de entonces. 2.º Porque fueron motivos personales los que mas influyeron, ó si hubo algunos que no lo fuesen no fueron tan nobles, como los que movieron á muchos de los que tuvieron parte en Arequito. 3.º Porque habiendo sido el Sr. Alvarez el principal usufructuario de la revolucion que habia presidido, es de sospechar que hubo motivos de interés particular. Efectivamente cuando cayó el General Alvear, él ocupó la silla del Gobierno, que tuvo muy luego que dejar como una carga inadecuada á la debilidad de sus hombros. Para que el Sr. Alvarez no se escandalice si llegase á leer estos renglones, sepa que el objeto de algunos de los que concurrieron al movimiento de Arequito fué sustraer el ejército del contagio de la guerra civil, en que imprudentemente queria empeñarlo el Gobierno: para llevarlo al Perú á combatir á los enemigos de la independecia, que era su primera y principal mision. Se quiso hacer lo que hizo el ilustre General San Martin y ojalá hubiera hecho tambien el General Belgrano ¡Cuanta gloria hubiera esto producido para nuestro pais; cuantas vícti-

Director que era su mismo General en Gefe, entrando en transacciones con las tropas de Artigas que iban á batir. La noticia de lo sucedido en las Pontezuelas ó Fontezuelas, fué la señal de la caída del Directorio: el pueblo de Buenos Aires se insurreccionó y el General Alvear se movió de los Olivos para atacar á la ciudad revelada. La distancia era solo de tres leguas y de estas á penas se habia andado una parte cuando se empezaron á conocer las verdaderas disposiciones del ejército: las defecciones habian principiado y seguramente iban á continuar, cuando el General Alvear dejó el mando embarcándose y dejando el pais á merced de los revolucionarios. Entonces fué la funestamente célebre ejecucion y sentencia del desgraciado coronel Paillardel, que no tuvo otro delito que haber obedecido á su gefe, sin circunstancia alguna que agravase su conducta. Quizá la falta de deudos y personas interesadas y el poco ó ningun temor de que tuviese vengadores, influyeron en su injusto sacrificio. Cumple á aquel Gobierno responder de este fusilamiento.

Es tiempo de volver sobre nuestro objeto y seguir la marcha de los acontecimientos en el ejército. Este segun

mas y sacrificios menos! Si Bustos se apoderò del ejército; si se hizo nombrar Gobernador de Córdoba: si se estacionó allí, traicionando las esperanzas de todos, es culpa de él, como lo es el haber resistido á las patrióticas invitaciones que le hizo el General San Martin, para que obrase sobre el Alto Perú, mientras él hacia su campaña de Lima. En cuanto á mí, sepa el Sr. Alvarez, que Bustos me expidió los despachos de coronel y que se los devolví, conservándome en mi empleo de comandante de escuadron, diciéndole que no habia pertenecido al movimiento de Arequito para obtener ascensos, sino por servir mejor á mi pais. Es tambien de notar que el Sr. Alvarez confunde á Arequito con el movimiento de Tucuman; suponiendo que aquel precedió á este, lo que es falso. Cuando el movimiento de Arequito ya habia sucedido el de Tucuman, y casi toda la República estaba conflagrada. El General Belgrano tampoco mandaba el ejército, pues á causa de su enfermedad se habia ido á Tucuman, sin ir á Buenos Aires por su desinteligencia con el Gobierno y quien mandaba el ejército era el General D. Francisco Cruz, que despues ha sido sincero amigo mio. Creo haber dicho lo bastante para contestar al Sr. Alvarez sobre el desastre de Arequito: alguna vez diré mas sobre él.

índiqué se desmoralizaba á largos pasos. Los gefes al hacer su movimiento de Diciembre creyeron muy justamente, que el General en Gefe les debia su autoridad y que de consiguiente era inferior á ellos. Aquellos que eran dotados de un carácter díscolo ó insubordinado, ejercian en sus cuerpos un mando casi independiente, y los mas moderados si obraban en un sentido menos irregular era por efecto de su propio carácter. A esto se agregaba que habiendo roto el ejército sus relaciones con el Gobierno y la capital, nada podia esperar en punto á recursos y los pocos que podian dar las provincias del Norte, no supo el General ni esplotarlos, ni utilizarlos. Todos los ramos de la administracion se resentian de los vicios inherentes á un estado de cosas semejante, de modo que el ejército parecia encaminarse á su disolucion.

El General Rondeau, mas bien como quien se sacude de un peso que lo abruma, que como un General que combina una operacion militar, habia destinado á la vanguardia algunas tropas, que bien dirigidas podian haber prestado muy buenos servicios. Mas nada de esto hubo: lanzadas al acaso y mandadas por Güemes que con algunas milicias se habia avanzado tambien, vagaron inútilmente por lugares desiertos, fatigaron la tropa, concluyeron su equipo y acabaron por replegarse á la posicion de Humahuaca. En seguida se acantonó todo el ejército en la Quebrada en los pueblecillos de Tilcara, Huacalera, Uquia y Humahuaca, los cuales distando cada uno entre sí tres leguas, ocupaban nueve los acantonamientos todos. El Cuartel General estaba en el segundo, y lo que se decia vanguardia y que era el caton nias numeroso, en el último á las órdenes del coronel D. Martin Rodriguez.

Algunos cientos de los españoles prisioneros que estaban incorporados en los batallones venidos últimamente de Buenos Aires, fueron desarmados y remitidos á Salta, para que fuesen distribuidos en clase de peones al vecindario, con cargo de responder de ellos los que se constituyesen

sus patronos. Yo con mi compañía de Dragones, tuve la comision de escoltar hasta aquella ciudad á los que pertenecian al N.º 2: allí quedaron desvalidos y pobres, pero años despues encontré algunos en muy buena fortuna y hechos caballeros. Los que pertenecian al N.º 9. se conservaron algunos dias despues hasta que una partida de diez y ocho ó veinte desertó al enemigo, capitaneada y conducida por un fraile peruano, apóstata que andaba entre nosotros: fueron aprehendidos y fusilados, quedando para escarmiento la cabeza del fraile colocada en un palo. Todo esto se hizo inconsulto el General Rondeau, cuyo Cuartel General solo distaba seis leguas. Al menos asi lo creimos todos.

Otra vez el coronel Forest habiendo aprehendido dos ó tres desertores de su cuerpo, los hizo poner en capilla para fusilarlos á la mañana siguiente. El General Rondeau lo supo y marchó de Huacalera, que solo tres leguas separan de Uquía, con el fin de presentarse en el cuadro é indultar á los reos. Forest tuvo noticia de la próxima venida del General y cuando menos sospechó sus intenciones. Con este motivo precipitó la ejecucion: hizo salir de carrera á los reos de la capilla y les hizo tirar apresuradamente. Cuando llegó el bondadoso General á indultarlos eran ya cadáveres. Esto sin embargo no trajo consecuencias desagradables. Tampoco las tenia la escandalosa libertad con que dicho Forest criticaba las acciones del General y lo cubria de denuestos. Recuerdo haberle oido á mi hermano que era ayudante del Sr. Rondeau, que habiéndole una vez llevado una orden á dicho gefe, su contestacion fué usar de los mas insolentes insultos contra el General, en términos que se vió precisado á decirle. “El Sr. coronel obedecerá ó no, segun quiera la orden de que he sido portador, pero yo no me encargo de llevar su contestacion.”

Toda esta furia é insolencia se templó por algunos dias con el grado de coronel, cuyos despachos le expidió el

General Rondeau: mas no duró mucho la calma, pues fué alternándose por grados y por temporadas, segun el humor que dominaba y las variaciones que ocurrían en sus relaciones. No puede negarse que el carácter de Forest era discolo, ambicioso é insubordinado y que la debilidad del General Rondeau fomentaba y dejaba tomar un vuelo prodigioso á aquellas calidades.

El coronel D. Martin Rodriguez por su antigüedad, sus antecedentes en la revolucion y mas que todo por la muy principal parte que tuvo en el movimiento de Diciembre que escluyó al General Alvear, era una categoria y su influencia era de mucho peso en el ejército. Pienso no equivocarme juzgando que aspiraba á ser algo mas que coronel de un regimiento, sin que sepa, ni quizá supiese el mismo, si deseaba el mando en gefe escluyendo de él al General Rondeau. Manifestaba una inquietud vaga en sus acciones y palabras, no perdía ocasion de censurar aunque con cierta templanza al General y procuraba por todos medios popularizarse y adquirir crédito y opinion.

Con este fin y como gefe de vanguardia que se denominaba porque mandaba el canton mas adelantado, aunque no estaba mas que tres leguas del anterior, mientras el enemigo estaba á treinta ó mas, se dispuso á salir con una buena escolta à visitar los puntos avanzados, de los que algunos estaban á catorce leguas. Uno de ellos era el del Tejar á donde llegó en los últimos dias de Febrero ó primeros de Marzo, sin que se hubiese tenido la menor noticia de enemigos. Con el mas grande denuedo ocupó las casas é hizo soltar los caballos de su escolta, para que paciesen á su satisfaccion: pero no habia pasado una hora cuando la voz de alarma se hizo sentir, despues de lo cual todo fué confusion y desórden. Sin embargo se hizo alguna resistencia aunque inútil por el gran número del enemigo, quedando á consecuencia prisioneros el gefe, varios oficiales y casi toda la tropa. El que fué mas feliz fué el capitán entonces y despues General D. Mariano Necochea, que sal-

tando en su caballo y atravesando casi por entre los enemigos, logró escapar para traer la noticia del fracaso,

Con el General ó coronel Rodriguez cayeron prisioneros el capitán Albariños, los tenientes Guido y Olabarria, el alférez Berro y algun otro que no recuerdo. El jefe enemigo que dió este importante golpe, fué el célebre Olañeta, quien se retiró inmediatamente con su presa al Puesto del Marqués, donde pernoctó el mismo dia. El coronel Rodriguez habia sido colocado en una vivienda con sus oficiales donde se habia puesto la correspondiente custodia. A la mañana siguiente muy temprano entró el oficial de guardia á recordar y hacer levantar al alférez Berro para trasladarlo á la capilla, pues debia ser fusilado dentro de algunas horas. Berro siendo aun sargento, servia en nuestras filas y habia sido hecho prisionero por los españoles, con quienes tomó partido para tener ocasion de volverse á nosotros, como lo verificó pasándose en el combate de Jujuy, cuando el capitán Zelaya atacó aquella ciudad, segun lo referimos. Berro era frances, pero decidido partidario de la causa de la independencia, lo que le hacia dispensar otros defectos de que adolecia.

Su condenacion era justa, mas el humano coronel Rodriguez no pudo conformarse y se propuso hacer cuanto pudiese por salvarlo: al efecto pidió una entrevista al jefe español, de quien la obtuvo sin dificultad. Esta se verificó á la parte exterior del rancho que ocupaban los prisioneros y tan inmediato que pudieron oír la conversacion. Principió Rodriguez por representar la violacion del derecho de gentes ejecutando á un prisionero: luego espuso que un hecho semejante podria producir represalias en otros tantos prisioneros del ejército real que estaban en nuestro poder. Como á todo contestase Olañeta que este de quien se trataba era un traidor, un tráfuga, propuso Rodriguez su cange por dos, tres, ó mas oficiales del ejército real, que se comprometia á hacer venir si se salvaba la vida á Berro, pero nada bastó á conmovér á Olañeta, que

concluyó terminantemente diciendo, que por nada, ni por nadie, dejaria sin castigo á aquel famoso criminal, que ni aun podia reputarse un oficial, sino un infame facineroso.

Despues de una larga discusion y apurados todos los recursos del coronel Rodriguez, cuando todo parecia desesperado y que ya se aproximaba la hora fatal, tuvo la feliz inspiracion de decir á Olañeta, que si se salvaba la vida de Berro, se comprometía á hacerle venir su esposa que permanecia en las provincias bajas. El enamorado Olañeta, no pudo resistir y contestó no solo otorgando la vida á Berro, sino la libertad y la de otro oficial mas. Fué pues suspendida la ejecución y el sentenciado que no pensaba salir de la capilla sino para marchar al suplicio, volvió á reunirse á sus compañeros.

Debe advertirse que en años anteriores, cuando D. Pedro Antonio Olañeta, que no era mas que capitán de milicias, dejó su vecindario para reunirse al ejército real, quedó su muger en Jujuy que era el lugar de su domicilio. Los generales nuestros que no perdian medio de hostilizar y de dañar al enemigo, obligaron en cuantas retiradas precedieron á emigrar á la linda Doña Pepa Marquiegui de Olañeta, que era la esposa del gefe realista. La ocasion que se le ofreció de recuperarla y reunirse á ella, fué abrazada con avidez y concedió mucho mas de lo que ninguna otra consideracion, habia podido arrancarle. Fiel á su promesa cuando hizo marchar á los prisioneros, quedaron en su cuartel el alférez Berro y el teniente D. Rufino Guido, que era el otro que en el calor de su entusiasmo habia ofrecido por el rescate de su joven y hermosa consorte. Cuando tuvo Pezuela y el mismo Olañeta que emprender la retirada, estos dos oficiales, únicos prisioneros que no habian sido remitidos á Lima, fueron despachados con otros presos políticos, á cargo de una partida por el despoblado. Logrando sorprender á sus guardianes, se apoderaron de las armas y se constituyeron en libertad: de este modo fué que volvieron al ejército.

El coronel Rodriguez tampoco faltó á su palabra, pues antes y despues de salir de su prision se interesó vivamente, para que la esposa del comandante y luego General Olañeta, tuviese la libertad de buscar á su marido. Efectivamente vino al Cuartel General de Humahuaca con este designio, mas despues de algunos dias de permanencia, se le hizo regresar por no convenir en aquellas circunstancias su traslacion al campo enemigo. No fué sino el año siguiente que se le permitió, acompañada de su tio el anciano D. Domingo Iriarte que regresó despues de cumplida su comision.

En el ejército enemigo se tenia una gran idea del poder é influencia del coronel Rodriguez en el nuestro y nadie ignoraba que era un competidor que podia suscitarse al General Rondeau. Este convencimiento y la aparente ignorancia y candidez de aquel, hicieron concebir al General Pezuela, grandes esperanzas si lograba atraerlo á los intereses que defendia. Entró pues en conferencias y la astuta deferencia de Rodriguez acabó de decidirlo. Resolvió darle libertad, mediante promesas y juramentos solemnes que hizo de abrazar la causa real, volviendo al ejército y entregando por lo menos la numerosa vanguardia que habia estado y que volvería á estar á sus órdenes.

Sin embargo no pienso que Pezuela se contentase con estas promesas, ni que ellas entrasen en mucho para su resolucion. El principal motivo debió ser el conocimiento de la anarquía que agitaba á nuestro ejército, á la que no era extraño Rodriguez como antagonista y secreto rival de Rondeau y el interés que tenia en promoverla y atizarla. En una carta que se le interceptó despues de hablar de la libertad otorgada á Rodriguez, decia manifestando el mismo bien poca seguridad: "*Veremos que tal sale este albur político,*" lo que prueba que lo consideraba como un tiro dado ó como un golpe de suerte.

Primero se presentó un parlamentario en nuestros puestos avanzados, trayendo cartas de Rodriguez en que

hablaba de la muger de Olañeta y pedia su equipage. No se precisamente lo que se le contestó, pero creo que debió ser en sentido favorable: su equipage se le remitió en un carguero. A los pocos dias el mismo Rodriguez se apareció en dichos puestos avanzados, con un parlamentario que traia comunicaciones para el General en Gefe y el mismo carguero con el equipage. El parlamentario quedó por supuesto en la guardia avanzada que distaba ocho leguas de Humahuaca donde estaba la vanguardia y Rodriguez solo, llegó ya de noche á este último punto.

Era el 19 de Marzo (año 1815), dia del santo del nombre del General Rondeau y yo habia obtenido permiso para ir desde la vanguardia al Cuartel General á saludarlo y visitar á mi hermano. Allí estaba acantonado el Regimiento N.º 6. y sus gefes y oficiales habian preparado un baile: baile de campamento se entiende: yo era uno de los concurrentes. Poco antes de media noche se propagó la noticia de que el coronel Rodriguez habia llegado á la vanguardia de Humahuaca, habiendo logrado evadirse de un modo maravilloso. En efecto — acababa de llegar el ayudante de mi regimimiento D. Vicente Chopitea, que muy luego estuvo en el salon del baile, quien dejaba en Humahuaca al coronel Rodriguez y referia los pormenores de un prodigioso escape. Habia logrado perforar una pared de su calabozo en una noche oscura: luego habia podido tomar un caballo, y corriendo mil aventuras y peligros inminentes, habia logrado venir hasta los suyos. En Humahuaca se le habia recibido con músicas, dianas y toda clase de regocijos: la tropa se habia reunido espontáneamente sobre su paso y cargándolo en hombros lo habia llevado un buen trecho: toda la vanguardia se hallaba poseida de una especie de locura.

Estas noticias contrariaron mucho al General Rondeau, quien aunque en su moderacion, nada digese de explícito, dejaba entrever muy claramente lo que le desagradaba la presencia de Rodriguez en el ejército. El baile si-

guió hasta la madrugada y cuando nos retirábamos, supimos que había llegado otro oficial con comunicaciones que entregó al General. Este se apresuró á hacer saber su contenido que dijo á cuantos hablaron con él, porque desde esa hora se puso en pié y recibió á los que quisieron verlo. El coronel Rodriguez no se habia escapado pues las comunicaciones de Pezuela que eran las que habia conducido el parlamentario y que trajo á la madrugada el segundo oficial, se reducian á proponer cange del coronel Rodriguez, por dos coroneles prisioneros españoles que designaba (Sotomayor y Huici) añadiendo que habia accedido á los deseos de Rodriguez, de ser el mismo el que trajese su proposicion, la que si no era admitida, deberia regresar, para lo que habia empeñado su palabra de honor.

Cuando aclarò el dia 20 ya era general esta noticia en el Cuartel General y de allí se iba propagando con rapidez. El coronel Rodriguez habia anunciado para esa mañana su visita ó presentacion y se le esperaba por momentos. El General quiso anticiparse y salir á recibirlo: muchos oficiales montamos á caballo y nos agregamos á la comitiva que con este motivo era numerosa. No era menor la de acompañantes que traia el coronel Rodriguez á quien avistamos despues de haber andado un cuarto de legua. En estas circunstancias se adelantó á galope hácia nosotros un gefe ú oficial, que no recuerdo quien era, y habló en privado al General, quien le contestó en voz alta: “dígame V. que eso podia haber sido, si me lo hubiera advertido antes, *pero que no estando en antecedentes, no he tenido inconveniente en publicar las circunstancias de su venida; que siento pero que ya no hay remedio.*” El mensajero volvió cuando se iban á encontrar y fué visible el descontento de Rodriguez, con lo que se hizo saber muy rápidamente.

Se encontraron al fin los dos personajes y las dos comitivas, se felicitaron mutuamente aquellos y estos se confundieron trabando conversacion con nuestros amigos ó con los que nos deparaba la casualidad. Se formaron va-

ños diferentes grupos en los que se cambiaron con corta diferencia las mismas palabras. *¿Sabrá V. que el coronel Rodriguez viene escapado? Es falso, viene cangeado. ¿Cómo si hizo un agujero en la pared de su calabozo para evadirse? Mentira, ha venido acompañado de un parlamentario. ¿Cómo puede ser eso cuando ha llegado solo? Porque el parlamentario ha quedado en la primer avanzada. No puede ser eso, porque él dice lo contrario. Si puede ser porque el General en Jefe ha recibido las comunicaciones de Pezuela, en que trata del asunto. ¿Sabe V. que es cosa original? Efectivamente lo es, y también extraordinaria.*

Mientras se repetía estopor veinte bocas á un mismo tiempo, tenían otro coloquio distinto los principales personajes de esta comedia. El coronel Rodriguez al parecer convenia amistosamente al General Rondeau por su facilidad en revelar las verdaderas circunstancias de su venida al ejército y este se encogia de hombros y aun se le oyó repetir lo mismo que habia dicho al mensagero *“si me lo hubiesen advertido á tiempo desde luego—pero no decirme nada—ya no tiene remedio.”* Después de un rato que se pasó en los pormenores que acabo de referir, regresamos al Cuartel General, donde los dos personajes principales se retiraron á conferenciar y los demas nos retiramos á tratar de nuestros asuntos.

Rodriguez tomó otra vez el mando de la retaguardia, pero su popularidad y su reputacion habian sufrido un golpe de consideracion, por los mismos medios que quiso aumentarla. Salió á campaña para revistar los pueblos avanzados y preparar alguna sorpresa parcial ó guerrilla feliz contra el enemigo y se hizo batir y tomar prisionero de un modo tristísimo. Logra su libertad y con el fin de herir la imaginación del ejército y suponer como producto de un arrojito temerario, lo que era efecto de una negociacion, finge una novela semejante á los lances del Baron de Trenk, que es desmentida á las pocas horas. En un ejército no se piensa mucho y mucho menos en aquel en que

una relajacion escandalosa, contaminaba todas las clases de la milicia, mas sin embargo lo sucedido era demasiado para que el coronel Rodriguez, no hubiese perdido mucho. El General Rondeau, bondadoso por carácter, generoso por inclinacion, no se prevalió de esta ventaja y le acordó las mismas consideraciones que siempre.

He dejado escapar casi á pesar mio la palabra *relajacion escandalosa* y una vez dicha, preciso es que al menos diga algo para comprobar su exactitud. No era uno ni dos, eran muchos los gefes que tenian públicamente mancebas, habiendo algunos tan imprudentes que cuando marchaban los cuerpos, las colocaban habitualmente á su lado á la cabeza de la columna. Varias veces que el General Rondeau vino á Humahuaca se alojó en casa de cierto coronel, en cuya mesa á que asistia el General hacía los honores su concubina. Era esta una muger casada, cuyo marido que habia andado ausente tuvo la ocurrencia de reclamar. El enamorado coronel, le hizo una tan séria amenaza que el pobre marido desistió y volvió á ausentarse. A ejemplo de estas enormidades se veian cosas semejantes en las clases inferiores, sin que pudiesen reprimirse estando tan autorizados. Sin embargo no era esta corrupcion universal, pues habia gefes y oficiales muy dignos, que reprobaban estos escándalos y que devoraban en secreto las mas amargas consideraciones. Ei mismo coronel Rodriguez, el General Cruz, coronel Balcarce, los comandantes Vidal, Heredia y otros eran irreprochables en su conducta.

Ya que he nombrado al Mayor General Cruz diré sobre él unas pocas palabras. Poseia buenos talentos y bastante capacidad: habia servido en el mismo destino con el General San Martin y despues continuó hasta el fin con el General Belgrano. Con todos se condujo pacíficamente, sin embargo de que las épocas, las circunstancias, los genios, los caracteres, y los principios eran tan distintos. Me es pues indispensable suponerle una elasticidad de carácter, que se acomodaba á todas las varjaciones. Esto lo ha-

cia vivir tranquilamente, pero nunca le dió una gran influencia ni popularidad en el ejército. Tampoco excitaba celos y tenia la habilidad de hacerse olvidar, cuando se agitaban la ambicion y otras pasiones.

Estábamos ya en Abril y era tiempo de movernos, por que era preciso, era indispensable hacer algo, para no disolvernos. Se pensó pues seriamente en ello pero sin combinacion, sin plan y casi hasta sin discernimiento. Se hicieron algunos que se decian arreglos en el ejército, de que resultó disuelto el N.º 2 y agregado al N.º 9. que mandaba el coronel Pagola, decidido partidario del General Rondeau: el batallon de Cazadores fué dado al coronel Zelaya que toda la vida habia mandado caballeria: el N.º 1º era mandado por el coronel Forest: el N.º 6 por un comandante Zelada: el N.º 7 por el comandante Vidad, habiéndose retirado el coronel Lusuriaga como partidario de Alvear: dos escuadrones de Granaderos á caballo eran mandados por el comandante D. Juan Ramon Rojas y los Dragones por el coronel D. Martin Rodriguez.

¿Se creerá que el ejército que despues de la incorporacion de las tropas últimamente venidas de Buenos Aires, debia contar mas de cinco mil hombres, apenas pasaba entonces de tres mil? Nada es mas exacto, pues la espulsion de trescientos españoles y una desercion espantosa, tanto en el camino de Buenos Aires como en el ejército mismo, lo habia reducido á este número. Y es preciso decir que si esa desercion fué menos y no acabó el ejército por una disolucion, fué debido á los gefes de cuerpo, que cada uno en el suyo tomó medidas mas ó menos enérgicas, sin exceptuar el último suplicio como ya indiqué en otra parte. El General en Gefe, parecia un ente pasivo y casi indiferente á lo que pasaba á su alrededor. Fuera de las órdenes de rutina, de esas generalidades vulgares, no se vió una sola providencia salvadora, un solo rasgo que denotase un espíritu superior, ni un relámpago de genio. Se nos dijo una vez en Humahuaca y creo que algo hubo, que habia

reunido los gefes y que haciendo patentes los malos efectos de la anarquía é indisciplina que reinaba entre ellos, se ocupó de los medios de repararla, proponiendo medidas enérgicas. Muchos nos alegramos sinceramente y deseábamos ayudarle con todas nuestras fuerzas; pero, vana esperanza; las cosas continuaron como antes.

En los momentos de movernos llegó al Cuartel General una comision caracterizada de Buenos Aires, cuyo objeto hasta ahora ignoro. Era compuesta de D. Juan Ramon Balcarce y algun otro diplomático de categoria que no recuerdo. Se habia agregado á la comision voluntariamente el coronel D. Tomas Allende quien se separó al regresar aquella y se quedó en el ejército. A los pocos dias tuvo un ataque en su salud, que se consideró de poquísima importancia, mas á virtud de un medicamento equivocado que le propinaron los médicos del ejército murió á los dos ó tres dias. Se habló mucho sobre su muerte y sobre el medicamento, mas nada puedo asegurar á este respecto. Era un hombre de capacidad y de mérito, pero tenia enemigos.

Despues de la llegada del coronel Rodriguez, habian vuelto á aparecer uno ó dos parlamentarios enemigos, segun entiendo con el pretesto siempre de arreglar el cange propuesto y aceptado por el General Rondeau, con solo la diferencia de no conformarse con la designacion de los dos coroneles que deseaba Pezuela. Para no volver despues sobre esto, diré que en lugar de Sotomayor y Huici, fueron mandados el año siguiente los coroneles ancianos Suares y Guibura, con lo que quedó concluido el negocio.

El objeto del enemigo en estas negociaciones que prolongaba estudiosamente, era sin duda entretener y observar, tanto porque tendria noticias de nuestro desquicio, cuanto porque sus circunstancias eran sumamente afligentes. Las importantes provincias del Cuzco, Arequipa y otras, estaban insurreccionadas teniendo á su frente á los Generales Angulo y Pumacagua, que habian organizado un cuerpo regular de tropas y que ademas cortaban con

numerosas reuniones de indios. El General Pezuela se habia visto obligado á destacar parte de su ejército con el General D. Juan Ramirez, para sofocar la insurreccion, El coronel Warnes en Santa Cruz, y el coronel Arenales en Cochabamba ó sus inmediaciones, se sostenian tambien con sus cuerpos, despues de haber combatido con éxito vario y no sin gloria, particularmente en la Florida, donde el último ganó un importante combate. Las fuerzas que tenia Pezuela á nuestro frente eran muy inferiores y ademas las tenia diseminadas en Tarija, Valle-grande y las provincias de su espalda: estaba pues en una completa ineptitud de resistirnos.

Nuestro ejército se movió de Humahuaca y desde la *Negra-muerta*, tomó el camino del despoblado, dejando á su derecha el principal. Llegados al Tejar se supo que el enemigo tenia un grueso destacamento en el Puesto del Marqués, ocho leguas mas adelante y se resolvió sorprenderlo. Al caer la tarde se puso en movimiento el ejército y ya sobre la marcha se separó una columna compuesta del batallon de Cazadores y toda la caballeria. Esta se componia de los regimientos Granaderos á caballo y Dragones, mas seiscientos milicianos ó gauchos de Salta á las órdenes del comandante D. Martin Miguel de Güemes, por todo cerca de mil y quinientos hombres al mando del Mayor General D. Francisco Cruz.

El enemigo estaba en el mas completo descuido y sin mas precaucion que una guardia avanzada á algunas cuadras de la casa en donde estaban alojados los gefes. Su seguridad era tanto mayor, cuanto dos ó tres dias antes habia marchado un parlamentario que yendo por el otro camino desencontró á nuestro ejército y tuvo que venir por nuestra espalda al dia siguiente del suceso que voy á referir. Se consideraban tan fuera de peligro que habia afluido una concurrencia prodigiosa de vivanderos, haciendo abundar los comestibles y aun los artículos de regalo. Cuando entramos á su campo lo hallamos atestado de licores,

chocolate, dulces, pan, bizcocho frutas y toda clase de provisiones. Ah! esto mismo fué un inconveniente que pudo costarnos muy caro.

El grueso de nuestro ejército siguió pausadamente la marcha, y probablemente descansó una parte de la noche en medio camino, pero nuestra columna marchó sin cesar de modo que antes de rayar el día estuvimos á la vista del Puesto del Marqués. Este no consiste sino en unos cuantos ranchos en medio de una estensa y árida llanura, como son las de aquellos frígidos lugares. Nuestra caballeria se formó en alas y el batallon al centro, quedando tres compañías al cargo de sus capitanes, de tres diferentes cuerpos en reserva. Yo fuí uno de ellos y por lo mismo no puedo dar una idea tan distinta de lo que pasó en la línea, pero lo haré por lo que supe y alcancé yo mismo á ver, para ocuparme despues de lo que pasó en la célebre reserva.

Desplegada nuestra línea se movió avanzando, y muy luego mas de mil hombres de caballeria se golpearon la boca (como se dice vulgarmente) y dando terribles alaridos se lanzaron sobre trescientos enemigos sorprendidos y á penas despiertos: la victoria no era difícil, pero la carniceria fué bárbara y horrorosa.

Cuando habíamos hecho alto para prepararnos al ataque, recibí orden de salir con mi compañía y presentarme al mismo General. Cuando llegué ya estaban allí los capitanes D. Manuel Escalada (aun permanecia en su cuerpo y fué pocos dias despues que se separó) de Granaderos á caballo y D. Luciano Cruz (hermano del General) del batallon de Cazadores, ambos tambien con sus respectivas compañías. Puestos los tres en presencia del General, nos preguntó nuestra antigüedad y luego que dije la mia que era mayor que la de Escalada, siendo Cruz el menos antiguo, repuso el General: "*Ha sido inoficiosa mi pregunta, pues teniendo el Sr. Escalada el grado de mayor, le corresponde á él el mando,*" á lo que me conformé inmediatamente, porque nada menos queria que entrar en reclamaciones en

momentos tan urgentes. En seguida nos instruyó que éramos destinados á servir de reserva, la que seria mandada por el Sr. Escalada á quien juzgo daria sus órdenes.

Se insinuaba el crepúsculo, de modo que á penas percibíamos la linea antes de moverse, mas cuando lo hizo aunque seguimos el movimiento la perdimos de vista y solo alcanzamos á discernir el campo enemigo por la tremenda confusion de gritos, tiros, é infernal algazara. Los enemigos que encontraron caballos para montar, como es de suponerse se pusieron en fuga y nuestros soldados aunque en el mayor desórden en su persecucion. Nuestra reserva seguia la misma direccion tan ligero como podia sin dejar atras á la infanteria que iba aneja. Cuando alcanzamos á percibir la derrota del enemigo el Sr. Escalada en la exaltacion de su patriotismo y de su júbilo, dió algunos *vivas* á la patria, que fueron cordialmente contestados: mas creciendo su entusiasmo por grados menudeaba los *vivas* y excitaba á la tropa con la mas repetida instancia, diciendo á cada momento: "*Griten muchachos.*"

Previendo lo que iba á succder y considerando la conveniencia de conservar alguna tropa formada, tenia el mas grande empeño en que aquellos ciento y ochenta hombres de la reserva no siguiesen el ejemplo de lo restante, y se desorganizasen completamente. Pensé que las multiplicadas excitaciones del Sr. Escalada nos llevaban á ese término y me propuse impedirlo al menos en mi compañía, y cuando repitiendo hasta el fastidio: "*Griten muchachos,*" lo hacian los Granaderos y Cazadores, yo decia á mis soldados: "*Silencio Dragones, no es con gritos, sino con el orden que hemos de triunfar del enemigo.*" Sin embargo me costaba trabajo el manter orden y hasta un oficial, el alferez Romano, quiso imitar el ejemplo de los otros: como yo me convirtiese á él para reprenderlo y le digese que no éramos gauchos para gritar, el Sr. Escalada que me oyó se dió por ofendido, lo que motivó algunas palabras y esplicaciones que se olvidaron muy luego.

El batallón de Cazadores no había podido seguir el movimiento rápido de la caballería, por mas que había acelerado su paso, de modo que lo alcanzamos cerca de una zanja ó arroyuelo fangoso que estorbaba el paso. No sé á quien se le ocurrió decir: "*Que monten los infantes á la grupa de los de caballería,*" y esta fué la señal de la disolución de la columna y el término de mis esfuerzos por mantener formada mi compañía. Los Cazadores corrieron á cual ganaba primero la grupa de uno de caballería y estos se desordenaron para recibirlos. Desde entonces ya no hubo formación, ni orden, ni disciplina, ni regularidad. Cada uno fué donde quiso y como quiso y vino á presentar aquel vasto campo el chocante espectáculo de mil y quinientos hombres dispersos, que mataban rendidos, se entregaban á la borrachera, gritaban, corrian y se conducian á su arbitrio.

Sin embargo iban siempre muchos grupos en persecucion de los pocos enemigos que salvaron, pues quedaron mas de nueve décimas partes y los que habíamos sido reserva formábamos uno que no llegaría entonces á la tercera parte de su primitivo número. Encontramos una pequeña tropa de caballos que cuidaban tres soldados enemigos desarmados y puede decirse: "*aquí fué Troya.*" Se avanzaron sobre ellos veinte espadas que los hubieran hecho pedazos sin la interposicion de los oficiales. El mayor Escalada fué de los que mas celo mostró por salvar á aquellos infelices, aunque sufriendo que un Granadero ébrio, que por sobre él mismo queria herir al rendido le digese: "*que otra vez que sus oficiales se metiesen á redentores, emplearia sus armas contra ellos.*" Escalada dejó pasar el insulto como inaperebido, pero el soldado se salvó.

Nunca he visto, ni espero ver un cuadro mas chocante ni una borrachera mas completa. Como indiqué mas arriba los licores abundaban en el campo enemigo, y el frio, la fatiga de la noche antes, las excitaciones de todo género, convidaban al abuso, que se hizo del modo mas cum-

plido. Debo hacer justicia á los oficiales, pues con pocas excepciones, no se vieron excesos en ellos.

En las inmediaciones de la Quiaca, tres ó cuatro leguas del Puesto de Marquéz, habia otro cuerpo enemigo, cuyo número no sabíamos y que no hizo sino presentarse en las alturas para servir de apoyo y reunion á los fugitivos. Es probable que si doscientos hombres nos atacan en aquellas circunstancias nos derrotan completamente. Los nuestros á la presencia lejana de aquella fuerza, volvieron al Puesto de Marquéz en el mismo desorden que habian perseguido. Vueltos al campo siguió la embriaguez y cuando llegó el ejército que seria: las nueve ó diez de la mañana, parecia mas una felderia de salvages que un campo militar.

Dispenseseme la acritud con que me espreso, porque ese dia ha sido uno de los mas crueles de mi vida. Veia en perspectiva todos los desastres que luego sufrió nuestro ejército y las desgracias que iban de nuevo á afligir á nuestra patria. Era yo jóven, era un simple capitán y el interés que tomaba en el éxito de la guerra y en las glorias de nuestras armas, era una pasion ardiente que me agitaba. Mi compañía estaba de servicio y como aunque se habia desorganizado tambien, no habia participado tanto del desorden, quizá por haber ido en la reserva, sino fué algo mi constante cuidado, pudo dar las guardias avanzadas que se establecieron á nuestro frente. El servicio se relevaba por las tardes y á la hora de lista reclamé con exigencia que fué otra compañía á mudar á la mia, pero aun á esa hora los vapores alcoholicos, no se habian enteramente disipado y no se podia emplear á unos hombres que con trabajo se sostenian en pié. Como yo repitiese mis reclamaciones al teniente coronel, coronel graduado Balcarce, se exasperó al fin y se denegó con amargura. Comprendí que él participaba de mis sentimientos, aunque los guardaba en su interior. Esa noche estaba yo de guardia en el campo y Balcarce vino y me encontró casi en un es-

tado de postracion, á que me habian reducido las emociones de aquel dia. Este excelente hombre sufría tambien, pero sea que su imaginacion fuese menos ardiente, sea que supiese disimular mejor, parecia conformarse mas con aquel terrible estado de cosas. Sea, lo que sea, si él hubiese tenido un poco mas de energia, hubiera remediado mucho, al menos en el regimiento donde muchos oficiales pensaban como yo y como él mismo.

No se que nombre dar á la serenidad, por no decir indiferencia con que el General miraba todo esto. Casi no se le veía fuera del rancho en que se alojaba y ninguna medida se dejaba sentir para reprimir el desórden creciente que amenazaba undirnos en un abismo. La jornada del Puésto del Marquéz; fué el único suceso feliz que obtuvieron nuestras armas, durante el mando del General Rondeau y ya se ha visto el mèrito de esta victoria que dejó como ciento y treinta muertos en el campo y mas de cien prisioneros, de ellos tres euartas partes muy heridos, sin que por nuestra parte hubiese pérdida alguna.

El General Rondeau era un perfecto caballero, adornado de virtudes y prendas estimables como hombre privado, pero de ningunas aptitudes para un mando militar, principalmente en circunstancias dificiles, como las en que se hallaba. Declaro que ningun motivo personal de enemistad mediaba entonces, ni ha mediado despues entre el General Rondeau y yo, antes le era sinceramente afecto y me mortificaba notablemente cuando oía las críticas que se le hacían y lo que es mas, el desprecio de que muchos lo colmaban. Los apodos con que lo designaban, muestran la especie de sentimiento que predominaba en la mayor parte con respecto á él, pues unos le llamaban *José bueno* y otros como el coronel Forest le daban siempre el renombre de *Mamita* (1), por su paciencia inalterable y su inofensiva bondad.

(1) En el Alto Perú se llama á los indios *Tatita* y á las indias *Mamita*, siendo estos nombres generalmente usados y recibidos.

He dicho que le fuí sinceramente afecto y es verdad, debiendo añadir que mi hermano y yo le merecimos bastantes consideraciones y á fe que habia motivo para ello. Diez años antes habia venido su padre D. Juan Rondeau con su muger, hijas y una nieta, hija del General, empleado á Córdoba donde contrajeron relaciones estrechas con mis padres, quienes les prestaron aquellos servicios que requeria la hospitalidad. El General Rondeau estrechado por recomendaciones de personas que le eran caras, nos franqueó su mesa y nos miró siempre con distincion. Siendo pues un positivo pesar al tener que espresarme de un modo que no favorece sus talentos y la firmeza de su carácter, pero me es forzoso, bajo pena de faltar á la verdad histórica que me he propuesto observar.

Casi otro tanto me sucede al tener que esponer los vicios de nuestra organizacion militar, los excesos de la indisciplina que se dejó sentir varias veces, las faltas de nuestros Generales y los errores de todo género. No escribo como poeta para contar nuestras glorias, disimulando defectos y encomiando exageradamente las hazañas de nuestros campeones. Ni nuestros ejércitos, ni ellos, necesitan las alabanzas de mi pobre pluma, á quienes á pesar de todo harán justicia las generaciones venideras, reconociendo su mérito y trabajos heróicos escribí solamente para hacer conocer los sucesos que he presenciado, presentándolos en su verdadero punto de vista, y sirviéndome para ello de la verdad severa, segun me la ofrecen mis convicciones y mis recuerdos. Por otra parte, nadie ignora mi carácter enemigo de las exageraciones: en mis partes militares, en los detalles de batallas célebres, en todos mis documentos oficiales, he huido siempre de un estilo pomposo y de alabanzas que por ser demasiado abultadas, he considerado ridículas. No por esto he dejado de ser un justo apreciador del mérito de mis compañeros: bien lo conocen ellos, y á su vez han apreciado debidamente mis elogios cuando se los he tributado, teniendo en mas algu-

nas pocas palabras dichas con justicia y verdad que esos bombásticos parralorios de que otros suelen llenar las producciones de este género. Diré ahora para siempre, que hubo en nuestros militares un valor que nadie les niega, un amor incontestable á la causa de la independéncia que no bastaron á contrastar los reveses mas sangrientos, ni las mas rudas desgracias.

Debo añadir que reconozco en nuestros paisanos aptitudes sublimes para la milicia y disposiciones para una disciplina racional, cuando se quiere y se sabe establecerla. Los desastres que hemos sufrido han sido efecto de errores por lo general en los que mandaban y mas que todo de nuestra ignorancia y de ese estado de anarquía en que nos constituía la misma revolucion. Sin eso, nuestros ejércitos desde sus primeros pasos, hubieran vencido y llevado triunfante el estandarte de la libertad, por toda la estension de la tierra que conquistó Pizarro. Bien lo merecian esos bravos soldados que durante catorce años, habian combatido la miseria, la desnudez, el hambre, el clima y las armas españolas. Si sus sufrimientos se prolongaron y si al fin no fueron felices, pues que otros vinieron á terminar la obra que ellos habian comenzado, no es culpa suya, sino de la fatalidad de nuestro destino.

El periodo de nuestras campañas en el alto Perú que voy describiendo, es de los mas estériles en hechos gloriosos y de los mas fecundos en sucesos desagradables. Mis principios me hacian insoportable una situacion tal y mi imaginacion agrandaba y aproximaba los objetos haciéndome esperar aun mayores desgracias. Tanto mas era mi sufrimiento, cuanto era preciso arrostrar no solo la impopularidad que causa la severidad de la disciplina que queria conservar, sino muchas veces el desagrado de gefes que mendigaban por pobres medios la benevolencia del soldado. Recuerdo que en un pueblecillo del Perú se quiso dar zapatos á mi regimiento y como no habia el completo se destinó un número proporcionado á cada compaña: para

que fuese mas clásica la irregularidad de la distribución, se mando que concurriesen las compañías á casa del coronel, en el patio de cuya casa se habian hecho otros tantos montoncillos de zapatos. Yo llegué con la mia formada, cuando le tocó su turno y se me señaló el que le correspondia y me preparaba con la lista y un lapiz para anotar los hombres que los recibian, por que como he dicho no alcanzaban para todos, cuando el coronel me dijo: "*Déjese V. capitan de apuntaciones.*" Y volviéndose á los soldados "*Vaya muchachos, tomen zapatos y veremos quienes son los mas listos:*" las filas se deshicieron y se arrojaron sobre los zapatos, tomando cada uno los que podia. Me quedé estupefacto de admiracion, de cólera y de desprecio: bajé la cabeza y salí sin decir una palabra, que hubiera sido un acto de insubordinacion respecto del gefe y que hubiera desagradado á mis soldados que celebraban con extraordinaria algazar, la *manchancha* de zapatos que acababa de hacerse.

Al otro dia de la accion del Puesto de Marquez, marchaba mi regimiento tras de la infantería y de consiguiente muy despacio: yo seguia la marcha entregado á las mas amargas reflexiones, cuando ví que el coronel que por algun accidente se habia quedado atras, trotaba por el costado de la columna para tomar la cabeza. Su aspecto risueño y su semblante satisfecho, contrastaban fuertemente con lo que yo sentia, pero subió de punto mi admiracion, cuando lo ví por dos ó tres veces contener su cabalgadura para dirigirse oblicuamente, sobre algun soldado que aparentaba, ó que dormitaba efectivamente, dando entonces un buen latigazo en la auca de la mula, que exitaba con el inesperado golpe que partia mas ligero, sorprendiéndose el ginete y cuando volvia la cabeza para ver quien era el agresor, el coronel dando risadas le decia: *¡Qué tal muchacho! ¿te has asustado? ó cosa semejante.* El bueno del coronel, no comprendia que aquellos juegos y chanzonetas, pudiesen dañar la disciplina y por el con-

trario se persuadía que le procuraban crédito, afección y popularidad. Repentinamente había retrogradado al año de 1806, cuando se formaron esos cuerpos de paisanos, que dieron, sin pensarlo, una espléndida victoria batiendo á los ingleses, y quería conducirse como en la infancia de nuestra milicia y como si se tratase de urbanos mal enseñados y peor disciplinados y no de tropas de línea, en una campaña laboriosa y activa.

Y cuando el primer jefe del cuerpo se conducía de este modo, que podía hacer un subalterno para mantener la disciplina de los que le obedecían. Cualquiera que reflexione comprenderá lo que deberían sufrir los que queríamos conservar los principios de orden y de regularidad, y lo que tendríamos que trabajar para que todo no se desquiciase. Mucho se debió al teniente coronel D. Diego Balcarce, quien al mismo tiempo que gozaba reputación, sostenía con su conducta circunspecta la disciplina hasta cierto punto.

Aun en los cuerpos mas bien reglados, no falta cierta clase de oficiales que aspiran al renombre de *buenos* por la tolerancia de las faltas y aun de los crímenes: otros hay que pretenden que se tenga de ellos esta opinión, sosteniendo un trato demasiado familiar y aun indecente con las clases inferiores sin advertir que adelantando muy poco para ellos hacen un grave mal al orden militar. Es una casta muy perjudicial la de estos demócratas de nuevo género, quizá los mismos que antes habían incurrido en los abusos contrarios como lo diré á su tiempo. Pero volvamos á las operaciones militares de que me he olvidado.

El enemigo aterrado con este golpe y con la marcha de nuestro ejército para que no estaba preparado, solo pensó en retirarse, haciéndolo por líneas convergentes sus distintos cuerpos segun la posición que ocupaban. Si nuestra marcha hubiera sido mas rápida es muy probable que hubiesen sufrido los españoles otros descabros: pero

no fué así y tuvo Pezuela tiempo de replegar sus divisiones.

El comandante Güemes cuyo espíritu inquieto y cuyas aspiraciones empezaban á manifestarse, no podía estar contento en el ejército y además sus gauchos no eran una tropa adecuada para la campaña del Perú: regresó pues con su división desde el Puente de Marquez y á penas llegó á Jujuy se quitó la máscara y principió á manifestar su independencia. El primer acto ó exceso que cometió, fué echarse sobre el Parque de reserva del ejército y apoderarse de quinientos fusiles contra la voluntad del General y las representaciones del encargado de él. Para esta violencia no habia ningun pretesto, pues ocupando nuestro ejército las provincias altas de Potosí y Chuquisaca, nada tenia que temer de los enemigos la de Salta. Despues, todos sus pasos sucesivos fueron conformes á este principio.

El ejército continuó su marcha, tomando desde la Quiaca la delantera la caballeria. En Moraya nos detuvimos dos dias: en uno de ellos al anochecer, tuvieron orden un escuadron de Dragones y otro de Granaderos de marchar con el fin de interceptar el paso de una fuerza enemiga que se retiraba en busca de su ejército por nuestro flanco derecho. Era ya el mes de Mayo y el frio era intenso en aquellos lugares en términos que yo llevaba un capote y encima dos ponchos, despues de andar legua y media por aquellos ingratos parages, donde casi no hay vegetacion, empezamos á descender una cuesta que tiene otro tanto de bajada. La temperatura era cada vez mas suave y sin fijarnos por el momento en la verdadera causa, lo atribuimos á una variacion de la atmósfera: conforme fuimos descendiendo me quité los ponchos y el capote y lo mismo hicieron los demas porque el abrigo empezaba á incomodarnos. Llegamos por fin al llano que forma un delicioso vallecito de muy poca estension, pero perfectamente aprovechado y

cubierto de huertas que abundan en frutas exquisitas: los duraznos, las manzanas, los membrillos, las higueras, estaban todos cargados de riquísimos frutos, que empezamos á devorar sin embargo de estar tan avanzada la noche, pues era mas de la mitad de ella.

Lonte es el nombre de este vallecito y como este hay innumerables en aquellas áridas regiones, sin lo que serian inhabitables. La variacion de temperatura consistia en la mucho menor elevacion en que nos hallábamos. La diferencia era tal que nos quedábamos en mangas de camisa sin sufrir impresion desagradable cuando dos horas antes el frio era tan intenso que era preciso cargarnos de ropa. Esa noche no se durmió, pues que ademas de la ocupacion de comer fruta se carneo, porque la tropa no habia comido ese dia. Es escusado decir que el enemigo habia pasado temprano y que estaba fuera de nuestro alcance. Permanecimos alli hasta la tarde del dia siguiente en que nos movimos para subir la penosa cuesta y volver á Moraya.

El ejército se nos reunió y volvimos á continuar la marcha. El enemigo nos abandonaba el pais sin la menor resistencia y los habitantes nos recibian con muestras de satisfaccion y benevolencia. El dia que salimos del pueblo de Tupisa, se supo que Potosí habia sido evacuado y á los dos ó tres dias que siempre continuamos marchando, se dispuso que una vanguardia compuesta de los dos cuerpos de caballería y un batallon de infanteria á las órdenes del Mayor General Cruz, se adelantase á ocupar aquel emporio casi fabuloso, ó por lo menos exagerado de la riqueza. Se dispuso que solo dos compañías, una de dragones y otra de granaderos, con sus respectivos capitanes, quedasen para hacer el servicio de su arma en el ejército. Yo fuí destinado con la mía, causándome un gran sentimiento separarme de mi regimiento para prestar un servicio pasivo en la retaguardia. Diré tambien que habia mas que sentimiento, pues me asaltaba la sospecha de que mis gefes inmediatos

querian separar en los momentos de entrar á aquella rica poblacion; á un hombre cuyos principios severos que ellos conocian muy bien, serian un censor importuno de cualquier acto irregular y de cualquier desarreglo en punto á intereses. Sin decir que esta fuese la intencion de todos los gefes; creo no equivocarme en pensar que fué la de algunos. ¡Ojalá hubiese estado siempre separado, pues hubiera sufrido mucho menos!

La tropa empezó á cometer algunos desórdenes y muy principalmente recuerdo que fué robado un vecino á quien con violencia le arrancaron siete ú ochocientos pesos. Los caballerizos, los hombres sueltos, los que por algun pretexto se separaban de la columna y se quedaban atras eran los autores de estos desórdenes, que á no reprimirse hubieran seguido en una progresion creciente, porque por desgracia asi sucede con el mal y mas que con ningun otro, con la indisciplina. El General, quiso poner remedio y se me dió la orden al movernos de Quirve, para que tomase la retaguardia con mi compania y no dejase un solo hombre atras, arrestando á los que por cualquier pretexto llegasen á las casas, para presentarlos á S. E. al fin de la jornada. Llené con tanto celo mi comision, que fatigué mi tropa y mis caballos en correrias á los ranchos que quedaban á mas ó menos distancia sobre los costados del camino y lo que es peor, arrojando el desagrado de algunos oficiales que por sí ó sus asistentes querian que quebrantase mi consigna.

El ejército habia andado hasta el medio dia cinco leguas que hay, hasta Toropala, donde habia campado y comido: yo no pude hacerlo hasta las ocho de la noche, despues de haber trabajado todo el dia, trayendo mas de treinta hombres arrestandos y otros cansados ó enfermos que habian quedado resagados: yo habia cumplido con no dejar un solo hombre detras de mi. Cuando me presenté al General y le dí cuenta del resultado, esperé alguna providencia seria que cortase el mal de raiz, pero un hielo corrió por mis venas cuando con la mas perfecta impasibilidad me

dijo: “Pues es preciso señor capitán que sepan que se mandan entregar V. los hombres arrestados á sus cuerpos para que se les rependa, y V. vaya á descansar.” Habiéndole observado respetuosamente que aquella distribución á los cuerpos, podría hacerla mejor un oficial del Estado Mayor, convino en ello y yo me retiré bien resuelto á no molestarme tanto en la marcha del día siguiente. Sin embargo, no dejé de ser útil lo acaecido, porque en tres jornadas que nos faltaban para llegar á Potosí, no hubo tiempo de que se aumentase el desorden, lo que hubiera sucedido en algunas marchas mas.

Nuestros paisanos son sumamente dóciles y se prestan sin trabajo al orden, á la buena moral y á la disciplina: díganlo esos ejércitos que mandó el General Belgrano y otros: dígalo ese bravo ejército que mandé yo en las provincias del interior: díganlo esos pueblos que recibían á nuestros soldados con una cordialidad de amigos sinceros y á quienes estos miraban como hermanos. La entrada de un cuerpo militar á una población era deseada y celebrada como una fiesta y lejos de inspirar temores ó inquietud, era una garantía de orden y tranquilidad.

En el ejército cuya historia escribo, no siguieron estos desórdenes, como podía temerse, porque los gefes de cuerpo los reprimieron y porque despues marcharon de Potosí cuando fué tiempo aisladamente, de modo que ó los hubo menos, ó se ocultaron mas. Fuera de eso, ellos tomaron otro carácter y otras proporciones como lo veremos despues.

Entró el ejército á Potosí y yo que llevaba siempre la retaguardia lo hice á las tres de la tarde. Como ningun oficial del Estado Mayor viniese á indicarme mi cuartel y alojamiento, llegué hasta la misma puerta de la casa que habia ocupado el General, con quien estaba tambien el Mayor General, para preguntar á donde debia dirigirme. Mientras un ayudante llevó mi recado, alcanzó á verme el General Rondeau que con muchos gefes y per-

sonas respetables del vecindario hacia los honores á un opíparo banquete y mandó se me llamase é invitase á sentarme á la mesa. Como yo representase que mi tropa me esperaba, se me ordenó que la despachase con un subalterno al cuartel que se le destinaba y que yo quedase á participar del banquete, el cual ademas de suntuoso estuvo alegre: contribuyó eficazmente á ello un ridículo personaje que en esos dias se habia incorporado al ejército. De propósito se movieron cuestiones teológicas en que se le creia eminente y ostentando esta clase de erudicion en una reunion militar se hacia soberanamente risible.

Este personaje era D. Manuel Bernabè Orihuela, natural y vecino de Córdoba, que no tenia otro mérito que estar casado con Doña Juana Rondeau hermana del General. Sin embargo de que no habia cursado el foro, ni era abogado y que apenas podria clasificarse de un pobre *tinterillo*, fué hecho Auditor General de Guerra y lo que es aun mas, consiguio el General que la Universidad de Chuquisaca le confriese el grado de doctor en jurisprudencia por apoderado, es decir sin ofrecer exámenes, ni pruebas ningunas y sin que fuese personalmente á recibir la borla, haciéndolo otro en su lugar; caso que debe ser bien raro en los anales de las Universidades, pues á admitirlo podria condecorarse con el doctorado á un salvaje, á un bruto ó á una estatua. Orihuela quedó no obstante tan envanecido y contento que desde entonces jamas dejó de poner *doctor*, en gruesos letrones antes de su nombre. Tenia la mania de promover sin la menor oportunidad cuestiones teológicas y religiosas, de que era un celoso defensor y ademas, la de creer que la provincia y ciudad de Córdoba, de donde nunca habia salido hasta entonces, era lo mejor que podia haber en el mundo: de consiguiente, el clima, las producciones, las frutas &c. de Córdoba, era lo mas esquisito que podia imaginarse y hubo vez que riñó muy seriamente con otra persona, sosteniendo que las manzanas de Córdoba eran superiores á todas las demas

manzanas de la tierra. Bastante y quizá demasiado me he ocupado de este pobre hombre: si lo he hecho ha sido para decir que contribuía á despopularizar á su hermano que naturalmente sostenía á este fatuo.

A los muy pocos días de estar en Potosí se me dió órden de marchar con mi compañía á Chuquisaca, donde estaba mi regimiento y de cuya provincia habia sido nombrado Presidente el coronel D. Martin Rodriguez. Así lo hice, llegando á aquella capital el 23 de Mayo, ante-víspera del gran día de la patria. Creia que en aquella ciudad, célebre por su cultura, su clima, la hermosura de sus damas, su ilustracion y su patriotismo, se celebraria con solemnidad el 25 del mes de América: pero nada hubo que se pareciese á nuestras fiestas cívicas, y me convencí de que la revolucion no habia penetrado en los corazones de la multitud. El 25 era precisamente el día de *Corpus* y la gran funcion de iglesia, pomposa procesion y suntuosos altares, hizo toda la solemnidad del día. Sino fuera agero de mi propósito, me detendria en la descripcion de esa fiesta religiosa que se hace con la mas ostentosa magnificencia, tanto por los adornos de la rica Catedral, cuanto por el numeroso personal que se emplea. Diré también algo de las danzas monótonas é insípidas de los indios, los que entretanto van vestidos de plata y tan cargados que á penas pueden moverse: de esos altares colosales que costean los gremios de artesanos y tambien la corporacion de abogados, estableciéndose una tenaz competencia, sobre quienes aglomeran mas lujo, mas trabajo y mas riqueza; y en el bien entendido de que los altares que sirvieron el día de la funcion, no sirven para el del octavario, pues mudan de lugar como han mudado de empresarios. Es decir para el día de *Corpus*, los altares se forman en los ángulos de la plaza, y en la octava en la mitad de las cuadras, excepto el de los abogados, que es en la esquina de la Presidencia. porque entonces la procesion se estiende hasta allá, haciendo una doble carrera. La noche antes ya estaba

concluido el adorno del gigantesco y suntuoso altar, y la gente aflúa en numerosas partidas á admirar su riqueza, su magnitud y su belleza: se servian tambien refrescos gratis. Pero basta de este asunto.

Establecidos en estas dos capitales Potosí y Chuquisaca, se trató de sacar recursos para el sosten del ejército y uno de ellos y quizá el mas valioso eran las confiscaciones, en que á virtud de aquel antiguo decreto que declaraba propiedades estrañas las de los que estaban bajo el dominio español, incurrian las de los que habian emigrado con las fuerzas enemigas. Estos habian tomado sus medidas para asegurar sus bienes muebles, pues de los raices no se trató por entonces, y estas medidas consistian en ocultarlos en escavaciones secretamente hechas á que llaman en el Perú *tapados*, ó en depositarlas en los conventos, principalmente en los de Monjas, bajo la salvaguardia de la santidad de los lugares y de sus pacíficos habitantes.

En Potosí se formó un Tribunal que se denominó de recaudacion, compuesta del coronel D. Hilarion de la Quintana, como presidente, y los ciudadanos D. José Maria Santos Rubio, y D. Miguel Lamberto Sierra (tesorero del Banco de Potosí), como vocales. A este tribunal, incumbia perseguir las propiedades de los prófugos, estuviesen ó no ocultas y declarar su confiscacion, para destinar su importancia (supongo, porque no estoy interiorizado en este asunto) á la caja del ejército. La irregularidad y falta de formalidad con que se manejó el tribunal, dió lugar á inculpaciones de cuya justicia no puedo juzgar: pero si hubo malversacion, no debió ser tanta, pues ninguno de los que lo formaban enriqueció. A todos los hemos visto despues, gozar una vida nada mas que mediocre y sufrir al fin las escaseces de la emigracion. Luego diré lo que pienso que hubo realmente en esto.

El único *tapado*, que se descubrió y extrajo, perteneciente al rico capitalista Achaval, importaba mas de cien mil duros, de los que tres cuartas partes en moneda sella-

de y tejos de oro. Este caudal que se encontró á granel en un socabon hecho en una casa y despues cubierto con tierra (1) era llevado por peones en paribuelas á la casa del tribunal y para quitar el barro que venia pegado en las monedas, se echaba tambien á granel (todo esto era antes de contarlo y tomar razon) en el estanque de la fuente, que tenia la misma casa, de donde se extraian otra vez despues de lavadas para llevarlas á las piezas destinadas al efecto.

Como una prueba de la informalidad con que manejan estos caudales, referiré lo que me contó el capitán entonces y despues coronel D. Daniel Ferreira, á cuya narracion dí entero crédito. Llegó á la casa donde tenia sus sesiones el tribunal en los momentos en que se hacia el lavatorio del dinero de que acabamos de hacer mencion: era presenciado por el coronel Quintana, presidente del tribunal, quien le dijo: "*Ferreira, porque no toma V. algunos pesos?*" Este aceptando el ofrecimiento estiró su gigantesco brazo, proporcionado á su estatura y con su tamaño mano tomó cuanto podia abarcar. Quintana repitió entonces: "*Que va V. á hacer con eso, tome V. mas.*" Entonces Ferreira sacando su pañuelo, puso en el cuanto podia cargar, que probablemente serian algunos cientos. Por este hecho, que creo verdadero juzguesé lo demas. Entretanto estoy persuadido que Quintana creia un acto de perfecta justicia, remunerar de este modo á un buen soldado y honrado patriota como era Ferreira, y este quedó muy agradecido y encomiaba la generosidad del coronel Quintana.

Con algunas mas generosidades como esta, con lo que

(1) Este mismo Sr. Achaval habia perdido antes en la Paz una gruesa cantidad de dinero, porque su dependiente al ocultarlo no dijo á nadie el lugar del depósito y habiendo muerto este, no se pudo dar con él. Esto le obligó á prevenir á sus otros dependientes que llegado igual lance, lo avisasen á alguna persona de su confianza. Por esta segunda vez, fué el confidente quien traicionó el secreto.

sustraerian los peones conductores, los cabadores, los agentes subalternos y alguna otra cosa más ¿que extraño es que el caudal cuando hubo de entrar en las arcas, hubiese disminuido notablemente? Se dijo que fataba más de la mitad. La cantidad total fué años después (según entiendo) abonada al Sr. Achaval en fondos públicos de Buenos Aires.

Fuera de los Sres. del tribunal de recaudación, se constituyeron en pesquisidores de *tapados*, varios coroneles y gefes de cuerpo. Cada uno de ellos buscó sus corredores y los lanzó en busca de noticias, las que adquiridas, procedían á la exhumación de los objetos enterrados. Lo que se encontraba de valor se guardaba muy corrientemente y luego se avisaba al tribunal para que viniese á recoger trastes, ropas ú otros objetos de menos importancia. Sin embargo no fueron felices esta clase de especuladores, por que no se les vió gran caudal, y puede aplicárseles lo que dije de los individuos del tribunal, que aunque en su tren, mesa y porte, fuesen por entonces bien distintos de los que no se empleaban en este tráfico, se vieron después igualados con todos los demás. En suma no hubo en esto sino miserias y miserables ganancias, mal adquiridas y peor aprovechadas que empañaron el crédito del ejército y nos dañaron á todos.

Recuerdo que tres gefes de un batallón emprendieron el negocio en amistosa sociedad: después de mil trabajos, de muchas precauciones y de infinitas diligencias, supieron de un depósito que había en cierta casa, la que con diversos pretextos hicieron desalojar para mudarse ellos. Instalados que fueron, procedieron á la escabación y se encontraron con una abundante librería que el prófugo dueño había querido ocultar, haciéndola encajonar y enterrar. Dichos gefes no eran afectos á la lectura y tuvieron que maldecir su hallazgo, haciendo después broma y farsa ellos mismos. Como esté chasco hubieron otros muchos.

Lo que refiero de Potosí, lo sé por notoriedad y la voz pública; de lo que pasó en Chuquisaca, soy testigo peculiar.

En cuanto á lo primero, no puedo dar otros detalles: en cuanto á lo segundo podria llenar una resma de papel. Acabaré con Potosí diciendo que el General tuvo á bien sacar los cuerpos y acantonarlos en varias haciendas inmediatas, situando su Cuartel General en Mondragon, lo que fué muy bien hecho, pues á ser mas larga la mansión en la ciudad, el negocio de los *tapados* se hubiera generalizado y hubiera descendido á las clases subalternas y hasta á la tropa. Fué el mejor medio que se le ocurrió de cortarlo.

En Chuquisaca, poco ó nada hubo de entierros, pero si muchos depósitos en los conventos de Monjas y Beaterios, que son bastantes. Una tarde fueron comisionados los gefes de mi regimiento para ir á los conventos de Santa Clara y Santa Mónica á registrarlos (despues de allanada la cláusura por la autoridad competente) para extraer las alhajas y efectos de toda clase que hubiese depositados. Se hizo un buen acopio de todo y se guardó en la sala principal de la casa de Gobierno ó Presidencia, á granel y sin cuenta ni razon. Era tanta la informalidad y quizá estudiada imprecacion, que teniendo dos puertas en los extremos opuestos dicha sala, no se habian recojido y guardado las llaves. Una de dichas puertas caía á la secretaria y me acuerdo haber sorprendido á un funcionario, que habia abierto misteriosamente dicha puerta y se habia introducido al salon. La otra no estava mejor guardada, aun que caía á las piezas que ocupaba el Presidente.

Muy luego se vieron los efectos de este desorden, pues hasta algunos oficiales subalternos empezaron á deramar dinero y á gastar un lujo enteramente desproporcionado á sus haberes. Varios de ellos que solo eran tenientes ó alférez, tiraron las guarniciones y bainas de fierro de sus espadas para hacerlas de plata: se cargaron de uniformes lujosos, é hicieron á las damas buenos regalos; esto sin contar lo que disipaban sobre la carpeta. Hago memoria de D. Raimundo Hereña, amigo mio, que tenia tienda de negocio: me habia mostrado un sable anti-

guo de baina de suela, con guarniciones y conteras de plata de añeja hechura; un dia me sorprendió con decirme que lo habia vendido en el valor de 500 pesos, cuando no valia la décima parte: para convencer mi incredulidad, me manifestó un collar de perlas, y me dijo: “*Un ayudante me ha dado en cambio del sable estas perlas, que han sido tasadas en quinientos pesos.*” Con lo que me convenció de la exactitud de su referencia. El ayudante debia gastar muchos pesos mas para modernizar el sable.

Otra vez me sorprendí al ver á unos cuantos soldados de mi compañía con chalecos nuevos de un riquísimo terciopelo verde: me informé reservadamente de la procedencia de esta lujosa mercaderia y supe que al conducir á la Presidencia varios cajones de costosos efectos, dejaron caer intencionalmente uno para que se hiciera pedazos, como sucedió. Un soldado tomó una pieza de terciopelo, como otros tomarian otras cosas, vendió una parte á vil precio y lo demas lo distribuyó en cortes de chalecos á varios de sus compañeros. Adviértase que siendo el soldado de mi compañía, no quise ni debí penetrar mas en el asunto, ni menos corregirlo. He entrado en estos pormenores omitiendo otros, para mostrar el grado de indelicadeza en que estábamos, siéndome muy sensible manchar el papel con hechos de que es preciso avergonzarse. Quizá algunos se reirán, si llegasen á leer esto; sea en hora buena, que se burlen de lo que ellos llamarán escrúpulos, ó nimia minuciosidad, pero les contestaré que habiendo yo, sufrido tanto por efecto de estos desórdenes, me creo con derecho á referirlos, para decir que los reprobé.

sin promover la indisciplina, sin ofender ninguno de los deberes militares, me uní á unos cuantos oficiales honrados y decentes para hacer oposicion á este torrente de desmoralizacion que amenazaba undirnos en un abismo de desconcepto y de desprecio: los tenientes D. Tomas Tejerina y D. Lorenzo Lugones, fueron los que principalmente me acompañaron en esta honrosa asociacion: ella no com-

batia con palabras, sino con su ejemplo y nos abstuvimos de reproches que hubieran herido á muchos.

¿Para qué cansar con mas pormenores? Bastará decir que esta conducta me grangeó buen concepto aun entre los mismos que habian obrado de un modo enteramente opuesto. Como el mal obrar, nunca es un vínculo de verdadera amistad, los mismos que habian marchado por el mal camino se separaron muy luego y estalló la division. Por motivos de poca importancia, la mayor parte de los oficiales acordó hacer una violenta representacion contra el mayor del regimiento D. Juan Francisco Zamudio, íntimo del coronel: me vieron para que la autorizase con mi firma y me negué francamente: mas no por eso dejaron de hacerla y elevarla al coronel y Presidente. Para este y para los demas gefes, fué un golpe de la mas terrible sorpresa. ¡Cuando tanto habian hecho para grangearse popularidad! ¡Cuando esta habia sido una de las que tuvieron en vista al autorizar los desórdenes que he mencionado! ¡Cuando estaban mas satisfechos de su poder, herir al mayor de un modo tan irrespetuoso! esto estaba fuera de toda su prevision y cálculos.

Aunque el coronel quiso apoyar á Zamudio con todo su poder é hizo intervenir activamente al honrado Balcarce, quien aunque en secreto deploraba los desórdenes, se mantenía impassible por la estremada moderacion de su carácter, nada fué bastante para hacer desistir de sus atrevidas quejas, á aquellos jóvenes, que ellos mismos habian empujado en la carrera de la indisciplina. Sin embargo los respetos de Balcarce contribuyeron á que las cosas no pasasen á mayores escándalos, como debió suceder y que se concluyese el negocio, separándose dos oficiales de los mas comprometidos, que fueron mandados á disposicion del General en Gefe, y proponiéndose el mayor ser mas mesurado en sus expresiones, cuya acritud en algunas ocasiones, habia sido el motivo de la queja.

Como yo no hubiese querido mezclarme en aquella

especie de tumulto y que muy al contrario, hubiese empleado mi influencia en calmarlo, el coronel, los otros gefes y hasta el mayor con quien no corria en muy buena relacion, buscaron mi amistad y me ofrecieron la suya. Yo sin desecharla, fuí invariable en mis principios, de modo que cuando esta nueva situacion nos diese algunos puntos de contacto, habia otros en que nos separábamos enteramente.

Ademas de los gefes, habia en el regimiento un capitan que gozaba de las regalías de tal: era el capitan D. Antonio Rodriguez, hermano del coronel, que habiéndose quedado al abrir la campaña con cualquier pretesto, habia ocurrido al ruido de los embargos y confiscaciones. No se presentaba jamas en su compañía, no hacia guardia, ni servicio alguno: era una especie de favorito que se ocupaba esclusivamente de hacer la corte al Gefe del Gobierno. Era un ente anómalo, que hubiera escandalizado á un cuerpo militar, si algo hubiera podido escandalizarnos en el estado de desgreno en que nos encontrábamos. Lo único que se alegaba para esta preferencia era su mayor antigüedad, por la cual le correspondia la mayoría, que sin duda le hubiera sido conferida antes que á Zamudio, sino hubiera estado fuera del regimiento y manifestando siempre intenciones de dejar el ejército y aun el servicio. Mas tarde fué promovido á comandante de escuadron y aun se sobrepuso al mismo Zamudio.

Se me ha pasado referir que cuando la fuerza de las confiscaciones, fuese para probar la solidez de mis principios, fuese para cerrarme la boca si tenia la debilidad de morder el sebo, fuí una noche á las siete, llamado á la Presidencia. Llegado á presencia del Sr. Rodriguez, me dijo mostrándome un indio trabajador que estaba presente: *“Este hombre que es albañil, dice haber hecho en el convento de las Claras, una obra para ocultar unos fardos ó cajones que ignora lo que contienen: vaya V. ahora mismo y sirviéndole él de guía, estraiga el depósito y traiga cuanto encuentre, con una*

partida de tropa desarmada que llevará al efecto." No podía declinar la comision que se me encargaba, pero al aceptarla me propuse probar que mis acciones guardarian perfecta conformidad con las doctrinas que todos me conocian.

La órden era perentoria é instantánea y la hora no me permitia demorarme para buscar muchos testigos. Sin embargo, pude encontrar dos oficiales que llevé conmigo: fueron el capitán graduado D. Tomas Tejerina y el portaguion D. Domingo Millan.

Con ellos y la partida me dirijí al convento de las Claras, cuyas puertas tocamos con los mayores miramientos. Se abrieron y las monjas que se nos presentaron, declararon que aunque estaba allanada la clausura por la autoridad eclesiástica, era forzoso esperar al capellan, á quien mandaron buscar á su casa. Era conocidamente un pretexto para demorar nuestra entrada y darse tiempo de trasladar á otro lugar el depósito que se iba á buscar, lo que supieron muy bien por el indio que me acompañaba, á quien conocian porque habia trabajado en el convento y me habia rogado lo hiciese atar por los brazos con una cuerda, para que no se creyese que era voluntario delator. El capellan tardó mas de una hora que pasamos en muy franca conversacion con las madres, que se conservaban á la parte interior del umbral, mientras nosotros ocupábamos la exterior (1). Al fin pareció el capellan y pude en-

(1) Entre las monjas que salieron á la *porteria* estaba una linda moza, cuya edad no llegaría á treinta años, cuya frescura y lozania, igualaba á la regularidad de sus facciones y á las gracias de toda su persona. El capitán Tejerina la habia conocido el dia antes y sabía por ella misma que era natural de Córdoba, es decir de mi misma provincia. Despues de los cumplidos de estilo le dijo: que yo era su paisano; y ella me preguntó con vehemencia, si yo era cordobés y ovendo mi contestacion afirmativa, repuso con amargura: *Jesus! No me deshonre V.* Esta salida tan intempestiva, como chocante, me incomodó vivamente, pero disimulando le pregunté á mi vez, si era tambien cordobesa, su nombre y el barrio ó partido á que pertenecía: me contestó que era cordobesa, que se llamaba Pilar Moyano y que su familia residia en el partido de

trar al convento guiado del indio y seguido de los oficiales, porque la tropa quedó fuera.

Después de atravesar por muchos corredores, patios pequeños, puertas y pasillos, llegamos al lugar donde el indio albañil indicó que había sido ocultado el depósito que se buscaba. El lugar, era un pequeño cuartejo sin mas comunicacion ni salida que una puerta diminuta que había estado tapiada y acababa en esos momentos de ser abierta y cuyos escombros que pocos instantes antes habían sido barridos, se encontraban á pocas varas de distancia, porque no tuvieron tiempo de llevarlos mas lejos. Aquellas benditas madres, creyendo sin duda que en aquel caso les era permitido mentir aseguraron que ninguna clase de efectos habían permanecido allí ocultos: yo que tenía pocas ganas de encontrarlos, me dí por satisfecho, pero hacién-

San Vicente que está á pocas leguas de la ciudad: yo hallé entonces mi desquite y le dije: "*se conoce que es V. de la campaña.*" Por mas que mi expresion y mi modo fuesen moderados ella conoció que yo estaba ofendido y quiso desagraviarme tomando un aire jocoso. Vaya, dijo, me parece que se ha ofendido V. de lo que acabo de expresar, pero voy á desenojarlo trayéndole un buen mate, dulces, etc. Entonces le dí tambien las satisfacciones que era posible y quedamos los mejores amigos del mundo. A la mañana siguiente, estando aun en cama se me presentó una criada del convento con un amistoso recado de mi paisana, que me mandaba servir el mate, para lo que, segun es costumbre, traía todo lo preciso y un hermoso ramo de flores, indicándome ademas que la visitase pues tendria mucho gusto en recibirme, lo que ofrecí hacer tan luego como pudiese. Efectivamente á los dos ó tres días, fuí una mañana al convento y llamando al torno, me anuncié á la portera, á quien no vein, rogándole avisase á la madre Pilar Moyano que su paisano estaba á visitarla y que le suplicaba bajase al locutorio. La portera que tampoco me veia me preguntó con ese tono y temple de voz que es peculiar de las monjas, "*si yo era oficial de la patria,*" y oyendo mi contestacion afirmativa repuso: *¡Qué extraño es que los oficiales de la patria, vengan á visitar á las realistas, sin hacer caso de las patriotas!* Confieso que me chocó fuertemente la coquetería de la buena monja, que no se si era vieja ó moza, linda ó fea, y la ingerencia que queria tomar en las cosas politicas. Yo que estaba acostumbrado á considerar á aquellas candidas mugeres enteramente abstraídas de las cosas terrenas y ocupadas exclusivamente de los intereses del cielo, no pude ocultar mi disgusto y le dije por última contestacion: Madre, me re-

dolces entender muy urbanamente que conocia su juego y que no era el juguete de sus artificios por otra parte muy honrosos, pues correspondian á la confianza que habia hecho el depositante.

Al principio solo nos acompañaron el capellan y unas pocas venerables y ancianas madres (fuera de mi paisana) pero á proporcion que fuimos penetrando en el convento y mucho mas cuando traté de retirarme, como en prueba del agradecimiento que les imponia mi comedido modo de proceder, la afluencia de monjas y mas que de monjas de niñas educandas, de que habia un grandísimo número fué muy crecida, de modo que para andar por aquellos pasadizos formábamos una buena columna: en primera linea venia yo con el capellan y unas cuantas venerables ancianas, pero mis compañeros venian rodeados de jóvenes ale-

tiro y por lo tanto puede V. escusar de avisar mi venida á la madre Pilar, cuyas opiniones políticas no venia á explorar, como de ninguna otra de sus Reverencias. Así lo hice, sin que otra vez quisiese tentar nueva visita.

Lo que he dicho servirá para hacer comprender que los partidos políticos y las pasiones que les son consiguientes, habian penetrado en aquel recinto sagrado, en donde no debieran haberse oido mas que los cánticos de alabanza y las plegarias al Ser supremo. Aquella comunidad mugeril, se habia dividido en dos bandos que se hacian una guerra tenaz. La madre Montoya, abadesa nombrada antes de nuestro arribo, profesaba opiniones realistas, lo que motivó una queja de las monjas patriotas, que fué acogida por el Gobierno, quien determinó se hiciese nueva eleccion, de de que resultó el nombramiento de otra cuyo nombre no recuerdo, que tenia conocida adhesion á la causa de la independenciam. La madre Pilar mi paisana, era de aquellas y esto motivó el picante apóstrofe que me dirigió la noche que la ví: sentia que un paisano suyo se mezclase en aquellos actos que ella juzgaba injustos y quizá sacrílegos. Sin embargo, su obstinacion no era tenaz como se ha visto, pero así ella como la tornera, dieron con un hombre que aunque jóven era bien poco galante y que no quiso mezclarse en sus intrigas de claustro. Espero que se me perdone la minuciosidad con he referido este lance en atencion á que servirá para hacer formar una idea de esos conventos que solo debieran ser y que son efectivamente en otras partes, la morada de la virtud y la inocencia. Hubo con otros de mis compañeros, otras anedoctas graciosas, que excitarian la risa, si no provocasen otras reflexiones mas serias:

gres, risueñas y amables, que pienso sentian mas que nosotros la brevedad de nuestra visita: á mas tardar podia haber degenerado en una excesiva franqueza, menos para mí que siendo el que encabezaba la partida, me hacian la corte los mas graves personajes. Salimos al fin despidiéndonos del modo mas amistoso y quedando yo con el convencimiento de que habia desempeñado malisimamente mi comision, porque es seguro que si yo obro con mas precaucion encuentro el deseado depósito. En primer lugar, no debí mostrar al indio delator hasta el momento preciso: en segundo; pude apremiar un poco á las monjas para que dijesen á donde acababan de transportar los efectos depositados: y en tercer lugar, pude hacer algunas pesquisas registrando aquellos lugares que podian haber servido á la última ocultacion, porque era seguro que estaban allí y cerca. Nada hice y si entonces me quedó algun pesar por no haberme conducido con mas celo, despues me he alegrado, pues estoy cierto de que esos efectos, cualesquiera que fuese su valor, en nada hubiesen servido para las necesidades públicas, ni del ejército.

Fué por este tiempo que el coronel Rodriguez recibió los despachos de Brigadier con que el nuevo Director del Estado D. Ignacio Alvarez, lo agraciaba, sobreponiéndose á las reglas comunes, por cuanto no solo se le hacia saltar por sobre el grado de coronel mayor, sino porque era su patente un documento extraordinario en que se hacia una mencion pomposa de los méritos del promovido. Este fué un motivo mas para que las aspiraciones del nuevo Brigadier se aumentasen y las manifestase sin rebozo. A mi que no era mas que un capitán, recuerdo que me dijo un dia: *“Es lo mas impropio, que el Sr. Rondeau estando nombrado Director del Estado (1), se conserve á la cabeza del ejército: deberia trasladarse á la capital, y dejar el puesto que*

(1) El General Rondeau despues de la revolucion de las Fontezuelas y sus consiguientes habia sido nombrado Director del Estado. El General D. Ignacio Alvarez, no era sino suplente durante su ausencia.

"qui ocupa á quien le corresponde." No es difícil comprender quien era el que se queria designar, y á la verdad que si solo se atendia á la graduacion y antigüedad, ningun otro debia ser preferido, siendo él que era el único Brigadier, por que el Mayor General Cruz, no era mas que Coronel Mayor. Esto servirá para que se comprendan otras ocurrencias posteriores de que hablaremos.

La justicia y estimacion personal que he profesado al General Rodriguez, me obligan á hacer una explicacion de mis sentimientos y de mis opiniones á su respecto, pues sentiria que el deseo de decir verdad y de dar una idea de los sucesos, hiciesen formar un concepto desfavorable, al menos mas allá de lo que es justo. El Brigadier Rodriguez era un patriota sincero, un hombre leal á la causa de la independencia; era dotado de un excelente corazon; generoso, de maneras insinuantes y de un trato agradable; pero sea como militar, sea como administrador era de limitados conocimientos: ignoraba aun la práctica de rutina de su profesion porque la escuela que tuvo en los cuerpos urbanos de Buenos Aires, no pudo subministrársela. Creia de muy buena fé que el modo de entusiasmar al soldado, era tener condescendencias que relajan la disciplina y el modo de premiar á sus subalternos, era cerrar los ojos y tolerar el merodeo. Cualquiera se persuadirá que en Chuquisaca, en esas confiscaciones desordenadas y en el eminente puesto que ocupaba, pudo acrecentar su fortuna: nada de eso hubo, como se probó bien cuando el año siguiente fué sorprendido y saqueado en la provincia de Salta: solo se hallaron en su equipage objetos de menguado valor, que sin embargo se hicieron sonar como pruebas de una patente malversacion. Ademas de aquellas calidades, tenia el coronel Rodriguez la de la docilidad, mediante la cual hizo un excelente Gobierno, cuando años despues desempeñó el de Buenos Aires. Se dejó conducir por sus sábios ministros y su administracion fué una de las mas felices que cuenta el pais. Aunque su educacion habia sido

la de un hombre de campo y su instruccion ninguna, perteneció siempre al partido civilizador y fué constante en él hasta sus últimos momentos. Si hablamos del hombre privado, diremos que fué buen padre, buen esposo, buen amigo: diremos tambien que fué buen ciudadano: pero contrayéndonos al hombre público, hemos dicho y diremos la verdad, como la hemos comprendido.

La apertura de la campaña se aproximaba y mi regimiento debia dejar la capital del Alto-Perú, para trasladarse al teatro de la guerra. El Presidente General Rodríguez, sin dejar la Presidencia, quiso participar de los peligros y de las glorias que obtuviese el ejército y se aprestó tambien para la marcha. Esta se verificó en los primeros dias del mes de Agosto y como el dia en que la emprendimos dejó en mi memoria un recuerdo indeleble, quiero ocuparme aunque sea rápidamente de él.

Muy temprano estuvo el regimiento formado en la plaza, donde echó pié á tierra esperando que fuese hora de emprender la marcha. Los gefes, todos estaban almorzando en la que se llamaba Presidencia, ó Casa de Gobierno: los oficiales, aunque á caballo vagaban por la ciudad, haciendo sus últimas despedidas ó completando sus preparativos de marcha y los soldados bebian aguardiente en las pulperias ó tabernas de la plaza. A las once mas ó menos salió el Presidente, acompañado de las autoridades y algunos vecinos, detras de cuya comitiva debia seguir la columna. Era fácil preveer que esta no iria muy en orden y era de desear que los respetos de algun gefe, cuya presencia era necesaria, viniese á contener las irregularidades y aun desórdenes que podian tener lugar, mientras cruzábamos aquella linda ciudad. No sucedió asi, pues en el acto de montar á caballo vino un ayudante á prevenirme que tomase la retaguardia de la columna, pues todos los gefes irian en la comitiva del Presidente. Con gran pesar mio tuve que resignarme y empezar á luchar desde que nos movimos con el desorden que promovian muchos soldados

ébrios: ya quedándose atrás sin guardar la formacion, ya dando gritos y desobedeciendo en fin á sus oficiales. Me hago un deber en confesar que otro cualquiera hubiera llenado mejor semejante comision, porque en este como en otros mil lances parecidos, la vivacidad de mi genio y el horror que siempre tuve al desorden, me hacian quizá traspasar los límites de la prudencia. En ese dia hube de cometer un homicidio en un soldado que desobedeciéndome y echando mano á su tercerola, recibió de mi una estocada en el pecho: afortunadamente la herida no fué grave, sino que hubiera yo tenido un mortal dolor. Me ratifiqué tambien ese dia en el concepto que habia formado y lo dije públicamente á varios que estaban á mi inmediacion: *que era imposible que triunfásemos*. Desgraciadamente acerté en mi profecía.

Es tanto lo que he sufrido desde mi juventud y durante mi larga carrera militar, con los avances del desorden, con el que jamás pude transijir, y al que siempre combatí en la esfera en que segun mi clase me era permitido girar, que se me deberá disculpar si desciendo á pormenores prolijos y quizá impertinentes. Para esplicarme yo mismo ese horror que muchos han clasificado de excesivo, tengo que recurrir al sentimiento de justicia que siempre dominó en mi carácter y á la profunda conviccion que siempre tuve, de que para vencer era preciso la disciplina. De tales disposiciones resultaba que mientras estuvieron al frente de nuestro ejército Generales, severos si se quiere, pero que hacian observar las leyes militares, el servicio no me fué pesado ni molesto aunque las privaciones y la propia abnegacion, debiesen ser mucho mayores: al contrario, cuando la debilidad de los mandones dejaba asomar los desórdenes, mi situacion era insoportable.

Y no puede ser de otro modo para un oficial que piense con juicio y con honor, pues mientras él hace sacrificios inútiles y que nadie le agradece, otros gozan de lo presente sin cuidarse de la patria, del crédito del ejército, ni del

honor de su distinguida profesion. Pero habia otra cosa mas en los tiempos de que voy hablando, como en todos los que se le parecen.

Se habia introducido la mania, por no decir la infamia de clasificar á los oficiales en *buenos* y *malos*, siendo los últimos aquellos que reprimían los excesos y se empeñaban en conservar la disciplina: por el contrario se reputaban por *buenos* aquellos que permitian la licencia y toleraban toda clase de abusos. Esta clasificacion, que se permitia muy particularmente el soldado, era funestísima para el órden militar, á que se añadian los rumores vulgares, de que en el conflicto de un combate la tropa se hacia justicia por sí misma asesinando á los oficiales que se reputaban por *malos*, sin que pudiese hacerse cargo alguno à los asesinos por la dificultad de probar el crimen. Con estas habillitas y amenazas se retraian los oficiales jóvenes, de conducirse con celo y con una justa circunspeccion, llegando muchos á cometer bajezas para mendigar el sufragio del soldado y acaso pensando garantirse de sus tenebrosas venganzas.

Mas, tengan entendido los oficiales jóvenes que aun en un estado que no sea de absoluto desórden, el verdadero modo de captarse la afeccion y al mismo tiempo el respeto del soldado, es ser justo y equitativo: ser prudentemente celoso en la observancia de la disciplina y ocuparse de sus necesidades. En cuanto á mi puedo asegurarles, que sin descender jamás á adular las pasiones de mis subordinados, siendo joven y nuevo en la carrera, como seria el lector á quien pudiese aprovechar esto, me respetaron mas que á otros que seguian el camino opuesto; y que en los combates en que temian que la espada ó la bala del soldado se dirigiese contra ellos, no merecí sino pruebas de consideracion, respeto y obediencia.

Como de todo se puede hacer abuso, seria uno muy grande ostentar un celo exagerado, y debo advertir que en los primeros tiempos de la revolucion, se pecó en este sen-

tido de un modo muy grave. Jóvenes que por primera vez vestían el uniforme y que á penas podían cargar la espada, ostentaban una autoridad insensata y la lucían, aplicando, sin razón muchas veces, y casi siempre sin discernimiento, castigo crueles é ilegales, que recaían generalmente sobre veteranos encanecidos en la guerra y llenos de honrosas cicatrices. Esto era ir al extremo opuesto, que es tan reprehensible como el que he condenado antes y que es preciso igualmente precaver. Téngase esto presente para comprender lo que he querido significar. Mas ya es tiempo de volver á nuestra marcha.

Seguimos á cortas jornadas hasta el pueblito de Macha, el mismo donde acantonó el General Belgrano su ejército, después del conflicto de Vilcapugio, situado á dos leguas de distancia del campo no menos desgraciado de Ayouma. Allí permanecimos algo más de un mes, en el que tuve el acerbo pesar de perder un compañero querido, un amigo sincero. El capitán D. Tomas Tejerina, tucumano, de resultas de una caída de caballo y de una patada que con este motivo recibió en la cabeza, hallándose ya casi sano, recayó de un modo tan violento que en pocos días pasó á la eternidad. Estábamos estrechamente unidos por la amistad, vivíamos juntos, comíamos juntos y paseábamos juntos. Sus ideas estaban en perfecta consonancia con las mías y éramos en una palabra amigos verdaderos. Su muerte me causó un vivo pesar y duró por mucho tiempo este doloroso recuerdo. Si yo perdí un amigo, la patria perdió un hijo digno y el ejército una de sus más bellas esperanzas.

En Setiembre nos movimos de Macha, al mismo tiempo que lo hacía el ejército desde sus acantonamientos en las cercanías de Potosí. El Batallón de Cazadores, á las órdenes del mayor entonces D. Rudecindo Alvarado, llevaba la vanguardia, al que seguía el regimiento N.º 1.º á las del mayor Forest y así los demás cuerpos con una jornada de distancia. El camino que llevábamos se reu-

nia al que traia el ejército en cierto punto y el día que llegamos al camino principal, encontramos en un vallecito muy estrecho al batallón de Cazadores que acababa de campar: no fué sino con dificultad que encontramos terreno para establecer nuestro campo, dificultad que fué mucho mayor, cuando al poco rato llegó el N.º 1.º que forzando sus marchas y contra lo que prevenian las instrucciones del General en Jefe, quería no solo alcanzar al cuerpo que le precedia sino pasar á su vanguardia, como luego se vió.

En el Perú, como hay poquísimos pastos y esos de mala calidad, pues generalmente consisten en una paja brava y dura, es forzoso emplear el pasto cultivado y los granos para alimentar las bestias. Es pues indispensable hacer requisiciones anticipadas, para que se logre un acopio proporcionado, en los lugares que se elijan para parada de un cuerpo ó de un ejército: lo mismo se practica con respecto á los víveres que ha de consumir la tropa, (1) lo que es mas ó menos difícil, segun la mas ó menos abundancia del lugar y segun el celo y voluntad de las autoridades encargadas de la requisicion. Cuanto por faltas de providencias oportunas en la administracion militar que debia hacer los pedidos ó por negligencia de los alcaldes, caciques ó corregidores, no se encontraban los víveres y forrages precisos, el jefe destacaba una partida á buscarlos ó apremiaba á las autoridades y vecinos hasta encontrarlos. Fácil es hacerse cargo de que no faltarian algunos abusos, mas debo decir en obsequio de la verdad, que ge-

(1) Ya en tiempo de los españoles, acostumbraron estos algunas veces dar á la tropa una peseta diaria por plaza (sin duda abonaban en proporcion á los gefes y oficiales) para que el soldado proveyese á su subsistencia, sin que el jefe se ocupase de ella: despues me han asegurado que este método es adoptado habitualmente en la actualidad. El es cómodo sin duda, pero es consiguiente que se aurrente y siga al ejército un número considerable de vivanderos, lo que no deja de traer sus inconvenientes, fuera de otros que saltan á la vista.

neralmente eran pocos, si exceptuamos esta época de desmoralizacion y desorden.

La provision de eada cuerpo estaba encomendada á su mismo gefe, quien impartia órdenes, destacabã partidas y mandaba hacer la distribucion como le parecia durante la marcha. El que era mas exigente ó mas cruel con los habitantes: el que era mas activo y menos considerado: el que se proponia regalar mejor á sus soldados y á sí propio, obtenia mayores ventajas, y sucedia frecuentemente que mientras un cuerpo estaba en la abundancia, otro no tenia que comer. Entre todos los gefes se distinguia por su solicitud el coronel Forest, lo que hacia que su regimiento estu viese siempre mejor atendido que los demas. Hubo vez que el N.º 1.º tenia una gruesa tropa de reses y los demas regimientos no tenian ninguna. Al pasar la tropa por delante del N.º 12, enlazaron una baca; lo que visto por el coronel Forest, que estaba inmediato con su cuerpo, hizo tocar llamada, formar la tropa, cargar las armas y disponerse á batir al N.º 12, para exigir la vaca que habian enlazado: en el acceso de su cólera, tomó él mismo un fusil que disparó á los cazadores: pudo haber un combate y uná horrible desgracia: si se evitó fué por la prudencia de los gefes del N.º 12. Este cuerpo era todo de peruanos [principalmente cochabambinos]: lo mandaba el coronel Arenales; aunque entonces no estaba presente. Luego hablaré de él.

Vuelvo al estrecho vallecito, cuyo nombre no recuerdo, donde degé á los cuerpos N.º 1.º, cazadores y mi regimiento de dragones, apiñados y en la mayor incomodidad por la escasez de terreno, pues por todas partes nos circundaban cerros elevadísimos, áridos y pedregosos. El camino que debíamos tomar para seguir á Challanta que era la direccion dada, principiaba por una cuesta muy áspera y de una pendiente rápida, cuyo pié estaba en el mismo valle que nos servia de campamento: el camino era tan estrecho que no podian ir dos hombres á la par. To-

dos creíamos que al día siguiente continuaria la marcha en el orden establecido, teniendo la vanguardia los cazadores; pero no sucedió así.

El coronel Forest quiso anticiparse y al efecto sin hacer sonar caja y con el mayor silencio, hizo levantar à su cuerpo antes que los demas hiciesen la señal de la diana. Cuando se hizo dicha señal, ya el N.º 1.º desfilaba y se apoderaba del estrecho sendero de la cuesta y como era consiguiente que sus bagages le siguiesen, ocupaba una larga estension de camino, el cual no podian emprender los otros cuerpos mientras todo lo que pertenecia á aquel no hubiese pasado. El gefe y demas individuos del batallon de Cazadores, chasqueado por este pueril estratagema que invertia el orden de la marcha y contravenia las disposiciones del General, lo recibieron muy mal, y se dejaba ver en el semblante de todos, la colera y el despacho pues tuvieron que esperar mientras avanzaba lentamente el cuerpo que habia tomado la delantera.

El regimiento N.º 1.º en su lenta ascension por la cuesta iba no solo á nuestra vista, sino tambien á la habla, de modo que oian los gritos que se daban. Como los soldados no desconocian el disgusto que habia causado la burla á los Cazadores, quisieron rumberlos, y dieron algunos gritos desde la retaguardia, en este sentido y algunas piedras; la colera de los últimos, subió de punto y se aseguró que varios Cazadores habian cargado sus armas y que sin la intervencion de los oficiales, hubieran hecho fuego, lo que podia haber producido un combate. Mi regimiento que era de caballería, que debia tardar mas en los preparativos de marcha, y que no disputaba colocacion, fué mero espectador de estas diferencias: durante la marcha de ese dia nos avanzamos á todos los de infanteria.

Pronto llegamos á Challanta, de donde solo distavamos dos jornadas, que era el punto elegido por el General para acantonar el ejército, por que se decia que era una provincia abundante en forrages, granos y viveres. Por

lo demas no se que miras estrategicas, tenia el General en este movimiento, en que dejando á nuestra izquierda el camino principal que conduce á Oruro, nos habiamos corrido un poco sobre el costado opuesto. He dicho, que no se las miras del General, porque ignoro si pensaba desde alli (despues de haberse reunido el regimiento N^o 12, fuerte de dos batallones que traia de Cochabamba el coronel Arenales), buscar al enemigo, ó simplemente, conservarse á la defensiva. El hecho es que la mayor parte del ejército tomó cuarteles en Challante, pueblo de indios de mucha consideracion, menos mi regimiento de Dragones y el batallon de Cazadores que se acuartelaron en Aymayá, poblito avanzado media legua de aquel. Alli permanecemos mas de un mes, hasta que tuvo lugar el fatal combate do Venta y media, que sucedió de este modo.

El General Pezuela se habia movido de Oruro, situando su cuartel general en Torazora, y estableciendo su vanguardia en Venta y media, avanzada solo cuatro leguas Venta y media, distaba 12 ó 14 leguas del pueblo de Challanta, sin que tuviesemos otras fuerzas en observacion del enemigo que una compañía de Dragones, al cargo del mayor graduado, capitán D. Gregorio Araoz de la Madrid. Este que habia empeñado algunas guerrillas con las partidas enemigas y reconocido la posicion de Venta y media, aseguraba que el enemigo solo tenia un batallon y unos pocos hombres de caballeria y daba las mayores seguridades de sorprender y batir la vanguardia, siempre que se le aumentase la fuerza de su mando. No teniendose por bastante el testimonio de dicho oficial, se mandó al coronel graduado D. Diego Balcarce, á que practicando los mismos reconocimientos, emitiese su dictamen. El de este gefe fué conforme al del capitán La Madrid y el Brigadier Rodriguez, solo trató de poner en planta el pensamiento de dar un buen golpe al enemigo; sobre lo que ya habia conferenciado con el General en Gefe.

La tarde del 17 de Octubre (1815), nos llamó el Briga-

dier Rodriguez, al mayor D. Rudecindo Alvarado que mandaba el batallon de Cazadores por ausencia del coronel Tola-ya, y á mi. Acababa de recibir el parte del coronel Balcarce, que confirmaba los informes dados por el mayor La Madrid, sobre la situacion y fuerza enemiga en Venta y media, y nos pregunto nuestro modo de pensar (1) que no difirio del suyo, bien que Alvarado espresase su opinion de un modo muy tibio. En el acto escribió el Sr. Rodriguez una carta al General Rondeau, incluyendole el parte del Sr. Balcarce y exigiendo su acquiescencia para el movimiento proyectado: el General contestó haciendo observar que era mas prudente esperar mejores informes y que convenia meditar mas, dejando para despues la operacion. El General Rodriguez quedó descontento con esta especie de negativa, pero probablemente iba á resignarse, cuando se me ocurrió decirle Sr. General, *porque no va en persona á esponer al General en Jefe, las ventajas de la operacion y las probabilidades del triunfo?* Lo que resolvió inmediatamente, mandando ensillar su caballo y llamando un ayundante que lo acompañase.

Cuando quedamos solos, el Sr. Alvarado y yo, me espresó éste su desconformidad con mi modo de pensar y su pesar por mi última insinuacion, que habia quizá motivado la resolución de ir el Sr. Rodriguez al cuartel general. Recuerdo que me dijo en tono jocosó *mi amigo, si nos va mal, á Vd. le he de culpar* pero yo estaba muy distante de pensar así, y sin duda me engañaba, ó al menos así lo probó el resultado. La operacion no me parecia mala, atendidos los informes de Balcarce y La Madrid, y por otra parte creia

(1). A consecuencia de un duelo en que habia recibido dos heridas de no mucha gravedad, el mayor Zamudio, de mi regimiento, habia solicitado retirarse á Chquisach con el fin de curarse. Con este motivo fué yo propuesto para la mayoria, en que se me dió á reconocer el dia antes de marchar á Venta y media. El capitán graduado de teniente coronel D. Antonio Rodriguez, áscendió á comandante de escuadron.

que cuando no obtuviésemos una victoria señalada, no debíamos experimentar un serio contraste. Prescindiendo de la bondad intrínseca de la operación, debía yo calcular con otras mil circunstancias ajenas de ella que la hacían peligrosa; pero sea la ligereza de la juventud, sea el pueril deseo de lucir en un campo de batalla mis nuevas charretas, venció quizá mi vanidad y estuve firme en la opinión del ataque. El Sr. Alvarado pensó con mas juicio.

El General Rodriguez que nos habia dejado en su casa, con orden de aguardarlo, regresó con el asentimiento del General en Jefe y ya no se trató de otra cosa que de prepararnos para la empresa: recibimos orden de alistar nuestros cuerpos y emprendimos el movimiento, en la madrugada del 19, con el regimiento de Dragones, que llevaria muy poco mas de doscientos hombres y el batallon de Cazadores, con trescientos cincuenta. Al anochecer llegamos al punto que ocupaban nuestras avanzadas, que era donde estaban Balcarce y Madrid, y que solo distaba cuatro ó cinco leguas de Venta y media.

El 20 mientras descansaba y se preparaba la tropa, el General Rodriguez, se hizo acompañar del coronel Balcarce, y del comandante D. Antonino Rodriguez su hermano del mayor Alvarado, de La Madrid y algunos otros oficiales y se avanzaron tres leguas hasta una altura, desde donde se veia distintamente el pueblo de Venta y media, y habiendo mandado una partida á tirotear y dar la alarma, vieron la fuerza enemiga, cuyo número no calcularon mas alto que lo habian hecho anteriormente Balcarce y La Madrid. Todo concurrió á engañarnos, juzgando que la fuerza que íbamos á buscar, era igual, sino menor de la que llevamos. Yo, que era el único jefe que habia quedado en el campo, tuve orden á la caída del sol, de avanzar con los dos cuerpos, en la direccion de Venta y media, en la que me esperaba el General y sus acompañantes.

Serian las ocho de la noche, cuando me reuní á ellos en unos ranchos que estaban antes de la mitad del camino,

donde hicimos alto, para dar un pienso á los caballos y que medio cenase la tropa. Como mayor nuevo, desempeñaba con tal celo mis funciones, que no descansé, presidiendo personalmente las distribuciones que se habían ordenado; y fué en el momento en que ponía pié á tierra para pensar en mí, que recibí la órden de preparar el cuerpo, para movernos sin la menor demora. Es muy claro que estando calculadas las distancias y el tiempo, no debia perderse ni un instante, para que no fallase la operacion de sorpresa que se meditaba. Tuve que resignarme á tomar el estribo, en el momento que lo dejaba, sin llevar un bocado á la boca y sin permitirme el menor descanso.

Serian las once de la noche, cuando marchamos, teniendo siempre que ir cuidando la incomoda retaguardia y atendiendo á todos los accidentes que tenian lugar en la columna. El comandante D. Antonino Rodriguez, si de capitán habia desatendido completamente el servicio de su compañía, de comandante de escuadron, no era menos extranjero á todos los pormenores que le correspondian. Si continuaba en el regimiento, solo era espiondo una ocasion favorable para sacar alguna ventaja, y pronto y retirarse si esta no se presentaba.

La noche era estremadamente fria: al menos me lo pareció así, á lo que pienso contribuyó la debilidad de mi fisico, pues ese dia habia tomado muy poco alimento. Se marchó casi sin cesar, pero muy despacio por la oscuridad de la noche y la aspereza del camino: á las tres de la madrugada del 21, estavamos á la inmediacion de Venta y media, sin que hasta entonces nos hubiese sentido el enemigo. Estábamos en una quebrada, en donde hicimos alto, preparandonos para el combate.

En estos momentos solemnes, en que mas debe hacerse sentir la accion del que manda, empezó á notarse la vacilacion y duda del General, sobre el modo como debia conducir el ataque: para colmo de desgracia se enfermó, habiendolo atacado un violento vómito que lo molestó por

algún tiempo. Yo y muchos lo vimos atravesar lentamente sobre su caballo, dando fuertes arcadas, que producían su natural efecto. Ya era este un accidente de mal agüero, y si á todos les sucedió lo que á mí, debo creer que se perdieron algunos grados de la confianza que llevábamos de vencer.

Sin embargo, como en mi regimiento que á penas pasaba de doscientos hombres, iban tres gefes, siempre habia creido que el General Rodríguez, nombrase de 2.º gefe de la expedicion al coronel Balcárces, ó que al menos le diese una parte en la direccion del todo de la empresa que debia suponer bien meditada y combinada, siendo los dos gefes que quedabamos en la caballeria mas que suficientes para mandar los dos escuadrones que la formaban. Mas, no sucedió así, pues Balcárces quedó simplemente á la cabeza del cuerpo, quedando un vacío inmenso en mando general y en la combinacion y marcha simultanea de ambas fuerzas: es decir la infanteria y la caballeria.

He dicho que debí suponer que todo estaba combinado y previsto, porque todo el dia anterior lo habia empleado el General en reconocer los lugares y el enemigo y en calcular los medios de ataque: en el mismo caso estaban los otros gefes que lo habian acompañado, menos yo que por primera vez veia (si puede verse en una noche) aquellos parajes.

Continuaba nuestra inmovilidad y la perplejidad del General, cuando se oyó un tiroteo bastante vivo, á muy corta distancia: esto provenia del ataque que el mayor La Madrid que estaba algo avanzado con su compania, habia hecho sobre una gran guardia enemiga, única fuerza avanzada que tenian. Se le mandó otra compania á reforzarlo, que fué la de mi hermano D. Julian, mas el ataque y la sorpresa habian sido tan felices que ochenta ó cien hombres de que se componia la guardia avanzada, fueron completamente acuchillados. Solo salvaron unos cuantos hombres, con el alférez D. José Maria Valdez, quien fué á

dar la noticia al cuerpo de vanguardia de que dependia.

Tuvimos entonces órden de movernos y lo hicimos en la direccion de las descargas y fogonazos que acababamos de ver y oír. Hasta entonces seguia yo á retaguardia de la columna de mi regimiento, pero en esos momentos se me presentó el comandante de escuadron D. Antonino Rodríguez, reclamando aquel puesto, é indicándome que pasase á vanguardia al lado del coronel: lo hice, creyendo que el batallon de Cazadores iba inmediatamente adelante, pero cuando llegué no vi á la infanteria. Como el coronel Balcarce me dispensase confianza, no trepidé en preguntarle por ella y me contestó, que no sabia. Viendo entonces el desgreño y falta de direccion, que en aquella ocasion solenne, podia importar un descalabro, le dije: “Coronel, la patria reclama que tome V. el mando: hágalo que todos le obedeceremos.” El coronel cuyo espíritu iba sin duda tan atribulado como el mio, prorrumpió en un movimiento de exasperacion, diciendo casi á voces: “¿Dónde está el General, que si no da providencias, yo las tomaré?” No se si afortunada ó desgraciadamente, el General venia algo inmediato, é ignoro si oyó el todo ó parte de tan violento apóstrofe, pero no se dió por ofendido y se contentó con acercarse preguntando: “¿Qué hay? ¿Qué ha sucedido coronel Balcarce (1)?” Este le contestó: “Sr. General; he pedido órdenes que no se me han dado: he solicitado un guia que no se me ha remitido: voy marchando á la ventura, sin saber á donde, y todo presagia un desastre, si esto no se remedia.” El General Rodriguez repuso: “Siga V. con su cuerpo al batallon de Cazadores.” Mas el coronel, como di-

(1) A este arranque, raro en la genial moderacion del coronel Balcarce, aludia el Dr. D. J. Ignacio Gorriti, Vicario Castrense del ejército, cuando pronunciando su elogio fúnebre, dijo ponderando su inalterable mansedumbre, que solo una vez, se le vió exaltarse arrobado por su celo y por la gloria de las armas de la patria. Balcarce murió de enfermedad el año 1816 siguiente, en Tucuman, dejando los mas gratos recuerdos, por sus virtudes militares y civitas.

je antes, no sabia de tales Cazadores en la oscuridad que nos envolvía y solo se pudo averiguar que habian pasado adelante. Yo, que en cierto modo habia sido el causante de esta reyerta que no tuvo consecuencias, quise tambien ponerle término diciendo: "*yo iré á buscar á los Cazadores y avisaré.*"

Efectivamente me adelante y á muy corta distancia, encontré que la quebrada se separaba en dos ramas, de las cuales no sabia cual seguir. Tomé sin detenerme una con la intencion de dejarla y volver á la otra, siempre que en dos ó tres cuabras no encontrase al batallon de Cazadores, porque entonces era probable que no llevase ese camino, pues no debia ir muy distante. Afortunadamente encontré al batallon á poco trecho y pregunté al mayor Alvarado que lo mandaba á donde iba y que órdenes llevaba y me contestó que al pueblo de Venta y media, porque así se le habia prevenido: pregunté otra vez: *donde estaba Venta y media* y respondió que no sabia y que no hacia, sino seguir el camino que se le habia indicado y por donde continuaba su marcha.

A esta sazón alcancé á distinguir un grupo de caballeria que marchaba paralelamente á la derecha de la infanteria y supe que era el mayor La Madrid con su compañía. Me dirigí á él sin tardanza y le pregunté donde era Venta y media: y señalando con el brazo me indicó la direccion, añadiendo, que ya alcanzaba á columbrarse la torre de la iglesia. Era así realmente, porque ya el crepúsculo aclaraba el horizonte y permitia, aunque con trabajo, distinguir el edificio torrecilla de la iglesia del pueblito. Sin perder un instante, despaché dos hombres uno despues de otro, á advertir al coronel Balcarce cual era la verdadera direccion que debia traer y noticiarle que allí estaban los Cazadores.

Mientras esto no se dejaba de marchar y el batallon de Cazadores lo hacia batiendo marcha sus tambores (no usaban aun cornetas) cuando alcanzamos á ver un cuerpo de

infanteria, formado en una loma de nuestra izquierda, la que ya presentaba el flanco la columna del batallon, que llevaba sus tiradores desplegados en guerrilla á vanguardia. Dudamos por un momento si serian enemigos ó una parte del batallon que se decia haberse destinado en esa direccion, pero muy luego nos cercioramos de lo contrario y el mayor La Madrid y yo, corrimos advertirlo al mayor Alvarado, que quizá no los habia percibido, sin que hasta ahora pueda comprender como dejó de verlos. Mas para que se entienda mejor, quiero hacer una suscita descripcion del campo que fué teatro de este desgraciado combate.

La quebrada era regularmente ancha y fuera del cauce del rio de Venta y media, dejaba á nuestra izquierda una llanura como de doscientas varas, por donde marchaba nuestra columna: en seguida y siempre sobre nuestra izquierda, se presentaban como en anfiteatro dos lomas de poca elevacion, siendo la mas inmediata la que ocupaba el cuerpo enemigo de que he hablado, y que quedaba separada de la otra, por una corta planicie que debia atravesarse para llegar á la mas alta. Otra vez corrimos el mayor La Madrid y yo, para advertir al mayor Alvarado que el enemigo estaba sobre su flanco. Aquel gefe entonces, varió de direccion á la izquierda, dió frente al enemigo, y sus tiradores rompieron el fuego.

La inaccion del enemigo, que no solo pudo antes principiar sus fuegos, sino obrar con mucha mayor ventaja sobre el flanco de la columna, me hace creer que su sorpresa fué grande al ver una fuerza de infantería, que podia ser la vanguardia de un ejército, cuando quizá solo esperaba hallarse con algunas guerrillas de caballeria, como habia sucedido en los dias anteriores. Mas no por eso dejó de contestar los fuegos de nuestros tiradores, con la ventaja de la posicion y la de que teniendo nuestra linea sus tiradores delante (ya habia desplegado el batallon de Cazadores) no podia hacer fuego, mientras el enemigo ofendia á

los tiradores desplegados en guerrilla y á la línea de batalla.

Deseando el mayor La Madrid y yo, cooperar al éxito de este empeño con el grupo de caballería que tenía el primero, nos propusimos trepar la loma por nuestra derecha, é izquierda del enemigo, con lo que amenazábamos su flanco y lo cortábamos del pueblito que naturalmente era su base. Así lo hicimos, pero el enemigo antes que pudiésemos cargarlo se puso en retirada atravesando la pequeña llanura que dividía las dos lomas, para ganar la mas elevada. El mayor La Madrid me propuso cargarlo bruscamente y me opuse por el estado de desorden en que estaban los pocos hombres que teníamos de caballería: preferí seguir amenazando su flanco y procurando anticiparnos á la falda de la otra loma para medio rehacernos, contener el movimiento del enemigo y esperar que nuestro batallón avanzase, para hacer de mancomun su destrucción. Efectivamente, el enemigo se habia contenido y se agrupaba y remolineaba en el mayor desorden, cuando en la cresta de la segunda altura se dejó ver de improviso otro batallón que tomándonos á boca de jarro nos abrasó con sus fuegos. Ya no tuvimos mas recurso que zafar desordenadamente por entre los dos cuerpos enemigos, para descender la loma por el otro costado del que la habíamos subido. Entre tanto, que habian hecho nuestros Cazadores? Nada; cosa ninguna: tan solo se dejaron sentir unos cuantos volteadores en el perfil de la primera loma despues que la abandonó el enemigo y cuyos débiles fuegos no tuvieron efecto alguno.

Quando descendimos la predicha loma acribillados por un diluvio de balas, encontramos al Regimiento de Dragones que llegaba al pié de ella, por la izquierda del batallón nuestro y el coronel Balcarce no trepidó un momento en cargar, sin embargo de la posición del enemigo casi inexpugnable para la caballería. Ya incorporado al regimiento me encontré en esta nueva carga, en la cual vendí-

mos la primera loma y llegamos casi hasta el pié de la segunda donde se habian reunido ya los dos batallones enemigos, los que colocados en muchas filas la coronaban perfectamente, pudiendo ademas disparar todos por la rápida pendiente del terreno. El fuego fué entonces de los mas vivos que he sufrido en mi carrera militar y es mas que seguro que en muy pocos minutos hubiéramos desaparecido todos, sin la pronta y rápida retirada que nos vimos precisados á practicar.

Rechazados finalmente hasta el bajo, se quiso en vano reorganizar el cuerpo: la tropa con muy poca disciplina no se prestaba á esta operacion, que el movimiento ofensivo del enemigo hacia por otra parte muy difícil. El batallón de Cazadores que se conservaba formado, empezó un movimiento retrógrado y principió á desbandarse, sin haber disparado un tiro, fuera de la compañía de volteadores. El enemigo siguió avanzando y la derrota se hizo general y completa.

Todo esfuerzo para reunir nuestra tropa me pareció inútil y me contraje á seguir la retirada entre los que venian mas próximos al enemigo, para salvar mi honor individual, dar ejemplo y remediar lo que pudiese. Venia solo porque el porta-estandarte Ferro que me acompañaba, habia recibido un balazo y su caballo en la carga y lo habia hecho retirarse. Alcé á la grupa para salvarlo á un oficial de Cazadores, é iba haciendo recoger los fusiles que encontraba tirados con los soldados de caballeria que llegaban á aproximarse (1) y yo mismo quise llevar uno y dar otro al oficial que conducia á la grupa; para lo que habia parado mi caballo y dado el frente al enemigo mientras un soldado que se habia desmontado me lo alcanzaba.

(1) Debe tenerse presente que en el Perú y aun en estos países, en aquella época el armamento era escaso, y que nuestros ejércitos, sobrando brazos no se podian aumentar muchas veces por falta de fusiles. Alguna vez, se armaron de lanza hombres á pié, por falta de ellos.

En este momento sentí un fuerte golpe en el brazo derecho, que si bien conocí que era de bala, creí que solo fuese una contusion por el poco dolor que de pronto me causó.

Sin embargo, el brazo perdió su fuerza y yo tuve que dejar el fusil y tomar la espada con la otra mano, pero sin ver sangre ni herida, porque el frío me había obligado á conservarme con un capote de grandes cuellos que me cubrían el pecho y los brazos hasta la cintura. Por otra parte, con mi detencion se había aproximado tanto el enemigo que no se podía pensar en otra cosa que en alejarse, lo que me era tanto mas urgente por ser de los últimos que lo verificaban. Mi brazo se entorpecía cada vez mas y el dolor que sobrevino me advirtió que era algo mas que contusion lo que lo afectaba: un poco mas tarde observé que la sangre salía en abundancia por la manga de la casaca y que el pantalon, la bota, la falda de la silla, el mandil y hasta la barriga del caballo iba cubierta de ella: su pérdida empezaba á producir la debilidad y esta á causarme desvanecimientos de cabeza, lo que me hizo ver que era preciso contener la hemorragia. Recuerdo que se me aproximó un cabo Soria, de mi regimiento á quien dí mi pañuelo y le previne que me atase el brazo: él lo tomó y se propuso hacerlo, pero viendo que era indispensable detenernos algo me dijo: *“mi mayor tenga un poco de paciencia y trate de adelantarse un poco mas, antes que reciba otro balazo que acabe de inutilizarlo.”* Era justa la observacion del cabo pues el enemigo estaba muy inmediato, nos perseguía con tenacidad y sus fuegos no se debilitaban. Cerca de dos leguas duró la persecucion y yo tuve que seguir desangrándome copiosamente, hasta que el teniente D. Felipe Heredia (hoy General en Buenos Aires) me ligó el brazo con su eorbata y me lo puso en cabrestillo, lo mejor que pudo.

Cuando el enemigo cesó de perseguirnos, yo estaba tan debilitado con la falta de alimento del día anterior y la mucha pérdida de sangre, que se me iba la cabeza y me faltaba la fuerza para sostenerme en el caballo; pero me

dieron unos tragos de aguardiente con agua y me recuperé, no consintiendo que me tuviese un soldado por detras, ni me tirasen el caballo, para lo que ya me habian quitado las riendas de la mano. Solo cuando se me pudo administrar un pésimo caldo, fué cuando me recuperé enteramente (1).

En la accion, ni en la persecucion no se vió caballeria enemiga y solo oí decir á algunos que habian percibido unos cuantos hombres en direccion al pueblo. Es seguro que si se hubiese empleado esta arma para completar nuestra derrota, hubiéramos escapado muy pocos y que yo no hubiera podido lograrlo absolutamente. No obstante, nuestra pérdida fué grande, pues el batallon de Cazadores perdió entre muertos y prisioneros tres cuartas partes de su fuerza, y los Dragones como treinta hombres entre muertos y heridos, incluso un gefe y tres oficiales. La pérdida de oficiales fué proporcionada en el batallon de Cazadores, pues murió el capitán Villademoros (padre del ministro de Oribe, en el sitio de Montevideo) y otros, y fueron prisioneros los capitanes Cruz, Salvadores y algunos subalternos que no recuerdo.

En esa misma mañana llegamos al punto de donde habíamos partido la tarde antes y despues de comer la tropa, continuó nuestra marcha, haciendo nuestra entrada en Challanta con los mutilados restos de la division el 22. Se preparó una casa donde me alojé con dos oficiales mas heridos; el teniente Torino y el porta-estandarte Ferro, para proceder á mi prolíja curacion.

El suceso de Venta y media fué un golpe de muerte para la popularidad y crédito del General Rodriguez, como por el contrario lo hubiera aumentado inmensamente si se hubiera obtenido la victoria. Es seguro que en este ca-

(1) Si alguno leyese esto, quiero que disimule esta minuciosa narracion, porque como otra vez dije, es una memoria privada que quizá no saldrá del circulo de mi familia. Ademas de que si alguno quisiera darle otro destino, podria segregarle lo inútil.

no hubiera aspirado á cara descubierta á tomar el mando en gefe del ejército, pues aun sin eso lo pretendia secretamente, lo que daba lugar á mil intrigas y á mantener una constante division entre los gefes. El coronel Arenales que nos habia traído un crecido regimiento (el N.º 12) de dos batallones, el mismo con que triunfó en la Florida, hombre de juicio providad y peso, se habia retirado con pretesto de enfermedad para no mezclarse en las disensiones que amenazaban al ejército (1). Otros gefes no menos juiciosos, miraban tambien con horror estos manejos y los contenjan hasta cierto punto con su circunspecto modo de proceder.

La reputacion del General Rodriguez sufrió como he dicho un golpe terrible y desde entonces todos sus sueños de ambicion se hicieron imposibles. Lo conoció él, y solicitó dejar el ejército para volver á su presidencia de Chquisaca. El General Rondeau, se lo concedió inmediatamente, libràndose así de un rival incómodo. El coronel Balcarce quedó entonces al frente del regimiento de Dragones y se propuso con toda la eficacia de su celo restablecer la disciplina y el órden alterado por tanto tiempo. Le hubiera ayudado en esta honrosa tarea con todas mis fuerzas pero mi herida me retenia sujeto á una penosa curacion.

El General Pezuela que el dia del combate acudia con una parte de su ejército desde Sora-sora que dista cuatro leguas á sostener á su vanguardia atacada en Venta y media, quiso sacar provecho de aquella ventaja y movió luego su ejército para buscarnos en Challanta. Es pro-

(1) Nada he dicho del Gobierno de Cochabamba que fué conferido al coronel Arenales durante el mando del General Belgrano y del de Santa Cruz que fué dado al coronel Warnes. Ambos gefes se conservaron combatiendo por la buena causa en el Perú, no obstante los desastres de Vilcapugio y Ayouma. Como esta no es una historia, sino una simple memoria en que consigno lo que presencié, no he hecho mérito de esos sucesos memorables. Si me lo permite el tiempo y mi salud, escribiré lo que llegó á mi noticia de esas campañas y un exámen critico de lo que presencié.

bable que el General Rondeau hubiera tenido que aceptar la batalla contra su voluntad, ó emprender una retirada precipitada y quizá desastrosa, sin un incidente casual que vino en su auxilio.

Al atravesar el ejército real las alturas intermediarias y cuando se habia puesto á ocho ó diez leguas del nuestro sin ser casi sentido, sobrevino una espantosa *nevada*, que no solo inutilizó los caminos, sino que hizo perecer la mayor parte de las bestias de carga. Tuvo Pezuela que hacer alto, lo que nos dió tiempo para emprender una marcha de flanco que nos condujo á la hermosa y fértil al mismo tiempo que patriota provincia de Cochabamba.

En los primeros dias de Noviembre (el 4 sino me engaño) se movieron los hospitales, equipages y demas bagages, debiendo el ejército hacer lo mismo en la mañana siguiente. Yo, en un estado de bastante postracion, á causa de mi herida tuve que ser de los primeros. Se me instó para que me fuera á Chuquisaca y lo rehusé obstinadamente conducido por un excesivo punto de honor que me aconsejaba no separarme del ejército. Muchos gefes que con el mayor escándalo llevaban concubinas, segun lo he indicado en otra parte, tuvieron tambien que hacerlas adelantar con los bagages, de modo que se vió el estrecho camino que seguíamos, atrabancado de enfermos, de cargas, de equipages y de mugeres de distintos rangos (permítaseme la expresion) á que servian y acompañaban escojidas partidas de soldados. La primer jornada despues que salimos de Challanta, fué en un lugarejo miserable, en donde á penas habia dos ó tres ranchos que estaban cuando llegué atestados de gente y cuando pedí víveres y forrages para mis cabalgaduras me contestó el indio encargado de subministrarlos, que no los habia porque todo lo habian tomado los soldados que traia la coronela tal, la teniente coronela cual &c. Efectivamente, ví una de estas prostitutas que ademas de traer un tren que podia convenir á

una marquesa, era servida y escoltada por todos los *gastadores* de un regimiento de dos batallones, y las demas, poco mas ó menos estaban sobre el mismo pié. Esto sucedia mientras lo heridos y otros enfermos, caminaban los mas á pié, en un abandono difícil de explicar y de comprender. Dije mal cuando llamé hospitales á una reunion de desgraciados que se arrastraban y de los que algunos morian miserablemente. Mas, el primer dia no fué nada en comparacion del segundo en que se emprendió la marcha temprano.

Antes de media mañana empezó á llover copiosamente y sin embargo la caravana seguia porque las noticias del enemigo eran premiosas y las órdenes de adelantar camino en misma proporcion. Creo que este mismo temporal que á nosotros nos mandaba raudales de agua, fué el que produjo la nevada en las cumbres que ocupaba el enemigo y sin la que se nos hubiera puesto á tal distancia que hubiera sido forzoso aceptar la batalla ó acelerar la retirada precipitadamente. La lluvia continuó todo el dia y marchábamos por una quebrada por donde corre un arroyuelo de poquísima importancia: sin embargo, en proporcion que avanzábamos el arroyuelo aumentaba con la lluvia y avenidas y su paso que era preciso hacer á cada momento era cada vez mas dificultoso. Fuera de algunos pobres ranchos que de vez en cuando se veian á alguna distancia, el camino era enteramente despoblado y esos pocos ranchos estaban llenos de la gente que primero habia llegado en términos que era casi imposible hallar un alojamiento cualquiera. Agréguese á esto que no aparecia ningun jefe, ni encargado para arreglar aquella turba que marchaba á discrecion y en el mas completo desórden. Hubo algunos febricitantes y otros enfermos de no menos gravedad, que marchaban á pié temblando y que al llegar al arroyo que tenian que atravesar, se detenian á considerar si sus fuerzas les bastarian para conseguirlo: alguna vez se condolian de ellos los que iban á caballo y les ofrecian

la grupa, otros emprendian solos la tarea ó quedaban abandonados.

Yo iba siempre acompañado de los dos oficiales heridos de mi regimiento, de quienes ya hice mencion y de un religioso de San Juan de Dios, Fray Manuel que hacia las veces de cirujano en mi regimiento y á quien se habia encargado mi asistencia. Era una gran dificultad cuando ya declinaba la tarde, saber donde pasaríamos la noche cuando nos alcanzaron el capellan del General en Gefe Fray Isidro Mentaste (hoy en la Banda Oriental con Oribe) y el capitán de Ingenieros D. Felipe Veltres, quienes me dijeron que á dos leguas adelante se encontraban los molinos de Huancurí, donde hallaríamos comodidades y perfecta hospitalidad y á donde ellos mismos se dirigian.

A pesar de mi estado resolví hacer un esfuerzo, para llegar á dichos molinos y por consejo de los mismos nos adelantamos de nuestro equipage, dando órden á los conductores que siguiesen hasta encontrarnos. Con efecto llegamos á los molinos á media tarde, pues aunque habíamos logrado sobrepasar á toda la turba que seguia el camino, de modo que no habia peligro de que nos viniese á envolver, nos encontramos con la casa que era de bastante comodidad enteramente sola: su dueño sabiendo los huéspedes que le venian (hablo de la muchedumbre) habia emigrado llevando toda su familia y hasta sus muebles que probablemente habria ocultado entre los cerros difíciles como acostumbran hacerlo en iguales casos. A nuestros asistentes que conducian las camas y equipages les ocurrió otro inconveniente, de modo que no pudieron llegar y tuvieron que pasar la noche bastante lejos del lugar que nosotros ocupábamos. El rio habia crecido mas tarde en términos que no les fué posible pasarlo, lo que hizo que nos viésemos en una casa abandonada, empapados sin camas y sin ropa para mudarnos.

Las heridas de mis compañeros eran menos graves que la mia, pues no tenian fractura, de modo que requeria

mas cuidado. Sin embargo luego que llegamos y nos hubimos alojado en el Oratorio de la casa nos ocupamos los tres enfermos en hacer fuego: Torino tenia libre su mano derecha, siendo su herida en la izquierda y yo al contrario: Ferro que tenia una pierna inútil no podia caminar. Logramos hacer fuego y para alimentarlo se quemó el atril y algun otro mueble menos importante de la capilla: con iguales trabajos pudimos condimentar nuestra cena. Para poder dormir tuve que servirme de un colchon inútil que habian dejado tirado.

A la mañana siguiente llegaron nuestras gentes y ya principiaba á aproximarse la multitud viajera cuando emprendimos de nuevo nuestra marcha. No tardó en hacerse sentir una terrible inflamacion que sobrevino á mi herida de resultas de la mojadura y desabrigo del dia anterior; mas no fué ese dia, sino el siguiente que el mal se desarrolló en toda su fuerza. El brazo se me hinchó extraordinariamente y se me puso tan sensible que el movimiento del caballo me era insoportable: principalmente en las cuestas ó caminos quebrados sufría dolores horribles al atravesarlos. Por fin al tercer dia llegamos al pueblo de Arque, que está muy bien situado y tiene buenas casas y otras comodidades. Allí pude detenerme ocho dias y curarme con mas descanso. Llegó el ejército, y cuando fué preciso marchar yo no podia hacerlo ya á caballo: mi amigo D. Diego Balcarce y me hermano D. Julian, me construyeron una especie de *andas*, que cargaban cuatro indios al hombro y en ese tren pude continuar hasta Cochabamba.

El ejército no tardó en llegar á las inmediaciones de la ciudad, pero sin entrar en ella pasó á situarse en la llanura de Sipe-sipe que está á cuatro leguas y en la desembocadura del camino que debia traer el ejército real. Este, cuando supo nuestro movimiento sobre Cochabamba, no siguió nuestros pasos, sino que se dirigió á tomar otro camino mejor que lo llevaba á la misma provincia que es el

que viene á dar á la llanura de Sipe-sipe, ex donde esta situado el pueblo del mismo nombre.

Antes de entrar en los detalles de la batalla de este nombre, diré algo sobre el General Arenales y su cuerpo el regimiento N.º 12 que como he indicado se había reunido al ejército con mas de mil hombres. Este digno gefe que no era mas que coronel, habia sido nombrado dos años antes por el General Belgrano Gobernador de la provincia de Cochabamba. Cuando los desastres de Vilcapugio y Ayouma, obligaron á los restos salvados del ejército á retirarse á Tucuman, Arenales quedó en Cochabamba cortado, abandonado y en un completo aislamiento. Este bizarro gefe tuvo que abandonar la capital, pero sacando la fuerza que él mismo habia formado y los recursos que pudo se sostuvo en la campaña, retirándose á veces á los lugares desiertos y escabrosos y aproximándose otras á inquietar á los enemigos á quienes dió serios cuidados. Estos destacaron fuertes divisiones para perseguirlo á los que combatió con éxito vario y algunas veces glorioso. La accion mas recomendable que tuvo fué la de la Florida, donde derrotó completamente una division enemiga y donde él mismo recibió las horrorosas heridas, cuyas cicatrices que hacian mas imponente su semblante, lo acompañaron hasta el sepulcro.

A pesar de los esfuerzos de los gefes realistas, Arenales se conservó en el Alto-Perú con una fuerza de alguna respetabilidad, con la que se reunió al ejército segun lo he indicado. Era compuesta casi en su totalidad de cochabambinos, que fueron siempre los mas decididos por la causa de la independenciam, sin embargo de los terribles estragos que desde Goyeneche hicieron en aquella hermosa provincia para castigar su adhesion á nuestra causa. Aunque dicha fuerza no estuviese en un pié brillante de instruccion, ni estuviese adiestrada segun la táctica moderna, tenia subordinacion y entusiasmo y con estas dis-

posiciones hubieran podido sacarse grandes ventajas ¡Ah! porque no se aprovecharon!

Al mismo tiempo que fué destinado á Cochabamba el coronel Arenales (1813) fué á Santa Cruz el coronel D. Ignacio Warnes en calidad de Gobernador de la provincia. Como Arenales, quedó secuestrado de nuestro ejército despues de las derrotas de Vilcapugio y Ayouma y como él se sostuvo sin que pudiesen penetrar, si no es con mucho trabajo, los españoles en su territorio. Siendo mas remota la provincia de Santa Cruz que la de Cochabamba, le fué mas fácil á Warnes conservarse en ella y preservarla de la ocupacion de los realistas, pero por ser él de un género bastante áspero se habia formado un partido contrario, el cual cuando el General Rondeau penetró en el Alto-Perú en 1815, hizo fuertes reclamos y pidió su remocion: el General Rondeau accedió y mandó á reemplazarlo al coronel D. Santiago Carrera, quien llegó á la capital, y fué reconocido sin oposicion por las autoridades y vecindario. Warnes, no recuerdo con que motivo ó razon habia emprendido una espedicion sobre Chiquitos (donde habia batido á los españoles y muerto al Gobernador realista Altolaquirre) de modo que no estaba en la ciudad de Santa Cruz, cuando llegó su sucesor.

Sin desobedecer abiertamente se dejó estar en Chiquitos con la principal fuerza de la provincia, mientras se tramaba en la capital una conspiracion de la plebe contra Carrera, la que estalló perdiendo en ella la vida el mismo Carrera. De hecho quedó de Gobernador Warnes y volvió á tomar las riendas de la administracion. Como en estos momentos fueron los sucesos de Venta y media y Sipe-sipe, poco se supo en el ejército de la determinacion que habia tomado el General y hasta ignoro si pensó tomarla. Es probable, tanto por el carácter débil del General Rondeau, como por las dificultades que lo rodeaban, que dejó andar las cosas, sin ocuparse mucho de aprobarlas ó desaprobarlas.

Son hechos estos que fueron poco y muy imperfectamente conocidos. La campaña del General Arenales, es natural que sea tratada por su hijo el coronel D. José Arenales que ha escrito ya otras obras. Las de Warnes es de temer que no tengan un historiador tan prolijo. A mi sin documentos, sin papeles de ninguna clase, sirviéndome únicamente de mi memoria y despues de mas de treinta años de trascurso, me sería imposible hablar mas detalladamente. Básteme decir, que ambos gefes sin instrucciones, sin recursos, sin comunicaciones con el Gobierno ni con el ejército, inspirados por su celo y patriotismo sostuvieron una diversion utilísima é importante, para que todo el poder real cayese sobre las provincias bajas que eran la base, la cuna y el astillero de la revolucion.

Para concluir agregaré que despues de la batalla de Sipe-sipe, el Sr. Arenales siguió la derrota de nuestro ejército, sin que se pensase, porque nada se pensaba, en dejarlo otra vez para que repitiese las hazañas anteriores. No así el Sr. Warnes que quedó en su provincia de Santa Cruz para conservarse algun tiempo, hasta que el año siguiente marchó contra él una division realista y lo batió, muriendo él mismo en el combate. La provincia de Santa Cruz, volvió entonces al yugo español, sin quedar mas que algunos caudillos (el principal era un tal Mercado que habia ido con Warnes en elase de teniente de infanteria) que eran de menos importancia y que hacian una guerra insignificante de partidas.

Habia otros muchos gefes de tropas irregulares que hostilizaban á los españoles como Lanza, Camargo, Padilla, Centeno y otros mil que reunian gente colecticia y hacian la guerra á su modo, pero que frecuentemente eran batidos y escarmentados por las aguerridas tropas realistas. Algunos de estos se reunieron al ejército, pero sin que sus bandas indisciplinadas aumentasen la fuerza y verdadero poder de nuestras armas porque (al menos en una batalla) nada añadian de peso en la balanza. No obs-

tante, se podía haber sacado gran provecho dejando obrar á su modo las *republiquetas* (1) y tomando la juventud mas adecuada para aumentar hásta donde fuese posible las tropas de linea. No se supo sacar partido del entusiasmo de los peruanos, ni de los recursos de aquel pais: por el contrario, se renovaron las antipatias locales y predispusieron la separacion de aquellas provincias, que quizá jamás volverán á pertenecer á la República Argentina. No podria escribirse sobre esto sin irritar heridas mal cerradas, ni herir susceptibilidades que no es mi ánimo ofender: lo dejaré pues para ocuparme de la célebre batalla de Sipe-sipe.

Cuando llegué á Cochabamba habia cedido algo la inflamacion de mi herida y se empezaba á restablecer mi salud. Mis compañeros estaban mucho mas adelantados en su curacion que yo, en términos que el porta-estandarte Ferro pudo ya montar á caballo y se fué al regimiento para hallarse en la próxima batalla, en que recibió otro balazo que lo llevó á la eternidad.

En el llano de Sipe-sipe, segun me lo han descrito se eleva una loma de suave pendiente que tiene de estension algunos miles de varas. En ella tomó posicion nuestro ejército, dominando de aquel modo la llanura; pero esta no era la principal ventaja que pensaba sacar el General Rondeau de la situacion, pues le ofrecia otra la desembocadura del camino que traia el enemigo por una quebrada áspera y estrecha. Esta quebrada, camino indispensable para salir de la sierra al llano, está dominada por ambos lados por terrenos elevados, que habiendo sido ocupados por una numerosa vanguardia á las órdenes del coronel D. Cornelio Zelaya, debian impedir al enemigo su salida y despliegue en la llanura de Sipe-sipe.

(1) Nombre que se dió vulgarmente á esas reuniones espontáneas de hombres mal disciplinados y peor dirigidos, sin armas, sin reglas y sin táctica. En una palabra, eran las montoneras de las provincias bajas, que recibieron ese nombre en el Perú.

Habia aun otra altura que dominaba á las que nuestras tropas habian ocupado, la que fué declarada inaccesible por su mucha pendiente y por lo áspero de su escarpa. El 26 de Noviembre estuvo el enemigo á la vista: el 27 probó vencer la resistencia que se le oponia, pero desistió despues de un combate empeñado. El 28 habiendo tomado mejor sus medidas atacó decididamente, ocupó la altura reputada inaccesible, dominó nuestras posiciones y las hizo desalojar, arrollando en seguida nuestra vanguardia y saliendo al fin con muy poca pérdida al llano que tanto se le habia querido disputar. Este fué el mayor esfuerzo, quizá el único que hicieron nuestras tropas las que se replegaron sobre nuestra linea, viniendo el enemigo á establecer la suya esa misma tarde en frente de la nuestra y á media legua de distancia.

En la madrugada del 29 el enemigo empezó á correrse por su flanco izquierdo y continuando este movimiento de flanco circularmente vino á quedar formado sobre nuestra derecha. El General Rondeau se vió precisado á un cambio de frente para el cual le fué forzoso descender de la elevada posicion que ocupaba estendiendo sus dos alas á ambos lados de la loma en que habia tenido su linea: tan solo le sirvió esta para colocar ventajosamente dos piezas de artilleria que jugaron desde la falda siempre algo elevada de la colina. En este cambio de frente hubo segun se me ha asegurado una equivocacion voluntaria, ó mejor diré clásica desobediencia que pudo por sí sola comprometer la batalla.

El orden de esta, segun lo habia dispuesto el General en Gefe colocaba al regimiento N.º 9 á la derecha y en seguida el N.º 1.º; mas el coronel Forest se creyó agraviado y habia cedido con repugnancia la colocacion que pretendia pertenecerle. Cuando recibió la orden para descender la colina y practicar el cambio de frente prescripto, se adelantó al No. 9 y se colocó dejando un intervalo para que este le ocupase, quedando él entonces á la

derecha de la línea. El Coronel Pagola que mandaba el No. 9 quiso dirigirse á tomar la derecha del No. 1.º pero en aquellos momentos en que el enemigo se movía avanzando ya le pareció mas prudente y con razon, encajonar en el claro que le habian dejado, antes que entrar en una disputa perniciosa: asi lo hizo.

El enemigo luego que hubo concluido su movimiento se lanzó al ataque sobre toda la estension de nuestra línea, triunfando en todas partes sin dificultad sobre un ejército desmoralizado y vencido desde antes por el desorden y anarquía en que lo habia constituido la insubordinacion de los gefes. Parecía increíble, pero yo doy entero crédito á las relaciones oficiales del enemigo que sino me engaño, no hacian subir ni éon mucho su pérdida á cien hombres. El regimiento No. 6 que estaba en reserva tuvo orden de apoyar una ala á la que flanqueaban y se disolvió antes de llegar á la línea sin disparar ni un fusilazo. Tan solo los Granaderos á caballo que estaban á la derecha dieron una carga que contuvo momentáneamente los progresos del enemigo: en la izquierda los Dragones hicieron mas ó menos lo mismo y aun hubieran hecho mas, sin la casualidad de una bala que atravesando las quijadas del caballo que montaba el Coronel Balcarré cortó las cabezadas del freno, dejándolo enteramente sin gobierno en el momento mas crítico y en que mas necesaria era su direccion y su ejemplo. Sin duda fué debida al respeto que impuso nuestra caballería la debil persecucion que sufrió nuestro ejército, de que resultó tambien poquísima pérdida en el campo de batalla.

Mas no por eso fué menos el descalabro, pues el desbandamiento fué tan completo y la ineficacia, la debilidad de los gefes ó su impericia tan grande, que no se pensó en reunir los dispersos que continuaron por muchos dias marchando á su placer, internándose muchos por el país perdiéndose para el ejército, hasta Chuquisaca que hay mas de ochenta leguas.



Juan Caballero
1840

Yo habia permanecido en Cochabamba donde me reuní con los médicos del ejército Tejerina y Argerich que estaban tambien enfermos, fuera de Torino que siempre me acompañaba.

El 28 sabiendo que el ejército enemigo habia vencido la quebrada y que una accion general iba á empeñarse, no quisimos esperar su resultado embodegados en una casa de la ciudad y á una larga distancia de nuestras cabalgaduras que pacian fuera de ella. De comun acuerdo salimos esa tarde á situarnos en una quinta á una legua de distancia en la avenida del campo de batalla. Eran las diez de la mañana y no se habia oido ni un cañonazo, ni tenido el menor indicio de la accion, lo que nos hacia creer que se habia postergado, pues en los dias anteriores se habia oido muy distintamente hasta el fuego de la fusilería. Sea que el viento fuese contrario, ó lo que es mas cierto que habiendo descendido al bajo, las alturas intermedias interceptaban el sonido; lo cierto es que ese dia aciago nada supimos hasta que empezaron á llegar y pasar las bandas de derrotados sin gefes ni oficiales, porque estos iban tambien como podian, cada uno por su lado.

Ya se comprenderá que nos apresuramos á seguir el mismo movimiento, teniendo mucho que aplaudir nuestra resolucion de la víspera. A las pocas horas llegamos á Torata, lindo pueblecito situado en el hermoso valle de Clisa, con buenos edificios, bastante poblacion y mucho comercio. Allí se hallaba retirado el Coronel Arenales, quien en el acto tomó las providencias oportunas para reunir los dispersos y atajar el desorden de la derrota. Señaló un cuartel donde se reunian y donde se daba una comida preparada de antemano á los que llegaban, se tomaba razon de las armas &c. Pero este digno gefe, no pudo seguir su benéfica inspiracion y al anechar tuvo que abrir las puertas del cuartel y dejar que continuase la horrible dispersion. No habia ninguna orden del General en Gefe, ni una noticia de su direccion, de sus intenciones y

de sus miras, ni disposición de ninguna especie. Los rumores que llegaban eran cada vez mas alarmantes y habia oficiales que daban al soldado el ejemplo de la insubordinacion y del desorden, cuando por su propia seguridad les hubiera convenido retirarse en un cuerpo reunido mas ó ménos numeroso. ¡ Ah ! ¡ Que comparaciones haciamos con esas retiradas del General Belgrano, en que habiendo dejado tres cuartas partes de su ejército en el campo de batalla, salvaba la que le quedaba conservando la disciplina y el honor de nuestras armas ! ¡ Que comparacion con aquella espantosa fuga, en que habiéndose salvado todo el ejército, se perdió en su mayor parte por la ineptia y la mas crasa incapacidad !

Aun habia otra ventaja que pudo aprovecharse y era la adhesion que siempre manifestó á nuestra causa mas que ninguna otra provincia del Perú la de Cochabamba, lo que hubiera contribuido eficazmente, si el General y los gefes hubieran manifestado una pequeña parte de ese espíritu, de ese celo y de esa energia en la desgracia de que les habia dado ejemplo el General Belgrano (1). Los gefes que quisieron hacer algo en este sentido, no dejaron de recojer el fruto y recomendarse: el Coronel Zelaya precedió una reunion que subió á cuatrocientos hombres,

(1) Atravesábamos lentamente la plaza del pueblo de Torata el mismo día de la derrota y pasábamos por delante de varias tiendas cuyas gentes habian salido á las puertas. En una de ellas estaba una bizarra mocetona que sin duda era la dueña, cuyas miradas y semblante nos expresaban la mas viva simpatía. Al fijarse en mí sin duda por mi palidez, estenuacion y ver mi brazo pendiente de un vendaje hecho á propósito exclamó, "*Pobre niño, va lastimado*" y haciéndome seña para que me detuviese, entró corriendo á sacar un pañuelo lleno de paucillos de chocolate que quiso absolutamente que aceptase. Como no tuviese en que cargarlos, advirtió que las pistoleras de mi silla iban vacias y las llenó cuanto se pudo. Esta accion con una persona que veia por primera y última vez me agradó tanto que he conservado un recuerdo grato de ella. Eran casi generales estas buenas disposiciones en aquella patriótica provincia.

que fueron los únicos que llegaron en tal cual orden á Chuquisaca.

El teniente coronel D. Alejandro Heredia (el mismo que despues fué asesinado, siendo Gobernador de Tucuman) habia recibido una ligera contusion y se incorporó con nuestra comitiva, como tambien otros oficiales. En la mañana del dia 30 hallándonos en el pueblo de Araní, nos propusimos reunir la tropa dispersa que se pudiese y conducirla en orden á nuestro destino. El teniente coronel Heredia era el mas graduado y á quien le correspondia el mando, que sin dificultad tomó. Continuando siempre nuestro camino y hallándonos esa tarde en un lugar casi desierto, teniamos ya mas de ochenta hombres, medianamente regularizados: mas empezaron los rumores falsos, las noticias exageradas y todo se perdió, tan breve se habían visto grandes polvoredas á nuestra retaguardia que debian ser del enemigo, como llegaban algunos que maliciosamente aseguraban haber visto gruesas divisiones que nos perseguian. El Sr. Heredia perdió la cabeza y empezó á marchar dia y noche desatinadamente, lo que causó no solo que no se aumentase la reunion, sino que volviese á dispersarse la que se habia formado. Yo mismo, no pudiendo por el estado de mi salud, seguir tan forzadas marchas, tuve que quedarme atras acompañado de mi fiel amigo el médico Tejerina y de mis ordenanzas.

Los interesados en el desorden eran los que promovian esas falsas alarmas, llegando hasta simular una guerrilla de noche disparando tiros para hacer huir á los que iban mas adelante: aterrORIZADOS éstos, abandonaban al momento equipages y cualquier otro cargamento, que entraban luego á saquear los supuestos enemigos. Tres cargas de baules con los equipages de los médicos Tejerina, Argerich y Vico se perdieron de ese modo casi á nuestra presencia, y la Conisaria que por haberse hecho retirar antes de la accion estava salva, corrió la misma suerte. Entre tanto mi carga que era de poquísima importancia se

salvó, fuese porque tomé mejor mis medidas, ó por el tal cual respeto que inspiraba un gefe gravemente herido, ó quizá por su poco valor.

El General Rondeau habia salido del campo de batalla arrastrado como todos por el desorden de la derrota; pero lo admirable es que solo iba acompañado de dos ó tres de sus ayudantes, sin que un solo individuo de tropa viniese á aumentar su comitiva. Asi sucedia que en las paradas cuando estas no se hacian en casas donde se le prestasen los necesarios servicios lo que sucedia muchas veces, tenia que ir personalmente á dar agua á su caballo si alguno de sus ayudantes no estaba por casualidad pronto á hacerlo en su lugar. ¿Era que el General en Gefe huiese de ponerse en contacto con los miles de dispersos que por diversos caminos y sendas seguian la misma direccion? ¿Era que el prestigio del General hubiese sufrido un menoscabo tan terrible que nadie queria reunirsele? Sea lo que sea, lo cierto es que el General llegó solo á Chuquisaca despues de haber andado mas de ochenta leguas, sin que en diez ó doce dias que duró esta travesia se oyese impartir una sola órden suya, ni invocar su nombre, ni se percibiese el menor acto ó disposicion de su parte, sino para reparar, para hacer al menos que no fuese tan sensible el desastre que acabábamos de sufrir.

Si por lo que hemos dicho se hubiese de medir el mérito militar del General Rondeau (tan recomendable por otra parte por su moderacion, patriotismo, y otras virtudes que no se le pueden negar) seria inexplicable como este Gefe, pudo mandar el ejército que sitiaba á Montevideo con taato acierto y gloria. En tal conflicto estoy inclinado á creer que la insubordinacion de los gefes á quienes desde la asonada de Jujuy debia el mando del ejército y la consiguiente indisciplina, habian influido en su ánimo de una manera tan desventajosa que le faltaba la resolucion necesaria para hacerse obedecer y en tal situacion preferia (erradamente sin duda) dejar correr las cosas, á verso con-

trariado con una insolencia de que hay pocos ejemplos. Mas adelante se hallaron pruebas que justificaron este pensamiento.

El General D. Francisco Cruz, Mayor General del ejército había recibido una herida en un brazo, que aunque no de gravedad le obligaba á ocuparse de su curacion. Por esta razon no fué estraño que siguiese la derrota en los mismos términos que lo hacian los que no tenian un motivo semejante, los demás gefes hicieron otro tanto á escepcion del Coronel Zelaya que como he indicado reunió un cuerpo de cuatrocientos hombres y marchó con tal cual regularidad. Este fué el nucleo sobre que empezó en Chuquisaca á medio reorganizarse el ejército, lo que en aquellas circunstancias recomienda altamente á dicho gefe. He dicho en las circunstancias, porque lo que en otra cualquiera ocasion hubiera sido un servicio comun, en aquel desquicio y repugnante abandono, venia á ser una accion relevante y estremamente meritoria (1). No recuerdo los gefes que acompañaron al Coronel Zelaya, sin lo que me haria un deber, de nombrarlos.

En Chuquisaca permanecimos unos cuantos dias hasta que el enemigo se hizo sentir. El General habia salido poco antes á Yotala pueblito situado á dos leguas de Chuquisaca y habia ordenado que fuese allí la reunion del ejército : allí se hizo, si puede llamarse reunion un amontonamiento de hombres, de bagajes, de mugeres de familias, &c. Desde allí se emprendió la marcha dejando á Potosí á nuestra derecha y tomando por el pueblo de Puna y Tumusla, para reunirse en Escara, cinco leguas antes

(1) Nada menos pienso que disminuir el mérito de la accion que acabo de referir : por el contrario, confieso que las circunstancias la hacen muy recomendable. Debe tenerse presente que la accion de Sipe-sipe no fué una confusion nocturna como la de Canchayada ; que el enemigo no nos persiguió y que la dispersion no fué efecto del terror, sino del desorden y de la incapacidad mas absoluta.

de llegar á Catagaita con una pequeña division que traia de Potosí el Gobernador D. Apolinario de Figueroa.

Durante esta marcha estalló con mas fuerza que nunca la division entre algunos gefes y el General en Gefe : el ejército estaba dividido en dos bandos de los cuales el uno sostenia al General y el otro le hacia oposicion. El Coronel Forest estaba á la cabeza de esta y se creia que lo apoyaba la mayor parte de los gefes de cuerpo : el Coronel Pagola estaba á la cabeza del partido que apoyaba al General. En obsequio de la verdad debe decirse que el Brigadier Rodriguez se manejó en esta circunstancia con mucha circunspeccion, y que colocado al frente de los pocos Dragones que habian quedado se contrajo á hacer el servicio de retaguardia que se le habia encomendado.

Pagola y Forest, eran los que sostenian la lucha mas escandalosa haciendo que sus cuerpos que eran los mas importantes participasen de sus sentimientos hóstiles. Siempre campaban distantes y tomaban entre sí las precauciones que se acostumbraban entre dos cuerpos enemigos. Fué notorio que en algunas ocasiones colocaron guardias avanzadas para observarse mutuamente : se aseguró como cosa generalmente admitida que el No. 1.º que mandaba Forest tenia habitualmente sus armas cargadas, recelando una sorpresa que podia prepararle el No. 9 que mandaba Pagola y este por su parte se precaucionaba del mismo modo. Todo provenia de que en vista de tales disposiciones se temia por momentos un movimiento revolucionario contra la autoridad del General en Gefe, mientras Forest recelaba un golpe de autoridad al que estaba dispuesto á resistir á todo trance. Entre tanto la conducta de este con respecto al General era escandalosa pues no habia hora del dia en que no lanzase censuras amargas, dieterios y hasta insultos contra el General Rondeau y lejos de precaucionarse buscaba él mismo oyentes de todas graduaciones para hacer mas pública su insolencia. Ya se comprendia como cumplia las órdenes que su



General Arenales.

le comunicaban y llegó término en que los ayudantes del General se escusaban de llevarlas por no ser testigos de los insultos que le prodigaba. Puede decirse que era un frenético.

Era de tarde cuando marchamos de Mumusla y yo siempre enfermo iba unas cuantas cuadras adelante de la vanguardia con el fin de procurarme un regular alojamiento, cuando me alcanzó y aun pasó adelante el Mayor D. Manuel Escalada acompañado del Mayor D. Gerónimo Elguera que era del No. 1.º y cuatro granaderos á caballo. No sospeché lo que aquello significaba y me persuadí que se hubiesen reunido casualmente ó fuesen á alguna diligencia especial. Al dia siguiente supe que Escalada conducia arrestado á Elguera y he aqui el motivo de esta prision.

El General habia dado órden á todos los cuerpos de marchar esa misma tarde, órden á que contestò desentonadamente Forest, que no podia hacerlo porque su regimiento estaba comiendo: el General repitió la órden y aquel mandó á su mayor Elguera con un recado insolente al General (1). Este apesar de su genial mansedumbre no pudo sufrirlo y puso preso y mandó adelante al Mayor con Escalada que era su ayudante de campo ¿Qué hizo Forest entonces? vamos á verlo. Comisionó á un oficial Delgado (conocido despues en la campaña Oriental con el renombre de Balija) para que con una pequeña partida fuese á rescatar al mayor Elguera y lo tragese al cuerpo. Delgado estravió el camino para adelantarse á la columna y ya de noche se sintió en una estrechura del bosque por donde pasaba el camino, colocado un centinela y ocultándose él con la partida: el centinela debia avisarle cuando pasase el mayor Elguera para desempeñar su comision. A

(1) Ya habia sucedido y mi hermano fué uno de ellos, que los ayudantes del General dijeron á Forest que ellos no serian conductores de desverguenzas, y que en caso de decirles se sirviese de otros; quizá por esto mandó á su mayor.

lo que creo no tendría Delgado mucha gana de cumplirla, porque no dejaria de conocer que aun que fuese mandado por su Coronel, se comprometia personalmente.

El hecho es que se acostó con su partida á dormir dentro del bosque aun que cerca del camino : que el centinela hizo otro tanto habiéndose desmontado, pues debe advertirse que aunque de infanteria venia montada la partida. Precisamente aertó á pasar el General con su comitiva, cuando les llamó la atencion el caballo del soldado dormido en el camino. Se le recordó y dijo que pertenecia á la partida del alférez Delgado, al cual se le buscò para recordarlo á su vez. Examinado este oficial, tergiversó, mintió, se contradijo y al fin hizo sino conocer, sospechar por lo menos el objeto de su mision : fué tambien arrestado y conducido al Cuartel General, sin que nada de esto motivase aun providencia alguna contra el verdadero culpable que era el Coronel. Sin embargo habiendo fallado el golpe, Forest declinó algo de su irritacion y tuvo una entrevista con el General en que mediante algunas esplicaciones, tomaron las cosas un curso algo mas moderado. Pienso que contribuyó la indiferencia que notó Forest en los Gefes de otros cuerpos con quienes habia contado y que se escusaron cuando llegó el caso á términos mas formales. Lo creo tanto mas, por cuanto desde entonces se marchó con alguna mas regularidad y menos escándalo.

Figúrese cualquiera cuanto deberian sufrir los hombres de juicio, sensatez, y patriotismo en medio de esta anarquia y con la perspectiva de un desastre que cada vez haciamos mas irreparable con nuestros propios desaciertos. Felizmente el enemigo nos seguia con pasos de plomo, pues parecia abismado de unos triunfos que no habia esperado y que no merecia. En Tupisa hicimos alto algunos dias, continuando nuestra marcha para volver á hacer alto en Moraya. Cuando el enemigo volvió á aproximarse seguimos la retirada hasta la quebrada de Humahuaca donde nos fijamos definitivamente. No dejaré de adver-

tir que la marcha se hacía con tático desgreño, improvisada ó falta de precaucion que en la *Abra de Cortaderas*, perdimos algunos negros helados de frio y que el pequeño rio de Humahuaca nos arrebató otros que se ahogaron por que habia crecido con las continuas lluvias de la estacion.

En Humahuaca encontramos una hermosa division compuesta de los regimientos de infanteria No. 2 y 3 á las órdenes de los Coroneles Bustos y French: venia de Buenos Aires á reforzar el ejército y aunque habia sufrido considerable desercion, pasaba de mil hombres veteranos su fuerza actual, Estos Gefes y principalmente French se declararon abiertamente por Rondeau y con su apoyo pudo sobreponerse á Forest el cual fué separado del ejército y disuelto su cuerpo, quedando entonces el General Rondeau sin otra oposicion, que las que lamentaban en secreto que no usase mejor de un poder que lo habilitaba para establecer una buena disciplina y dar el tono que convenia al ejército. Situó su Cuartel General en Huacalera, como lo habia tenido antes de abrir la campaña y distribuyó los cuerpos en varios puntos de la quebrada mientras meditaba otra campaña contra el Gobernador de Salta D. Martin M. Guemes que fué igualmente desastrosa.

Antes de ocuparme de ella diré una palabra sobre la importancia del refuerzo que acababa de recibir el ejército en los regimientos No. 2 y 3, de cuya venida debia estar instruido el General cuando la batalla de Sipe-sipe. Es fuera de duda que cuando ella tuvo lugar ya él venia en marcha y entonces ¿por qué no diferirla, retirándose hasta recibirlo? Se dirá acaso que no se querian abandonar las provincias que se habian libertado, pero era mejor abandonarlas momentáneamente para recuperarlas en seguida que esponer su suerte con un ejército que era presa de la anarquía y del desorden (1). Aun que despues de perdida

(1) Estoy tentado en creer que las reflexiones que se han visto no se ocultarán al General, pero que le faltó en cierto modo libertad para tomar el partido que convenia. Venia á ser esto el efec-

si se hubiese hecho la retirada cual convenia, si se hubiese salvado todos los elementos que debieron salvarse, si se hubiese restablecido la disciplina, sin duda hubieramos estado en aptitud con el refuerzo mencionado de resistir al enemigo y dar una segunda batalla, sino es que tomabamos la ofensiva. Es preciso decirlo, nadie, ningun otro General tuvo los medios de que pudo disponer el General Rondeau y nunca se utilizaron menos. Dejo á enda uno que juzgue como quiera, mientras yo lo atribuyo principalmente á la situacion en que el mismo General se constituyó con su falta de firmeza. Fuera de los refuerzos de que hemos hablado, venia aun en marcha el bizarro regimiento de Dragones de la Patria, cuya trájica historia veremos un poco despues.

El Comandante D. Martin M. Guemes, segun indicamos en su lugar, habiéndose retirado con sus milicias despues de la accion del Puesto del Marquez en el año anterior (estábamos ya en los primeros meses de 1816) arrebató el armamento que habia quedado en el parque del ejército en Jujuy y se dirigió á Salta donde se hizo elegir Gobernador. Si la captura del armamento contra la voluntad del General era una usurpacion violenta, su eleccion popular para Gobernador era una violacion de las reglas establecidas, pues hasta entonces la nominacion de los Gobernadores de provincias habia emanado de la primera autoridad nacional residente en Buenos Aires. Mas ya entonces cundian con rapidez los celos contra la Capital y la resistencia á lo que venia de aquel origen.

to de esa oposicion facciosa, cuando se introduce en un ejército, por que esas censuras sistemáticas, esa reprobacion continúa que recae sobre todo lo que se hace, solo porque viene de un origen que se quiere destruir, acaba por ligar los brazos de un General, sino está dotado de una firmeza á toda prueba. Si en los Gobiernos políticos es admitida y hasta útil la discusion sobre todos sus actos, para lo que conviene una oposicion legal, el mando militar la repugna por su misma naturaleza. Si asi no fuese, la responsabilidad del General seria mucho menor, lo que es contrario al espíritu de las leyes militares y de la utilidad pública.

Güemes se hizo el campeón de esa resistencia que se hizo popular en la provincia.

Ademas se habia exajerado hasta el fastidio los desórdenes del ejército, las depredaciones y las exacciones injustas que se habian hecho á los particulares y los pueblos. Se decia publicamente y el Gobierno de Salta apoyaba con todo su poder estos rumores, haciendo creer á la multitud ignorante que el General y los Gefes venian cargados de oro y que este era fruto de los robos que habian cometido. En este sentido fueron públicamente hostilizados los que retirándose por cualquier causa del ejército, principalmente si eran hijos de Buenos Aires (1) pasaban como particulares. Estos eran otros tantos agravios que era preciso vengar y es lo que quiso hacer el General Rondeau.

Repentinamente movió el ejército dirigiéndolo á Jujuy y Salta, sin que quedase mas fuerza en la quebrada de Humahuaca que mi regimiento que no pasaba de cien hombres. En el primero de estos pueblos aun cuando el paisanaje ó mejor diremos el gauchage no fuese adicto al ejército, no se esperimentó resistencia, pero en proporcion que se aproximó al segundo que dista diez y ocho leguas, la poblacion de la campaña fué mostrándose mas hostil. En la Caldera, posta que está á seis leguas de Salta (la ciudad) ya se puede decir que habia principiado la guer-

(1) Uno de ellos fué el Brigadier D. Martin Rodriguez á quien se le puso una emboscada cerca de la *Cabeza del Buey* que ataeó de improviso su comitiva hiriendo o matando á los que no huyeron prontamente. El célebre mulato Panana fué el caudillo encargado por Güemes de esta comision. Rodriguez escapó por entre el bosque teniendo que andar doce leguas á pié pero su equipage fué capturado y para prueba de que la partida obraba por orden superior fueron rematados en pública subasta unos cubiertos de oro que quizá fué lo único de valor que encontraron. Nada he ocultado de nuestras miserias de Chuquisaca, mas los rumores de riquezas acumuladas y de cargamentos valiosos eran embusteros y exajerados. Güemes dió un golpe en falso, de que sin duda tuvo que avergonzarse.

ra. Sin embargo el ejército entró á la ciudad que manifestó la mas completa indiferencia. El ejército avanzó has los Cerrillos cuatro leguas adelante de Salta, donde se habia retirado Güemes despues de haber reunido á toda prisa su gauchage: las hostilidades entonces fueron mas vivas y se sostuvieron fuertes guerrillas: la mayor dificultad era la falta de víveres, pues los gauchos retiraban el ganado que el General Rondeau no podia disputarles con poquísima caballeria pues no tenia mas que los Granaderos á caballo que apenas podrian formar un escuadron. En tres dias que estuvo el ejército en los Cerrillos antes de terminarse esta ridicula comedia, casi no tuvo mas alimento que las uvas que les suministró la gran viña de la hacienda de los Tejadas sita en dicho lugar.

Para colmo de desgracias dos escuadrones de Dragones de la Patria que venian de Buenos Aires de auxilio al ejército á las órdenes del Coronel D. Rafael Ortiguera, se dirigian rectamente á Jujuy sin entrar en Salta: no habian sido prevenidos de cosa alguna y hacian sus marchas con intervalo de uno ó dos dias, haciendo jornadas regulares por las postas en que largaban los caballos y se acostaban á dormir como en un pais amigo. El primero á las órdenes del Capitan D. Diego Belaustegui pasó milagrosamente: el segundo á las del Coronel Ortiguera fué sorprendido por los Comandantes D. Juan José Quesada (que habiendo pertenecido al ejército habia tomado partido con Güemes) Moldes y Panana en medio de la noche, sin caballos, en el seno de una inesplicable confianza y de un sueño profundo. Hubo pocos muertos, muchos prisioneros y algunos escapados á pié en la oscuridad y en el bosque, siendo uno de estos el Coronel.

Aun esta vez manifestó el General Rondeau una falta de prevision que nada puede disculpar, y á fé que por ahora no puede coonestarse con la desobediencia de los gefes ó la indisciplina. Nada se habia preparado; nada se habia previsto para un movimiento tan importante como

el que emprendió desde la quebrada de Humahuaca. En primer lugar no se habia proporcionado inteligencias en la provincia invadida, ni se habia puesto de acuerdo con amigos sinceros que tenia el ejército quienes ya veian en Güemes un caudillo inmoral y funesto. Con esto contestaban al cargo que les hacia por la indiferencia que manifestó la parte civilizada cuando penetró el ejército en la ciudad. *Nada se nos previno* (decian) *nada se nos exigió*.

En 2.º lugar, no previó el General que para una guerra de esa clase necesitaba mas caballeria la que pudo proporcionarse, sino queria llevar los Dragones del Perú, que dejó en la quebrada, esperando ocho dias para que llegasen los Dragones de la Patria que estaban tan cerca. Aun cuando no los esperase para moverse, pudo ordenarles que marchasen con cautela reunidos y que buscasen el ejército. Es probable que lo hubiesen conseguido y le hubieran sido de una inmensa utilidad.

En 3.º lugar marchó con el ejército sin llevar víveres ó ganado en pié de modo que no pudiendo tomarlo en el campo se vió privado de él, lo que por sí solo bastaba para hacer insostenible su posicion. Es inconcebible tanta imprevision, mucho mas en un General que sabia practicamente lo que era la guerra irregular ó *de montonera* y lo que valia el poder del *gauchage* en nuestro pais, pues lo habia visto en la Banda Oriental. No puedo dar otra explicacion, sino que se equivocó en cuanto á las aptitudes de Güemes y el prestigio que gozaba entre el paisanage de Salta.

Reducido á esta estremidad el General Rondeau tuvo que capitular haciendo una especie de tratado mediante el cual le dieron carne, le volvieron los prisioneros y le dejaron volver á Jujuy de donde habia salido muy ufano pocos dias antes, quedando Güemes reconocido en su Gobierno, con todos los desertores del ejército que desde antes y entonces habia patrocinado, habiendo aumentado su armamento con lo que pudo tomar en la campaña y orgu-

lloso con un triunfo que exedia á sus esperanzas. Se dijo publicamente que Da. Magdalena Güemes (hermana del Gobernador) muger ambiciosa, intrigante y animosa al paso que dotada de garbo y hermosura habia intervenido en el convenio de pacificacion y que el Comandante de Granaderos á caballo D. Juan Ramon Rojas, íntimos amigos y secretario del General habia sido el primer consejero de la guerra, como fué despues el autor de la transacion. Si esto fué cierto preciso es confesar que el General Rondeau (mejor diriamos la causa) fué tan perjudicado ahora por sus amigos, como lo fué antes por sus enemigos personales.

El ejército volvió á Jujuy con todos los honores de una derrota y por esta vez se mantuvo en la ciudad, quedando solamente en Humahuaca mi regimiento que como se ha dicho no participó de la campaña última. Los españoles por su parte guardaban la mayor inmovilidad en sus posiciones de Mojos, Suipacha &c., bien que tenian casi á su frente un nuevo contendor de que voy á ocuparme un momento.

Era el Marques de Tojo ó Llavi, que como dijimos en otra parte se habia comprometido por la causa á consecuencia de la batalla de Salta. Cuando perdimos las provincias altas del Perú habia tenido que abandonar sus pingües haciendas dejándolas á merced de los enemigos: de consiguiente estos las habian casi destruido. A nadie pues mas que á él debia serle dolorosa una segunda retirada que le costaria aun otra buena parte de su inmensa fortuna y uniendo sus clamores à las de otras personas, alzaba el grito para quejarse del Gobierno, del General en Gefe, del ejército, de la capital y de todos los Argentinos, porque no se marchaba inmediatamente á arrojar al enemigo por lo menos hasta el otro lado del Desaguadero. Estas quejas hubiesen sido mas racionales si se hubiesen limitado á deplorar las bellas ocaciones que se habian perdido de triunfar, y acaso de concluir la guerra: pero cir-

cunscripta á la ocasion presente eran infundadas é injustas, porque á la verdad no se podia por entonces pensar en movimientos ofensivos sin remover dificultades cuyo vencimiento estaba fuera de un alcance comun.

Por otra parte el espíritu de oposicion que por ese tiempo se desplegaba contra la capital de la República, halló una perfecta acogida en el Marques y los que lo rodeaban y se propuso formar un cuerpo militar de Peruanos y combatir al enemigo, pero con cierto despego é independencia del ejército que hacia resaltar en todos sus actos. No sé por nominacion de quien, tomó títulos pomposos, sin dejar el de Castilla con que sus antepasados habian sido condecorados por los Reyes, haciendo un retroceso á los principios aristócraticos de que nos habiamos sacudido con la revolucion. Para comprender todo esto bastará saber el encabezamiento que ponía en sus providencias gubernativas que era el siguiente: "*Don Juan José Fernandez Campero Maturena del Barranco, Perez de Uriondo, Hernandez de la Lanza, Marques del Valle de Tojo, Vizconde de San Mateo Comandante General de la Puna y Coronel del primer Regimiento Peruano &c. &c. &c.*" El solo acto de abrir una nueva numeracion para los cuerpos militares peruanos, importaba casi una separacion; lo que prueba que desde ese tiempo fermentaba en la cabeza de aquellos habitantes la idea de segregarse de la República, y constituirse en nacion independiente.

El Marquez ocupando alternativamente la Rinconada, Cochino, el Puesto y otros puntos de sus vastas posesiones, maniobraba á su placer con un cuerpo de ejército de las dos armas que habia organizado á su modo y que sostenia con sus propios recursos. Era voz pública que tenia secretos depósitos de dinero del que habia heredado de sus abuelos, de los que sacaba una parte para los gastos de su division. Se cree que con este fin se dirigió (algunos meses despues del tiempo de que hablamos) á Yavi una de sus principales haciendas y mientras oía misa

•

muy descansadamente cayó sobre su division el enemigo, poniéndola en una completa derrota; los que no huyeron prontamente fueron muertos ó prisioneros y de este numero fué el Marquez, con la singularidad de que en la confusion le trajeron un caballo en que montó y logró al principio escapar: con muy poco esfuerzo lo hubiera conseguido del todo, pero sea por efecto del terror, sea por impericia en cabalgar, se caia frecuentemente del caballo hasta que fué alcanzado por unos cuantos hombres que lo perseguian, El Capitan Canseco que era su ayudante y que lo acompañaba (1) me ha referido estos pormenores que por otra parte eran públicos. El segundo Gefe del Marques, Teniente Coronel D. Juan José Quesada se salvó en un buen caballo.

Esta catástrofe sucedió algunos meses despues, mas he querido referirla para no volver sobre ella. Entretanto la posicion avanzada del Marquez, aunque fuese sobre un flanco, hacia la nuestra de Hamahuaca que no estaba sostenida sino por ochenta ó cien hombres bastante segura, pudiendo tambien permanecer el ejército en Juny sin cuidado alguno. Se aproximaba el 25 de Mayo y se preparaban fiestas, por entre cuyos regocijos no podria menos de percibirse un secreto mal estar, una posicion falsa y la verguenza de la doble derrota que habia sufrido el ejército, Sin embargo, querian ocultarse estos amargos sentimientos bajo un exterior de alegria de que nadie participaba. Hubo corrida de toros, baile, comedia, todo ejecutado por los oficiales del ejército, pero las cosas permanecieron en el mismo estado.

Yo al fin habia curado de mi herida en Hamahuaca, pero habia perdido el uso del brazo derecho al menos para manejar las armas. Mis padres me instaban para que me retirase y se lo habian aplicado al Sr. Puyrredon que

(1) Lo mismo identicamente sucedió al Gobernador Beron de Estrada en Pago-Largo, con la diferencia de que á este lo asesinaron en el mismo sitio.

acababa de ser nombrado Supremo Director por el Congreso de Tucuman. Este Sr. habia resuelto venir a Jujuy á revistar el ejército y era esperado, creí pues conveniente solicitar licencia para trasladarme al Cuartel General y tratar de mi retiro. Asi lo hice.

El Sr. Puyrredon me recibió con la mas perfecta benevolencia y haciendo uso de esas maneras insinuantes y de esas espresiones lisongeras de que tan ventajosamente sabia valerse me dijo: "*Su Sr. padre me ha escrito sobre su retiro: V. mismo lo desea y si se empeña en ello lo tendrá: mas yo le aconsejo que se conserve en el ejército, pues aunque le falta el uso de un brazo, un gefe de su graduacion no es destinado á pelear, sino á hacer ostentacion de su presencia en el peligro: es V. muy jóven y ya es Mayor, he hablado con el General en Gefe y vá V. pronto á ser Teniente Coronel.*" Me sedujo y me dejé convencer, siendo esta la tercera vez que este hombre cortesano, obligante y seductor influa en el destino de mi vida (1) ligándome á una carrera en que si puedo reputarme feliz por haber obtenido glorias, nada he hecho para mi particular provecho y el de mi familia y que ademas me cuesta pesares inauditos.

El Sr. Puyrredon marchó á Buenos Aires y yo volví á Humahuaca á sugetarme á las durísimas privaciones que pesaban sobre mis compañeros. Nuestros alimentos, nuestras ropas, nuestro sueño, todo era malo y escaso; y á mí que estaba convaleciente y sumamente estenuado despues de mi prolongada enfermedad me hicieron una gran impresion estos padecimientos. Empecé á sentir los efectos de una debilidad suma que me preparó otra enfermedad de que despues adolecí: una enfermedad del pecho que me puso en el mas grave peligro.

(1) 1.º El año diez siendo Gobernador de Córdoba me hizo cambiar la Instituta de Justiniano por la espada: 2.º á fines del año 1811, cuando con mi hermano solicité retirarme de Jujuy, siendo General en Gefe dicho Sr.: y 3.º la que he referido. Alguna vez quizá hablaré de aquellos primeros sucesos.

Para que en todo fuese mas acerba la derrota y retirada de nuestro ejército bajo las órdenes del General Rondeau en el Perú, sucedió lo contrario de lo que habia acontecido en otras ocasiones. Cuando en tiempo del Sr. Castelli y del General Belgrano tuvo el ejército que dejar las provincias altas, se trajeron por lo menos los caudales de la casa de moneda con los que se pudo auxiliar algun tiempo à los que lo componian : pero esta vez, si vinieron caudales ignoro en que se emplearon, porque unicamente para el 25 de Mayo se dió un mes de paga á los oficiales y una buena cuenta á la tropa, sin que se hubiese recibido ni un medio durante todo el año y siendo este el último esfuerzo que hizo el General Rondeau hasta el fin de su administracion que fué por Agosto del mismo año.

Mas no era general esta miseria pues recuerdo que su ayudante de campo el Capitan D. Miguel Planes visitaba mucho en casa del Sr. D. Domingo Iriarte donde yo me alojé los dias que estuve en Jujuy y ostentaba un lujo tanto mas insolente cuanto su único mérito era ser confidente especial y favorito privado de S. E. (1) Como este, habia otros que aun que fuese por otros motivos, eran tambien distinguidos en secreto, sin que para estas distribuciones clandestinas entrasen para nada en cuenta, el mérito, los servicios, la graduacion y las verdaderas necesidades. Mi digno amigo el virtuoso D. Diego Balcarec siendo

(1) Posteriormente llegó Planes á Coronel y estuvo el año 1827 en la Banda Oriental, estuvo tambien unos dias con un escuadron que mandaba á mis órdenes y lo traté con la mas perfecta equidad. Trató de insinuarse en las buenas gracias del General Alvear; pero era imposible hacer de él un Rondeau. Con este motivo se retiró deplorando su mala estrella. Por el Comandante Correa Morales amigo y confidente de Planes supe que su máxima favorita consistia en que "*Un militar sin favor no podia decorosamente conservarse en su puesto.*" En ejecucion de este principio se retiró sin ser sentido de nadie. Se me ha pasado decir que mi hermano que fué tambien ayudante, pero no favorito de Rondeau, se retiró del servicio desde Moraya en principios del año 1815.

un Coronel sufrió á la par del último oficial y soldado y quizá su ejemplo contribuyó mucho á que todos lo hiciésemos sin murmurar al menos en mi regimiento.

El tiempo pasaba y nada se hacia, ni aun se pensaba. Acaso alguno creerá que se reemplazaban las bajas con reclutas : nada de eso. Otro juzgará que á lo que se conservaba se le daba mejor forma, adelantando la instrucción y disciplina : menos. Cualquiera se persuadirá que echando la vista para el porvenir se ocupaba el General en preparar recursos para lo sucesivo : tampoco. Se me dirá entonces ¿ en qué se pensaba pues ? y contestaré que en nada y cuando mas se ocupaban las notabilidades del ejército en intriguillas despreciables. Los hombres de juicio y sensatez como Arenales, Balcarce y algunos otros, estaban anulados y deploraban en secreto los males públicos mas que su propio desaire.

Desde la malhadada campaña de Salta la insolencia de los gauchos había subido á un grado casi insoportable: entraban al pueblo en partidas y mas de una vez hubo riñas con los soldados y lances aun mas desagradables. Al fin el ejemplo de una licencia triunfante había influido en lo poco que quedaba de disciplina de modo que amenazaba la vida del ejército. Era urgente, indispensable y vital salir de esta posición y supongo que por orden del Gobierno resolvió el Geaeral dejar Jujuy y toda la provincia para replegarse cien leguas mas hasta Tucuman. Se emprendió la marcha al mismo tiempo que mi regimiento la principiaba desde Humahuaca, de modo que siempre fuimos tres ó cuatro jornadas á retaguardia.

En Yatasto encontramos al Batallon No. 10 al mando del Coronel (hoy General en Chile) D. Francisco Antonio Pinto. No sé porque singularidad este batallon recién venido había quedado atras, hallándose ya todo el ejército en la Villa las Trancas, á veinte leguas de Tucuman. Nosotros tambien hicimos alto en Yatasto y tuvimos la ocasión de tratar de cerca al Sr. Pinto que es un caballero

distinguido: es natural de Chile y habia sido mandado á Europa por el Gobierno de su pais. A su regreso tomó servicio en Buenos Aires, no obstante que en su patria se agitaba de un modo mas activo la cuestion de independencia, lo que hizo creer que su adhesion á los Carreras, cuyo partido estaba caido lo obligaba á permanecer entre nosotros.

Despues de unos cuantos dias de mansion en la hacienda de Yatasto, tuvimos órden de continuar nuestro movimiento hasta las Trancas. El batallon No. 10 se acantó en el pueblo, donde estaba la infanteria y los Dragones del Perú quedando campados á distancia de una legua sobre el rio del Tala.

Ya entonces se estendia la voz de que el General Rondeau iba á ser relevado por el General Belgrano que habia vuelto de Europa y habia sido llamado á Tucuman donde seguia legislando el Congreso. Con este motivo los Gefes partidarios de Rondeau á cuya cabeza estaban los Coronel French y Pagola, pensaron en un movimiento sedicioso semejante al que se hizo en Jujuy para resistir la admision del General Alvear: exploraron el campo, sondearon los ánimos y aun se atrevieron á tantearnos al Coronel Balcarce y á mí. Si el fruto que sacaron de otros fué como el que obtuvieron de mi regimiento, debieron sacar un terrible desengaño; así es que desistieron de su empeño y se resignaron. Fuese que el nuevo General lo exigió, fuese porque ellos no quisieron sujetarse al nuevo método disciplinar que iba á establecer, el hecho es que los Coronel French, Pagola y el Comandante D. Ramon Rojas, dejaron sus puestos y marcharon á Buenos Aires: en esos dias hicieron lo mismo el Coronel Ortiguera, el Comandante D. Celestino Vidal y otros. De este modo el General Belgrano quedó sin oposicion y en aptitud de dar el impulso que deseaba para mejorar el estado del ejército. Se recibió del mando y pasó una revista, marchándose

luego á Tucuman y dando órden de que le siguiese el ejército.

El 9 de Agosto de ese año (1815), recuerdo que pasamos revista de comisario en las Trancas y luego que se concluyó me invitó Balcarce á dar un paseo por la casa de los médicos (ya entonces mi regimiento habia venido al pueblo) para consultarles sobre varios síntomas de enfermedad que él sentia. Consistian en una tos bastante fuerte y una fatiga que le acometia cuando hacia cualquier ejercicio. Efectivamente estuvimos con los Dres. Berdin y Vico, quienes en el momento graduaron de muy leve la enfermedad; mas en el mismo dia variaron de opinion y la clasificaron de muy grave cuando hubieron hecho un reconocimiento mas prolijo y detenido. A los dos dias declararon que era indispensable que el enfermo fuese trasladado á Tucuman, donde podria ser asistido con mejores auxilios que en la campaña. Yo que estaba ligado por tantos títulos á este digno compañero, tomé el mas vivo interés, y no fué sino con pesar que le hice preparar el carruaje y me resolví á separame de un amigo que no debia ver mas. El 22 del mismo mes falleció este benemérito gefe, este virtuoso soldado y patriota distinguido. El 28 llegó el ejército á dicha ciudad y solo me encontré con su última voluntad consignada en su testamento en que me daba una nueva prueba de confianza. Me institua por su único albacea y por herederos de una parte que tenia en una casa en Buenos Aires á sus hermanas solteras. Murió pobre, pero sentido universalmente del pueblo y del ejército. Solicité en nombre de mi regimiento la permission de usar luto por dos meses y se me concedió, lo que todos los oficiales hicieron con la mejor voluntad.

Sus funerales sino fueron suntuosos no carecieron de solemnidad: asistieron á porfia los ciudadanos y los Diputados del Congreso como particulares. fuera de los oficiales del ejército. El Vicario Castrense, Canónigo Gor-

riti, pronunció su oracion fúnebre y se acordó de aquel arretrato de que he hecho mencion cuando la accion de venta y media, aunque sin nombrar la persona que fué el objeto de su cólera. El orador dijo y con razon, que en una vida tan llena de mansedumbre y de moderacion, solo una vez se le vió exaltarse fuertemente impulsado por el patriotismo y por el honor militar. Esta desgracia que puedo llamar doméstica, por cuanto viviamos en una misma casa, comiamos en la misma mesa. y estábamos siempre juntos, me causó el mas acerbo dolor : luego diré que influyó poderosamente en el quebranto de mi salud.

El 28 de Agosto por la tarde, segun he dicho, entró el ejército en Tucuman y fuera del No. 10 que se acuarteló en la Merced todos los demas cuerpos pasaron á alojarse en lo que se decia la Ciudadela, que era aquella fortificacion comenzada por el General San Martin de que hicimos mencion. Apenas habia uno ó dos malos galpones y los demas debian fabricarlos los mismos cuerpos á lo que se puso mano inmediatamente. Mi cuerpo habia traído la retaguardia y de consiguiente fué el último que atravesó la poblacion cerca de oraciones. Para que hubiese mas hombres en formacion habia mandado suprimir los cargueros de equipages, hechandos en unas carretas que venian atras y dando ejemplo con los mios. Veniamos pues todos á cuerpo gentil, pero creyendo que no pasaríamos de la ciudad esperábamos que se nos reunirian las carretas y ademas que no nos faltarian recursos aun cuando aquello no sucediese. Era ya entrada la noche cuando recibí orden de continuar la marcha al Convento de los Lules perteneciente á la Religion Dominicana, situado á tres leguas al sud oeste de la ciudad. Fué preciso seguir: la noche era fria y húmeda : llegamos á la mitad de ella y tuve que pasarla toda en pié y sin tener con que cubrirme.

En el estado quebrantado de mi salud hubo de serme de gravísimas consecuencias el gran resfrio que tomé : á

pasos largos me encaminaba hácia una tisis, cuyos síntomas precursores se hicieron sentir.

En los Lules encontré ya acantonados á los Granaderos á caballo que eran dos escuadrones sumamente diminutos y otros dos de Dragones de la Patria que no eran mas numerosos. Con los dos de dragones del Perú se contaban á penas seis esqueletos de escuadrones que no llegaban á cuatrocientos hombres, que era en lo que consistia toda la caballeria del ejército. A los pocos dias marcharon por la Rioja á Mendoza los Granaderos á caballo, llamados por el General San Martín que daba principio por ese tiempo á la creaciou del Ejército de los Andes.

Entre los dos cuerpos de Dragones habia una enemistad la mas pronunciada y tan universal que ni los oficiales ni la tropa se reunian jamás entre sí. Los de la Patria eran partidarios del General Rodeau: los del Perú tenian sus afecciones distintas. Aquellos se resentian de la indisciplina en que habian sido educados desde su origen: estos profesaban otros principios. Ademas existia en el mas alto grado la rivalidad que suele ser consiguiente entre los cuerpos antiguos de un ejército y los que vienen despues á quererles dar la ley. Antes de la salida del General Rondeau se habia corrido que nuestro regimiento se agregaria al de Dragones de la Patria, y se habia hecho un convenio entre todos los oficiales para pedir su separacion del ejército. El mismo inconveniente se tocaba si se queria hacer la agregacion en sentido inverso, es decir agregando los Dragones de la Patria á mi regimiento. En tal estado el General Belgrano tomó un espediente que fué el de suprimir las denominaciones de ambos cuerpos y formar uno de los dos con la de Dragones de la Nacion, y yo fuí el encargado de la ejecucion de este decreto.

Sin embargo del estado de mi salud, era el único jefe que habia y mi trabajo era tan asiduo como penoso. Tuve que vencer gravísimas dificultades que me oponia el estado de los ánimos y la indisciplina porque habiamos

pasado. Para colmo de trabajo, la ignorancia de los Dragones de la Patria en táctica y demas deberes militares era tan supina que fué preciso empezar por la instrucción del recluta. Cuando se empezó á evolucionar mandaba yo mismo las maniobras y este esfuerzo violento de la voz agravó mi enfermedad del pecho hasta que varias veces arrojé sangre. Me ordenaron los médicos que no mandase personalmente el ejercicio, y tuve que hacerlo sirviéndome de un ayudante que repetia en voz alta las de mando que yo le comunicaba á media voz. Si estos trabajos me fueron penosos y hubieron de serme funestos, logré al menos que mereciesen la plena aprobacion del General Belgrano, que me la manifestó de muchos modos y en diversas ocasiones.

Ademas de los males fisicos que me aquejaban, la muerte de Balcaree acaecida en Agosto habia hecho una profunda herida en mi corazon. En el Agosto anterior habia perdido otro amigo en el Capitan Tejerina; de modo que este mes, vino á ser para mí un mes fatídico: despues cuando otros sucesos azarosos de mi vida han pesado de un modo terrible sobre mi existencia he tenido motivo para confirmarme que en las primaveras, sea por casualidad, sea por un conjunto cualquiera de circunstancias se agravan mis pesares y mis males. Debo contar este periodo de mi enfermedad como la segunda época desgraciada de mi vida, porque á la verdad en medio de la juventud sufrí las alternativas de esperanza, de salud y de desesperacion en un grado eminente durante año y medio (1).

(1) En mi niñez cuando solo tenia de doce á diez y seis años, sufrí en el Colegio la persecucion gratuita, injusta y temaz de un Clérigo Marin, superior del Colegio y de consiguiente mio. No sé porqué este hombre corrompido y brutal concibió contra mí un odio tan estenso, que no lo puedo explicar sino como una profunda aberracion del espíritu humano. Los superiores de mayor gerarquia conocieron al fin la justicia y me la hicieron, sin que el bárbaro Marin pudiese envilecerme y humiliarme indecorosamente, que sin duda era lo que queria. Mis padres quisieron sacarme del colegio por esta razon para trasladarme á otro, pero

que todo me atormentaba la perspectiva continua de una enfermedad que he tenido en gran horror. Si la viveza de imaginacion y una exquisita sensibilidad, son dōnes funestos para aquel á quien los ha concedido el Cielo: debo confesar que yo he sufrido mas que otro cualquiera por unos trabajos qui ni son raros, ni son extraordinarios en la mísera condicion humana. Para concluir esto diré que médicos opinaban que si en aquellas circunstancias salia yo á campaña, no podria soportar las penalidades que ella traeria. Sin embargo, dos años despues cuando la que se hizo contra Santa Fé me sucedió lo contrario, pues no solo se aceleró mi restablecimiento sino que se fortificó mi constitucion y recobré perfecta salud.

El General Belgrano se contrajo con su bien conocido celo á establecer una rigurosa disciplina y por mas que me cueste ejercer la censura sobre los actos de este gran ciudadano, debo decir en obsequio de la verdad que generalmente se dejaba llevar por este celo mas allá de lo regular. Por ejemplo; exigia de los oficiales una especie de disciplina monástica y castigaba con severidad las menores transgresiones. Mandó que desde las diez á once de la noche no pudiesen estar fuera de sus cuarteles, lo que

yo lo rehusé por consecuencia á la casa donde habia recibido mi educacion. Despues Marin estaba en Córdoba condecorado por Bustos con una Canogia y cuando mis victorias y mi mando en aquella provincia, lo consideré y lo conservé en su puesto; pero nada pudo vencer la obstinacion de este hombre que ya se deja entender que era además mi enemigo, político. Cuando yo caí prisionero (1831) fué mandado de diputado á la Convencion de Santa Fé y allí no se desmintió manifestándose mi mas caloroso acusador. Al fin Quiroga publicó unas célebres cartas que le habia interceptado promoviendo los celos provinciales contra Buenos Aires, y con eso terminó su carrera política del modo mas original que puede pensarse: pero despues terminó tambien su vida este hombre dotado de una gran violencia de pasiones y de una rudeza sin igual. Este puedo decir que es el primer periodo desgraciado de mi vida. El segundo, el que he mencionado arriba. El tercero, mi prision. El cuarto, la pérdida de mi esposa. ¿ Habrá aun otro? Dios lo sabe.

era muy difícil, que tuviera entero cumplimiento en un pueblo en que estaban llenos de relaciones, que no podían cultivar durante el día por tenerlo todo ocupado: acostumbraba disfrazarse é introducirse de incógnito en los cuarteles con demasiada frecuencia y llegó á descender á la investigacion de actos privados que deben estar fuera del alcance de la autoridad. Pero estos son muy pequeños defectos en presencia de su gigantesco mérito y sus sublimes virtudes, que sin duda resaltarán mas al lado de tan diminutos lunares.

El Congreso igualmente continuaba en sus sesiones, habiendo el 9 de Julio de 1816, declarado nuestra Independencia de la España y de la Corona de Castilla, pero habia en su seno un germen de discordia que transpiraba por todas partes. Los Diputados de Buenos Aires, seguidos de la mayor parte de los de las provincias, dominaban el Congreso, y la oposicion que les hacian los de Córdoba procurando inútilmente contrastar la supremacia é influencia de la capital. Era en ese tiempo que Artigas, el célebre Artigas (1) hacia una guerra á muerte al Gobierno General, que si tenia vicios y defectos representaba al menos los principios civilizadores, mientras que aquel se apoyaba en el bandalage y la barbarie. Sin embargo no faltaban hombres de buena fé y hasta de mérito que lo apoyasen, porque lo creian un instrumento util para las reformas que eran necesarias. Sin duda se engañaban, como despues lo han conocido y lo han confesado. En esta, como sucede generalmente en todas las discordias civiles, difícil seria hallar la justicia esclusivamente en uno de los

(1) En el Paraguay el año de 1846 tuve ocasion de conocer á este caudillo de triste celebridad: está muy viejo y vive de los cortos auxilios que le suministra el Gobierno de aquel Estado. Sin embargo de su avanzada edad, y de treinta años de una especie de prision que han pesado sobre su vida, no deja de conocerse en ciertos rasgos al caudillo y al gaucho preocupado contra los adelantos de la civilizacion. Ahora solo inspira compasion y desengaños.

partidos: por lo comun ambos pasan límites que marcan la equidad y la conveniencia pública. No me detendré mas en esto sino para decir que los Diputados de Córdoba fueron completamente vencidos, y que cuando el Congreso, en fines del mismo año resolvió trasladarse á Buenos Aires, ellos se quedaron en su provincia separándose de sus destinos, excepto el Dr. Salguero de Cabrera.

Desde tiempo antes pesaba sobre la provincia de Córdoba una especie de reprobacion por haberse crecido sin justa razon, opuesta al sistema de la revolucion que con tanto entusiasmo habían abrazado las otras: esta reprobacion se fortificó y se aumentó con su inutil oposicion en el Congreso y la derrota de sus Diputados. Sin embargo no se crea que los principios que estos seguian carecian de partidarios en las otras; pero como esos partidarios no estaban entre los oradores solo se hacian sentir con las vias de hecho: Asi sucedió en Santiago del Estero, ciudad dependiente entonces del Gobierno de Tucuman y cuarenta leguas al sud.

El Teniente Coronel D. Juan Francisco Borjes, levantó el estandarte de la rebelion deponiendo al teniente Gobernador y saliendo á campaña para reunir las milicias y hacer frente á las tropas que se destacasen del ejército: No era esta una desercion de la causa de la independenciam: su objeto era solo substraerse á la obediencia del Gobierno General y ser en su provincia lo que era Güemes en Salta y Artigas en la Banda Oriental; pero tomó tan mal sus medidas que antes de treinta dias estuvo todo terminado.

Borjes á quien todos suponian una audacia no comun y que gozaba gran prestigio entre sus comprovincianos; manifestó llegado el caso una impericia y una imbecilidad suma al mismo tiempo que pasaba el Rubicon no quedándole mas puerto de salvacion que la victoria hizo ahande de una delicadeza agena de sus circunstancias espeeciales: Cuando reunia el paisanage que debia oponer á las tropas que ya marchaban contra él, dejó pasar intactos unos

caudales que iban de tránsito para Buenos Aires, y lo que es mas no permitió sacar un sable, ni una tercerola que necesitaba en sumo grado, de una tropa de carretas que á esa sazón llevaba un buen cargamento de armas para el ejército. Todo esto lo hizo en precaucion de que no se creyese que un deseo desordenado de rapiña lo habia impulsado en su movimiento y de que hostilizaba privandolas de sus armas, á las tropas destinadas á combatir por la independencía. Si tal modo de pensar hace honor á sus sentimientos, es una prueba clásica de su incapacidad como caudillo y de que se metió en un atolladero sin calcular como habia de salir de él.

El comandante D. Gregorio Araoz de La Madrid con un escuadron de Húsares que mandaba formó la vanguardia de las tropas destinadas contra Borjes y el comandante D. Juan Bautista Bustos con doscientos infantes de su regimiento y un escuadron de dragones formaba el cuerpo principal de la expedición. Este ocupó la capital de Santiago, cuando la vanguardia se habia internado en la campaña buscando la gente de Borjes que se hacia subir á quinientos hombres. Muy poco fué preciso para deshacerla, pues el comandante La Madrid que avanzó sobre ella con una guerrilla de veinte y cinco hombres la batió y dispersó en términos que nadie pensó, en reunirse y se acabó la resistencia. Borjes solo huyó con dirección al Salado (rio que corre por la frontera Este de Santiago) desde donde se proponia pasar á Salta, donde contaba que Güemes lo patrocinaria; pero fué preso en su mismo pais, por los mismos paisanos y entregado por un comandante de milicias, Taboada que me aseguraron era su pariente.

Los partes de estas ocurrencias se transmitian instantáneamente al General Belgrano que luego que supo la derrota de los sublevados espidió un decreto de indulto con excepcion de Borjes, de un comandante de milicia Montenegro, un mayor de las mismas Gonsebat y del capitán Lugones de mi regimiento. Este se hallaba allí des-

de antes de la sublevacion con un piquete de treinta dragones con los que se habia unido á Borjés y salido á campaña, y á los que (sin que hasta ahora sepa porque) despidió desde Loreto, de modo que volvieron y se incorporaron al cargo de un sargento á la fuerza que los perseguia. Todo prueba que los revoltosos se asustaron de su propia obra, luego que la hubieron consumado.

Cuando á los cuatro ó cinco dias de la derrota se tuvo noticia de la prision de Borjes, tuve órden de salir con una partida que iba á cargo del Capitan D. Joaquin Lima al puesto de Vinal situado á diez leguas de la ciudad á recibir al prisionero, tomarle una declaracion sobre sus últimos hechos y hacerlo seguir hasta la ciudad. Habiamos contado con hallar á Borjes esa noche en Vinal; pero no sucedió asi y luego se tuvo noticia de que por causa de enfermedad se habia demorado su marcha. A la mañana siguiente continuo en su solicitud el capitan Lima con la partida, quedándome yo á esperarlo en Vinal para llenar las formalidades de mi comision. En todo ese dia ni la noche no pareció; y á la madrugada del tercero dia se me presentó el Comandante La Madrid, quien me manifestó la órden que traia de fusilarlo sin mas demora que la muy precisa para recibir los auxilios espirituales. La sentencia emanaba directamente del General Belgrano: habia sido remitida á Bustos, y este comisionó á La Madrid para su ejecucion.

En la pequeña comitiva que habia sacado La Madrid de Santiago, venia un religioso dominico el Padre Ibarzabal, quien debia ofrecer sus servicios al desgraciado Borjes; mas como por su edad y poco ejercicio en el caballo no pudiese acompañar la rápida marcha del Comandante, se convino en que se quedase en una chacarilla que tiene el mismo convento á dos leguas de la ciudad, debiendo La Madrid traer alli al reo para que fuese ejecutado despues de hacer sus disposiciones cristianas.

Bien poco agradable me habia sido la comision que se

me habia conferido, asi es que aproveché sin trepidar la ocasion que se me presentaba de eximirme. Yo habia creido que la declaracion que se mandaba tomar al prisionero era para que sirviese de precedente á un juicio que aunque fuese muy breve llenase en cierto modo las formas ; pero desde que sin esperar este se habia estendido la sentencia y se mandaba ejecutar, ya era inutil todo esclarecimiento de un hecho que estaba juzgado. Me retiré pues antes que viniese Borjes y antes de medio dia estuve en Santiago sin la declaracion que habia ido á tomar.

Bustos se conformó con la esplicacion que le di, pero el teniente Gobernador Teniente Coronel D. Gavino Ibañez que acababa de ser restituido á su empleo, se aferraba en que otras personas del vecindario habian tomado parte en la conspiracion y exigia que sin embargo de la sentencia declárase el reo sus cómplices. Sin embargo de haber sostenido yo la opinion contraria, venció en el ánimo de Bustos el modo de pensar de Ibañez y á las once de la noche recibí orden de trasladarme muy temprano con un secretario á la Chacarilla de los Dominicos donde ya debia estar Borjes. Tuve que conformarme y serian las seis de la mañana cuando llegué al lugar en que debia ser el suplicio de aquel desgraciado gefe.

El Comandante La Madrid me salió al encuentro para decirme que habia llegado esa madrugada con el reo y que inmediatamente se le habia puesto en capilla con dos horas de término las que iban ya á cumplirse. Me pareció cruel y hasta bárbaro turbar los últimos momentos de un hombre en aquella situacion con preguntas que si él satisfacía comprometian á sus amigos y si negaba podian conturbar su conciencia. Por otra parte me constaba que el General en Gefe nada desto habia prevenido, antes dando por concluida la rebelion habia promulgado una amnistia. Tomé pues sobre mi responsabilidad, y esta vez sin remision porque el declarante iba á desaparecer, evitar la de-

claracion y sin bajarme del caballo volví las riendas para la ciudad de donde acababa de salir.

Cuando llegue á la chacra de Santo Domingo estaba ya designado el lugar del suplicio á unas cuantas varas del rancho que ocupaba el reo, bajo un frondoso algarrobo á cuyo tronco estaba atada una mala silla de cuero que habia de servir de banquillo. El Comandante La Madrid me dijo que cumplidas ya las dos horas el reo iba á ser ejecutado. Cuando me despedí se formaba ya la escolta y no habia andado ni un cuarto de legua, cuando oí la fatal descarga. Borjes murió con entereza y protestando contra la injusticia de su sentencia y la no observancia de las formas, pero con los sentimientos religiosos y cristianos,

Antes de una hora estuve en Santiago y en casa de Bustos, á quien dí cuenta de lo sucedido. Manifestó por ello la mas cumplida indiferencia: no así Ibañez, quien á pesar de nuestra relacion de amistad reprobó mi procedimiento, lo que dió lugar á acaloradas disputas. Mas no fué este el único punto en que discordó, como lo voy á referir.

El mismo dia llegó el parte de haber sido detenidos y presos en Ambargasta, jurisdiccion tambien de Santiago, Gonsebat y Lugones, que muy luego llegarían á la ciudad. Al primero no lo conocia yo; pero el segundo era oficial de mi regimiento y habia sido antes de mi compañía: habia sido tambien mi particular amigo, aunque en el tiempo precedente se hubiesen resfriado nuestras relaciones por efecto de esas ideas anárquicas que empezaban á fermentar en su cabeza.

A mas del interés que me inspiraba Lugones, mis principios y mi corazon me hacian desear que no se derramase mas sangre. Creí pues que debia hacer algo para detener el golpe terrible que lo amenazaba, cuya gracia naturalmente seria estensiva á los otros exceptuados. Me llegué al Coronel Bustos á rogarle con el mayor encareci-

miento que al dar cuenta de la prision de Lugones, lo recomendara al General, y me empené con los Comandantes La Madrid y Moron para que me secundasen en mi solicitud. El Coronel Bustos me lo prometió y estoy persuadido de que lo hizo: el hecho fué que Lugones perdió su empleo, quedando destinado á servir como aventurero en el ejército, y subsistió así por algun tiempo, quedando al fin de nuevo en su clase, siendo esta la única pena á que se le condenó. Gonsebat y Montenegro salvaron tambien sus vidas á costa de algun tiempo de prision y privacion de sus empleos.

El General Belgrano no debió arrepentirse de la indulgencia con que trató á los últimos, siéndome sensible no poder decir lo mismo de la sentencia (si puede llamarse sentencia un decreto de muerte, sin juicio, sin forma alguna y sin oír al reo) precipitada que hirió á Borjes. ¿Creyó acaso el General que la demora de la ejecucion, podia dar motivo á nuevas turbaciones? No lo sé; pero si así fuese se equivocó completamente, pues la rebelion estaba tan terminada que el caudillo habia sido arrestado por sus mismos paisanos y en el mismo teatro de sus aspiraciones. De cualquier modo nunca podia faltar tiempo para que se le juzgase sumariamente y se oyese sus descargos. Lo singular es que el General que tanto predicaba la obediencia y la observancia de las leyes, las violase invocándolas, sin que ninguna autoridad superior le hiciese cargo.

La caida de Napoleon: la restauracion de Fernando VII al trono de España, y la paz de la Europa debian naturalmente influir en los negocios de la América Española y la guerra iba á tomar otro carácter. Era consiguiente que viniesen tropas y que se diese nueva actividad á las operaciones. Abascal fué llamado á España: Pezuela fué premiado con el Virreinato del Perú y el General La Serna fué destinado al mando en Gefe del ejército que debia reconquistar esta parte de la América. Con La Serna vinie-

ron muchos Gefes y Oficiales de mérito, instruidos en la táctica moderna y que estaban al corriente de los adelantos que habia alcanzado la ciencia militar en la Península. El desprecio con que los recién llegados trataron á los practicones del ejército antiguo, puso los fundamentos de la discordia que estalló tiempo despues y que fué tan funesta al ejército real.

Ademas la mayor parte de estos gefes estaban afiliados en una de esas sociedades secretas que pululaban en la España y este fué un nuevo motivo de division porque Pezuela y sus adeptos miraban esas cosas como casos dignos del conocimiento de la inquisicion que habia sido restablecida en todos los dominios españoles. Se aseguró que el Vicario Castrence del ejército (despues Obispo) La Torre, tuvo la secreta comunicacion de tomar informaciones y seguir una causa sigilosa á los franc-masones del ejército: pero tenian demasiado poder para que Pezuela pudiese dominarlos y ellos al fin fueron los que años despues acabaron por una revolucion con el suyo. La pasada á nuestro ejército del capitán de artilleria graduado de Teniente Coronel D. Tomas Iriarte (hoy General) tuvo relacion con estas intrigas, sin que esto deba perjudicar á los sentimientos patrióticos que no dudó lo animaron desde entonces.

No obstante el mérito de los nuevos gefes españoles teniau la desventaja de no conocer el país, y sus providencias se resintieron de la inesperienza, aun que en el sentido militar fuesen superiores á sus antecesores. Las republiquetas ó reuniones de indios patriotas en el Perú seguian dandoles en que entender, lo que no impidió sin embargo que las exterminasen sin exceptuar la principal que mandaba el Coronel Warnes quien fué batido y muerto cerca de Santa Cruz. Este resultado y la arrogancia propia de unos hombres que habian combatido contra los ejércitos franceses, les hizo considerar facil la conquista

de las provincias bajas y llenos de confianza y orgullo avanzaron á Salta.

Los valientes saltños y principalmente los ganchos (nombre que se hizo honroso entonces) acudidos por Güemes les abandonaron las poblaciones y les opusieron en la campaña una resistencia heroica. No tenian los invasores mas terreno que el que materialmente pisaban y aun que la caballeria del ejército real habia hecho bajo la direccion de Canterac considerables adelantos no por eso fuè mas feliz en esa guerra de detall á que eran provocados sin cesar. En un combate regular era indisputable la superioridad de la caballeria española, pero despues de agotar sus fuerzas ensayando cargas sobre unas lineas débiles que se les escapaban como unas sombras fugitivas, concluian por haber sufrido pérdidas considerables en esas interminables guerrillas sin haber obtenido ventaja alguna.

Al principio ensayaron las vias de la clemencia, pero como viesen que poco adelantaban se propusieron ejecutar actos de severidad que los gauchos contestaron con terribles represalias colgando en los árboles los prisioneros que tomaban; no solo tuvieron que contenerse, sino que despues de dos ó tres meses tuvieron que abandonar su conquista volviendo á sus antiguas posiciones, sin caballos y casi la cuarta parte menos del ejército. Güemes volvió á ocupar la capital de la provincia y esta quedó libre de enemigos en su totalidad.

Aunque el General Belgrano se mantenía tranquilo con el ejército de Tucuman, no dejó de tentar algunas operaciones parciales cuyo resultado en último analisis fuè de ninguna utilidad. El Teniente Coronel D. Daniel Ferreira fuè mandado por entre las poblaciones de indígenas irreducidas que quedan al Este de lo que es hoy Bolivia á tomar el mando de los restos del cuerpo que habia mandado Warnes y que á las órdenes del Comandante Mercado se conservaba en los desiertos de Santa Cruz de la Sierra; algo dió que hacer á los españoles, tuvo mu-

chas escaramuzas y al fin se vió precisado á abandonar el teatro de la guerra, trayendo unos doscientos ó trescientos hombres.

La mas considerable de estas expediciones fué la que marchó á las órdenes del Comandante La Madrid, pues se componia de trescientos á cuatrocientos hombres escojidos del exercito con dos piezas de artilleria de montaña. Sus primeros pasos fueron brillantes, pues cortando la línea de operaciones del enemigo, rindió la guarnicion de Tarija, haciéndola prisionera y á mas el Comandante en servicio de la España D. Andres Santa Cruz, que tan gran papel ha hecho despues en los negocios de ambos paises. Era una verdadera sorpresa para los cuerpos españoles destacados en las guarniciones encontrar á su frente tropas regulares y disciplinadas cuando solo esperaban grupos de indios ignorantes y desarmados. La expedicion del Comandante La Madrid era un golpe de rayo que hubo de dar valiosos resultados.

Despues de la victoria de Tarija se dirigió á Chuquisaca cuya guarnicion era mucho menos importante en calidad y número que la que acababan de vencer al paso que la fuerza libertadora se habia duplicado con los voluntarios que habia reunido. Para colmo de felicidad apresó La Madrid un lindo escuadron enemigo sin que se salvase un hombre, sin disparar un solo tiro, sin desembainar un solo sable y sin derramar una sola gota de sangre. Es este uno de esos lances raros en la guerra y que merecc referirse detalladamente.

El Comandante La Madrid á quien en virtud de la victoria de Tarija se le habia concedido el grado de Coronel, se aproximó á dos leguas de Chuquisaca y se situó en el pueblecillo de Cachimayo si no me engaño, sin que el presidente de la audiencia que era el Gobernador de la capital del Alto Perú, tuviese noticia distinta de su situacion ni de la clase de fuerza que se aproximaba. Sin embargo de su vaga alarma habia pedido tropas á Potosí que

dista treinta leguas y se le habia advertido que marchaba en su auxilio el Comandante Ostría con un cuerpo proporcionado. Este hizo salir al Comandante Lopez con su escuadron completo para descubrir al enemigo: Lopez se dirigió explorando la campaña al mismo punto que ocupaba La Madrid.

Debe advertirse que para llegar á Cachimayo tenia el Comandante español Lopez que descender una elevada cuesta cuyo pié venia á dar á los suburbios del pueblito: desde la altura se distinguia la fuerza que lo ocupaba y como esta era uniformada y armada con regularidad, creyó que era la division de Ostría que venia en su auxilio. Los nuestros veian tambien á los españoles que estaban arriba y el Coronel La Madrid tuvo la feliz advertencia de mandar que no se hiciera movimiento alguno de desconfianza ni hostilidad. Esto alentó mas al gefe realista que continuo descendiendo y hasta se adelantó con un ayudante y un trompeta hasta ponerse al habla. Entonces preguntó que gente era aquella y le contestaron que era amiga; volvió á preguntar si era la division de Ostría y le respondieron afirmativamente. Aun se cree que equivocó con este al Coronel La Madrid, cuya estatura y corpulencia eran semejantes. Con tales seguridades descendió al plano y se encontró rodeado de enemigos y prisionero.

Al momento se le intimó que seria muerto en el acto si por una accion ó palabra hacia conocer á sus subalternos lo que le habia acontecido. Por el contrario se le ordenó que cuando se aproximasen, los mandase espresamente bajar asegurándoles que era tropa amiga la que los esperaba: asi se hizo, y todo el escuadron sin que escapase uno para llevar la noticia á Chuquisaca quedó en poder de nuestras tropas. Estas para enganar mejor á los confiados enemigos se habian desgañitado dando *Vivas al Rey, á la España, y á los gefes realistas*: sólo é despues que se hubo conseguido un triunfo tan extraor-

dinario, que se entonaron los cánticos de la patria y las aclamaciones de la victoria.

Tenemos al Coronel La Madrid con su hermosa division á dos leguas de Chuquisaca, y al gefe español que allí mandaba reposando en la mas plena confianza, tanto por que no conocia la calidad de la fuerza que lo amagaba, cuanto porque tenia avanzada una vanguardia cuyos partes debian instruirlo de su aproximacion. Por lo demas la guarnicion, deduciendo el escuadron que habia caido prisionero solo consistia en menos de cien hombres y algunos enfermos que habia dejado el ejército en los hospitales: debil recurso para defender la ciudad, no obstante que las calles estaban cortadas á una cuadra de la plaza con parapetos que solo dejaban una estrecha entrada, como se acostumbraba en los pueblos del Perú en precaucion de un asalto de las montoneras ó republiquetas de indios,

El Coronel La Madrid no perdió tiempo, pues esa misma tarde se movió y á las doce de la noche estuvo en el Convento de la Recoleta que estando en una posicion algo elevada domina la ciudad. Ni el Gobernador ni la guarnicion sabian absolutamente nada y dormian el mas profundo sueño. Hubo varias opiniones sobre el modo de atacar la plaza, y una de ellas fué disfrazar cien hombres con el uniforme de los prisioneros é introducirse como amigos. Me han asegurado que el Comandante Lopez se prestaba á cooperar á esta operacion, proponiendo que lo llevasen asegurado á la cabeza de la columna y que lo matasen en el acto sino cumplia fielmente lo que prometia.

Otros opinaron acercarse sin ser sentidos á las trincheras y echarse sobre ellas al apuntar el dia: estos dictámenes fueron desechados para elegir el peor de todos. Quizá el Coronel La Madrid quiso evitar á la poblacion algunos excesos que podian cometerse tomándola á viva fuerza y calculando la debilidad de sus medios de defensa se persuadió que el Presidente ó Gobernador viendo á su

frente un cuerpo de tropas regulares se rendiría por capitulacion.

La Recoleta que como he dicho ocupa una posicion elevada está en los suburbios de la ciudad: desde allí se enfilaba una calle que terminaba en la plaza, donde se alcanzaba á ver el fogon que un cuerpo de guardia tenia encendido. A ese fogon hizo apuntar los cañones el Coronel La Madrid y al romper el alba los mandó disparar al mismo tiempo que todas las cajas, cornetas y clarines de la division tocaban Diana.

La alarma no podia ser mas completa, pero no surtió los efectos que esperaba el Coronel La Madrid, pues el gefe español sin desconcertarse se dispuso á una defensa á que poco antes no estaba preparado. A la diminuta guarnicion que tenia reunió los enfermos del hospital que podian conservarse en pié arrimados á la trinchera, é hizo un llamamiento á la poblacion á que esta respondió en gran parte, no por afeccion á la causa real, sino por defender sus personas y propiedades que creian amenazadas por una turba indisciplinada.

Muy entrado ya el dia descendió á las calles que ocupó sin resistencia el Coronel La Madrid, estando toda la fuerza enemiga concentrada dentro de las trincheras. Ambos contendores tuvieron tiempo sobrado para tomar sus medidas, pues fué muy tarde cuando se hizo el ataque. Nuestra fuerza fué dividida en ocho fracciones mas ó menos iguales que ocuparon las ocho calles que desembocan en la plaza. A una señal dada cayeron á un tiempo y casi á un mismo tiempo fueron todas rechazadas. Ninguna pudo tomar ni aun llegar á la trinchera que le era opuesta y despues de inutiles esfuerzos y de pérdidas no pequeñas, tuvieron que volver á los puntos de donde habian partido. Despues de este ataque desgraciado la ocupacion de la plaza se hizo muy dificil y el Coronel tuvo á bien retirar sus columnas á la Recoleta donde estuvo esa misma tarde.

El enemigo no dió un paso fuera de las trincheras para perseguir ; pero como era probable que viniesen algunos cuerpos en su auxilio el Coronel La Madrid no podia permanecer en la posicion que ocupaba. La fuerza habia perdido no solo su ánimo sino en número, pues fuera de los muertos y heridos en el combate habia sufrido dispersion de la gente del pais : emprendió pues su retirada, pero pienso que no le ocurrió aun la idea de dejar el Perú para venir á las provincias bajas y que se propuso fué maniobrar esperando una ocasion favorable de dar un golpe feliz. Mas ya no era tiempo, el General en Jefe del ejército realista habia destacado fuerzas considerables para perseguirlo, las que lo buscaron sin cesar hasta que lo derrotaron cumplidamente en Sopachay.

Pero aun tuvo otro no menor contraste á los pocos dias de su salida de Chuquisaca : marchaba una noche la columna con menos precauciones de las que debia, pues todas consistian en una partida que iba de vanguardia ; el oficial que la mandaba por equivocacion, ó por irse á unos ranchos como dijeron algunos, se separó del camino y dejó enteramente descubierto el frente de la division que seguia su camino muy tranquilamente : la infanteria iba montada y sus cañones cargados en mulas como se acostumbra en el Perú.

En el movimiento general que hacian los españoles para reunir los destacamentos que tenian separados, acertó á venir esa noche una compañía que si no era menor no excedia de cien infantes, por el mismo camino pero en sentido inverso del que traia la columna. Los enemigos la sintieron primero y sin saber que fuerza era la que se les presentaba tomaron posicion en una pequeña altura que estaba al lado del camino y esperaron. Cuando se acercó la cabeza de nuestra tropa le dieron el *Quien vive ?* y habiendo contestado *La Patria*, hicieron una descarga á la que es consiguiente se siguiese un fuego mas ó menos vivo. Los que venian á vanguardia retrocedieron en des-

orden y este se comunicó á toda la columna en términos que sufrió la derrota mas completa. Las mulas que llevaban los cañones huyeron con su carga; las del parque y equipajes hicieron lo mismo en distintas direcciones y la fuerza se dispersó en términos que á la mañana no estaba aun reunida la division.

Por fortuna el enemigo que conoció que la fuerza con quien se las habia tenido era seis veces mayor que la suya se apresuró á dejar este menguado campo de batalla y alejarse cuanto pudo. De este modo pudieron los nuestros volver en sí, buscar la reunion y recuperar lo que se pudo del carguero estraviado y los cañones que no parecieron hasta despues. Sin embargo esto no se hizo sin pérdida pues en la sorpresa de la noche murió el capitán Colé del núm. 2 jóven muy querido y de muchas esperanzas con unos pocos hombres de menos importancia y ademas hubo nueva desercion de los hombres que no quisieron ó no pudieron volver á las filas.

Restablecido el orden y hecho el arreglo de la fuerza lo mejor que se pudo, volvió á continuar su movimiento de retirada, pero ya entonces La Madrid buscaba conocida-mente el contacto con las provincias bajas, pues su direccion era á Tarija. Al mismo tiempo la division española que habia sido destacada del ejército real para perseguirlo se avanzaba rápidamente y por mas que La Madrid aceleró sus marchas y que destruyó casi para forzarlas sus medios de movimiento, no pudo dejar de ser alcanzado en Sopachay, célebre por la nueva derrota de que fué teatro y por la ruidosa causa que se formó por este suceso.

Despues de una marcha violenta de algunos dias en que el Coronel creia haber ganado un buen trecho al enemigo paró en Sapachay para dar descanso de un par de dias de que pensaba poder disponer á sus hombres y caballos. Fallaron estos cálculos y otra vez lo engañaron sus avanzadas que no sintieron al enemigo que en pleno día penetró hasta su campo. El ataque fué tan repentino que

el Coronel La Madrid lo supo cuando oyó los primeros tiros y se pronunció la derrota quedando en poder del enemigo cañones, parque, equipajes hasta los papeles del Coronel.

No hubo accion, no hubo resistencia : todo fué confusion en medio de la cual cada uno fugó por donde pudo y como pudo. No fué sino á muchas leguas que se reunió algo de la fuerza escapada con la que el Coronel siguió su retirada. Para mayor desgracia estallaron desavenencias entre los gefes y oficiales y hubo de haber una revuelta que solo con trabajo pudo reprimir el gefe. En el parte que dió al General Belgrano acusó de cobardía é incapacidad al Coronel Azebey, al Mayor D. Antonio Giles que era el gefe del E. M. de la division; al capitán Otero y cuatro oficiales mas, los que fueron conducidos en arresto para ser juzgados en consejo de guerra de Oficiales Generales. Este los absolvió despues de algunos meses que tardó la substanciacion de la causa.

Al fin llegaron á Tucuman los mutilados restos de aquella linda division, que si habia sufrido reveses, habia tambien adquirido glorias. La opinion hizo justicia al valor del Coronel La Madrid, pero no juzgó asi de su capacidad, pues se creyó que no habia sido acertada la direccion que habia dado á sus operaciones, y mas que todo se creyó que no habia tenido la firmeza y habilidad necesaria para conservar la disciplina tan precisa en una campaña ofensiva y lejana. El General Belgrano no participó de ese modo de pensar, pues lo acogió distinguidamente y lo llenó de sus gracias.

El escuadron de Húsares que mandaba el coronel La Madrid se elevó á regimiento y se le formaron dos escuadrones, se le dieron con preferencia hombres y recursos, pero jamás pudo medrar este cuerpo, porque el Sr. La Madrid carece de toda capacidad administrativa é ignora (¿Quién lo creerá?) en que consiste la verdadera disciplina. Los cuerpos que ha mandado siempre le fueron per-

sonalmente afectos, pero este sentimiento no iba hermanado con el respeto con el que debe hermanarse. Siempre sus soldados fueron en la apariencia entusiastas por la causa que defendian, pero sus hechos no correspondian á las esperanzas que hacian formar. El coronel La Madrid imponia muchas veces castigos de estremada severidad, pero no producian el escarmiento que era de desear, porque no era regularmente sostenido ese sentimiento de órden que los dictaba. Finalmente el coronel y quizá algunos de los que lo acompañaban hacian prodigios de valor, pero casi siempre eran vencidos (1).

Se me ha pasado decir que mi regimiento durante su mansion en los Lules fué aumentado á cuatro escuadrones, habiendo desde antes sido nombrado coronel de él, el de la misma graduacion D. Cornelio Zelaya, para teniente coronel D. Alejandro Heredia; yo para comandante del 3.º escuadron y D. José Maria Perez de Urdinirea para el 4.º Este escuadron era la escolta del General en Jefe. Para mayor del cuerpo habia sido promovido el capitán Gimenez.

Se formó tambien por ese tiempo una compañía de artilleria de á caballo, pero anexa al mismo cuerpo de artilleria que mandaba el comandante D. Manuel Ramirez. Los demas cuerpos eran mandados en la forma siguiente:

El regimiento N.º 2 de infanteria con dos batallones por el coronel Bustos y comandante Moron: el N.º 3 de un batallon por el coronel D. Blas Pico y el teniente coronel Aparicio: el N.º 9 de un batallon, por el coronel graduado Dominguez: el N.º 10 de un batallon, por el de

(1) Debo advertir que no habiéndome encontrado personalmente en la campaña del coronel La Madrid no fuí testigo ocular de los sucesos; pero como me informé prolijamente de ellos con motivo de ser el defensor de uno de los oficiales juzgados en el consejo de guerra, puedo hablar con conocimiento. Sin embargo no será extraño que despues de tanto tiempo incurra en algunas omisiones ó inexactitudes involuntarias, que me atrevo á no creer substanciales. Sirva esto de regla general.

igual clase y grado Pinto. La caballería constaba de los dos regimientos de Dragones y Húsares de que ya he hecho mención.

El ejército se conservaba estacionario en Tucumán sin que se hablase siquiera de la probabilidad de abrir la campaña en el Perú: ni aun podía decirse que su posición era defensiva, por cuanto estando cubierto por la estensa y belicosa provincia de Salta, era en ella que se estrellaban los esfuerzos impotentes de los españoles. Lejos de tener los medios de obrar ofensivamente. á penas se recibían de cuando en cuando algunos reclutas de los que se desertaban dos terceras partes y sus recursos de subsistencia eran tan menguados que solo con trabajo podia conservarse. El Gobierno ocupado de la guerra civil que devastaba la parte Oriental de la República, y entregado á una chocante corrupción parecia haberse olvidado del ejército del Perú. El de los Andes le merecería acaso mas atención, pero no mas sacrificios despues que el General San Martín lo habia creado con los recursos de Cuyo en su mayor parte y habia penetrado en el Estado de Chile que proveía á su subsistencia.

Las victorias de Chacabuco y Maipo compensando en cierto modo nuestros desastres anteriores nos abrieron una nueva fuente de recursos y permitieron al General San Martín no solo conservar, sino aumentar las fuerzas de su mando que despues dieron tantas glorias á la patria. La última de estas victorias, despues de la impresion que habia producido en los ánimos el desastre de Cancha-rayada fué celebrada en Tucumán con locura. El General Belgrano hizo levantar un monumento para perpetuar su memoria, el que se conservaba hasta estos últimos años.

La provincia pequeña de Santa-Fé, segtia siendo el teatro de escenas sangrientas: pronunciada de un modo de que la historia ofrece pocos ejemplos contra el Gobierno General hacia una guerra á muerte y triunfaba de las tropas regulares que se le oponían: estaba sostenida por

Artigas y por el caudillo Ramirez que mandaba en Entre-Ríos, cuyas fuerzas habian atravesado el Paraná mas de una vez en socorro de los santafesinos. Estos pretendian propagar el incendio en la provincia de Córdoba en la que habia mas que medianas disposiciones, de modo que el General del ejército de acuerdo con el Gobierno tuvo á bien destacar una fuerza de linea para oponerse á las irrupciones de los federales, ó anarquistas como eran llamados entonces. El coronel Bustos fué elegido y marchó con trescientos hombres de su cuerpo.

Con esta fuerza á que se agregaron algunas milicias y otros piquetes, se situó en el Fraile-muerto, lugarejo que está á cincuenta leguas de Córdoba, camino de Buenos Aires. Allí fué atacado por los santafesinos á los que rechazó pero sin sacar otras ventajas por falta de caballeria. Con el fin de socorrerlo cuando se supo este conflicto salieron de Tucuman tres escuadrones; los dos que formaban el diminuto regimiento de Húsares y el 3.º de Dragones que yo mandaba, todo á las órdenes del coronel La Madrid. Habíamos llegado á Santiago cuando se supo que Bustos habia rechazado á los Federales en el Fraile-muerto y regresamos á Tucuman despues de una campaña de diez dias.

Esto sucedió en Noviembre de 1818, pero al mes siguiente tuvimos órden otra vez de aprestarnos á marchar los mismos escuadrones, porque se pensó seriamente en reforzar al coronel Bustos que estaba siempre amagado en la frontera de Córdoba. En el último tercio del mes de Diciembre dejé el canton de los Lules despues de haber estado en él cerca de dos años y medio, y reunido con el coronel La Madrid entramos á dicha ciudad de Córdoba el 1º de Enero de 1819.

Despues de seis ú ocho dias de descanso salimos de la ciudad y fuimos á situarnos en la Herradura, sobre el rio 3.º á treinta y seis leguas de Córdoba. Allí vino á reunirsenos el coronel Bustos que habiendo dejado su posi-

cion del Fraile-muerto se habia colocado en la Villa de los Ranchos, perdiendo una gran estension de territorio.

El 13 de Febrero recibí orden de marchar con mi escuadron y un piquete de treinta milicianos á sorprender una reunion de montoneros que estaba en la Cruz-alta que está treinta y siete leguas adelante de la posicion que ocupábamos: marché esa tarde al ponerse el sol y en tres noches de camino, ocultándome siempre de día logré ponerme sobre el arroyo de las Mojarras, á dos leguas de distancia sobre un flanco del punto que iba á atacar. El 16 á las dos de la tarde, hora que elegí exprofeso, caí sobre la Cruz-alta que logré sorprender completamente pues nadie se habia apercebido de mi marcha, ni de mi aproximacion: mas en vez de hallarme con el caudillo D. Felipe Alvarez á quien iba á buscar, solo me encontré con unos cuantos hombres de los que le pertenecian, los cuales se disponian á ir á reunirse ese mismo dia porque tambien lo habia hecho el anterior con la mayor parte de su fuerza, á lo que se decia ejército de Lopez Gobernador de Santa-Fé. Este caudillo habia movido el grueso de sus tropas y las auxiliares Entre-Rianas para buscarnos en la Herradura, dejando solamente al frente del General Viamonte que ocupaba el Rosario algunos escuadrones que lo hostilizasen y ocultasen su movimiento.

Mi situacion era en extremo crítica, pues Lopez y yo nos habiamos cruzado sin sentirnos, de modo que aquel quedaba interpuesto entre Bustos y yo con sola la diferencia que mediaba el rio 3.º que estaba bajo y vadeable en todas partes por los canchinos que uno y otro habíamos seguido. Las fuerzas de Lopez ascendian á mil quinientos hombres, cuando la que yo mandaba á penas pasaba de ciento, incluso los milicianos.

Tres partidos me quedaban que tomar: 1º atravesar rápidamente parte de la campaña de Santa-Fé para reunirme á Viamonte en el Rosario: 2º internarme un poco al sud para volver á Córdoba evitando el contacto con los

invasores: 3º volver por el mismo camino por si lograba pasarme por su flanco para buscar mi reunion con el cuerpo de Bustos de que dependia. Sin duda los primeros eran los mas seguros, pero no pude resolverme á privar de mi cooperacion al cuerpo que iba á ser atacado y me resolví por el último. En el acto avisé á Bustos lo ocurrido asegurándole que tenia ya al enemigo sobre sí y que yo *volaba* á incorporarme, cualesquiera que fuesen los peligros que tuviese que correr. No dejaba de esperar que hiciese algun movimiento para darme la mano y para asegurar el éxito de mi atrevida maniobra.

Sin perder mas tiempo que el muy preciso para que la tropa medio comiese, lo cual era urgente, me puse en marcha por el mismo camino que habia traido, pero haciendo consistir sobre todo el éxito en la celeridad cuidé menos de evitar los carriles y las poblaciones: mi objeto era llegar á la Herradura antes que Lopez hubiese atacado nuestra fuerza. Marché en consecuencia toda la tarde y noche del 16 y despues de un ligero descanso continué el 17, no obstante la copiosa lluvia que cayó durante todo el dia. Quizá esta circunstancia me fué muy útil, pues ademas de impedir que se viese el polvo que levantaba mi pequeña columna, hizo crecer el rio en términos que esa noche era muy costoso atravesarlo.

Era al ponerse el sol cuando llegué á la Esquina de Ballesteros que está tres leguas de la Herradura, habiendo andado mas de treinta en veinte y cuatro horas cuando recibí la contestacion de Bustos á mis primeros partes. Me avisaba quedar informado de ellos y añadia que me retirase arreando todo el ganado y caballos que pudiese. ¡Arrear ganado en las circunstancias en que me habia visto y me veía! Era preciso que aquel estúpido coronel estuviese fuera de su juicio, ó que tuviese por falsos mis avisos. Mi indignacion que llegó hasta el despecho fué suma y llegué á temer, sin embargo de los datos evidentes que tenia para creer que el enemigo en fuerza estaba so-

bre nosotros; que me hubiese engañado, ó que Lopez hubiese contramarchado y que Bustos lo supiese, aunque no me lo decia en su fria comunicacion.

La tropa y yo estábamos exhaustos en grado superlativo de sueño hambre y fatiga: los caballos no estaban menos cansados y no obstante yo debí esforzarme en verificar mi reunion esa misma noche franqueando aunque fuese trabajosamente las tres leguas que me faltaban: mas el tono en que me hablaba Bustos me hizo pensar que no creia necesaria mi precipitacion, y que aun mis subalternos fatigados hasta el extremo murmurarian de mi exigencia: resolví pues parar y pasar allí la noche y hasta descuidé las precauciones que podia haber tomado. Permití encender fuegos, hice desenfrenar los caballos para que comiesen y que la tropa durmiese. Me quise persuadir de que la comunicacion de Bustos salvaba mi responsabilidad en cualquier evento y asegurada esta que en mi concepto siempre fué de gran peso dejé lo demas á la ventura. Efectivamente despues supe que los enemigos veian desde la otra parte del rio mis fogones que suponian pertenecer á los milicianos del coronel Haedo; que se pensó en venir á sorprenderlos, pero que desistieron por no hacerse sentir con anticipacion del cuerpo principal que era el objeto gefe de su empresa.

Amaneció y yo no me habia aun movido del campo cuando ya recibí la primera órden de Bustos para que acelerase mi marcha que emprendí desde luego. No habia aun andado media legua cuando vino otro mensajero con la misma incumbencia, luego un ayudante y otros tres mas. La apatia del dia antes se habia convertido en impaciencia quizá se reprochaba el no haber dado el debido crédito á mis partes y haber obrado en consecuencia.

No tengo duda al asegurar que no creyó Bustos que lo atacaba el enemigo. Despues de recibir mis avisos en que le aseguraba del modo mas positivo la invasion, no tomó mas precaucion que hacer traer la caballada de reserva

que estaba en unos potreros á dos leguas de distancia en la direccion que traia el enemigo, y llamar á un tal Casus que vivia cerca de esos potreros y encargarle que mandase un par de hombres de su confianza á descubrir la campaña. Esto fué en la tarde del 17 y en esa misma noche se vió sorprendido en su casa dicho vecino, quien no obstante pudo hacer escapar un peon que trajo á Bustos la noticia de que los enemigos estaban sobre él. Este aviso le llegó á la madrugada y desde entonces fué que empezó á reduplicar las órdenes que recibí en el camino.

Cuando llegué al paso del rio que estaba inmediato á nuestro campamento ya percibí el tiroteo de las guerrillas que se habian empeñado: aunque el rio no estaba muy crecido se nadaba en algunas partes; así lo pasé y me encontré reunido á la division á que pertenecia. Bustos no quiso tocar el punto, ni yo podia hacerlo sin hacer observaciones punzantes, pero ni él ni nadie dejó de conocer que sin mis avisos, por lo menos hubiera el enemigo tomado las caballadas de reserva y acaso sorprendido la division. Toda la mañana se empleó en guerrillar sin resultado y no fué sino á la tarde del 18 de Febrero que el enemigo hizo un esfuerzo decisivo sobre nuestro campo.

Este se hallaba situado sobre la barranca del rio en la parte cóncava de un arco que describe frente de la posta de la Herradura que está al otro lado en la margen derecha. El terreno que ocupábamos era perfectamente limpio, pero siguiendo la rivera para arriba y abajo estaba guarnecida de bosque. Nuestro campo estaba cerrado con postes puestos á distancia en los que habia varas atravesadas para impedir que saliesen los caballos que teníamos adentro. Esta débil barrera se aprovechó para colocar la infanteria en orden sencillo porque el recinto era estenso; y poniendo las monturas de los infantes como los marineros ponen sus camas en los buques de guerra para que les sirvan de parapeto. Es verdad que el parapeto

quedaba muy bajo, pero hincados los soldados, alcanzaban á cubrirse una parte del cuerpo.

La caballería estaba en segunda línea, teniendo cada escuadrón un portón en frente para salir cuando fuese preciso: interinamente se habían cerrado estos portones con cuerdas ó lazos que se quitaban en el momento oportuno. Dos cañoncitos de muy poco calibre que teníamos estaban colocados convenientemente.

Serian las dos de la tarde cuando las guerrillas enemigas empezaron á ser reforzadas. Esto siguió en una progresión tan creciente que las nuestras que eran de caballería tuvieron que recogerse al campo cercado. Muy luego presentaron su línea que siguió avanzando, pero que hizo alto para dejar obrar á lo que llamaban su infantería: esta consistía en unos hombres armados de fusil y bayoneta que venían montados habitualmente y que solo echaban pié á tierra en ciertas circunstancias del combate. Cuando estaban desmontados nunca formaban en orden unido y siempre iban dispersos como cazadores: formaban parejas y para ello hacían servir sus amistades y relaciones personales, de modo que tenían ese vínculo mas, para protegerse mutuamente y no abandonarse en el conflicto.

A presencia del enemigo y sin desmontarse se desplegaban en guerrillas y cuando habían llegado á la distancia conveniente echaban pié á tierra, quedando uno con los dos caballos y avanzándose el compañero de algunos pasos para hacer fuego, el que continuaba mientras se creía conveniente. Algunas veces se conservaba á caballo el uno teniendo de la rienda el caballo del que se había desmontado.

Si eran cargados y se veían precisados á perder terreno saltaban en sus caballos con rara destreza y antes de un minuto habían desaparecido: si por el contrario huía el enemigo, montaban con igual velocidad para perseguirlo y entonces obraban como caballería por mas que sus armas fuesen las menos adecuadas. Esta era la famosa táctica

de la infantería de Artigas, con la que habia triunfado de los ejércitos de Buenos Aires y que á juicio de aquellos caudillos era el último esfuerzo del ingenio humano. Es por demas decir que esta operacion de su infanteria era sostenida por cuerpos de caballeria que conservaban generalmente á su intermediacion.

Nuestro campo fué completamente circunvalado por una estensa línea de guerrillas en la forma que he descrito, cuyos fuegos siendo convergentes nos incomodaban bastante, principalmente á la caballeria que estaba al descubierto. Ellos á penas eran contestados por algunos de nuestros infantes que guardaban los suyos para mejor ocasion, que luego se presentó.

Repentinamente y por un movimiento simultáneo se pronunció una carga general de caballeria á que acompañaron sus infantes que tomaron para esto sus caballos con una destreza y celeridad sin igual y se vinieron del modo mas impetuoso sobre nuestra débil trinchera. Entonces los recibió nuestra infanteria con la plenitud de sus fuegos, en términos que los rechazaron é hicieron retroceder. Al mismo tiempo salieron por los portones los tres escuadrones, cargando dos de ellos y quedando el otro en reserva. A mi me tocó cargar por nuestra izquierda y casi sobre el centro del enemigo, el cual cedió en desorden probando los filos de nuestros sables, pero haciendo al mismo tiempo toda su linea una rápida concentracion sobre varios puntos que á su vez amenazaban envolver nuestra disminuida fuerza. Los dos escuadrones en accion parecian dos puntos en el espacio comparados con aquella multitud que abarcaba una gran estension. No debí pues llevar la carga indefinidamente, y despues de andar diez ó doce cuabras en que el enemigo tuvo pérdidas proporcionadas, hice la señal de *alto* para reunirme y reorganizarme.

Ya era tiempo, porque los montoneros advirtiendo su inmensa superioridad numérica y la dispersion que naturalmente origina una carga se preparaban (no los que lle-

vábamos acuchillando) á tomar la ofensiva y envolvernos por todos lados. La brevedad con que se rehizo el escuadron y la aptitud que tomó les impuso y permanecimos algun tiempo en observacion. Cada instante que pasaba, volvia mas el enemigo de su estupor y se persuadía mas de nuestra debilidad, pues podíamos contarnos en aquella circunstancia, uno contra diez. Cuando quise replegar mi escuadron, el enemigo quiso y aun se movió para echarse sobre él, pero le dimos otra vez frente y se contuvo á lo que pudieron contribuir dos compañías de infanteria que habian salido del campo y que se dejaron ver á la distancia. Pude pues seguir mi movimiento en el mayor orden y sin ser inquietado fuera del fuego de guerrillas que era contestado por otras, hasta apoyarme en la infanteria que habia salido.

El escuadron de Húsares que cargó, pudo hacerlo con mas desahogo porque siendo su movimiento sobre la extrema izquierda del enemigo, no corria el mismo peligro de ser envuelto. Sin embargo no fué tan feliz porque aunque arrolló al enemigo, cuando cesó su movimiento ofensivo y quiso replegarse, este trató de cargarlo á su vez, le hizo perder algunos hombres y lo hubiera deshecho sin el oportuno socorro del escuadron de reserva.

Aunque los Federales ó Montoneros no tuviesen táctica, ó mejor dicho tuviesen una de su invencion, se batian con el mas demodado valor: su entusiasmo degeneraba en el mas ciego fanatismo y su engrimiento por causa de sus multiplicadas victorias sobre las tropas de Buenos Aires se parecia al delirio. Entre los hombres que perdieron en la carga que serian treinta, solo uno se pudo tomar vivo y herido tambien, pues los otros prefirieron morir con sus armas en la mano. Ví un indio (no habló de los salvages, de que traian algunos del Chaco) que habiendo perdido su caballo, habia quedado á retaguardia de los nuestros cuando habia pasado el momento de la carga, y que rodeado de diez ó doce soldados que le ofrecian salvar

le la vida, los desafiaba con la lanza en la mano despreciando su perdón: á alguno hubo de costarle cara su clemencia, pues el bárbaro hirió á uno de sus generosos vencedores. Semejante á una fiera acosada por los cazadores que vuelve á esperarlos para vender cara su vida, así este furioso no escuchaba sino su rabia y su desesperación. Fué preciso matarlo como se hubiera hecho con una pantera ó con un tigre.

El enemigo se puso al fin en retirada y nosotros tratamos de volver á nuestro campo. Allí esperímenté una de las mas agradables sensaciones que he gozado en mi vida: estaba acostumbrado á oír esa continua querrela entre los cuerpos y principalmente entre las diversas armas, sobre quien habia contribuido mas á la victoria, cuando se conseguia, ó quien era mas culpable en la derrota cuando esta tenia lugar. Algo he dicho sobre esto en el curso de esta Memoria, pero no todo lo que podia para mostrar hasta donde llegaba este mal que se habia aumentado con la preferencia que los Generales Belgrano y Cruz parecian dar á la infanteria (1). Desde la accion de Tucuman habia nacido esta lucha que se habia seguido con mas ó menos viveza, sin que para ella hubiese en mi concepto otro motivo real que la ignorancia, la indisciplina y circunstancias especiales que concurrían en nuestros ejércitos y que no es del caso esplanar. Digo pues que al incorporarme á la infanteria fui recibido con los gritos tan espontáneos como uniformes de *¡Viva el escuadron de Dragones!* gritos que penetraron hasta el fondo de mi corazon y de los de mis compañeros.

La noche del 18 se pasó sin novedad conservándonos dentro del campo cercado, mientras los enemigos lo pasaban en el suyo que estaba á poco mas de una legua. Amaneció el 19 sin que tampoco se presentasen á la vista y co-

(1) El General Belgrano disminuyó el sueldo de los oficiales de caballeria quitándoles el aumento y poniéndolos á la par de los de infanteria.

no fuese preciso hacer comer nuestros caballos, tuve órden de sacar mi escuadron y avanzarme algunas cuadras para descubrir al mismo tiempo un poco mas de terreno. Allí mandé quitar los frenos, quedando los ginetes con los cabrestos de la mano. La misma operacion hacian los dos escuadrones de Húsares, pero habiendo quedado cerca del campamento estaban algunas cuadras á mi retaguardia.

Serian las ocho de la mañana del 19 cuando se dejaron ver los enemigos con todas sus fuerzas: por esta vez habian formado una linea mas regular y desplegado una gran bandera punzó que flameaba al centro de ella. Se avanzaban lentamente para conservar al parecer algun órden al son de ataque que tocaban las trompetas y cajas. Todo anunciaba que querian hacer un esfuerzo sério y decisivo. Segun se fueron aproximando mandé enfrenar, montar y formar. Cuando el enemigo estuvo á una distancia proporcionada, mandé volver caras á mi pequeño escuadron que no tenia entonces mas de setenta hombres para replegarme al campo al mismo paso que traia la línea contraria.

En el momento de efectuar el movimiento de volver caras, quedaba naturalmente yo que lo mandaba dando la espalda á nuestro campo y mirando al escuadron que lo ejecutaba: fué entonces que se oyó primero una detonacion, inmediatamente otra y otra; al mismo tiempo se veian los fogonazos idénticos á los de la artilleria cuando se dispara, y á los escuadrones de Húsares que huian del campo en el mayor desórden y dispersion. Me persuadí firmemente de que mientras el enemigo nos habia llamado la atencion por el frente, habia destacado alguna division por el bosque que como indiqué bordeaba el rio hasta cerca del campamento, la cual cayendo de sorpresa sobre la caballeria que quedaba atras de mí y acaso sobre el mismo campo la habia puesto en derrota. En tal caso yo quedaba entre dos cuerpos enemigos y enteramente cortado: no habia pues que

recipidar, pues era preciso abrirse camino con las armas para reunirme á los míos. Mandé poner sable á la mano y ya emprendíamos el movimiento sobre los supuestos enemigos, cuando por medio de mejores observaciones pudimos convencernos de que no eran enemigos los que causaban el desorden que procedía de alguna otra causa.

Esta consistía en que por descuido al tiempo de distribuir municiones se incendió un cajon sin que se supiese como, y tras de ese, otro y otro, hasta consumirse todos los que habia en una carretilla de tres que habia allí con este cargamento y destino. El desorden producido en el campo por este incidente fué tal que se rompieron las filas y cada hombre procuró salvarse lo mejor que pudo; hubo muchos que desde lo alto de la barranca se tiraron al agua y los mas abandonaron su puesto y la trincherá salvándola para librarse del incendio. Es seguro que si el enemigo sabe aprovecharse de ese momento nos pone en un tremendo conflicto; mas nada de esto hizo, continuando su movimiento con la misma lentitud y dándonos tiempo para que se rehiciese nuestra fuerza y se repartiesen nuevas municiones con mas precaucion. Sin embargo tuvimos la desgracia de perder dos hombres que murieron quemados y algunos heridos.

Cuando el enemigo se aproximó ya estaba el órden restablecido y todo preparado para recibirlo. La infantería habia ocupado su puesto y la caballería estaba en segunda línea como el dia antes. El enemigo hizo su ataque en la misma forma que el anterior, pero con mucha mayor circunspeccion. Desplegó una larguísima línea de guerrillas que circunvalaba nuestro campo y cuyos fuegos convergentes (segun antes dije) nos molestaban demasiado, manteniendo entretanto su cuerpo de batalla fuera del alcance de nuestra fusilería. Esta situacion se prolongaba por dias y era forzoso hacerla cesar: para ello la caballería tuvo órden de adelantarse desembocando por los tres portones para envolver sus guerrillas. Estas no dieron

tiempo, porque corrieron con la misma destreza y aun mayor celeridad que el día anterior, montaron á caballo y se replegaron sobre su línea: esta empezó entonces un movimiento de retirada, mas con una lentitud y malicia que nos mostraba muy á las claras que su objeto era alejar nuestra caballería para envolverla y cargarla por todas partes, lo que podían hacer con una inmensa desproporción de fuerzas.

Conocido el fin que se proponía el enemigo era nuestro deber frustrarlo, lo que se hizo suspendiendo nuestro movimiento ofensivo y aun apoyando nuestra diminuta caballería con algunas compañías de infantería que al efecto salieron del recinto cercado. El enemigo cesó también en su movimiento de retirada y dándonos nuevamente frente nos provocó de nuevo con guerrillas para que nos alejásemos imprudentemente. No pudiendo conseguirlo después de una hora de inútiles esfuerzos, se puso definitivamente en retirada y volvió á su campo donde pasó el día.

Por todo el resto del día, ni en la noche no se hicieron sentir y solo fué en la mañana del 20 que supimos que habían levantado su campo y dirijidose á la Villa del Rosario (Ranchos), amenazando de ese modo el centro de la provincia y la capital misma. Mientras se disponía lo conveniente para el movimiento que debíamos practicar en consecuencia, los coroneles Bustos y La Madrid, yo y otros oficiales, fuimos á visitar el campo que habían desalojado y vimos las sepulturas frescas en que habían enterrado algunos cadáveres. ¿Qué cadáveres eran estos? Los de sus propios soldados heridos de gravedad, á quienes no podían ó no querían transportar como embarazosos: los degollaron antes que dejarlos en nuestro poder! Así murieron muchos infelices á manos de sus propios compañeros y á sangre fría. ¡Qué barbarie!

El 21 por la tarde nos movimos con dirección á la Villa del Rosario, es decir en la misma que había llevado el enemigo, pero por distinto camino: el que tomamos rodea-

ba un poco mas y se aproximaba á la capital y tenia la ventaja de que la cubríamos mejor si los contrarios hubieran intentado atacarla.

Cuando en dos ó tres hubimos franqueado la distancia que nos separaba de la villa, supimos que el enemigo, cuyas solas partidas habian entrado en el pueblo y cometido algunos desórdenes habia levantado su campo y dirigiéndose á Santa-Fé, dejando enteramente tranquila la provincia de Córdoba.

El jefe de la expedicion era el célebre Gobernador de Santa-Fé D. Estanislao Lopez, trayendo á sus órdenes á D. Ricardo Lopez Jordan, hermano del Gobernador Ramirez y al famoso ingles aventurero Campbell. Este mandaba una division de indios misioneros y correntinos y aquel los entre-rianos. El éxito de la campaña les fué enteramente contrario, pues nada lograron sino tristes desengaños y pérdidas positivas, pero á su regreso tomaron un valioso desquite derrotando en Coronda la division del coronel Ortiguera que pertenecia al ejército del General Viamonte que segun hemos indicado estaba en el pueblo del Rosario del Paraná (1).

Este General se apercibió al fin de la marcha de Lopez á la provincia de Córdoba y de la muy poca fuerza que habia quedado á su frente. Con el fin de batir la campaña destacó al coronel Ortiguera con los afamados Dragones de la Patria y demas caballeria de su ejército: este jefe principió su movimiento por la márgen derecha del Paraná y aproximándose á Santa-Fé. Al principio no halló resistencia pues los pocos montoneros que habian quedado se retiraban á su presencia. No sucedió así cuando en Coronda se reunieron con las fuerzas que regresaban de Córdoba, pues tomaron repentinamente la ofensiva, dieron

(1) Ya se habrá comprendido que hay dos pueblos del Rosario: el uno sobre el Paraná en la provincia de Santa-Fé: el otro que es simplemente villa en la de Córdoba.

sobre Ortiguera y lo batieron haciendo una horrible carnicería.

Me he detenido de propósito en los detalles de esta corta y poco importante campaña para dar á conocer de una vez la táctica y modo de combatir de las montoneras que acaudillaba en jefe el proto-caudillo D. José Artigas, mediante la cual obtuvieron considerables victorias sobre las tropas de Buenos Aires. En el primer ensayo que tuvieron con el ejército que se decia auxiliar del Perú aprendieron á respetarlo, y su General, el digno Belgrano fué sino me engaño un objeto de respeto y estimacion para los mismos montoneros.

Muchos han tratado de profundizar esta materia para encontrar las verdaderas causas de los desastres de nuestras tropas frecuentemente batidas por paisanos muchas veces mal armados y peor dirigidos. Con este fin no ha faltado quien pondere la inepticia de nuestros Generales, la cobardía de nuestros oficiales y mas que todo la superioridad de la invencion y del valor de los caudillos que capitaneaban esas masas irregulares á las que tan propiamente se bautizó de montoneras.

Preciso es confesar que nuestros Generales de entonces meditaron poco sobre la naturaleza de esta guerra y que si hubieran reflexionado mejor, habrian dado otra direccion á sus operaciones y otra organizacion á sus ejércitos. Generalmente olvidaron que la de un cuerpo de tropas debe ser adecuada á las localidades que han de servirle de teatro, á los enemigos que tiene que combatir y á la clase de guerra que tiene que hacer. Por ejemplo, un ejército destinado á operar en el Perú deberia confeccionarse de otro modo que el que hubiese de combatir en las llanuras de la pampa: el que tuviese que lidiar con tropas regulares, seria distinto del que tuviese por enemigos esas hordas semi-salvages que aunque armados de fusiles y de cañones algunas veces, no se sujetan á la táctica, ni la disciplina; y finalmente es muy diverso tener que combatir

Cuerpos reglados compuestos de las tres armas y en que la infantería es mas numerosa, que haber de luchar con esos grupos informes de caballería que hacia el nervio y fuerza principal de los disidentes.

Por lo general el ejército que se destinaba contra ellos se recargaba de artillería y un gran Parque que lo hacian pesado: se establecia en una proporcion desconveniente la fuerza de las armas, y llegó hasta creerse que la relajacion de la disciplina en nuestras tropas, seria un medio de retenerlas en sus banderas. Errores fatales que se pagaron bien caros y de que se resintió por mucho tiempo nuestra organizacion militar y aun nuestro pais! Tales fueron los primeros cuerpos de tropas empleadas contra las montoneras, como los de Viamonte en diferentes veces que mandó, los de Diaz Velez, Olemberg, Montes de Oca y Dorrego en sus primeras campañas. Algunos fueron batidos; otros tuvieron que retirarse con precipitacion y aun con peligro. A su tiempo diré que el General Belgrano cuando vino á la campaña de Santa-Fé con el ejército del Perú, se vió en la necesidad de montar y armar como caballería alguna infantería, aunque no la que era bastante para esta clase de guerra.

Cuando despues de los desastres del año 1820 se volvió á encender la guerra, el Sr. Dorrego que mandaba las tropas de Buenos Aires se desprendió de toda la infantería y opuso la sola caballería considerablemente aumentada á los montoneros que combatia. Despues de sus primeros sucesos fué definitivamente batido en el Gamonal y lo mismo le sucedió al General La Madrid que mandó las fuerzas compuestas de pura caballería que se opusieron al caudillo Ramirez de Entre-Rios.

Sin considerar positivamente esta nueva organizacion, diré que no me parece propia de las circunstancias en que fué adoptada. La montonera aunque compuesta de tropas irregulares estaba poseida de un entusiasmo extraordinario, el que unido al brío y valor de nuestros campesinos,

les daba una ventaja en los combates individuales (digámoslo así) á la arma blanca que es la que regularmente se emplea en los ataques de caballería. Por otra parte esos grandes cuerpos de esta arma improvisados para oponerles, ya se compusiesen de milicianos, ya de tropas de línea recientemente creadas no podían tener ni la posesión ni la instrucción convenientes para las maniobras, de modo que las batallas se reducían á choques bruscos y desordenados en que se combatía casi individualmente. De aquí resultó que los montoneros daban tanta importancia á lo que llamaban *entrevero*, espresion que estuvo en uso y que era repetida con énfasis por personas de mas altura.

Reducida á estos términos la guerra poco ó ningun fruto podía sacarse de los esfuerzos del arte, ni de las ventajas de la táctica y de la disciplina á lo que contribuía que habia pocos jefes y oficiales que conociesen medianamente la arma de caballería.

Para comprender el ardiente entusiasmo que animaba á los montoneros, forzoso es referirnos al estado de nuestra naciente civilización. Atendido él les fué muy fácil á los caudillos sublevar la parte ignorante contra la mas ilustrada, á los pobres contra los ricos, y con este odio venian á confundirse los celos que justa ó injustamente inspiraba á muchos la preponderancia de Buenos Aires. Aun diré mas que quizá fué la causa mas poderosa las fuertes prevenciones que habia engendrado en el paisanaje la indisciplina y altanería de las tropas de los primeros ejércitos y las exacciones gravosas á que los sujetaban.

Llegó á ser tan poderoso en las montoneras y sus jefes ese sentimiento de oposicion al Gobierno y á las tropas regladas que sofocó hasta el noble entusiasmo de la independencia: nadie se acordaba de los ejércitos españoles que amagaban por diferentes puntos y es seguro que se les hubiera visto penetrar en nuestro territorio sin que se hubiesen reconciliado los ánimos. Quizá cuando la conquista

ta se hubiese avanzado mucho, la magnitud del peligro nos hubiera reunido.

Debo exceptuar á la heroica provincia de Salta que pagó tambien su tributo á las discordias civiles y que como hemos visto hizo una guerra encarnizada al ejército del General Rondeau, pero nunca se debilitó su ardor patriótico, ni su amor á la causa de la independencia. No habia envainado aun la espada con que acababa de luchar contra sus hermanos cuando se presentaron los españoles, y ella sola, porque nuestro ejército se habia retirado sostuvo la campaña con tanto valor como gloria. Los españoles despues de haber empleado vanamente sus armas y sus tesoros; la seducción y el terror; su táctica superior y el valor de sus soldados, tuvieron que retirarse cediendo la palma del triunfo á esos valientes gauchos, á esos generosos salteños que dejaban yermas sus ciudades, antes que soportar el yugo que habian sacudido.

Mucho me he distraido de mi propósito y debo volver á él. Para tomar cuenta de esta Memoria, creo conveniente advertir que el Gobierno Nacional, por este tiempo empezaba á dar mas importancia á la guerra de la montonera y que habia resuelto llamar los ejércitos destinados contra los enemigos de la independencia, para concluir con las discordias interiores. La division del coronel Bustos que habia combatido en la Herradura, permaneció en la Villa del Rosario despues de la retirada de la montonera y á los muy pocos dias supimos que todo el ejército se habia movido de Tucuman y que marchaba por divisiones á reunirsenos. Fueron estas llegando en términos que en Marzo estaba allí el General Belgrano con todas las fuerzas que eran antes destinadas á observar á los españoles del Perú.

El coronel de mi regimiento D. Cornelio Zelaya tuvo la orden de marchar con la fuerza de su mando hasta las Mojarras para observar de mas cerca los movimientos de la montonera que se habia reconcentrado á Santa-Fé y en

seguida se movió todo el ejército en la misma dirección. Muy pronto volvimos á reunirnos y abrimos la campaña á principios de Abril en una sola masa, llevando cinco batallones de infantería, seis escuadrones de caballería muy bajos, y ocho piezas de artillería con el Parque y bagages correspondientes. Estas, agregadas á objetos de comodidad y aun de lujo que llevaban algunos gefes, ocupaban mas de treinta carretas de bueyes que seguian nuestro ejército.

En los caminos llanos y abiertos de esa parte de la provincia de Córdoba y de la de Santa-Fé, es muy fácil y sumamente conveniente hacer las marchas de noche; pero si lo hicieron algunas divisiones aisladas, (1) jamas lo verificó la masa del ejército. La hora regular de la marcha era al salir el sol, habiendo vencido hasta las diez ó las once de la mañana de cuatro á seis leguas que eran las jornadas regulares. Un cañonazo disparado á la hora de la diana era la señal para que se aproximasen las boyadas, caballadas &ca, y como en los preparativos de marcha se invertia una hora se daba principio cuando los rayos del astro del dia alumbaban nuestras cabezas. Esto hacia que nuestras marchas fuesen penosas por el calor y por la fatiga de las bestias.

Otro defecto de nuestras marchas era no llevar un cuerpo de vanguardia propiamente dicho. El ejército campaba en linea y marchaba en una sola columna: cuando mas le precedia alguna partida pequeña á cortísima distancia. Aun esta comision era rutinera y la desempeñaba un oficial cualquiera que se nombraba por el rol del servicio. De aquí resultaba que no descubriamos mas terreno que el

(1) Se me pasaba decir que despues de llegar el ejército á la Villa del Rosario y en los pocos dias que permaneció allí, los montoneros se presentaron en el fuerte del Tio á diez y ocho leguas de distancia y sorprendieron la guarnicion de milicias. Se hizo marchar para socorrerla al coronel Bustos con ochocientos hombres de infantería y caballería, quien llegó tarde porque ya los montoneros habian desaparecido segun su costumbre.

que ocupábamos, ni se estendia nuestra accion mas allá del alcance de nuestros cañones. Marchábamos casi por un desierto en la provincia de Córdoba, pues era muy raro el habitante que se encontraba; mas en la de Santa-Fé ya fué un verdadero desierto porque no encontrábamos alma viviente.

Mientras estuvimos en la jurisdiccion de Córdoba no se presentaron enemigos, pero el dia que llegamos á su límite que lo forma el pequeño arroyo de la Cruz-alta, ya se presentó una partida de montoneros. El teniente de mi escuadron D. Agustin Bardel (francés, despues casado en Mendoza y negociante en Chile) mandaba la partida descubridora que nos precedia de pocas cuadras: cuando dió el parte recibí órden de adelantarme con mi escuadron y cuando lo verificaba y vino á encontrarme Bardel diciéndome que los montoneros querian pasarse á nuestras filas, que solo pedia el oficial un documento firmado por el General Belgrano en que se les diesen garantías escritas. Yo transmití el parte al General en Jefe, pero no me aluciné y hasta me costó trabajo persuadir á Bardel que debia obrar con cautela. En la conversacion que acababa de tener con el oficial montonero, habia escapado prodigiosamente de un tiro que le disparó uno de los soldados enemigos, sin respetar la tregua en que se habian momentáneamente constituido, y á pesar de esto abogaba aun por la buena fé de los montoneros, dándose por satisfecho con la aparente reprobacion que hicieron de la infame conducta del traidor. Cuando llegué al lugar de la escena, ambas partidas se conservaban una en frente de la otra, mediando solo el arroyo fangoso de la Cruz-alta, que no tendrá sino diez ó doce varas de ancho y conversaban todos á lengua suelta. Hice cesar la plática, hice colocar los nuestros á una razonable distancia, y esperé nuevas órdenes del General colocándome á la cabeza de mi escuadron que estaba algo retirado.

Llegaron las órdenes del General para que no se les

hostilizase mientras ellos no lo hiciesen, y mandando un documento escrito de su puño en que les garantia su libertad, propiedades &c. para que les fuese entregado. Así se hizo sin que dejasen ver el menor indicio de que pensaban cumplir lo que habian ofrecido. Mientras tanto un sargento, Bracamonte de apellido, perteneciente al regimiento de Húsares cuerpo siempre desordenado que mandaba el coronel La Madrid, se habia avanzado por un flanco sin ser visto, y atraído por las engañosas espresiones de los montoneros, atravesó el arroyo por un paso que estaba mas á nuestra derecha: cuando lo tuvieron en su poder dispararon algunos tiros sobre nuestra partida y desaparecieron á galope llevàndoselo prisionero. Este desenlace dispó la ilusion y ya nadie abrigó esperanzas que no debieron ni concebirse. El fin que se habian propuesto los montoneros era saber si efectivamente venia sobre ellos todo el ejército del Perú y si estaba allí su General. Lo consiguieron á su satisfaccion.

El ejército campó en el mismo lugar y solo fué al dia siguiente que pasamos el arroyo de la Cruz-alta y pisamos el territorio de Santa-Fé. En la corta jornada que hicimos hasta la Esquina no se dejaron ver los enemigos ni persona humana: las casas estaban vacias aunque se conocia que acababan de ser desalojadas con precipitacion. A pesar de eso eran respetadas hasta tal punto que pasábamos por su inmediacion sin tocar ni lo mas mínimo. Era admirable la disciplina que habia establecido el General Belgrano y que supo conservar durante la campaña. Cuando alguna vez por órden suya se tomó algun corral para leña por falta que habia de ella, lo pagó á peso de oro despues cuando el armisticio.

Luego que en el siguiente dia se movió nuestro campo, se dejaron ver algunos montoneros y tuve órden de salir con mi escuadron á perseguirlos: el regimiento con el coronel Zelaya á su cabeza debia sostenerme. Mi escuadron no llevaria sino de sesenta á ochenta hombres. Los

montoneros que eran en corto número se retiraban en proporción que avauzábamos, mas como fuese tenaz la persecución les era forzoso detenerse para reunir algunos hombres que andaban por las casas inmediatas y llevarse los caballos. Luego alcanzamos à divisar gruesos trozos de ganado que arreaban y que les fué preciso abandonar á nuestra aproximación: les tomamos tambien como doscientos caballos. Al fin su retirada se declaró en fuga precipitada y en esta forma llegamos á las casas del Desmochado propiedad del hacendado Gallegos.

La viveza de nuestra persecución era tal que la familia de Gallegos que tenia todo dispuesto para su retirada no tuvo tiempo de efectuarla y él fué sorprendido en su casa: no tuvo mas remedio que meterse en cama y afectando una dolorosa enfermedad daba dolorosos aunque fingidos ayes. Sus hijas y otras mugeres entre las que habia algunas del mas bello parecer estaban desoladas y mostraban en su semblante los mas vivos temores. Esperaban sin duda ser víctimas de viles tratamientos en términos que costó para que se serenasen. Allí me alcanzó la orden del coronel para que cesase la persecución y regresase. Despues de media hora me incorporé al regimiento que habia quedado cerca de una legua á retaguardia.

Nuestro ejército habia campado en Arequito y tuvimos que desandar las cuatro leguas que hay hasta los Desmochados, para reunirnos esa noche. Nuestros caballos con la doble marcha y la carrera de ese dia quedaron muy fatigados. Creo que esta es ocasion de decir que entre otros defectos de que adolecía el régimen de nuestra caballeria, no era menor el ningun cuidado que se tomaba en la conservacion de los caballos y la ignorancia de los medios de obtenerla. Sea por preocupaciones de ciudad, sea por desden de las costumbres campesinas, sea por falta de enseñanza, sea en fin por la inexperiencia de nuestros Generales, jamas se habia dado la menor atencion á tan importante ramo: así sucedia que se distribuian caba-

flor á un regimiento, se tomaban á discrecion, se usaba de ellos sin economía y á los muy pocos dias estaba el cuerpo en la completa carencia de que se creia haberlo sacado. Ni los gefes ni los Generales se afanaban mucho por esto y solo se ocupaban de nuevas requisiciones para que tuviesen el mismo resultado.

Nuestros Generales y nuestro ejército eran disculpables, pues era la primera vez que venian á hacer la guerra en este teatro, siendo muy diverso el modo de tratar los caballos que se tiene en el Perú. Ha sido despues en la campaña Oriental donde he aprendido esa economía, ese mecanismo, ese esmero que debe dedicar á la conservacion de los caballos un gefe que quiere verdaderamente servir bien á la patria y triunfar. No se crea tampoco por lo que he dicho antes que en el Perú se hacia bien este servicio; nada de eso. Solo los últimos españoles que vinieron pusieron su caballeria en un pié respetable y enseñaron que un General, ni un coronel nada pierde de su altura dedicando una particular atencion al cuidado de los caballos que son el primer elemento de esa poderosa arma. Como ya indiqué en otra parte nuestros Generales al principio le dieron muy poca importancia cuya utilidad y empleo no conocian y si desde que estuvo el General San Martín, ella mejoró en táctica y organizacion, quedó en el mismo descuido el generoso bruto que tanto contribuye á hacer terribles sus efectos.

En los dias posteriores ni los montoneros volvieron á presentarse, ni nuestra caballeria se separó del grueso del ejército. Habíamos hecho dos marchas mas y nos hallábamos en la Candelaria (posta) cuando á las doce de la noche se nos recordó para hacernos saber de órden del General, que el General Viamonte en el Rosario habia celebrado con los montoneros un armisticio y suspension de armas que era estensivo á nosotros. No habria pasado una hora cuando se me dió órden de alistarme en el acto para marchar con mi escuadra.

Este se hallaba de servicio y no tenia disponibles más de cuarenta hombres: lo representé al coronel y no se me dió ni un hombre mas. No teníamos atados sino los caballos de marcha y tampoco se me dió tiempo para tomar otros. Mi comision se reducía á volver al Desmochado á socorrer á Doña Remedios Escalada, esposa del General San Martin que hacia su viage á Buenos Aires y que segun noticias estaba sitiada en dicha posta por montoneros é indios. Mi comision era desesperada á ser cierto el parte que acababa de llegar y era mas que probable que ni yo ni ninguno hubiéramos escapado: sin embargo fué preciso obedecer. Hé aquí como habia sucedido.

El General San Martin que estaba en Mendoza habia dispuesto por razones domésticas que no es del caso explicar que su señora marchase á Buenos Aires á pesar del mal estado del camino. Ella lo habia avisado al General Belgrano, quien creyéndola mas cercana le habia dejado una escolta de cuarenta hombres al cargo de su sobrino D. Pedro Calderon. Este con su escolta, la señora y su tráfago habia llegado la noche antes al Desmochado, cuando ya muy avanzada esta supo que una gruesa division de santafesinos é indios estaba á pocas cuadras de la casa: procuró fortificarse en ella y lo avisó al General por un hombre que pudo hacer salir con ese obgeto. Cuando ya pronto á marchar fuí al Cuartel General á recibir las últimas órdenes, me dijo el General Belgrano: *“lleve V. el pasaporte que ha traído del Rosario el teniente coronel D. Mariano Diaz que es quien ha venido á notificar el armisticio; y si los montoneros ignoran esta ocurrencia se los hará V. saber por un parlamentario, mostrándoles dicho pasaporte: si á pesar de eso no quisiesen suspender las hostilidades los batirá V.”* Era bien dudoso, por no decir increíble que los indios respetasen un parlamentario y por lo mismo era probable que si la noticia del armisticio no habia llegado á ellos, seria forzoso venir á las manos. En esta conviccion marché y me di tanta prisa que al salir el sol ya habia andado las seis le-

guas que hay desde la Candelaria al Desmochado.

Efectivamente luego que avisté la posta, ví tambien un campamento que estaba como á ocho cuadras de ella, en que podria haber hasta trescientos montoneros; mas como no hiciesen movimiento alguno, tampoco adelanté el parlamentario proyectado y llegué francamente á la posta, lo que pude hacer sin tocar en su campo que ocupaba el costado opuesto. Allí supe por Calderon que estaba en comunicacion con el gefe enemigo y que tenían participacion del armisticio y lo observaban. La señora del General San Martin pudo pues seguir con seguridad su camino: yo regresé con ella y antes de medio dia estuvimos en nuestro ejército. Al dia siguiente siguió dicha señora para Buenos Aires sin la menor novedad.

Mucho dió que pensar el viaje repentino de esta señora en circunstancias tan críticas y por un camino erizado de peligros. Al considerar la confianza con que el General San Martin la esponia á caer en manos de las feroces montoneras, llegaron algunos á sospechar que estuviese secretamente de acuerdo con los gefes disidentes y que hubiese obtenido seguridades correspondientes. Venia á dar cierto viso de probabilidad á esta sospecha la aversion que siempre habia mostrado dicho General á desenvainar su espada en la guerra civil, como despues lo ha cumplido religiosamente. Sin embargo, estoy persuadido de que nada de esto hubo y que el viaje de su esposa, nada tuvo de comun con la política.

El armisticio seguia: el General Belgrano se trasladó rápidamente al Rosario de donde solo nos separaban catorce leguas, á tener una conferencia con el General Viamonte. A su regreso el General Gefe del E. M. D. Francisco de la Cruz obtuvo licencia para ir á visitar á su familia: el coronel Ramirez gefe de artilleria, el comandante Urdininea y otros gefes, tuvieron igual permiso: todo parecia indicar que la guerra se concluiría por una transaccion, á no ser el aspecto esquivo y sañúdo de los santafe-

sinos, de los que muy pocos llegaron á nuestro campo. Despues de permanecer una semana en la Candelaria, de campamos para volver á la Cruz-alta, á cuyas inmediaciones nos establecimos en el Ricon de las Mojarras. La comunicacion con la capital estaba franca, tanto para los correos, como para los pasajeros. Con Córdoba y provincias interiores sucedía otro tanto, mas sin embargo creyó conveniente el General Belgrano destacar un cuerpo de tropas al mando del coronel La Madrid que se situó en el Saladillo de Rui-Diaz.

Durante este tiempo el Congreso Constituyente seguia sus trabajos en Buenos Aires y terminaba la Constitucion que se ha llamado del año 1819. Ella fué sancionada al fin y remitida á los pueblos libres de la República, para que fuese jurada el 25 de Mayo: con esta designacion del dia quiso darse mas solemnidad al acto y quizá mas fuerza al juramento. El ejército debia tambien jurarla y se llevó á tal rigor la ceremonia que se exigía en la clase de gefes y oficiales juramento individual. Recuerdo que habiendo estado ese dia enfermo, no concurrí á la parada y fui citado al dia siguiente á concurrir al Cuartel General donde el mismo General me recibió el juramento poniendo la mano sobre el puño de la espada. Recuerdo tambien que habiendo concurrido ese dia el Auditor del ejército con idéntico fin, le recibió el juramento, haciendo que tomase en su mano un pequeño crucifijo que estaba preparado; y que habiendo el Auditor representado que debería jurar militarmente, le contestó el General que tales eran las prevenciones del Gobierno.

Siempre merecí al General Belgrano cierta disposicion favorable que lo inducía á algunas confianzas, que atendida mi juventud y mi clase, no dejaban de ser extraordinarias. Ese dia despues de recibirme el juramento trabó conversacion con migo y me dijo francamente: *“Esta Constitucion y la forma de Gobierno adoptada por ella, no es en mi opinion la que conviene al pais: pero habiéndola sancio-*

nado el Soberano Congreso Constituyente, seré el primero en obedecerla y hacerla obedecer.” Volviendo á las razones de su modo de pensar decia: “Que no teníamos ni las virtudes ni la ilustracion necesarias para ser República y que era una monarquía moderada lo que nos convenia. No me gusta (añadió) ese gorro y esa lanza en nuestro escudo de armas y quisiera ver un cetro entre esas manos que son el símbolo de la union de nuestras provincias.”

Cuando considero la especie de confianza que me dispensaba el General Belgrano y busco las causas de ella, no puedo menos de ocurrir á una idea simpática producida por la conformidad de nuestros principios en cuanto podia ser, atendida la diferencia de nuestras respectivas posiciones. Desde muy jóven fuí siempre amante del orden y de la regularidad, de la rigurosa equidad y de la severa justicia. Serví gustoso á las órdenes de gefes rectos y si se quiere severos, y nunca estuve contento cuando predominaba la licencia. A las órdenes del General Belgrano no solo había exactitud en el servicio militar, sino que era notada la irregularidad de las costumbres, lo que es muy digno de un gefe cuando ella puede afectar la moral pública. Las propiedades eran sagradas, el respeto á las personas guardado y la subordinacion debidamente sostenida: entonces jamás me ocurrió retirarme del ejército y del servicio; pero cuando en el mando del General Rondeau, se relajaron todos los lazos de la disciplina y se entronizó el desorden que antes he descripto, sufrí los mas amargos pesares y tuve los mas vivos deseos de abandonar una carrera que creia manchada, y que en mi opinion nos conducia á no salvar la patria, sino á sumirla en un abismo.

Si hago estas reflexiones que me son personales, es con el objeto de explicar todos los demas actos de mi dilatada carrera pública, en que se me ha visto marchar siempre por el sendero que me tracé desde mis primeros años. Como hasta ese espíritu de orden ha sido motivo de crítica para algunos que me son poco afectos, he querido indicar

que siendo él tan arraigado en mí, es un defecto de que no puedo corregirme.

Puede ser verdad que él me haya hecho menos apto para dirigir esas turbas de que se ha querido que se compongan posteriormente nuestros ejércitos, en cuyo caso no tengo el menor embarazo en confesar mi incapacidad para caudillo, pero permítaseme dudar, si siguiendo un sistema contrario hubiéramos avanzado mas, tanto en la árdua empresa de dar á nuestro pais una racional libertad, como en las operaciones militares que con este motivo han tenido lugar en toda la estension de la República. Para convenirme seria preciso señalarme alguno que marchando por diverso camino hubiese logrado mas victorias y llevado mas adelante el pabellon de la libertad y civilizacion. Que se recuerde lo que hizo en el interior el ejército que marchó á mis órdenes el año 1829; que se piense lo que produjo la victoria de Caaguazú; que se considere lo que han valido los principios de orden que sembré en la defenza que sostuvo Montevideo y se habrá de convenir en que valen algo la disciplina y la organizacion militar. Yría muy lejos en estas reflexiones si me dejase llevar de cuanto me sugieren mi imaginacion y mi memoria: acaso tampoco podria conservar la calma que no quiero perder. Basta.

FIN DEL TOMO 1.º

SUPLEMENTO.

DOCUMENTO N.º 1.º

Espedicion al Paraguay mandada por el General Belgrano, y Juicio-crítico de ella por el General Paz.

Me hallaba de vocal de la Junta Provisoria, cuando en el mes de Agosto de 1810, se determinó mandar una expedicion al Paraguay, en atencion á que se creia que allí habia un gran partido por la revolucion, que estaba oprimido por el Gobernador Velasco y unos cuantos mandones, y como es fácil persuadirse de lo que albagá, se prestó crédito al coronel Espínola de las milicias de aquella provincia, que al tiempo de la predicha Junta, se hallaba en Buenos Aires. Fué con pliegos, y regresó diciendo que con 200 hombres era suficiente para proteger el partido de la revolucion, sin embargo de que fué perseguido por sus paisanos y tuvo que escaparse á uña de buen caballo, aun hatiéndose no sé en que punto para librarse.

La Junta puso las miras en mí, para mandarme con la expedicion auxiliadora como representante y general en gefe de ella: admití porque no se creyese que repugnaba los riesgos, que solo queria disfrutar de la capital, y tambien porque entreveia una semilla da desunion entre los Vocales mismos, que yo no podia atajar, y deseaba hallarme en uu servicio activo, sin embargo de que mis conocimientos militares eran muy cortos' pues tambien me habia persuadido que el partido de la revolucion, seria grande, muy én ello, de que los Americanos al solo oír libertad, aspirarian á conseguirla.

El pensamiento habia quedado suspenso y yo me enfermé á principios de Setiembre; apusan las circunstancias y convaléciente,

me hacen salir, destinando 200 hombres, de la guarnicion de Buenos Aires, de los cuerpos de granaderos, arriveños y pardos, poniendo á mi disposicion el regimiento que se creaba de caballeria de la Patria, con el pie de los blandengues de la frontera, y asi mismo la compania de blandengues de Santa Fé, y las milicias del Paraná, con cuatro cañones de á cuatro y respectivas municiones.

Salí para San Nicolas de los Arroyos en donde se hallaba el espresado cuerpo de caballeria de la Patria y solo encontré en él sesenta hombres de los que se decian veteranos y el resto hasta unos cien hombres, que se habian sacado de las companias de milicias de aquellos partidos, eran unos verdaderos reclutas vestidos de soldados. Era el coronel, D. Nicolas Olavarria y el surgen-to mayor, D. Nicolas Machain.

Dispuse que marchase á Santa Fé para pasar á la Bajada, para donde habian marchado las tropas de Buenos Aires al mando de D. Juan Ramon Balcarce, mientras yo iba á la dicha ciudad para ver la compania de blandengues que se componia de cuarenta soldados y sesenta reclutas.

Luego que pasaron todos al nominado pueblo de la Bajada, me dí á reconocer de general en jefe y nombré de mayor general á D. Nicolas Machain, dándole mientras yo llegaba, mis ordenes é instrucciones.

Asi que la tropa y artillería que ya he referido, como dos piezas de á 2 que arreglé de cuatro que tenia el ya referido cuerpo de coballeria de la Patria, y cuanto pertenecia á este que se llamaba ejército, se habia trasportado á la Bajada me puse en marcha para ordenarlo y organizarlo.

Hallándome alli recibí aviso del gobierno de que me mandaba doscientos patricios, pues por las noticias que tuvo del Paraguay creyó que la cosa era mas seria de lo que se habia pensado, y puso tambien á mi disposicion las milicias que tenia el gobernador de Misiones Rocamora en Yapiyú con nueve ó diez dragones que le acompañaban.

Mientras llegaban los doscientos patricios que vinieron al mando del teniente coronel D. Gregorio Perdriel, aprontaba las milicias del Paraná, las carretas y animales para la conduccion de aquella y caballada para la artillería y tropa.

Debo hacer aqui el mayor elogio del pueblo del Paraná y toda

su jurisdicción: á porfía se empeñaban en servir, y aquellos buenos vecinos de la campaña, abandonaban todo con gusto para ser de la expedición y auxiliar al ejército, de cuantos modos les era posible. No sé me olvidaran jamás los apellidos Garrigos, Ferré Vera y Ereñú: ningún obstáculo había que no venciesen por la patria. Ya seríamos felices si tan buenas disposiciones no las hubiese trastornado un gobierno inerme, que no ha sabido premiar la virtud y ha dejado impunes los delitos. Estoy escribiendo cuando estos mismos Ereñus sé que han batido á Olemberg.

Para asegurar el partido de la revolución en el Arroyo de la China y demás pueblos de la costa occidental del Uruguay, nombré comandante de aquella al Dr. D. José Diaz-Velez, y lo mandé auxiliado con una compañía de la mejor tropa de caballería de la Patria que mandaba el capitán D. Diego Gonzalez Balcarce.

Entre tanto arreglaba las cuatro divisiones que formé del ejército destinando á cada una, una pieza de artillería y municiones, dándoles las instrucciones á los gefes para su buena y exacta dirección, é inspirando la disciplina y subordinación á la tropa y particularmente la última calidad de que carecía absolutamente la mas disciplinada que era la de Buenos Aires, pues el gefe de las armas que era D. Cornelio Savedra, no sabia lo que era milicia y así ereyó, que el soldado seria mejor dejándole hacer su gusto.

Felizmente no encontré repugnancia y los oficiales me ayudaron á establecer el orden de un modo admirable, á tal término que logré que no hubiese la mas mínima queja de los vecinos del tránsito, ni pueblos donde hizo alto el ejército, ni alguna de sus divisiones. Confieso que esto me aseguraba un buen éxito aun en el mas terrible contraste.

Dieron principio á salir á últimos de octubre con veinte y cuatro horas de intermedio hacia Crusucuatia, pueblo casi en el centro delo que se llama Entre-Rios. Los motivos porque tomé aquel camino, los espesaré despues y dejaremos marchando el ejército, para hablar del Arroyo de la China.

Tuve noticias positivas de una expedición marítima que mandaba allí Montevideo, y le indiqué al gobierno que se podria atacar: me mandó que siguiese mi marcha, sin reflexionar, ni hacerse cargo de que quedaban aquellas fuerzas á mi espalda, y las que si hubiesen estado en otras manos, me hubiesen perjudicado mucho. Siempre nuestro gobierno en materia de milicia, no ha dado una

en el claro; tal vez es autor de nuestras parciales desgracias y de que nos hallemos hoy 17 de Marzo de 1814 (1) en situacion tan crítica.

Aquellas fuerzas de Montevideo se pudieron tomar todas: venian en ellas muchos oficiales que esperaban reunírseos como despues lo efectuaron y si D. José Diaz-Velez en lugar de huir precipitadamente, oye los consejos del capitán Balcarce y hace alguna resistencia, sin necesidad de otro recurso, queda la mayor parte de la fuerza que traía el enemigo con nosotros y se vé precisado á retirarse el gefe de la expedicion de Montevideo Michelena, desengañado de la inutilidad de sus esfuerzos, y quien sabe si se hubiera dejado tomar, pues le unian lazos à Buenos Aires, de que no podia desentenderse.

Mientras sucedía esto, iba yo en marcha recorriendo las divisiones del ejército, para observar si se guardaban mis órdenes y si todo seguía del modo que me habia propuesto, y así un dia estaba en la 4.ª division y otro dia en la 2.ª y 1.ª de modo que los gefes ignoraban cuando estaria con ellos y su cuidado era estremo, y así es que en solo el camino, logré establecer la subordinacion de un modo encantador y sin que fueran precisos mayores castigos.

En Alcaraz, tuve la noticia del desembarco de los de Montevideo en el Arroyo de la China y di la órden para que Balcarce se me viniese á reunir: entonces me parece insistí al gobierno para ir á atacarlos y recibí su contestacion en Crusucutia, de que siguiese mi marcha como he dicho.

Habia principiado la desercion, principalmente en los de caballería de la Patria, y habiendo yo mismo encontrado dos, los hi-

(1) Si mal no recuerda el que escribe esta copia, ese dia se hallaba el general Belgrano en Tucuman, cuando despues de las desgraciadas jornadas de Vilcapugio y Ayouma se replegaron los restos del ejército hasta dicha ciudad. El general San Martín habia sido nombrado general en gefe y el general Belgrano aunque brigadier, conservaba por gracia especial el coronelato del regimiento núm. 1.º de infanteria. Es pues, á la cabeza de su regimiento que se hallaba, como simple coronel, cuando (sin que podamos designar el motivo) una órden terminante del general en gefe, lo mandó salir de la ciudad y del ejército en el término de dos horas. Así se hizo.

ce prender con mi escolta y conducirlos hasta el pueblo de Crusucuatia, donde los mandé fusilar con todas las formalidades de estilo (1) y fué bastante para que ninguno se desertase.

Hice alto en dicho pueblo para el arreglo de las carretas y proporcionarme cuanto era necesario para seguir la marcha. Nombré allí de cuartel maestro general al coronel Rocamora y le mandé que viniese con la gente que tenia por aquel camino hasta reunírseme, pues como ya he dicho se hallaba en Yapayú.

Pude haberle mandado que fuese por los pueblos de Misiones á Candelaria, pueblo sobre la costa sud del Paraná, con lo que habia ahorrado muchas leguas de marcha, pero como el objeto de mi venida á Crusucuatia, habia sido, asi por el mejor camino de carretas, como para alucinar á los paraguayos de modo que no supieran porque punto intentaba pasar el Paraná, barrera formidable, le dí la órden predicha.

En los ratos que con bastante apuro me dejaban mis atenciones militares para el apresto de todo, disciplina del ejército, sus subsistencias y demas que todo cargaba sobre mí, hice delinear el nuevo pueblo de Nuestra Señora del Pilar de Crusucuatia: espedí un reglamento para la jurisdiccion, y aspiré á la reunion de la poblacion, porque no podia ver sin dolor que las gentes de la campaña viviesen tan distantes unas de otras lo mas de su vida, ó tal vez en toda ella estuviesen sin oír la voz de su Pastor Eclesiástico, fuera del ojo del Juez, y sin ningun recurso para lograr alguna educacion.

Para poderme contraer algo mas á la parte militar que como siempre me ha sido preciso descuidarla por recaer entre nosotros todas las atenciones en el general, nombré de Intendente del ejército á D. José Alverto de Echevarria, de quien tendré ocasion de hablar en lo sucesivo.

(1) Muy singular parece al que escribe esta copia que para trasladarse el ejército desde el pueblo del Paraná á Crusucuatia, siguiese la costa del Rio Paraná por Alcaraz. Su direccion natural debia ser dirigiéndose al Gualeguay que podia haber pasado en el paso de la Laguna, lo que le ofrecia un camino iras llano, mas abundante de pastos y recursos, y de igual estension con corta diferencia. Este le proporcionaba ademas la ventaja de pasar muy cerca por el Arroyo de la China, de modo que sin perder camino podria haber hecho la deseada operacion sobre los marinos de Montevideo.

Desde dicho punto dí orden al teniente gobernador de Corrientes que lo era D. Blas Galvan que pusiese fuerzas de milias en el *Paso del Rey*, con el ánimo de que los paraguayos se persuadiesen que iba á vencer el Paraná por allí, y para mayor abundamiento ordené que se desprendiesen unas grandes canoas, para que lo creyesen mejor y si podian escapar subiesen hasta Candelaria.

Ello es que al predicho paso se dirijieron con preferencia sus miras de defensa, sin embargo que no desatendian los otros: pues alli pusieron hasta fuerzas marítimas al mando de un canalla europeo, que con dificultad se dará mas soez: pues parece que la hez se habia ido á refugiar en aquella desgraciada provincia.

Sali de Chusucuatia con todas las divisiones reunidas dirigiéndome al rio de Corrientes, al paso que llaman de Caaguazú, por campos que parecia no haber pisado la planta del hombre, faltos de agua y de todo recurso y sin otra subsistencia que el ganado que llevábamos: las caballadas eran del Paraná y su jurisdiccion que nos habian sido dadas por la Patria (1) y las conducia D. Francisco Aidao gratuitamente.

Llegamos al rio Corrientes, al paso ya referido y solo encontramos dos muy malas canoas, que nos habian de servir de balsa para pasar la tropa, artillería y municiones: felizmente la mayor parte de la gente sabia nadar y hacer uso de lo que llamamos *pelota* y aun así tuvimos dos ahogados y algunas municiones perdidas por la falta de la balsa. Tardamos tres dias en este paso no obstante la mayor actividad y diligencia y el gran trabajo de los nadadores que pasaron la mayor parte de las carretas dando vuelcos. El rio tendria una cuadra de ancho y lo mas de él á nado.

Por la primera vez se me presentaron algunos vecinos de Corrientes y entro ellos el muy benemérito D. Angel Fernandez Blanco, á quien la Patria debe grandes servicios, y un viejo honrado D. Engenio Nuñez Serrano, que se tomó la molestia de acompañarme á toda la espedicion, sufriendo todos los trabajos de ella sin otro interes que el de la causa de la Patria.

(1). De poco se admira el general Belgrano. No recuerdo que en las primeras espediciones al Interior se comprase jamas un caballo, disponiéndose de todos sin distincion. Pero no era esto lo peor sino el desorden, el desperdicio y la destruccion, sin mayor utilidad pública.

El teniente gobernador me escribió haciéndome mil ofertas de ganados y caballos: aquellos me alcanzaron en número de 800 cabezas, que era preciso dar dos por uno, pues estaban en esqueleto: los caballos nunca vinieron y sin embargo escribió que nos había franqueado hasta 4,000. A tal estrêmo llegó la escasez de caballos para el ejército en aquella jurisdicción que á pocas jornadas de Caaguazú, nos fué preciso hechar mano de las caballadas de reserva, para la tropa y para arrastrar la artillería.

Toca en este lugar que haga mención del digno europeo D. Isidro Fernandez Martinez, que me auxilió mucho y se manifestó como uno de los mejores patriotas, acompañándonos hasta un pueblecito nombrado Inguatecora (1), sufriendo las lluvias y penalidades de unos caminos poco menos que despoblados.

Seguí siempre la línea recta á salir al frente de San Gerónimo atravesando segun el plan que llevaba la famosa laguna Iberá que nunca ví, (*el camino no atraviesa la laguna, pero sí esteros y aun canales que son dependencias*), observé sí, unos cierregos inmensos al costado derecho del camino que sería parte. Pasamos los Ipicus, miní y guazú que son desagües de ella o comunicaciones con el Paraná, y despues de marchas las mas penosas, por países habitados de fieras y sabandijas de cuanta especie es capaz de perjudicar al hombre, llegamos á dicho punto de San Gerónimo sufriendo inmensos aguaceros, sin tener una sola tienda de campaña, ni aun para guardar las armas.

Alli empezaron con mas fuerza las aguas y nuestros sufrimientos y nos encaminábamos al paso de Ibirricury, habiendo yo formado la idea de atravesar á la isla célebre llamada Apipé, para de alli pasar á San Cosme segun los informes que me habían dado los baqueanos. No encontré mas que una canoa y me propuse hacer botes de cuero para vencer la dificultad en la estancia de Santa Maria de la Candelaria y no dije entonces Santa Maria la mayor por haber visto así el título en el altar mayor.

Desde este punto que me pareció oportuno, dirijí mis officios

(1) Pienso que querrá decir Yaguarete-cora, en castellano *corral del Tigre*, que está en el camino que es probable llevase el ejército.

al gobernador Velazco y Cabildo y al Obispo invitándolos á una conciliacion para evitar la efusion de sangre. D. Ignacio Warnes mi secretario se comidió á llevar los pliegos por el conocimiento y atenciones que habia debido á su casa el espresado gobernador Velazco. Al mismo tiempo dirijí oficios incluyendo copias de los espresados pliegos á los comandantes de las costas, pidiéndoles cesase toda hostilidad hasta la contestacion del tal gobernador.

Me horrorizo al contemplar la conducta engañosa que se observó con Warnes (1) las tropelias que se cometieron con él, las prisiones que le pusieron, la muerte que á cada paso le ofrecian, el robo de su equipage por los mismos oficiales. Yo ví su sable y cinturón en D. Fulgencio Yegros hoy consul de aquella República, despues de la accion del Tacuarí. Entre los cafres no se ha cometido tal atentado con un parlamentario: solo puede disculparlo la ignorancia y la barbárie en que vivian aquellos provincianos y las ideas que les habian hecho concebir los europeos en contra de nosotros.

Confieso que no quisiera traer á la memoria unos hechos que degradan el nombre americano. ¿Pero que habian de hacer esos descendientes de los bárbaros españoles conquistadores?

Todo fué estudiado y tanto mas criminosos: ofreciéndole á Warnes la mejor acogida inmediatamente que desembarcó fué amarrado y conducido asi por las lagunas hasta Nembocú: allí, grillos, cepos, dicterios, insultos, y cuanto mal se le pudo hacer. Basta esto para conocer el estado moral de los paraguayos en Diciembre de 1810 y lo que la España habia trabajado en 300 años

(1) Hacen dos años que estuve en el Paraguay y de boca del Sr. Machain que era mayor general del ejército de la Patria oí lo siguiente: Warnes fué aparentemente bien recibido por el comandante paraguayo que mandaba en la costa opuesta del Paraná y mientras estuvo despierto le guardaron las debidas consideraciones. Habiéndolo invitado á descansar y sintiéndolo dormido le quitaron silenciosamente las armas que llevaba: cuando despertó supo que estaba preso y que con una barra de grillos iba á ser conducido á la capital. A pocas leguas de dicha ciudad se recibió una órden del gobernador Velazco para quitarle los grillos, mas luego que llegó á un cuartel, el comandante de él por su autoridad y contra las órdenes del mismo gobernador se los volvió á poner. Con ellos fué remitido á Montevideo con otros prisioneros.

para su ilustracion. Seguiré la narracion que me he propuesto (1).

Mientras estuve en los trabajos de botes de cuero, tuve noticia de que en Caraguatá habia unos europeos construyendo un barco y que habian salvado el bote del fuego con que los paraguayos devoraron cnanto buque pequeño y canoas habia por aquella parte de la costa sud del Paraná, con el intento de quitarme todo auxilio.

Con este motivo me dirijí allí, mandé fuerzas á la Candelaria y ordené al mayor general que viese por sí mismo el ancho del rio en aquella parte y que diese cuenta, pues no fiaba del plano que llevaba, y veia muchas dificultades en este paso de Caraguatá, por su demasiada anchura.

(1) Esa queja contra la España que con tanta fuerza espresa el general es seguramente justa, pero no debe llegar al gobernador Velazco. Por lo que he oido en el Paraguay fué enteramente inculpable de los bárbaros insultos hechos á Warnes. Ya he referido como fué aherrojado con grillos la segunda vez contra las órdenes del gobernador y ademas parece indudable que Velazco ejercia poco ascendiente entre las tropas: ascendiente que acabó de perder cuando sin él, el comandante Cabañas venció segunda vez á las tropas que mandaba el general Belgrano. Sin embargo, todo el Paraguay confiesa que Velazco era un hombre pródigo, bondadoso, humano y de un excelente carácter: pues bien, este hombre murió años despues en el Paraguay sin que hubiese precedido ningun suceso que hubiese hecho variar las disposiciones favorables hácia su persona, completamente olvidado, preso y de limosna. No fué seguramente amor al realismo lo que hizo á los paraguayos oponer una resistencia tan unánime á las tropas de la Independencia, como no fué patriotismo verdadero el que los condujo á depouer á los pocos meses al general Velazco á cuyas órdenes habian vencido, para sustituir un gobierno propio. Eran solo inspirados por sentimientos provinciales, por un instinto ciego de localidad al que se mezcló algo, muy poco, casi nada del instinto que agitaba á toda la América. Para que se juzgue las ideas que hasta ahora dominan en personas espectables, referiré lo que me pasó con él jóven D. Francisco Solano Lopez, hijo del Presidente actual que vino mandando al ejército paraguayo cuando la alianza con Corrientes. Siempre me han merecido consideracion los primeros campeones de nuestra revolucion y poseido de este sentimiento le pregunté un dia como lo pasaba el general Machain, ese mismo que era mayor general del Sr. Belgrano. *Está en la América, me contestó, pero es un traicionero, si traicionero, repitió. Creí que hubiese sido implicado en alguna conspiracion reciente. Como yo espresase mi sorpresa me dijo. ¡Pues que ignora Vd. que él vino á pelear con sus paisanos, cuando vinieron á atacarnos los porteños el año 101 ¡Que tal!!*

El que construía el barco era un gallego de nacion, pero de muy buenas luces, adicto á nuestra causa ó al ménos lo parecia ello es que trabajó mucho para alistar el bote y ponerle una corredera en que se colocó un cañon de á dos, giratorio con su respectiva cureña que tambien se formó: me acompañó á la Candelaria y anduvo en toda la espedicion con migo hasta que no fué necesario.

Volvió el mayor general que dió las noticias que yo deseaba y entonces habiendo logrado saber de algunas canoas que se habian podido salvar las hice venir á Caraguatá y formé una escuadrilla, cuya capitana era el bote y le hice subir hasta Candelaria al mando del espresado mayor general, con gente armada de toda confianza pues debia pasar por frente de Itapua donde tenian los paraguayos toda ó la mayor parte de la fuerza que debia impedirnos *el paso* hácia aquella parte y el depósito de las canoas.

Casi á un mismo tiempo llegamos á Candelaria unos y otros el 15 de Diciembre despues de haber sufrido iuensos trabajos por las aguas y escasez y particularmente los que subieron por agua por tener que trabajar contra la corriente y no hallar ni arbitrio para hacersu comida por la contfnua lluvia.

Alli empezamos una nueva faena para formar las balsas y botes de cuero á la vista del enemigo y apresurando lo mas posible para no dar lugar á que subieran las fuerzas maritimas que tenian los paraguayos en el *Paso del Rey*.

Entre las balsas que se dispusieron se hizo una para colocar un cañon de á cuatro, con que batir los enemigos que estaban en el Campichuelo, que es un escampado que está casi al frente de este pueblo en la costa norte del Paraná: las demas eran capaces de llevar sesenta hombres cada una y teniamos alguna que otra canoa suelta y un bote de cuero.

Como no viniese la contestacion del gobernador y hubiese hecho hostilidades una partida paraguaya que atravesó el Paraná y fué á la estancia de Santa Maria ya referida, le avisé el 18 al comandante de aquella fuerza, que habia cesado el armisticio por su falta y que lo iba á atacar.

El Paraná en Candelaria tiene 900 varas de ancho, pero tiene un caudal grande de aguas y es casi preciso andar cerca de legua y media por ambas costas, para ir á desembocar en el espresado Campichuelo. Frente al puerto donde teniamos las balsas, habia una

guardia avanzada, que así la veíamos, como ella á nosotros.

Ni nuestras fuerzas, ni nuestras disposiciones eran de conquistar, sino de auxiliar la revolucion y al mismo tiempo tratar de inducir á que la siguieran á aquellos que vivian en cadenas y que ni aun idea tenian de libertad: con este motivo me ocurrió en la tarde del 19, ya estando el sol para ponerse que cesase todo ruido, y se dijese en alta voz á la guardia paraguaya que se separase de allí, que iba á probar un cañon.

Con el silencio y por medio del agua corrió la voz las 900 ó mas varas, así como la suya de contestacion, diciéndonos: "Ya vamos." En efecto se separaron y mandé tirar á bala con una pieza de á dos por elevacion, á ver si así creian que nuestro objeto no era el de hacerle mal, pero tanto habian cerrado la comunicacion que no habia como saber de ellos, ni como introducirles algunos papeles y noticias.

Formé el ejército en la tarde del 18 y despues de haberle hablado y exhortádolo al desempeño de sus deberes, lo conduje en columna hasta el puerto, de modo que lo viese el enemigo. Allí hice embarcar algunas compañías en balsas, para probar la gente que admitian y no esponernos á un contrasie. Señalé á cada una la que le correspondia y luego que anocheció de modo que ya no se pudiese ver de la costa opuesta, mandé la tropa á sus cuarteles-dejando en la idea de los paraguayos que ya estaríamos en marcha, con ánimo de efectnarla á las dos de la mañana con la luna, para estar al romper el día sobre ellos.

Como á las 10 de la noche se me presentó el baqueano Antonio Martinez que me servia á la mano, proponiéndome ir con unos diez hombres á sorprender la guardia. Adopté el pensamiento é hice que se le diesen diez hombres voluntarios de los granaderos: al instante se presentaron diez bravos, entre los cuales el sargento Rosario y Evaristo, ambos dignos de las mayores consideraciones.

A la hora estuvieron todos embarcados en dos canoas paraguayas y fueron á su empresa que desempeñaron con el mayor acierto, logrando sorprender la guardia é imponer terror al enemigo que ya se creyó estaba la gente en su costa, por la disposicion de la tarde anterior.

Debo advertir aqui, sin embargo de que en mi parte hacia los mayores elogios de Antonio Martinez, que despues de muy detenido exámen supe que su comportamiento no habia sido el mejor y

que la sorpresa y consecuencias, se debieron á los predichos sargentos. De estas equivocaciones padece muchas veces un general, como mas de una vez, tendré que confesar otras en esta misma narracion: parece que todos se empeñan en ocultarle la verdad y así á las veces se ve el mérito abatido contra la misma voluntad del gefe, á quien luego se le gradua de injusto, procediendo con la mejor intencion.

Luego que me trageron algunos prisioneros y que ya se acercaban las dos de la mañana, hice poner la tropa sobre las armas, mandé que bajasen al puerto y empecé el embarco, de modo que cuando atravesaban el Paraná, puestos los soldados en pie en uno y otro costado de las balzas formadas en batalla, los oficiales en el centro; empezaba á rayar el dia y en confuso, podia verse desde el Campichuelo.

Despues de atravesar el rio que era lo mas penoso, así por la subida que habia que hacer, como por el caudal de corriente que era preciso vencer, para entrar al remanso de la otra costa, bajaban y desembarcaban dentro de un bosque espeso que habian abandonado los paraguayos en la sorpresa y creian lleno de gente por la óptica de la tarde anterior, y por los tiros contra la guardia avanzada, de la que los que huyeron fueron á decirles que habia ya mucha gente en tierra.

Al salir el sol mandé al mayor general en el bote y fué con un ayudante y otros oficiales, á que reuniese la gente y presentase la accion; al mismo tiempo salió mi ayudante D. Manuel Artigas, capitán del regimiento de América con cinco soldados en el bote de cuero y el subteniente de patricios D. Gerónimo Elguera, con dos soldados de su compañía, en una canoita paraguaya, por no haber cabido en las balsas. El bote de cuero emprendió la marcha y la corriente lo arrastró hasta el remanso de nuestro frente: insistió el bravo Artigas y fué á desembarcar en el mismo lugar que Elguera, es decir como á la salida del bosque por el Campichuelo.

No estava aun la gente reunida y solo habia unos pocos con el mayor general y sus ayudantes, entonces el valiente Artigas se empeñaba en ir á atacar á los paraguayos; tuvo sus palabras con el mayor general y al fin llevado de su denuedo, seguido de D. Ma-

(1) Sorprende que el general Belgrano tan rigoroso observador de la disciplina no desaprobe la conducta de Artigas, á quien al contrario elogia. De la misma relacion se infiere que

nuel Espinola el menor, de quien hablaré en su lugar (1), de Elquera y de los siete hombres que habian ido en el bote de cuero y canoa paraguaya, avanzó hasta sobre los cañones de los paraguayos, que despues de habernos hecho siete tiros, sin causarnos el mas leve daño, corrieron vergonzosamente y abandonaron la artilleria y una bandera, con algunas municiones.

La tropa salió, se apoderó del campo y sucesivamente mandé la artilleria y cosas mas precisas para perseguir al enemigo y afianzar el paso del resto del ejército y demas objetos y víveres que era preciso llevar para mantenerse en unos paises enteramente desprovistos, que solo cultivan para su triste consumo. Debo advertir que nuestros víveres se reducian á ganado en pie y que toda nuestra comida era asado sin sal, ni pan, ni otro comestible.

No habiamos pasado mas pueblo desde la Bajada que Crusucuatia, que tiene veinte ó treinta ranchos, Yaguareté-corá que tiene doce, y Candelaria que tiene el colegio arruinado, los edificios de la plaza cayéndose y algunos escombros que manifestaban lo que habia sido.

Tambien fuí engañado en el parte con referencia al mayor general y sus ayudantes, como el resto de oficiales que nada hicieron, los unos porque se quedaron dentro del bosque y los otros por que se extraviaron, pues no tenia baqueanos que darles, ni habia quien me diese conocimientos del terreno, y solo me dirigia por lo que veia con mi anteojo.

Por lo que hace á la accion toda la gloria corresponde á los oficiales ya nombrados y siento no tener los nombres de los siete soldados para apuntarlos, pero en medio de esto son dignos de elogio por solo el atrevido paso del Paraná en el modo que lo hicieron asi oficiales como soldados, y espero que algun dia llegará, en que si se cuenta esta accion heróica de un modo digno de eternizarla, y que se miró como cosa de poco mas ó menos porque mis enemigos empezaban á pulular y miraban con odio á los beneméritos que me acompañaban y los débiles gobernantes que los necesitaban para sus intrigas, trataban de adularlos.

con poquísimos medios, atacó contra la orden del mayor general, con quien tuvo palabras. Si el éxito fué feliz, debió tener presente que no por eso abria menos brecha á esa subordinacion que tanto inculca. El resultado hubiera sido el mismo y mas seguro, siguiendo las ordenes de su gefe.

Cerca de medio día tuve aviso de que habian abandonado el pueblo de Ytapúa é inmediatamente di la órden al mayor general para que marchase hasta allí sin la menor demora con la tropa y piezas de á dos. Se verificó haciendo todas las cuatro leguas que hay de camino, á pie, con un millon de trabajos, atravesando pantanos y sufriendo torrentes de agua.

Dí mis disposiciones para el paso de caballadas ganado y carretas (1) dejando una compañía de caballería de la Patria en Candelaria para esta atencion y custodia de las municiones; así mismo dispuse la conduccion de la artillería de á 4 y al día siguiente 20, marchó por agua á Ytapúa, á donde encontramos mas de 60 canoas, un cañoncito, algunas armas y municiones.

Todo mi anhelo era perseguir á los paraguayos, aprovechándome de aquel primer terror, pero no habia como vencer la dificultad de la falta de caballos, así es que fué preciso estar allí seis días mientras se hacian balsas para que la tropa fuese por agua á Tacuarí que hay siete leguas para donde habia salido el mayor general con una division de caballería para apoderarse del paso.

Con efecto, todos marchamos el 25 y en aquella tarde nos juntamos. Al día siguiente mandé al mayor general que saliese con su division para que se hiciera de caballos y me mandase los que pudieran juntarse: entretanto esperábamos las carretas y yo dispuse el modo de llevar el bote en ruedas por cuanto las aguas eran copiosas; habian muchos arroyos que yo conceptuaba á nado.

Le ordené que se persiguiese á los paraguayos cuanto fuese posible y así se efectuó hasta el Tevicuary donde corrió á mas de 400 con solo cincuenta hombres D. Ramon Espínola y mi ayudante Correa, teniente de granaderos, jóven de valor y de las mejores cualidades.

El general hizo alto conforme á mis órdenes en Santa Rosa. Todo esto sucedió yendo yo en marcha con el resto de la tropa, las cuatro piezas de á 4 y seis carretas que habia separado con las mu-

(1) Segun lo que suministra la memoria, tendria mucho, demasiado que decir quien se propusiese hacer un exámen crítico de las operaciones que refiere. Quizá sería conveniente para instruccion de los jóvenes militares de estos países; pero para emprender esta tarea con la utilidad que debia esperarse era necesario que la memoria fuese completa, o por lo menos obtener otros datos que ahora no se pueden conseguir.

niciones y el gran bote ó lanchon tirado por ocho yuntas de bueyes, disponiendo que las demas donde venia el hospital y otros útiles, nos seguirian.

En la marcha recibí la noticia del arribo del cuartel maestre al paso de Ytapúa con las milicias que traia de que se le habian desertado muchos, por cuanto los indios no pueden andar sin muger, y mis órdenes eran muy severas para perseguir bajo penas; à mas de ser un estorbo aun las casadas en el ejército ó tropa cualquiera que marche y el de las subsistencias, y uno y otro en aquellos paises era de la mayor consideracion.

Le ordené que pasase cuanto antes el Paraná y que siguiese hasta encontrarme: hubo bastante demora en el paso, y no se conocia aquella actividad que yo deseaba. Se padeció alguna pérdida de armas, pero al fin llegó á Itapúa con dos piezas de á 4 cañicas y dos de á 2 al mando de un valiente sargento de artillería cuyo nombre no recuerdo, catalan de nacion de quien tendré que decir algo á su tiempo.

Luego que salí del Tacuarí y entré en una poblacion empecé á observar que las casas estaban abandonadas y que á penas se habian presentado dos vecinos en aquellos lugares: ya empecé á tener cuidados, pero llevado del ardor y al mismo tiempo creido del terror de los que habian huido del Campichuelo de Ytapia y de Tevicuary seguí mi marcha á Santa Rosa, allí me reuní con el mayor general y seguí á pasar el espresado rio Tevicuary, límite de las Misiones con la provincia del Paraguay (quiere decir la provincia propiamente dicha), tambien con la idea de encontrar algunos del partido, que tanto se nos habia decantado que existian.

Se pasó el Tevicuary, y nuevas casas abandonadas y nadie parecia. Entonces ya no me apresuré á que las carretas siguiesen su marcha, ni tampoco el coronel Rocamora porque veia que marchaba por un pais del todo enemigo y que era preciso conservar un camino militar por si me sucedia alguna desgracia asegurar la retirada.

Seguí la marcha y solo ví en N. á la muger de D. José Espínola que era mi ayudante y otra familia que tenia parentesco con el mismo; pero ningun hombre: pasé à otro pueblo donde hallé al cura, que decian era hombre ilustrado, que intentó hasta sacarme las espuelas, lo que le reprendí, mas conocí el estado de degradacion en que se hallaban aun los sugetos que se tenian

en concepto de literatos. Nada me dijo del interior: guardó la mayor reserva; tal vez se complacería al ver nuestro corto número con la idea de que seríamos batidos.

Todavía no me arredré de la empresa: la gente que llevaba revestia un espíritu digno de los héroes y al mismo tiempo me decía á mi mismo: "*puede ser que encontremos con los de nuestro partido y que acaso viéndonos se nos recunan, no efectuándolos antes por la opresion en que están.*" Pasé adelante con un millon de trabajos, lluvias inmensas, arroyos todos á nado, y sin mas auxilios que los que llevábamos y algunos caballos y ganados que sacábamos de los lugares en que los tenian ocultos, para lo que presta muy buena proporcion aquella provincia por los bosques y montañas cubiertas de ellos, particularmente hácia la parte del camino que llevábamos.

Atravesando el arroyo la partida exploradora del ejército al mando de mi ayudante Artigas, descubrió una partida de paraguayos que luego que vieron á aquella corrieron con la mayor precipitacion. Esto me engolosinó mas y mas y marché hasta el arroyo de Ibañez que encontré á nado. Al instante pasó el mismo Artigas y otros y vinieron á darme parte de que se veia mucha gente hácia la parte de Paraguay que distaria de alli como una legua de las nuestras.

Inmediatamente hice hechar el bote al agua y pasé á verlo por mí mismo y como encontrara un montecito á distancia de dos millas cubierto de bosque, una altura que alli se presentara en un llano espacioso que media hacia el Paraguay, me fuí á él, hechè el antejo y ví en efecto un gran número de gente que estaba formada en varias líneas á la espalda de un arroyo que se manifestaba por el bosque de sus orillas.

Ya entonces me persuadí que aquel seria el punto de reunion y defensa que habían adoptado, y me pareció que seria muy perjudicial retirarme, pues decaeria el espíritu de la gente y todo se perderia: igualmente creia que habia alli de nuestro partido, y medité sorprenderlos haciendo pasar de noche con el mayor general doscientos hombres y dos piezas de artillería (1) para ir á atacarlos y obligarlas á huir, quedando yo con el resto á cubrir la retirada á la parte del arroyo.

(1) Rara operacion! Pobre mayor general!

No se ejecutó la sorpresa y se unió al montecito ya referido á donde pasé con la tropa, resto de artillería y carretas luego que amaneció y me situé. Esto sucedió el 16 de Enero de 1811. Mandé varias veces aquel dia al mayor general con los hombres á caballo y una pieza volante de á 2 para observar los movimientos que hacían cuando mas se formaban en desórden á caballo y no se movian: el resto estaba quieto. Por la noche fué Artigas hasta sus trincheras y sin mas que haberles tirado un tiro, rompieron el fuego de infanteria y artillería con rudeza y en tanto número que Artigas estaba en el campamento y ellos seguian desperdiciando municiones sin objeto.

Otro tanto se hizo el dia 15 (el 17 ha querido decir sin duda) y noche: siempre observaba el mismo desórden en sus formaciones y en sus fuegos y no me causaron el mas leve perjuicio. Esto me hizo resolver el atacarlos y di la órden el 18 que nadie se moviera del campamento, ni hiciera la mas leve demostracion, pero no faltó uno de los soldados que burlando la vigilancia de las guardias se fuese á merodear á una chacra: los paraguayos cargaron sobre él, cuyo movimiento vimos, en un número crecidísimo. Entonces mandé que saliese el capitán Balcarce con cien hombres y una pieza de á 2 contra aquella multitud: al instante que lo vieron fugaron para el campamento: mandé que se retirase y quedó todo en silencio.

Para probar si habia algunos partidarios nuestros en la noche del 17 se les echaron varias proclamas y gacetas y aun una de aquellas se fijó en un palo que estaba á inmediaciones de su línea: supimos despues que todas las habian tomado, pero que inmediatamente Velazco puso pena de la vida á los que las tuviesen y no las entregasen. Fillo es que ninguno se pasó á nosotros y no teniamos mas conocimiento de su posicion y fuerzas que el que nos daba nuestra vista.

En la tarde del 18 junté á los capitanes con el mayor general y les manifesté la necesidad en que estábamos de atacar, sin embargo del gran número de los paraguayos, que despues supe llegaban á doce mil, y solo tener nosotros 460 soldados: Asi pues por aprovechar el espíritu que manifestaba nuestra gente, como por probar fortuna y no esponerme á que en nra retirada con unas tropas visónas como las nuestras decayesen de ánimo y aquella multitud nos persiguiese y devorase; les hice ver que en general aque-

Las gentes nunca habian visto la guerra, era de esperar que se arredrentasen y aun cuando no ganásemos, al menos podriamos hacer una retirada despues de haber probado nuestras fuerzas sin que nos molestasen.

Todos convinieron en el pensamiento y en consecuencia mandé que se formase la tropa, que se pasase revista de armas, y luego le hablé imponiéndole que al dia siguiente iba á hacer un mes de su glorioso paso del Paraná; que era preciso disponerse para dar otro igual á la Patria y que esperaba se portarian como verdaderos hijos de ella haciendo esfuerzos de valor: que tuviesen mucha union, que no se separasen, que jurasen conseguir la victoria y que la obtendrian. Todos quedaron contentísimos y anhelosos de recibir la órden para marchar al enemigo.

Aquella noche dispuse las divisiones en el modo y forma que se habia de marchar y dí las órdenes correspondientes al mayor general: á la mañana me levanté y en persona fuí á recorrer el campamento, mandando que se levantasen y formase la tropa asi de infanteria, como de caballeria, y que dos piezas de á 2 y dos de á 4, se preparasen á marchar con sus respectivas dotaciones.

Las hice poner en marcha á las tres de la mañana, quedando yo en el montecito con dos piezas de á 4 con sus respectivas dotaciones, 60 hombres de caballeria de la Patria, 18 de mi escolta y los peones de las carretas, de los caballos, y del ganado que no tenian mas arma que un palo en la mano para figurar á la distancia.

Como á las 4 de la mañana la partida exploradora del ejército, rompió el fuego sobre los enemigos que contestaron con el mayor teson: siguió la 1.^a division y artilleria, y antes de salir el Sol ya habia corrido el general Velazco nueve leguas y su mayor general Cuesta habia fugado, y toda la infanteria abandonado el puesto y refugiándose á los montes y nuestra gente se habia apoderado de la bateria principal y estaba cantando la marcha patriótica.

Habia situado Velazco su cuartel general en la capilla de Paraguay y en el arroyo que corre á alguna distancia de ella se habia fortificado, guarneciéndose los paraguayos de los bosques, de cuyas cejas no salian. Tenia 16 piezas de artilleria, mas de 800 fusiles y el resto de la gente con lanzas, espadas y otras armas: su caballeria era de considerable número y formaba en las alas derecha é izquierda, haciendo un martillo la de esta por la ceja del

monte que cubria casi la mitad del camino que habia hecho nuestra tropa.

Al fugar la infanteria enemiga mandó el mayor general Machain que siguiera la infanteria y caballeria en su alcance: fueron y se apoderaron de todos los carros de municiones de boca y guerra: pasaron á la capilla de Paraguay y se entretuvieron en el saco de cuanto allí habia, descuidando su principal atencion y como victoriosas entregados al placer y aprovechándose de cuanto veian.

Entre tanto Machain supo que se habian disminuido las municiones de artillería y de parte de los soldados de la 1.^a division, porque la 2.^a á penas habia hecho un tiro y tenia las cartucheras llenas. Mándame el parte é inmediatamente remito municiones y otra pieza de á 4 con migo y los peones que antes he dicho.

Seguia la carretilla de las municiones y formada la tropa que la escoltaba en ala en medio del campamento nuestro y el que habia sido enemigo: la vista de aquellos hombres despierta en un cobarde la idea de que no eran nuestros y dice ;*Que nos cortan!* Esto solo bastó para que sin mayor exámen el mayor general tocase retirada, no se acordase de la gente que habia mandado avanzar y se pusiese en marcha hacia nuestro campamento abandonando cuanto se habia ganado.

Entonces los paraguayos que habian quedado por los costados derecho é izquierdo con una pieza de artillería vinieron á ocupar su posicion, cortaron á los que se hallaban de la parte de la capilla, y hacian fuego de artillería á su salvo sobre los que se retiraban. En esta retirada se portó nuestra gente con todo valor, haciéndola en todo órden: me fuí á ellos y les dije que era preciso volver á libertar á los hermanos que se habian quedado cortados y le ordené á Machain que volviese á atacar, pues aquellos se conocia que hacian resistencia en algun punto, como en efecto asi fué.

Dejándolos en marcha retrocedí á mi punto donde estaba la riqueza del ejército, á saber las municiones, y al que ya habian querido ir los paraguayos á quienes se les oyó decir: "*Vamos al campamento de los porteños,*" con cuyo motivo se destacó D. José Espínola con el sargento de mi escolta y otros cuatro mas y haciéndoles fuego de á caballo los obligaron á no hacer el movimiento: esto mismo me hacia creer que á pocos esfuerzos recuperaríamos nuestra gente, pero sea que hubo cobardia de nuestra parte, ó sea que el mayor general no se animo, ello es que no cumplió mi

orden y regresó nuestra tropa al campamento sin haber hecho nada de provecho, y no habia un solo oficial con espíritu segun despues diré, porque aquí me toca hacer mencion del valiente D. Ramon Espínola.

Este oficial llevado de su deseo de topar á Velazco pasó hasta la capilla é hizo las mayores diligencias y hallándose cortado emprendió retirarse por entre los paraguayos para reunirse á nosotros: lo atacaron entre varios, se defendió con el mayor denuedo pero al fin fué víctima y su cabeza fué presentada á Velazco luego que volvió y enseñada á otros prisioneros, llevándose en triunfo entre aquellos bárbaros que no conocian y mataban al que peleaba por ellos. La Patria perdió un excelente hijo, su valor era á prueba y sus disposiciones naturales prometian que seria un buen militar.

Retirada la tropa al campamento mandé que comiesen y descansasen. Confieso en verdad que estaba resuelto á un nuevo ataque, porque miraba con el mayor desprecio á aquellos grupos de gente que no se habian atrevido á salir de sus puestos, ni aun habiendo conseguido que los abandonase nuestra gente. En esto el comandante de la artillería un tal Elorga á quien habia dejado á mi vista por esto mismo y que no quise mandar á la acción, empezó á decir á los oficiales que una columna de paraguayos habia tomado por nuestro costado izquierdo y que sin duda iba á cortarnos.

Me vinieron con el parte y lo llamé; en su semblante ví el terror y no menos observé que lo habia infundido en todos los oficiales, comenzando por el mayor general; entonces junté á este y aquellos para que me digesen su parecer: todos me digeron que la gente estaba muy acobardada y que era preciso retirarnos. Solo el capitan de arribeños un tal Campo me significó que su gente haria lo que se le mandase: conocido ya el estado de los oficiales mas que de la tropa, por un dicho que luego salió falsoy que habia sido efecto del miedo del tal Elorga, determiné retirarme y dispuse que todo se alistase.

Formada ya la tropa la hablé con toda la energía correspondiente y les impuse pena de la vida al que se separase fuera de la columna veinte pasos: á las 3½ de la tarde salí con las carretas, el bote y las piezas de artillería y ganados y cabaladas que se habian tomado del campo enemigo el 16, únicos prisioneros que se trage-

ron al campamento; el movimiento lo hice á la vista del enemigo y nadie se atrevió á seguirme: á las oraciones parámos á dos leguas de distancia del lugar de la accion y tomadas todas las precauciones mandé que la gente descansase.

Se ejecutó así, y despues de haber salido la luna nos pusimos en marcha hácia el pueblo de N., donde hice alto dia y medio: su posicion era ventajosa y nada temia de los euemigos que no habian aparecido: aqui empecé á tener sinsabores de tamaño con las noticias que se me comunicaban de las conversacionee de oficiales que fué imposible averiguar el autor de ellas para hacer un ejemplar castigo; cada vez observaba mas la tropa acobardada y fué preciso seguir la marcha.

Las lluvias eran continuas; no habia arroyo que no encontramos á nado; mucho me sirvió el bote que llevaba en ruedas, á no ser este me hubiera sido imposible caminar sin abandonar la mayor parte de la carga: pero todas las dificultades se vencieron y llegamos al rio Tevieuary donde me esperaba el resto de las carretas y como 400 hombres entre las milicias de Yapeyú y algunas compañías del regimiento de caballeria de la Patria.

Se dió principio á pasar el indicado rio en unas cuantas canoas que se pudieron juntar y el bote y nos duró esta maniobra tres dias, al fin de los cuales empezaron los paraguayos á presentarse, pero no se atrevian á venir á las manos con nuestras partidas y ello es que no nos impidieron pasar cuanto teniamos, ni los ganados y caballos que les traíamos, y se contentaron cuando ya habiamos todos atravesado el rio con venir á la playa y disparar tiros al aire y sin objeto.

• • • Todavia estuvimos dos dias mas descansando en la banda sud del nomiuado rio Tevicuary en el paso de Doña Lorenza sin que nadie se atreviese á incomodarnos y luego seguimos hasta el pueblo de Santa Rosa, donde se refaccionaron algunas municiones y algunas ruedas del tren, y refrescó la gente en tres dias que pasamos allí.

En este punto recibí un correo de Buenos Aires en que me apuraba el gobierno para que concluyese con la espedicion por la llegada de Elio á Montevideo con varias reflexiones y el título de brigadier que me habia conferido; esto me puso en la mayor consternacion, asi porque nunca pensé trabajar por interes ni distinciones, como porque preví la multitud de enemigos que debia acar-

rearme: así es que contesté á mis amigos que lo sentía mas que si me hubieran dado una pañalada.

Pensaba yo conservar el territorio de Misiones mientras volvia la resolucíon del gobierno del parte que le habia comunicado de la accíon del Paraguay, pero las consideraciones que me presentó el oficio ya referido del gobierno á cerca de Elio me obligaron á seguir mi retirada con desígnio de tomar un punto ventajoso para no perder el paso del Paraná por si acaso el gobierno me mandaba auxilios para seguir la empresa.

Las aguas siguieron con teson y encontramos el Aguapey á nado; ya desde Santa Rosa salí con cuarenta carrétsas, las seis piezas de artillería, un carro de municíones, 3,000 cabezas de ganado vacuno que habiamos tomado, caballos mas de 1,500 y boyada de repuesto y con todo este tráfigo logré pasar el expresado rio en término de diez y ocho horas, sin la menor desgracia.

Los enemigos habian empezado á aparecer al frente y por mi flanco izquierdo á tal término que me fué preciso mandar una fuerza de cien hombres con dos piezas de artillería á situarse á su frente y aun un correo fué escoltado hasta el Tacuarí donde habia una avanzada de la fuerza que tenia el cuartel maestro general en Ytapúo á donde despues de la accíon de Paraguay le habia mandado que se situase de regreso del mencionado Tacuary hasta cuyo punto habia llegado unicamente.

Continuamos la marcha hasta el ya referido Tacuary y resolví hacer alto á la orilla este, acampándome en el paso principal para esperar allí los auxilios que esperaba me enviaria el gobierno y para conservar el paso del Paraná y mis comunicacíones con Buenos Aires, destiné una fuerza de cien hombres al mando del capitán Perdriel para que fuera á apoderarse del pueblo de Candelaria, pues ya andaban cuatro buques armados en el Paraná que podían interceptarme la correspondencia, así como ya me habian privado de los ganados que me venían de Corrientes.

Pasó Perdriel el Paraná.

“Aquí concluye el fragmento de la memoria que sobre la expedición al Paraguay, nos ha dejado el general Belgrano, segun la he copiado de una copia sacada del original. Es del todo sensible que el general Belgrano no la hubiese concluido, privando á la historia de nuestro país de un documento curioso á la vez que impor-

tante. Sin embargo, lo que espresa el fragmento es lo bastante para dar una idea bien clara de lo sucedido y de las causas que produjeron los fatales errores de esa campaña. No es sin motivo que el digno y honrado general Belgrano dejó en ese punto su narracion, pues quizá sin que él mismo se apercibiese debia sentir fuertes dificultades para continuarla.

“El proyecto de la expedicion al Paraguay desde que se formó fué sobre un supuesto falso de que hallaria disposiciones tan favorables en los paraguayos que estos vendrian en bandadas á engrosar las filas libertadoras. El suceso probó de tal modo lo contrario que el mismo general dice que no tuvo ni un solo pasado. Antes dije y repito ahora, que esa unanimidad no provino de adhesion al sistema espoñol, sino de un instinto ciego de localidad, al que puede añadirse mucho de amor propio: me explicaré.

“El coronel Espínola hombre mal querido entre sus compatriotas fué el primer emisario de la Junta Provisoria, quien como dice la memoria fué tan mal recibido que escapó á una de bues caballo. Este mismo gefe de regreso á Buenos Aires dió tales facilidades del éxito de la expedicion que la creia suficiente con el número de doscientos hombres. Esta y la futura influencia que debia adquirir Espínola hirió el orgullo paraguayo y contribuyó á esa uniforme resistencia. He oido lamentar á sujetos juiciosos del Paraguay el error que se cometió empleando á Espínola, y me aseguraron que si él no hubiera ido, es probable que se hubiesen entendido con el general Belgrano y con la Junta de Buenos Aires.

Pero sea de esto lo que fuere, no deja de ser una falta haber empleado tan menguados medios para invadir una provincia de 300 á 400 mil almas en un terreno que se prestaba á la defensiva. He dicho menguados medios, por la poca fuerza que marchó en la expedicion, sin que se pueda calcular si fueron esas las miras del gobierno, pues por la enumeracion de fuerzas que hace el general, las destinadas eran mucho mas numerosas que las que combatieron. Lo que se deja ver mas claramente es el error en que estaba el mismo general de que los paraguayos no harian resistencia y siendo asi, cualquier número bastaba para vencerlos.

Por otra parte siendo tan pocas numerosas las fueras destinadas á la expedicion ¿á qué fué diseminarlas aun en puntos aislados y distantes? Cuando la accion de Paraguay se hallaban en Tevicyary 400 hombres con los que se reunió y en Tacuarí estaba

el cuartel maestro general Rocamora con sus milicias de Misiones á las que no se reunió el ejército porque se le mandó volver á situarse en Itapua. Aun separó el general una fuerza de cien hombres al mando del capitán Perdriel para guarnecer Candelaria, pueblo situado al sud del Paraná.

Con un método semejante, no era extraño que siempre estuviese ante los enemigos en una chocante minoría y que sus medios fuesen desproporcionados á la empresa que se proponía. Si las milicias carecían como es de suponerse de instrucción y disciplina, no era el medio de mejorarlas dejarlas aisladas y fuera de la vista del general: mas hubiera valido postergar uno, dos, ó tres meses la expedición y darles una enseñanza tal cual, para contar mejor con ellas.

Aun después del descalabro de Paraguay y consiguiente retirada, hizo alto el ejército en Tacuarí y el Sr. Rocamora fué situado en Itapua que dista ocho ó nueve leguas á retaguardia, de modo que el general fué después butido en el mismo Tacuarí, sin que esa fuerza le fuese de ninguna utilidad. La posición de Tacuarí, militarmente hablando es buena, pero cuando se han empleado medios adecuados para defenderla (1). Consiste en un río fuerte, cuyas orillas están bordeadas de una faja de bosque al parecer impenetrable. Ocupando pues el paso que á la vista es el único punto accesible, se puede creer seguro el que lo defiende, con tal que el enemigo no halle otros puntos por donde franquearlo para de ese modo colocarse sobre los flancos á retaguardia. Es cabalmente lo que hizo el que se decía general paraguayo Cabañas: hizo secretamente una picada dos leguas abajo ó arriba, lo pasó de noche y una mañana se presentó á nuestro ejército por un flanco, cuando no lo esperaban sino por el frente: he aquí trastornado todo el plan de defensa y puesto el ejército en un compromiso que debió costarle mucho más caro.

Efectivamente, no debió escapar ninguno, ni el general mismo. Los paraguayos á quienes las ideas de libertad é independencia habían penetrado algo; que por otra parte no estaban enconados con el ejército, porque no había cometido desórdenes, no

(1) A corta distancia del paso de Tacuarí hay un monte-cito en donde estaba el general Belgrano. Es llamado el *Cerrito de los porteños* y lo muestran los paraguayos con orgullo. Orgullo bien infundado sin duda.

quisieron un triunfo completo y otorgaron una capitulación que no podían esperar los vencidos. Quizá la magnánima resolución del general Belgrano de sepultarse con su ejército antes que rendirse, contribuyó á ese acto que se creyó de pura generosidad.

El general Belgrano dice muy bien que no quería perder el paso del Paraná por si el gobierno le mandaba auxilios para abrir nuevamente la campaña, lo que sin duda era muy bien pensado: pero para conseguirlo ¿á que situarse en Tacuarí ocho ó diez leguas distante de ese mismo paso que quería conservar y además con su ejército dividido en varias fracciones? Hubiera sido lo mejor reunir todo el ejército en la costa del Paraná, en frente del mismo paso que quería guardar, de lo que resultaba una cabeza de puente (digámoslo así) que aseguraba cumplidamente el paso del río y sus comunicaciones con Corrientes y Buenos Aires.

La misma necesidad en que se vió de mandar al capitán Perdríel al pueblo de Candelaria situado al sud del Paraná, prueba que debía aproximarse para recobrar en aquellos puntos la influencia que su lejanía le había hecho perder. Ya se concibe también que era el medio más adecuado de alejar los buques armados que habían aparecido en el Paraná, pero teniendo el ejército artillería hubiera podido dominar mejor las aguas en el punto que colocase sus baterías.

Todo, todo aconsejaba lo contrario de lo que se hizo, y solo una fatalidad pudo cegar hasta tal punto al ilustre general. Se echa de ver en sus operaciones y en los conceptos que esprime su memoria, lo que le costaba abandonar un país en que se había creído triunfante. Napoleón mismo cometió errores semejantes, cuando la campaña de Rusia, pero con la diferencia que este tenía que abandonar enteramente el territorio enemigo, mientras el general Belgrano no perdía sino diez leguas para asegurarlo mejor.

Esta fué la primera campaña del general Belgrano, y no hay profesión ni carrera cuyos primeros pasos no se resientan de la inexperiencia del que la emprende. Sus operaciones fueron mucho más acertadas en las campañas del Perú, sobre lo que no necesito más que referirme á lo que he escrito comentando su memoria sobre la acción de Tucumán. Por otra parte, en esta investia un carácter puramente militar y en la primera era además representante del gobierno. Esto sin duda explica esta extraña insistencia de agrai-
garse en las carretas durante la acción de Paraguay y dejar á su

mayor general toda la direccion del combate. Es fuera de duda que D. Juan Ramon Balcarce, no hubiera sido tan dócil como el paraguayo mayor general Machain.

Concluiré con una pequeña observación. Como el general Belgrano no era hombre de faccion, sino un patriota pues, un hombre perfectamente honrado, nunca contó con defensores ciegos en la capital, ni con partidarios en el gobierno, de aquí provenia que los oficiales ó gefes que tenian relaciones en Buenos Aires, ó que estaban ligados á las facciones que allí imperaban, podian hacerle frente al general, seguros de encontrar un apoyo: no así los gefes y oficiales que no se hallaban en ese caso: estos se le sometian y obedecian sus órdenes.

Estas consideraciones militarès podian éstenderse mucho mas: por ahora lo dicho basta para dar una idea, sin que deba padecer el mérito eminente del sublime patriota que mandó la espedicion, de que despues dió tantas pruebas.

DOCUMENTO NUM. 2.º

Fracmento de memoria sobre la batalla de Tucuman, (1812) por el general D. Manuel Belgrano.

Habia pensado dejar para tiempos mas tranquilos, escribir una memoria sobre la accion gloriosa del 24 de setiembre del año anterior; lo mismo que de las demas que he tenido, en mi espedicion al Paraguay, con el objeto de instruir á los militares del modo mas acertado, dándoles lecciones por medio de una manifestacion de mis errores, de mis debilidades y de mis aciertos, para que se aprovecharasen en las circunstancias y lograsen evitar los primeros, y aprovecharse de los últimos.

Pero es tal el fuego que un díscolo, intrigante, y diré tambien, cobarde ha intentado introducir en el ejército, sin efecto en este pueblo y en la capital; y su osadia para haberme presentado un papel que por si mismo lo acusa, cuando trata de elogiarse y vestirse de plumas ajenas, que no me es dable desentenderme y me veo precisado en medio de mis graves ocupaciones á privarme de la tranquilidad y reposo tan necesario, para manifestar á clara luz la accion del predicho 24 y la parte que todos tuvieron en ella.

Confieso, que me habia propuesto, no hablar de las debilidades de ninguno, que yo mismo habia palpado desde que intenté la retirada de la fuerza que tenia en Humahuaca á las órdenes de D. Juan Ramon Balcarce, autor del papel que acabo de referir, pero habiéndome incitado á ejecutarlo, presentaré su conducta á la faz del universo con todos los caractéres de la verdad, protestando no faltar á ella, aunque sea contra mí, pues este es mi modo de pensar y de que tengo dadas tantas pruebas, muy positivas, en los cargos que he ejercido desde mis mas tiernos años y de los que he desempeñado desde nuestra gloriosa revolucion, no por eleccion, por que nunca la he tenido, ni nada he solicitado, sino porque me han llamado y me han mandado, errados á la verdad en su concepto.

Todos mis paisanos, y muchos habitantes de la España saben que mi carrera fué la de los estudios, y que concluidos estos debí á Cárlos IV que me nombrase secretario del consulado de Buenos Aires en su creacion; por consiguiente mi aplicacion, poca ó mucha, nunca se dirigió á lo militar, y si en el año 96, el virey Melo, me confirió el despacho de capitán de milicias urbanas de la misma capital, mas bien lo recibí, como para tener un vestido mas que ponerme, que para tomar conocimientos en semejante carrera.

Asi es, que habiendo sido preciso hacer uso de las armas y figurar como capitán el año de 1806, que invadieron los ingleses, no solo ignoraba como se formaba una compañía en batalla ó en columna, pero ni sabia mandar hechar *armas al hombro*, y tuve que ir á retaguardia de una de ellas, dependiente de la voz de un oficial subalterno, ó tal vez de un cabo de escuadra, de aquella clase.

Cuando Buenos Aires se libertó en el mismo año de 1806 de los espesados enemigos y regresé, de la Banda Septentrional á donde fuí, despues que se creó el cuerpo de patricios, mis paisanos haciéndome un favor, que no merecía, me eligieron sargento mayor, y á fin de desempeñar aquella confianza, me puse á aprender el manejo de armas, y tomar sucesivamente lecciones de milicia.

He aquí el origen de mi carrera militar, que continué hasta la repulsa del ejército de Witelock en el año 1807, en la que hice el papel de ayudante de campo del cuartel maestro, y me retiré del servicio de mi empleo, sin pensar en que habia de llegar el caso de figurar en la milicia: por consiguiente, para nada ocupaba mi imaginacion lo que pertenecía á esta carrera, sino era ponerme alguna vez el uniforme para hermanarme con mis paisanos.

Se deja ver que mis conocimientos marciales eran ningunos, y que no podia yo entrar al rol de nuestros oficiales que desde sus tiernos años, se habian dedicado, aun cuando no fuese mas que á aquella rutina que los constituia tales: pues que ciertamente, tampoco les enseñaban otra cosa. ni la córte de España queria que supiesen mas.

En este estado sucedió la revolucion de 1810; mis paisanos me eligen para uno de los vocales de la junta provisoria, y esta misma me envia al Paraguay de su representante, y general en jefe de una fuerza á que se dió el nombre de ejército, porque habia sin duda en ella de toda arma, y no es el caso hablar ahora de ella, ni de sus operaciones de entonces.

Pero ellas me atrajeron la envidia de mis cohermanos de armas y en particular el grado de brigadier que me confirió la misma junta, haciendo mas brecha en el tal D. Juan Ramon Balcarce, que ademas, habia sido el autor para que no fuese en mi auxilio el cuerpo de húsares de que era teniente coronel, intrigando y esforzándose con sus oficiales en una junta de guerra, hasta conseguir que cediesen á su opinion, exceptuándose solamente uno, que en su honor debo nombrar—D. Blas José Pico.

Era pues preciso que sostuviese un hecho tan ageno de un militar amante de su Patria, y que ahora he comprendido, era efecto de su cobardia y de una revolucion intentada y efectuada por otros fines, y cuyos autores jamás pensaron en vejarme ni abatir mis tales cuales servicios, honrados y patrióticos, le dió lugar á que valiéndose de él, pidiese la recíproca, é hiciese que los oficiales de aquel cuerpo que por si mismo se habia degradado, no concurriesen al socorro de sus hermanos de armas abandonados, se empeñaron y agitaron los ánimos, para que se me quitase el grado y el mando de aquel ejército que ya aterraba á los de Montevideo.

Bien se vé que hablo de la revolucion de 5 y 6 de abril de 1811, y no tengo para calificar ánte mi nacion y ante todas las que han sido instruidas de ella, cual será D. Juan Ramon Balcarce, cuando lo presente como un individuo que cooperó á ella, y que acaso en todo lo concerniente á mi, puedo asegurar, fué el primero y principal promovedor.

Conocia esto yo y lo sabia muy bien, cuando el gobierno me envió á tomar el mando de este ejército y le hallé que estaba en Salta con una fuerza de caballería: consulté con el general Puir-

redon sobre su permanencia en el ejército, no por mi (hablo verdad) sino por la causa que defendemos, y me contestó que no había que desconfiar.

Con este dato, creyendo yo al general Puirredon un verdadero amante de su Patria, apagué mis desconfianzas, y habiéndome escrito con espresiones excedentes á mi mérito, le contesté en los términos de mayor urbanidad y traté desde aquel momento de darle pruebas de que en mi no residia espíritu de venganza, sin embargo de haber observado por mi mismo, que su conciencia le remordia en sus procedimientos contra mi, y de los que con tanto descaro habia ejecutado su hermano D. Marcos, de que en el gobierno hay pruebas evidentes.

Así es que llegó al Campo Santo (1) donde se me reunió inmediatamente, lo hice reconocer de mayor general interino del ejército por hallarse indispuerto el Sr. Diaz-Velez y sucesivamente fié á su cuidado comisiones de importancia, dejándolo con el mando de lo que se llamaba ejército, mientras mi viage á Pummamarca. A mi regreso lo ocupé tambien, cuando la huida del Obispo de Salta, ó su ocultacion, y no habia cosa en que no le manifestase el aprecio que hacia de él.

Llega el caso de poner en movimiento el ejército, no porque estuviese en estado, porque con dificultad podia presentarse una fuerza mas deshecha por si misma, ya por su disciplina y subordinacion, ya por su armamento, ya tambien por los estragos del chicho (terciana ó fiebre intermitente), sino porque convenia ver si con mi venida y los auxilios que me seguian podia distraer al enemigo de sus miras sobre Cochabamba.

Inmediatamente heché mano de él y lo mandé á Humahuaca con la tal cual fuerza disponible que habia, quedándome yo con el resto con que fuí á Jujuí á situarme, para poder trabajar en lo muelo que debia hacerse, si se habia de reponer un cuerpo enteramente inerte y casi en nulidad que era el ejército, en donde no se conocia la filiacion de un soldado y habia gefe que en sus conver-

(1) Poblacion y Capilla á once leguas de Salta donde el general Belgrano, acantonó el ejército, que por partes enteramente falsos, habia el general Puirredon, retirado hasta Yatasto: despues de poco mas de un mes que allí estuvimos, fué que se movió el ejército para jujuí, pasando la vanguardia á Humahuaca, al mando de D. Juan Ramon Balcarce.

acciones privadas se oponia á ella, cual lo era el comandante de húsares D. Juan Andres Puirredon, sin duda para que todo siguiera en el mismo desorden.

Me hallaba en Jujul y por sus mismos partes (de Balcarce) y oficios y aun cartas amistosas clamaba porque le dejase salir á perseguir algunas partidas enemigas, que me decia, recorrian el campo se lo permití y llegado hasta Cangrejillos, y aun antes, me insinuaba que no convenia separarse tanto del cuartel general (1) le hice retirarse, asi porque supe que no habia enemigos hasta Suipacha y aquellas cercanias, como porque veia que mi intento no se lograba de poner en movimiento al enemigo que sabia, si cabe decirlo asi, tanto ó mas que yo lo que era el tal ejército.

Se retirò segun mis órdenes de Cangrejillos, y tiene la osadia de decirme en el papel que me ha dado mérito á esta memoria que habia ido hasta Llaví y habia auyentado á todas las partidas enemigas, cuando no eucontró una, ni en aquella salida hubo, mas que mandar á D. Cornelio Zelaya y D. Juan Escobar á traer al tío del marqués de Toxo (ó Llaví, pues con los dos nombres era designado) de su poblacion de Llaví.

Es verdad que en Humahuaca promovió el reclutamiento de los hijos de la Quebrada, que tanto honor han hecho á las armas de la Patria, y se empeñó en su disciplina, para lo que él, confieso que es á propósito, y si en mi mano estuviera lo destinaria á la enseñanza y particularmente de la caballeria, pero de ningun modo á las acciones de guerra.

Empezé á desconfiar de su actitud para ellas en los momentos en que me avisó los movimientos del enemigo de Suipacha, y puede juzgarse de su cabilosidad y cobardia por sus mismos oficios y consultas repetidas, tanto que me vi precisado á mandar al mayor general Diaz-Velez, á hacerse cargo del mando, y aun á escribirle una carta reservada del estado de mi corazon respecto de aquel, pues ya no confiaba en sus operaciones, y me llenaba de descon-

(1) El que pone esta nota se halló en esa pequeña expedicion en que Balcarce solo, llegó á Cangrejos, que es aun dos leguas menos de Cangrejillos. Solo una partida con Zelaya y Escobar, llegó á Llaví, sin mas ventaja que traer preso á un viejo, tío del marqués de este título, quien dijo que habia sido robado, lo que pienso que es falso.

fianza de si queria ó no hacer lo que hizo con Puirredon (1) de darle un parte de que los enemigos bajaban, para que se retirase, cuando aquellos ni lo habian imaginado.

Llegado el mayor general Diaz-Velez á Humahuaca con el designio de dar el flanco al enemigo por uno de sus flancos, no pudiendo verificarlo por su proximidad, dictó sus órdenes para que se retirasen las avanzadas, que hizo firmara Balcarce por la mayor prontitud y aun al dia siguiente se privase de esto, para decir de su honrosa retirada, cuando todas las disposiciones eran debidas al espresado mayor general, y cuando jamas se le vió á retaguardia de la tropa, pues al contrario en la vanguardia con los batidores era su marcha.

Esto lo presencié por mi mismo, cuando habiéndome dado parte, en la Cabeza del Buey de que el enemigo avanzaba y solo distaba cuatro cuadras del cuerpo de retaguardia, mandé que se replegase á mi posicion y me dispuse á recibirlo; vi pues entonces que con los batidores, y á un buen trote, el primer oficial que se me presentó fué el D. Juan Ramon, y sé que sucesivamente hizo otro tanto hasta que vino envuelto entre el cuerpo dicho de retaguardia, perseguido de los enemigos. Cuando estos se me presentaron en el Rio de las Piedras y logré rechazarlos con 100 cazadores, cien pardos y otros tantos de caballería y entre los cuales, no fué el primero á presentárseles, ni á subir una altura que ocupaban, y en que se distinguió el capitan D. Marcelino Cornejo, habiendo quedado á retaguardia el mencionado D. Juan Ramon.

Como desde esta acción (2), ya mi cuerpo de retaguardia,

(1) Consultando mi memoria, que acostumbra ser algo fiel, no hallo si nó que cuando la retirada de Puirredon á que alude el autor, no era Balcarce, si nó Diaz-Velez quien mandaba la vanguardia, y era consiguiente que este diese los partes de la aproximacion del enemigo. Solamente que se refiera á algunas noticias extra-oficiales que diese aquel á Puirredon, ó á consejos que este le hubiese pedido. De otro modo no puedo explicar esto.

(2) Me es muy sensible notar que el autor se haya dejado dominar tanto de (por otra parte) su justo resentimiento, que para hacer cargos á Balcarce, olvide que habia otro (sin que por esto digna que falte á la verdad) que era el verdaderamente responsable. Tanto en la Cabeza del Buey, como en el Rio de las Piedras, era Diaz-Velez quien mandaba la retaguardia, y Balcarce, era su subordinado. Yo que aunque muy joven y en un grado muy subal-

viniese á corta distancia, resuelto á sostenerme, para no perderlo todo, consultando con el mayor general, en la Crucijada, los medios y arbitrios que pudiéramos tomar para el efecto, me apuntó al nominado D. Juan Ramon, para enviarlo con anticipacion á esta (Tucuman), donde tenia concepto por haber estado en otro tiempo de ayudante de las milicias y me resolvi; dándole las mas amplias facultades para promover la reunion de gente y armas y estimular al vecindario á la defensa.

Desempeñó esta comision muy bien, dió sus providencias para la reunion de gente asi en la ciudad como en la campaña, bien que mas tuvo efecto la de esta, en que intervinieron D. Bernabé Araoz, D. Diego Araoz y el cura Dr. D. Pedro Miguel Araoz, pues de la ciudad, la mayor parte, con vanos pretestos ó sin ellos no tomaron las armas, siendo los primeros que no asistieron los capitulares exceptuándose solamente D. Cayetano Araoz, y habiéndose ido dos ó tres dias antes de la accion, el gobernador Intendente D. Domingo Garcia, y no pareciendo en ella el teniente gobernador D. Francisco Ugarte.

El dia que me acercaba á esta ciudad, se anticipó el ayudante de D. Juan Ramon, D. José Maria Palomeque, á anunciarme la reunion de gente, noticia que recibí con el mayor gusto, y que ensanchó mi ánimo. Volé á verla por mi mismo y hablé con aquel en la Quinta de Avila, donde nos encontramos, y haciendo toda confianza de él; y tratando de nuestra situacion, me hice ver las instrucciones que me gobernaban, las mas reservadas, manifestándole mi opinion acerca de esperar al enemigo: convino, lo mismo que habia hecho en la Encrucijada, esponiéndome que no habia otro medio de salvarnos, en cuya consecuencia, escribí al gobierno el 12 de setiembre; y aun le enseñé allí mismo el borrador, haciendo toda confianza de él.

Sucesivamente se reunieron hasta 600 hombres á sus órdenes, en que habia húsares, decididos (1) y paisanos, y les dió sus lecciones constantemente, contrayéndose en verdad á su instruccion y á entusiasmarlos en los dias que mediaron, con un celo digno de

terno me hallé presente en esos hechos de armas, puedo dar algunos conocimientos que ilustren esta Memoria. Se me viene la idea de comentarla y continuarla, y quizá lo haré si tengo algunos ratos desocupados.

(1) Eran dos compañías de mozos decentes, una de Salta y otra de Tucuman.

aprecio, pero ya empecé á entrever su insubordinacion, respecto del mayor general Diaz-Velez, y una cierta especie de partido que se formaba, habiendo llegado á término de escándalo la primera, aun á las inmediaciones de la tropa y paisanage, que me fué necesario prudenciar por las circunstancias y en particular por no descontentar á los últimos que como he dicho, tenian un gran concepto formado de él. Es preciso no hechar mano jamas de paisanos, para la guerra, á menos de no verse en un caso tan apurado como en el que me he visto.

Dispuse pues, dividir aquel cuerpo, dándole á mandar la ala derecha que la componia una mitad (de dicho cuerpo) y á D. José Bernaldez la ala izquierda, que era la otra mitad, con órden espresa de que se dividieran del mismo modo las armas de fuego, órden que no se cumplió y de que fué exactamente cerciorado, cuando al marchar para el frente del enemigo, me hace presente Bernaldez, la falta de armas de fuego, por no haberse ejecutado mi espresada órden.

El momento de la acción del 24 llega: la formacion de la infanteria era en tres columnas, con cuatro piezas para los claros. y la caballeria marchaba en batalla, por no estar impueste ni disciplinada para los despliegues, ni podia ser en tan corto tiempo como el que habia mediado del 12 al 24.

Hallándome con el ejército, á menos de tiro de cañon del enemigo, mandé desplegar por la izquierda las tres columnas de infanteria, única evolucion (1) que habian podido aprender en los tres dias anteriores, en que habiamos hecho algunas evoluciones de línea, y que se podia esperar que se ejecutase la tropa con facilidad y sin equivocacion, quedando los intervalos correspondientes para la artilleria. Se hizo esta maniobra con mejor éxito que en un dia de ejercicio.

El campo de batalla no habia sido reconocido por mi, porque no se me habia pasado por la imaginacion, que el enemigo intentase venir por aquel camino á tomar la retaguardia del pueblo, con el designio de cortarme toda retirada, por consiguiente me hallé en posicion desventajosa, con partes del ejército en un bajío, y mandé avanzar siempre en línea al enemigo que ocupaba una al-

(1) Parece que hay algo de exagerado, por lo menos en la tropa vieja.

tura (1) y sufría sus fuegos de fusilería sin responder mas que con artillería, hasta que observando que esta había abierto claros y que los enemigos, ya se buscaban unos á otros para guarecerse, mandé que avanzase la caballería, y ordené que se tocase paso de ataque á la infantería.

Confieso que fué una gloria para mi, ver que el resultado de mis lecciones á los infantes, para acostumbrarlos á calar bayoneta al oír aquel toque, correspondió á mis deseos; no así en la caballería de la ala derecha que mandaba D. Juan Ramon Balcarce, pues lejos de avanzar á su frente, se me iba en desfilada por el costado derecho: en esta situación, observé que el enemigo, desfilaba en martillo á tomar el flanco izquierdo de mi línea, y fiando al cuidado de los gefes de aquel costado, aquella atención, me contrage á que la caballería de la ala derecha ejecutase mis órdenes.

Hallándome en aquellos apuros, no sé quien vino á decirme de la parte de Balcarce, que luego que la infantería hubiese destrozado al enemigo, avanzaría la caballería: entonces se redoblaron mis órdenes de avanzar y empezándolas á cumplir, marchando el ejército, le mandé decir con mi edecan Pico, que no era aquel modo de avanzar, que lo ejecutase á galope. Sin embargo, tomó dirección, no á su frente sino sobre la derecha, y viéndome así burlado en mi idea, volví la cara á retaguardia y presentándoseme en el cuerpo de reserva el capitán D. Antonino Rodriguez, al frente de la caballería que había allí, le mandé avanzar por el punto donde me hallaba, y lo ejecutó con un denuedo propio.

Observaba este movimiento, y vuelvo sobre mi costado izquierdo, para saber el éxito de aquella tropa del enemigo, que había visto desfilar y me encuentro con el coronel Moldes que se venía hácia mi y me pregunta, donde vá Vd. á buscar mi gente (*su gente debería decir, porque el coronel Moldes no mandaba ninguna*). Entonces me manifiesta que estaba cortado: pues vamos á buscar á la caballería, le dije, y tomo mi frente que los enemigos habían abandonado.....

Hasta aquí llega lo que escribió el general Belgrano de esta Memoria. Sensible es que no la concluyese.

(1) Altura de muy poca elevacion, lomada, pues el terreno es llano.

Sr. D. Francisco Pico.

Buenos Aires, Mayo 26 de 1855.

Señor:

Los Editores de las Memorias póstumas del Sr. general Paz, reconocen muy justo el derecho que tiene Vd. de revindicar para su Sr. Padre el coronel D. Francisco Pico, el honor de haber mandado un regimiento en la línea de la memorable batalla de Salta, Rectificaciones de esta naturaleza, no serán desatendidas por el público, ni por nosotros que solo nos proponemos como Editores, transmitir fielmente á la posteridad, los hechos que como actor y testigo de vista refiere de aquellos memorables tiempos el Sr. general Paz y el juicio crítico que sobre ellos emite.

Cuando se publique el suplemento al primer tomo, tendremos el honor de reproducir su apreciable de Vd., adjunta nuestra respuesta.

Quedamos de Vd. muy atentos servidores.

Q. B. S. M.

Los Editores.

Sr. D. José Maria Paz, (hijo).

Montevideo, Mayo 12 de 1855.

Muy Sr. mio: En las Memorias póstumas del general Paz que está Vd. publicando, tratándose de la batalla de Salta, se encuentra el párrafo siguiente:

Nuestra infantería estaba formada en seis columnas, de las que cinco estaban en línea y una en reserva, en la forma siguiente: 1.ª principiando por la derecha, el batallón de cazadores á las órdenes del comandante Dorrego, 2.ª y 3.ª eran formadas del regimiento núm. 6 que era el mas crecido, una á las órdenes del comandante Forest, y la otra, aunque no puedo asegurarlo, á las del comandante Warnes, 4.ª del batallón de Castas, á las órdenes del comandante Superi, 5.ª de las compañías del núm. 2, venidas ultimamente de Buenos Aires, al mando del comandante D. Benito Alvarez, 6.ª y última compuesta del regimiento núm. 1.º al mando del comandante D. Gregorio Perdriel."

Tenia razon el general Paz de desconfiar de su memoria, hablando de un suceso de ahora cuarenta años, sin tener los partes oficiales á la vista. Hay en su relacion alguna inexactitud, tanto en la formacion de los cuerpos, como en el nombre de sus gefes; y para restablecer la verdad auténtica, voy á extractar en seguida algunos párrafos del parte oficial del general Balgrano, datado en 27 de Febrero de 1818, y publicado en la Gaceta Ministerial del 16 de Marzo del mismo año.

"Formé el ejército (dice) del modo siguiente: dividí la infantería en seis columnas, conservando la caballería en su formacion de cuatro escuadrones: cinco columnas componian la línea, á saber: la 1.ª consistia en el batallón de cazadores al mando de su comandante, teniente coronel D. Manuel Dorrego, y su segundo el sargento mayor interino del mismo D. Ramon Echevarria. La 2.ª era el batallón de pardos y morenos al mando de su coman-

“dante D. José Superi, y su segundo el sargento mayor D. Joaquin Lemoine.... La 3.^a al mando del comandante interino del núm. 6, teniente coronel D. Francisco Pico, se componia del primer batallon del espresado regimiento.... La 4.^a la formaba el 2.^o batallon del denominado regimiento al mando de su sargento mayor D. Carlos Forest.... La 5.^a era el batallon núm. 2, al mando de su comandante teniente coronel D. Benito Alvarez....

“La 6.^a columna se componia del regimiento núm. 1.^o al mando de su teniente coronel D. Gregorio Perdriel y su segundo el sargento mayor D. Francisco Tello.... formaba el cuerpo de reserva de infanteria....

“Cerca de las doce, formadas las columnas de ataque, llevando cuatro de ellas á su retaguardia ocho piezas de artilleria, empezaron su marcha con tanta exactitud en sus distancias, las cinco que formaban la línea, que cuando se les mandó desplegar, hallándonos á medio tiro de cañon de á 6, hicieron la evolucion tan perfectamente y con tanta serenidad, como si estuviesen en un ejercicio doctrinal.

“Los comandantes de division á quienes nombro segun el órden que ha tenido la formacion del ejército, D. Manuel Dorrego que salió contuso, D. José Superi, D. Francisco Pico, D. Carlos Forest, D. Benito Alvarez; D. Gregorio Perdriel, tambien contuso; los de dragones, D. Cornelio Zelaya, D. Diego Gonzalez Barcarce, D. Antonino Rodriguez, D. Domingo Arévalo con los respectivos oficiales de todas las divisiones son acreedores á las consideraciones de V. E. por su valor y por su celo en conservar la disciplina y subordinacion, despues de una accion tan gloriosa, en que el soldado se cree autorizado para el desenfreno.”

Pienso, Sr., que ha obrado Vd. muy cuerdamente, absteniéndose de hacer la menor correccion en el manuscrito autógrafo del finado general Paz; porque el principal interes de sus memorias consiste en hacernos saber el juicio que formaba de los grandes sucesos en que le habia tocado ser actor. Pero á mi como hijo del finado coronel D. Francisco Pico, me corresponde corregir un mero error de memoria, muy disculpable despues de un período de cuarenta años, y revindicar para el nombre de mi padre, el honor de haber mandado un regimiento en la línea de la memorable batalla de Salta.

Tal es el objeto de esta carta. Le quedaria muy agradecido si encontrara Vd. medio de salvar en una nota el pequeño descuido sufrido por el general Paz; y espero que entretanto no llevará Vd. á mal el que de publicidad á esta carta.

Con este motivo quedo de Vd. atento y seguro servidor.

Francisco Pico.

INDICE ANALITICO DEL 1^{er} TOMO.

	<u>págs.</u>
Noticias biográficas del general Paz—Retirada del ejército nacional hasta Tucuman—Origen de los partidos políticos.....	5 y sig.
Preliminares á la batalla de Tucuman—Rasgos característicos del general Belgrano, Arenales, Baron de Olenberg y otros.....	9 y sig.
Descripcion de la famosa batalla de Tucuman.....	24 y sig.
Juicio crítico sobre ella—Refútanse algunas inexactitudes del historiador español don Mariano Torrente—Pronunciamiento legal del cuerpo de oficiales contra el inspector Moldes—Desavenencias entre el general en gefe y D. Juan R. Balcarce.....	51 y sig.
Organizacion del ejército despues de la batalla de Tucuman—Salen las tropas para Salta—Rio del juramento...	66 y sig.
Preliminares de la batalla de Salta—Triunfo del ejército patriota—Capitulaciones y resultado de la batalla.....	71 y sig.
Juicio crítico de ella—Entrada del ejército nacional en Potosí.....	84 y sig.
Espedicion descubridora hasta las inmediaciones de Oruro, al mando del comandante Zelaya—Indígenas del Perú, sus preocupaciones—Organiza Belgrano la administracion de las cuatro provincias libertadas, Potosí, Chuquisaca, Cochahamba y Santa Cruz—La administracion Belgrano recupera en la opinion pública el crédito perdido por la administracion Castelli—Grados y condecoraciones distribuidas por el gobierno general á los vencedores en Tucuman y Salta—Observaciones sobre los grados militares, necesidad de un código militar.....	96 y sig.
Muévese el ejército de Potosí—Batalla de Vilcapugio....	115 y sig.
Despues de la derrota de Vilcapugio, establece el general Belgrano su cuartel general en Macha—Salen varias comisiones para recoger los dispersos y contener los desafueros de algunas partidas enemigas—Diaz-Velez amenazado por una parte del ejército vencedor se fortifica en la Casa de Moneda de Potosí, y aquella se replega sin intentar el ataque—Abierta la comunicacion con el cuartel general, Diaz-Velez con sus fuerzas y Zelaya con su division Cochabambina se incorporan al ejército en Macha—El presidente de Chuquisaca, general D. Francisco Antonio Ocampo, manda ciento cincuenta ca-	

- ballos pesebreros al ejército y otros auxilios de importancia—Disciplinado y reforzado el ejército recorren el territorio varias partidas—El teniente de dragones D. Gregorio Araoz de La-Madrid (hoy general), tuvo choques frecuentes distinguiéndose por su valor y extraordinaria inclinacion á esta clase de servicio.....131 y sig
- B**asgo heroico de tres soldados—Muévase el ejército enemigo de Condo-Condo, y el general Belgrano se resuelve á presentar una 2.^a batalla, juicio crítico de esta medida138 y sig
- B**atalla de Ayouma, 14 de noviembre de 1813—La pierde el ejército nacional liberrador—Plan de la batalla, sus errores, sus resultados—Llega el ejército en su retirada hasta Potosí.....149 y sig
- A**l retirarse de Potosí el ejército libertador se trata de hacer volar la casa de moneda—Este proyecto fracasa por la traicion del mayor de plaza Anglada—Las valiosas cargas que conducia el ejército hacian embarazosa su retirada—Muchas alhajas llegaron á Buenos Aires, que distribuyó el director Posadas—Vuelve Dorrego al ejército y se le encarga el mando de todos los cuerpos de la retaguardia—Se incorpora tambien al ejército un escuadron del regimiento de granaderos á caballo, organizado por D. José de San Martin—Patriotismo de la ciudad y provincia de Salta.....161 y sig
- L**lega el coronel San Martin á Tucuman nombrado general en jefe del ejército, le reorganiza, é instruye en los rudimentos de la táctica moderna—Dorrego y Belgrano que habia tomado el mando del regimiento núm. 1.^o, son confinados á Santiago del Estero—El gobiere encarga á este último de una mision diplomática á Europa.....171 y sig
- D**áse á conocer por este tiempo el famoso caudillo Güemes, descripcion de su carácter—Artículos de una institucion privada y secreta del cuerpo de granaderos, en que se trata de filiar á otros cuerpos—San Martin y Belgrano—Manejos en Buenos Aires, Alvear, Rondeau—Toma de Montevideo.....173 y sig
- D**eja San Martin el mando, le sucede Rondeau, vá el primero de gobernador á Mendoza—Refuérzase el ejército de Tucuman con las tropas que habian sitiado á Montevideo.....181 y sig
- A**lvear es nombrado en Buenos Aires para mandar el ejército del Alto Perú—Crítica situacion de los españoles—Fracasa la conspiracion del coronel Castro.....184 y sig
- P**ronunciamiento del ejército á favor de Rondeau—Alvear en camino recibe la noticia, y se vuelve á Buenos Aires, donde se hace nombrar director supremo—Sublévase en Pontezuelas un cuerpo de tropas al mando del general

- D. Ignacio Alvarez—Insurrecciónase Buenos Aires—Alvear se embarca y abandona el país—Desmoralización del ejército.....187 y sig
- El jefe enemigo Olañeta sorprende un destacamento de vanguardia al mando del coronel Rodriguez, quedando este prisionero—Negociaciones en rescate del coronel Rodriguez—Vuelve este al cuartel general con bastante descrédito.....195 y sig
- Se mueve el ejército de Humahuaca—Sorpresa del puesto de Marquez—Insubordinación y excesos del comandante Güemes—Continúa avanzando el ejército hasta Potosí.....205 y sig
- Establece sus cuarteles en esta ciudad y en Chuquisaca—Fórmase un tribunal de recaudación—Pesquisas de tapados, desmoralización en el ejército.....218 y sig
- El general Rondeau es nombrado en Buenos Aires director supremo—Llegan despachos de brigadier al ejército para el coronel Rodriguez—Aspiraciones de éste al mando superior del ejército—Rasgos característicos de este personaje.....231 y sig
- Abrese la campaña y el ejército levanta sus cuarteles de Chuquisaca y de Potosí—Llegan todos los cuerpos á Challanta Pezucla sale de Oruro y establece su cuartel general en Torazona.....233 y sig
- Combate de Venta y Media—El mayor Paz cuyas memorias hoy publicamos es herido de bala en un brazo que le queda para siempre inutilizado—Descrédito del general Rodriguez por el fatal suceso de Venta y Media—Se retira á su presidencia de Chuquisaca—Penosa retirada del ejército hasta la provincia de Cochabamba—Situase en Sipe-Sipe.....242 y sig
- Arenales en Cochabamba y Warnes en Sta-Cruz, se sostienen con sus propias fuerzas despues de los desastres de Vilcapugio y Ayoama—Estos gefes y algunos guerrilleros agregados al ejército aumentan su fuerza.....257 y sig
- Batalla de Sipe-Sipe—Lamentable derrota y dispersion del ejército—El coronel Zelaya es el unico jefe que reuniendo dispersos llegó á Chuquisaca con cuatrocientos hombres.....260 y sig
- Bandos é insubordinación en los restos reunidos del ejército—Exagerados rumores contra éste, la provincia de Salta se le declara hostil.....268 y sig
- Marcha el ejército á sujetar á Güemes y al fin capitula con él—El marqués del Valle de Tojo—Continúa el ejército su retirada hasta Tucumán donde legislaba el Congreso.273 y sig
- Belgrano de regreso de Europa sucede á Rondeau en el mando del ejército—Establece sus cuarteles en Tucumán, y se ocupa de restanrar la disciplina—Derrotados

los diputados de Córdoba, se restituye el congreso á Buenos Aires—Güemes en Salta, ..Borges en Santiago del Estero, y Artigas en la Banda Oriental, en revolucion con el gobierno general, abren la puerta al caudillaje..	282 y sig
Muerte del cabecilla Borges—Con la restauracion de Fernando VII llegan refuerzos al ejército real, y muchos oficiales de mérito—Divisiou entre estos y los antiguos—Francmasones en el ejército real.....	289 y sig
Triunfan los españoles en el alto Perú—Invaden á Salta, pero Güemes les hace guerra de montonera y se ven precisados á abandonar la provincia.....	294 y sig
Brillante espedicion del comandante La-Madrid—Apresa un escuadron enemigo, sin derramar una gota de sangre, ni que se le escape un solo hombre—Reveses que sufre La-Madrid en el Perú—Derrota de Sopachay—Regresan los restos de la division al cuartel general.....	297 y sig
El coronel Bustos va en comision para contener los revoltosos de Santa Fé—Con el mismo objeto fueron enviados tres escuadrones mas al mando de La-Madrid y Paz—Lopez con sus santafesinos intenta sorprender á Bustos. Táctica de aquellos guerrilleros, inventada por Artigas.	306 y sig
Ataque de la Herradura—Acto inaudito de barbarie que comete Lopez en su retirada—Ortiguera es batido completamente en Coranda.....	318 y sig
Reflecciones críticas sobre la guerra de Montonera.....	319 y sig



